Tom Clancy

Con la colaboración de
Steve Pieczenik

La imagen en el espejo

(Op-Center II)

El fin de la guerra fría y la caída del bloque socialista han sumergido la economía rusa en un caos. El ministro de defensa Dogin, militar megalómano y nostálgico del anterior régimen totalitario, trama un sangriento plan para restituir el socialismo. Apoyado por la temida mafia rusa, intenta invadir Polonia como primer paso para edificar una nueva Unión Soviética. Alertados por su eficaz y sofisticado sistema electrónico de espionaje, el grupo de élite norteamericano de intervención internacional al mando del coronel Hood, conocido como el Op-Center, se enfrentará de nuevo a un implacable enemigo para preservar la democracia y la paz mundial.

Tom Clancy & Steve Pieczenik

La imagen en el espejo

Op-Center 02

Título original: *Mirror Image*
Tom Clancy & Steve Pieczenik, 1995
Traducción: Teresa Camprodon
Diseño/Retoque de cubierta: Moroco
Rige bajo normativa RAE 2010

LA IMAGEN EN EL ESPEJO

Tom Clancy & Steve Pieczenik

PRÓLOGO

Viernes, 17:50, San Petersburgo

—Pavel —dijo Piotr Volodia—, no lo entiendo.

Pavel Odina apretaba fuertemente el volante. Miraba incómodo al hombre que se sentaba junto a él en la furgoneta.

—¿Qué es lo que no entiendes, Piotr?

—Si perdonas a los franceses —respondió Piotr rascándose una ensortijada patilla—, ¿por qué a los alemanes no? Ambos han invadido la madre Rusia.

Pavel frunció el ceño.

—Si no ves la diferencia, Piotr, eres idiota.

—Eso no es una respuesta —manifestó Iván, uno de los cuatro hombres que se sentaban detrás.

—Es verdad —afirmó sonriendo Eduard, que estaba sentado junto a él—, pero Iván tiene razón, eso no es una respuesta.

Pavel cambió de marcha. Esa era la parte que más odiaba del trayecto de media hora que hacían cada noche hasta los apartamentos Nepokorennij Prospekt. A solo dos minutos del museo del Ermitage, tenían que aminorar la marcha al acercarse al embotellamiento que solía producirse en el puente sobre el río Neva. Quedaban sumidos en la densidad del tráfico mientras sus rivales políticos pasaban a toda velocidad.

Pavel sacó un cigarrillo escrupulosamente liado del bolsillo de la camisa y Piotr se lo encendió.

—Gracias, Piotr.

—Aún no me has contestado —recordó Piotr.

—Lo haré —prometió Pavel— cuando lleguemos al puente. No puedo pensar y maldecir al mismo tiempo.

Pavel realizó un brusco viraje para pasar del carril central al izquierdo y los hombres salieron disparados hacia el lado opuesto. Oleg y Konstantin, que se habían quedado dormidos al salir del Ermitage, se despertaron sobresaltados.

—Eres demasiado impaciente, Pavel —dijo Iván—. ¿Por qué tienes tanta prisa en llegar a casa?, ¿por tu mujer? ¿Desde cuándo?

—Muy gracioso —replicó Pavel.

Lo cierto es que no tenía prisa por acceder a ninguna parte. Estaba impaciente por liberarse de aquella presión, por llegar de una vez a esa fecha límite que les agobiaba sin tregua desde hacía meses. Ahora que casi se había cumplido el plazo, ardía en deseos por volver a diseñar *software* de animación por ordenador para los estudios cinematográficos Mosfilm.

Volvió a cambiar de marcha y se escabulló zigzagueando entre hileras de pequeños Zporozhets-968, con sus rugientes motores de cuarenta y tres caballos, y los más grandes Volga M-124 de cinco asientos. También había un gran número de matrículas de coches extranjeros, aunque solo los conducían funcionarios del gobierno y traficantes del mercado negro, pues no se hallaban al alcance de cualquiera. Sus camaradas y él no podrían conducir ni siquiera esa furgoneta si el estudio de televisión no se la hubiera proporcionado. El poderoso vehículo de fabricación suiza era lo único que añoraría.

«No, no es cierto», pensó mientras miraba hacia el oeste. Disfrutó de la vista de la fortaleza de San Pedro y San Pablo en las riberas opuestas del Neva mientras la puesta de sol doraba sus altos y gráciles pináculos.

También echaría de menos San Petersburgo. Añoraría la belleza de aquellos resplandecientes atardeceres bermejos en el golfo de Finlandia, el tranquilo fluir de las aguas azules de los ríos Neva,

Fontaka y Yekateringofki, y el sencillo esplendor de los diversos canales. Aunque las aguas estaban algo sucias después de años de negligencia comunista, ya no corrían espesas a causa de los malolientes vertidos industriales al serpentear por el corazón de la ciudad antigua, la Venecia de Rusia. Añoraría, asimismo, la majestuosidad del palacio Belozerski, rojo como un rubí, los áureos interiores de la capilla de Alexander Nevski, adonde a veces iba a rezar, las imponentes cúpulas doradas del palacio de Catalina la Grande, y los apacibles jardines y fuentes del palacio de Pedro el Grande, Petrodvorets. Recordaría con nostalgia los elegantes aerodeslizadores blancos que recorrían el Neva como salidos de una novela de ciencia-ficción de Stanislav Lem, y echaría de menos los magníficos acorazados que los escoltaban, yendo y viniendo de la escuela naval de Najimov en la isla Aptekarski del Neva.

Y, por supuesto, añoraría el incomparable Ermitage. Aunque se suponía que no debían deambular por el museo, siempre encontraba tiempo para hacer precisamente eso, cuando el coronel Rossky estaba ocupado. A pesar de que alguien lo hubiera visto día tras día, podía tratarse de un empleado; nadie le prestaría importancia. Además, no es razonable poner al alcance de la mirada de un hombre con fe religiosa obras como El descendimiento de la cruz de Rembrandt, Las lamentaciones de Cristo de Carracci o San Vicente en el calabozo, de la escuela de Ribalta, y esperar que no se detenga a contemplarlos. Sobre todo si quien pasaba se sentía, en cierto modo, identificado con el cautivo pero inquebrantable san Vicente.

Sin embargo, le alegraría alejarse del trabajo, del estrés y de las semanas laborales de siete días y en especial le reconfortaría hallarse fuera del alcance de los ojos vigilantes del coronel Rossky. Había servido al mando de ese bastardo en Afganistán y maldecido al destino que los había vuelto a unir durante los dieciocho meses pasados.

Como siempre, cuando llegó al puente de Kirovsky Prospekt, Pavel tomó el carril lateral, con su bajo guardarriel de hormigón y sus automovilistas más intrépidos. Respiró aliviado al encontrarse entre vehículos rápidos.

—¿Quieres una respuesta? —preguntó Pavel aspirando intensamente el humo del cigarrillo.

—¿A qué pregunta? —bromeó Iván—. ¿La que se refiere a tu mujer?

Pavel hizo una mueca.

—Te diré en qué se diferencian los alemanes y los franceses. Los franceses seguían a Napoleón porque tenían hambre. Siempre anteponen la comodidad a la decencia.

—¿Y qué me dices de la Resistencia? —preguntó Piotr.

—Un fraude. El acto reflejo de un cadáver. Si la Resistencia francesa hubiera sido tan efectiva como la Resistencia rusa en Stalingrado, París no habría caído nunca.

Pavel pisó el acelerador para evitar que un Volkswagen lo adelantara por la derecha. «Nueva rica del mercado negro», pensó por el aspecto pretencioso de la mujer. Pavel vio a través del espejo retrovisor que un camión le seguía y se desplazaba desde el carril central.

—Los franceses no son malos —continuó Pavel—, pero los alemanes siguieron a Hitler porque en el fondo aún son unos vándalos. Dales tiempo y sus fábricas volverán a producir tanques y bombarderos, te lo aseguro.

Piotr sacudió la cabeza.

—¿Y qué sucede con Japón?

—También son unos bastardos —opinó Pavel—. Si Dogin gana las elecciones, también los controlará.

—¿Y crees que la paranoia es una razón lógica para votar a un candidato a presidente?

—No es paranoia temer a los viejos enemigos: es precaución.

—¡Es provocación! —exclamó Piotr—. No se sigue a un hombre porque haya prometido acabar con los alemanes al menor signo de remilitarización.

—Esa es la única razón.

Tenía ante él despejada la carretera y Pavel aceleró al cruzar el ancho río oscuro. Los hombres cerraron las ventanillas para protegerse del viento cortante.

—Dogin ha prometido revitalizar el programa espacial, lo cual fortalecerá la economía. Edificará más estudios como el nuestro y construirá nuevas fábricas a lo largo de la línea transiberiana, que producirán mercancías baratas y permitirá que se levanten nuevas viviendas.

—¿Y de dónde saldrá el dinero para conseguir todas esas maravillas? —preguntó Piotr—. ¡Nuestro pequeño nidito costó veinticinco mil millones de rublos! ¿De veras crees que si Dogin gana podrá sacar tanta tajada del gobierno y de las aventuras exteriores?

Pavel soltó una bocanada de humo y asintió.

Piotr frunció el ceño y levantó el pulgar por encima del hombro.

—Eso no es lo que yo he oído. El Número Dos hablaba a un edecán acerca de los ladrones oficiales. De ahí es de donde planea sacar el dinero y es una peligrosa asociación con…

Pavel reaccionó instintivamente cuando de repente el Volkswagen se atravesó delante de él. Pisó enérgicamente el freno y dio un golpe de volante hacia la derecha. Al hacerlo, oyó un ruido, y un espeso humo verde empezó a salir por debajo del tablero.

—¿Qué es esto…? —Tosió Piotr.

—¡Abre una ventana! —gritó uno de los hombres desde detrás mientras todos empezaban a toser.

Pero Pavel ya se había desplomado sobre el volante, apenas consciente. La furgoneta estaba fuera de control cuando el camión les golpeó por detrás.

El Volkswagen había invadido parte del carril derecho en el momento en que el camión empujó la furgoneta hacia él. El costado

izquierdo del parachoques delantero de la camioneta chocó contra el coche, y se levantó y se incendió su lado derecho. En su trayectoria hacia el borde del puente, la furgoneta embistió contra la baja protección de cemento y saltó por encima empujada por el camión. El neumático derecho explotó, el eje sobrepasó el guardarriel y la furgoneta se precipitó, de morro, sobre el río turbulento.

Al chocar contra el agua se produjo un ruido silbante, la furgoneta permaneció unos instantes en posición vertical antes de quedar boca arriba. Por ambos lados emergían vapor y burbujas de aire que se mezclaban con el humo verde mientras la furgoneta oscilaba panza arriba sobre la superficie del río. El resto del vehículo estaba totalmente sumergido.

El musculoso camionero y la joven rubia que conducía el Volkswagen fueron las primeras personas en llegar al destrozado guardarriel. A ellos se les unieron otros automovilistas que salían corriendo de sus coches.

Ni el hombre ni la mujer se dijeron una palabra. Se limitaron a mirar cómo la furgoneta era arrastrada hacia el suroeste, virando lentamente en la corriente, las burbujas de aire cesaban y el humo se transformaba luego en un leve rastro. El vehículo estaba ya demasiado lejos para que nadie se lanzase al agua e intentase buscar supervivientes.

Los dos conductores tranquilizaron a quienes les preguntaban si estaban bien. Volvieron a sus vehículos y esperaron a la policía.

Nadie vio cómo el conductor del camión dejaba caer al río una pequeña caja rectangular mientras se alejaba.

UNO

Sábado, 10:00, Moscú

El ministro del Interior Nikolai Dogin, un hombre alto y de complexión fuerte, se hallaba sentado tras un escritorio de roble de varios siglos de antigüedad en su despacho del Kremlin. En medio de la gran mesa, teñida por la pátina del tiempo, había un ordenador. A su derecha descansaba un teléfono negro y, a la izquierda, se veía enmarcada una pequeña fotografía de sus padres. En la instantánea se apreciaba un doblez horizontal en el centro; su padre la había doblado para poder llevarla en el bolsillo de la camisa durante la guerra.

Dogin se peinaba el cabello plateado hacia atrás, tenía las mejillas hundidas y sus ojos oscuros parecían cansados. Vestía un arrugado traje marrón, comprado en los grandes almacenes GUM, y unos gastados zapatos color marrón pálido: un minucioso y estudiado desaliño que tan bien le había funcionado durante tantos años.

«Pero no esta semana», pensó con amargura.

Por primera vez en treinta años de servicio público su imagen de hombre del pueblo le había fallado. Con su intensidad característica había dado a su pueblo el nacionalismo que decían desear. Su voz había renovado el orgullo en las fuerzas armadas y aireado la sospecha de viejos enemigos; sin embargo, sus compatriotas lo habían abandonado.

Claro que Dogin sabía el motivo. Su rival, Kiril Zhanin, había echado una red gastada: era la última y gloriosa ocasión para hacer morder el anzuelo al rodaballo del cuento de hadas del viejo Pedro, el pez que hacía realidad cualquier deseo.

«El capitalismo», pensó el ministro.

Mientras Dogin esperaba a su asistente, miró a los siete hombres que se sentaban ante él. Sus ojos negros miraban con fijeza las paredes, en las cuales se hallaba desplegada una historia del éxito del totalitarismo.

Al igual que su escritorio, las paredes rezumaban historia. De ellas colgaban mapas en marcos decorativos, algunos de ellos centenarios, cartas geográficas de Rusia bajo los distintos zares que se remontaban al reinado de Iván el Terrible. Los ojos fatigados de Dogin los recorrieron todos, desde un gastado mapa de pergamino, pintado, según se decía, con la sangre de los caballeros teutones cautivos, hasta un mapa de tela del Kremlin que había sido cosido al interior de la pernera del pantalón de un asesino alemán muerto.

«El mundo tal como era —pensó mientras detenía los ojos en un mapa de la Unión Soviética que Gherman S. Titov había llevado en el vuelo espacial realizado en 1961—. El mundo tal como volverá a ser».

Los siete hombres sentados en los sofás y las butacas también reflejaban en sus rostros el paso implacable del tiempo. La mayoría tendría unos cincuenta años o más; los otros pasaban de los sesenta. Varios vestían traje de paisano; los demás llevaban uniforme. Ninguno hablaba; solo rompía el silencio el murmullo del ventilador situado detrás del ordenador. Finalmente se oyeron unos golpes en la puerta.

—Entre.

Dogin sintió que se le hundía el corazón cuando se abrió la puerta y entró un joven de rostro lozano. Los ojos del joven reflejaban una profunda tristeza y Dogin sabía lo que significaba.

—¿Y bien? —inquirió Dogin.

—Lo siento —respondió el joven en voz baja—, pero es oficial. He revisado las cifras yo mismo.

Dogin asintió.

—Gracias.

—¿Hago los preparativos?

Dogin volvió a asentir y el joven salió del despacho. Al retirarse, cerró la puerta con cuidado.

Ahora Dogin miraba a los hombres. Al igual que la suya, sus expresiones no habían cambiado.

—Esto no supone ninguna sorpresa —dijo el ministro del Interior mientras acercaba la foto de sus padres y pasaba el dorso de los dedos por el cristal, dando la impresión de que les estuviera hablando a ellos—. El ministro de Asuntos Exteriores Zhanin ha ganado las elecciones. Ustedes saben que es el momento propicio. Todo el mundo está ebrio de libertad, pero se trata de una libertad sin responsabilidad, una libertad sin cordura, de experimentos temerarios. Rusia ha elegido un presidente que quiere crear una nueva moneda, hacer de nuestra economía una esclava de lo que consigamos vender al extranjero. Suprimir el mercado negro haciendo que los rublos y los bienes que lo sostienen sean absolutamente inservibles. Neutralizar a los rivales políticos impidiendo que lo derriben, pues tal acción perturbaría los mercados exteriores. Eliminar a las fuerzas armadas como adversarios pagando a los generales más dinero por servir a su política que por proteger a la madre Rusia. «Igual que Alemania y Japón, una Rusia económicamente fuerte, no debe temer a ningún enemigo», nos declara él.

Dogin entornó los ojos al mirar la imagen de su padre.

—Durante setenta años no hemos temido a enemigo alguno. ¡Vuestro héroe Stalin no dominaba Rusia, dominaba el mundo! Su nombre viene de *stal*: acero. Entonces nuestra gente estaba hecha de eso y reaccionaba ante el poder. Hoy buscan comodidad y son sensibles al descaro y a las promesas vanas.

—¡Bien venido a la democracia, mi querido Nikolai! —exclamó el general Viktor Mavik, un hombre con unas espaldas como un armario y una voz atronadora—. Bien venido al mundo en el que la OTAN corteja a la República Checa, Hungría, Polonia, naciones del antiguo pacto de Varsovia, para que se unan a la Alianza Atlántica sin ni siquiera consultarnos.

El secretario de Finanzas, Yevgueni Grovlev, se inclinó hacia adelante; descansaba la afilada barbilla sobre los pulgares y sus delgados dedos formaban un arco ojival bajo su ganchuda nariz.

—Debemos tener cuidado y no exagerar —sentenció— las reformas de Zhanin no podrán llevarse a cabo con rapidez. El pueblo se volverá contra él antes de lo que lo hicieran con Gorbachov y Yeltsin.

—Mi adversario es joven, pero no estúpido —respondió Dogin—. No haría promesas sin haber llegado a pactos. Y cuando las cumpla, los alemanes y los japoneses tendrán lo que no consiguieron conquistar en la segunda guerra mundial. Los Estados Unidos se apoderarán de lo que no pudieron obtener durante la guerra fría. De un modo u otro, todos serán propietarios de la madre Rusia.

Dogin dirigió los ojos hacia otro mapa: el de Rusia y la Europa del Este, que aparecía en la pantalla de su ordenador. Pulsó una tecla y Europa del Este se hizo más grande. Rusia desapareció.

—Una pulsación de la historia y se acabó.

—Solo si nos quedamos con los brazos cruzados —dijo el delgado Grovlev.

—Sí —coincidió Dogin—, si nos quedamos con los brazos cruzados. —La sala estaba cada vez más cargada, y el ministro del Interior se secó con un pañuelo de papel el sudor que se acumulaba encima del labio superior—. El pueblo ya no desconfía de los extranjeros ante la expectativa de prosperar económicamente, pero nosotros les enseñaremos que ese no es el camino —afirmó mirando fijamente a los hombres de la habitación—. El hecho de que ustedes y sus candidatos perdieran las elecciones, demuestra lo confuso que

está el pueblo. Pero el hecho de que estéis aquí esta mañana indica que hay voluntad de hacer algo al respecto.

—Sí, queremos hacer algo —confirmó el general Mavik, aflojándose el cuello con un dedo—, y confiamos en sus habilidades. Usted es el poderoso alcalde de Moscú y un comunista fiel del Politburó. Pero en nuestra primera reunión nos habló muy poco de los planes que preparaba por si la vieja guardia no conseguía reconquistar el Kremlin. Bueno, pues, la vieja guardia ha fracasado, ahora me gustaría oír algunos detalles.

—A mí también —dijo el general de la Fuerza Aérea, Dhaka, cuyos ojos grises brillaban bajo unas pobladas cejas—. Cualquiera de nosotros sería un formidable líder de la oposición. ¿Por qué debemos recurrir a usted? Nos prometió una acción de cooperación con Ucrania. Hasta ahora solo hemos visto unas irrelevantes maniobras de la infantería rusa cerca de la frontera, con la rápida aprobación del propio Zhanin. Aunque se realicen maniobras conjuntas, ¿qué ganamos con ellas? Los viejos hermanos soviéticos se vuelven a unir y Occidente tiembla un poco. ¿Cómo ayudará eso a reconstruir Rusia? Si quiere que colaboremos, necesitamos hechos concretos.

Dogin miró al general. Las mofletudas mejillas del militar se sonrojaron; su prominente mentón se veía despellejado allí donde rozaba con la corbata fuertemente anudada. El ministro sabía que los hechos concretos harían que más gente se agrupase en torno a Mavik o incluso acudiese a Zhanin.

Miró a cada uno de los hombres. En la mayoría de los rostros detectó convicción y fortaleza, mientras que en otros —Mavik y Grovlev en particular— veía interés, pero precaución. Su vacilación le irritaba porque él era el único que ofrecía la salvación de Rusia; sin embargo, conservó la calma.

—¿Quieren hechos concretos? —preguntó Dogin.

Escribió una orden en el teclado del ordenador, luego giró la pantalla para que la vieran los siete hombres. Mientras el disco duro

zumbaba, el ministro del Interior miró la foto de su padre. El padre de Dogin había sido un soldado condecorado durante la guerra y, después, uno de los guardaespaldas más fieles de Stalin. Una vez le contó que durante la guerra había aprendido a llevar solo una cosa consigo: la bandera del país. Dondequiera que fuese, bajo cualquier circunstancia o peligro, siempre encontraba un amigo o un aliado.

El disco se quedó en silencio, Dogin y cinco hombres se pusieron de pie en el acto. Mavik y Grovlev intercambiaron miradas suspicaces, luego se levantaron de su asiento con lentitud. Ambos hombres saludaron militarmente.

—Así es como planeo reconstruir Rusia —dijo enfáticamente Dogin, y a continuación rodeó el escritorio y apuntó hacia la imagen que ocupaba la pantalla del ordenador: una estrella amarilla, una hoz y un martillo sobre un campo rojo; la antigua bandera soviética —. Recordándole a la gente cuál es su deber. Los patriotas no vacilarán en hacer lo que sea necesario, cualquiera que sea el plan y cueste lo que cueste.

Los hombres se sentaron, salvo Grovlev.

—Todos nosotros somos patriotas —aseveró el secretario de Finanzas— y me repugna la teatralidad. Si voy a poner mis recursos en sus manos, quiero saber cómo va a utilizarlos. ¿Para dar un golpe de Estado? ¿Para propiciar una segunda revolución? ¿O no confía en nosotros lo suficiente como para hacernos partícipes de tal información, señor ministro?

Dogin miró a Grovlev. No podía contárselo todo. No podía detallarle sus planes para las fuerzas armadas ni sus contactos con la mafia rusa. La mayoría de los rusos pensaban que aún eran unos campesinos provincianos sin una visión del mundo. Si oía sus planes, Grovlev podía volverse atrás o decidir apoyar a Zhanin.

—Señor ministro, no confío en usted —le espetó Dogin. Grovlev endureció su postura.

—Y, dadas sus preguntas —prosiguió Dogin—, es obvio que usted tampoco confía en mí. Intento ganarme esa confianza mediante

hechos y usted debe hacer lo mismo. Zhanin sabe quiénes son sus enemigos y ahora tiene el poder de la presidencia. El ministro puede ofrecerle un cargo o un nombramiento y usted tal vez se sienta tentado de aceptarlo. No sería raro que le utilizara para luchar contra mí. Durante las próximas setenta y dos horas, debo pedirles que tengan paciencia.

—¿Por qué setenta y dos horas? —preguntó el joven de ojos azules, el ayudante de dirección del Ministerio de Seguridad, Skule.

—Eso es lo que tardará mi centro de mando en entrar en funcionamiento.

Skule se quedó helado.

—¿Setenta y dos horas? No se referirá a San Petersburgo.

Dogin asintió al instante.

—¿Usted controla eso?

Dogin volvió a asentir.

Skule respiró profundamente y los demás hombres le miraron.

—Mis más sinceras felicitaciones, ministro. Eso pone el mundo entero en sus manos.

—Literalmente en mis manos —sonrió Dogin—. Tal como lo tuvo el secretario general del partido Iósiv Stalin.

—Discúlpeme —dijo Grovlev—, pero una vez más lo veo desde fuera. Ministro Dogin, ¿qué es exactamente «eso» que usted controla?

—El Centro de Operaciones de San Petersburgo —respondió Dogin—, la más sofisticada instalación de reconocimiento y comunicaciones de Rusia. Con él podemos acceder a todo, desde vistas del mundo por vía satélite a comunicaciones electrónicas. El Centro también tiene su propio personal de campo para operaciones de «índole quirúrgica».

Grovlev parecía confuso.

—¿Habla de la estación de televisión del museo del Ermitage?

—Sí —contestó Dogin—. Se trata de una tapadera, ministro Grovlev. Su ministerio aprobó la financiación de una fachada

operativa, un estudio de televisión en funcionamiento. Y los fondos siguen saliendo del Ministerio del Interior —Dogin se golpeó el pecho con el pulgar—. Es decir, de mí.

Grovlev se recostó hacia atrás en su asiento:

—Ha estado planeando esta operación durante bastante tiempo.

—Desde hace dos años —puntualizó Dogin—. Estaremos en el aire el lunes por la noche.

—Y ese centro —dijo Dhaka— es su puesto de mando para realizar actividades que van más allá que espiar a Zhanin durante estas próximas setenta y dos horas.

—Muchísimo más allá que espiar —corroboró Dogin.

—¡No nos había hablado de eso! —refunfuñó Grovlev—. ¡Quiere nuestra cooperación, pero usted no coopera! Dogin replicó solemnemente:

—¿Quiere que me confiese con usted, señor ministro? Es fácil, durante los últimos seis meses, mi hombre en el Centro de Operaciones ha estado empleando personal y también medios electrónicos que ya estaban instalados para vigilar tanto a mis aliados como a mis rivales potenciales. Hemos reunido una cantidad ingente de información sobre la corrupción, las relaciones y —miró a Grovlev— los extraños intereses personales. Me alegrará compartir esta información con usted, individual o colectivamente, ahora o más tarde.

Algunos de los hombres se rebulleron intranquilos en sus asientos. Grovlev se sentó como petrificado.

—Bastardo —gruñó Grovlev.

—Sí, lo soy. Un bastardo que hace el trabajo sucio —el ministro del Interior comprobó la hora en su reloj, luego se acercó a Grovlev y clavó su mirada en sus pequeños ojos—. Ahora debo irme, ministro. Tengo una reunión con el nuevo presidente. Tengo que darle mi enhorabuena, él tiene que firmar algunos documentos, pero en doce horas podrán juzgar ustedes mismos si trabajo por vanidad o —señaló la bandera del monitor— por esto.

Con una inclinación de cabeza hacia la silenciosa asamblea, el ministro Dogin salió del despacho. Con su asistente pisándole los talones, se dirigió apresuradamente hacia un coche que le llevaría hasta Zhanin y volvería a conducirlo hasta su despacho. Y una vez a solas, a puerta cerrada, haría la llamada que pondría en marcha los acontecimientos que cambiarían el mundo.

DOS

Sábado, 10:30, Moscú

Keith Fields-Hutton irrumpió en su habitación del recientemente remodelado hotel Rossiya, arrojó la llave sobre la cómoda y corrió al lavabo. Se detuvo en el camino y recogió dos trozos de papel enrollado que se habían caído de la máquina que había traído consigo y estaba encima de la cómoda.

Esta era la parte de su trabajo que más odiaba. No el peligro, a veces considerable, ni las interminables horas sentado en aeropuertos esperando vuelos de Aeroflot que no llegaban nunca, lo cual era habitual, y tampoco las largas semanas lejos de Peggy, separación que para él constituía lo más frustrante de todo.

Lo que más detestaba eran esas malditas tazas de té que tenía que beberse.

Cuando iba a Moscú, una vez al mes, Fields-Hutton siempre se alojaba en el Rossiya, al este del Kremlin, y tomaba opíparos desayunos en su elegante café. Así le daba tiempo a leer los periódicos de cabo a rabo y, lo que era más importante, a vaciar constantemente la taza de té, dándole a Andréi, el camarero, una razón para acercarse y rellenarla tres, cuatro o incluso cinco veces con bolsitas de té nuevo. Del extremo de la cuerda de las bolsitas pendía una etiqueta con el nombre de «Chashka Chai» en la parte exterior. En la cara interna de cada etiqueta, una mancha circular contenía un microfilm que Fields-Hutton se guardaba en el bolsillo

cuando nadie le veía. La mayor parte del tiempo el *maître* no le quitaba ojo, así que Fields-Hutton tenía que recuperar el microfilm cuando entraban otros clientes al restaurante y lo distraían.

Andréi era uno de los hallazgos de Peggy. Su nombre procedía de una lista de antiguos combatientes, y más tarde supo que en un principio había intentado hacer dinero trabajando en una planta petrolífera de la Siberia occidental. Pero le hirieron en Afganistán y, tras pasar por el quirófano, quedó imposibilitado para levantar armamento pesado. Y después de la caída de Gorbachov, ya no pudo ganarse la vida. Era el hombre perfecto para pasar información entre agentes muy secretos cuyos nombres ignoraba, cuyos rostros no había visto jamás, y Fields-Hutton. Si alguna vez capturaban a Andréi, solo Fields-Hutton correría peligro… y eso era inherente al territorio.

Al contrario de lo que creía mucha gente ajena a la comunidad del espionaje, la KGB no había caído con el comunismo. Al contrario, al igual que el nuevo Ministerio de Seguridad, estaba más omnipresente que nunca. La agencia simplemente había dejado de ser un ejército de profesionales para transformarse en una fuerza aún mayor de agentes civiles independientes. A estos agentes secretos civiles les pagaban por cada prueba concreta que conseguían. En consecuencia, veteranos y aficionados por igual buscaban espías por doquier. Peggy lo llamaba la versión rusa del programa de la televisión norteamericana Entertainment Tonight, con corresponsales en todos los lugares del país. Y tenía razón. La presa eran extranjeros en lugar de celebridades, pero el objetivo era el mismo: informar sobre actividades furtivas o sospechosas. Y como tantos empresarios suponían que ya no constituía una amenaza, se metían en problemas ayudando a colaboradores rusos a cambiar rublos por dólares o marcos, introduciendo joyas o trajes caros del mercado negro o espiando a compañías rivales que hacían negocios allí. En lugar de juzgarlos, a los presos extranjeros se les permitía comprar el modo de salir del embrollo. Fields-Hutton bromeaba

diciendo que el ministerio pasaba menos tiempo protegiendo la seguridad nacional que supervisando el comercio. Solamente los fabricantes japoneses pagaban a los agentes rusos cientos de millones de rublos al año por espiar a otros competidores que pudieran tener un ojo puesto en sus actividades en Rusia. Incluso se rumoreaba que los japoneses habían apostado más de cincuenta millones de rublos al derrotado aspirante a presidente, el ministro del Interior, Nikolai Dogin, para que impidiera que el país cayese bajo el influjo de los inversores extranjeros.

El negocio del espionaje estaba como en sus mejores tiempos, y después de siete años, el agente británico Fields-Hutton aún formaba parte del mismo.

Fields-Hutton se había graduado en Cambridge con una excelente calificación en literatura rusa, y albergaba el deseo de convertirse en novelista. El domingo siguiente a su graduación, estaba sentado en un café en Kensington —leyendo Apuntes del subsuelo, de Dostoievski— cuando una mujer desde una mesa cercana se volvió y le preguntó:

—¿Le gustaría ampliar sus conocimientos sobre Rusia? —Sonrió y luego añadió—: ¿Ampliarlos mucho más?

Ese fue su primer contacto con el espionaje británico y con Peggy. Más tarde supo que el DI6 mantenía una larga asociación con Cambridge, que se remontaba a la segunda guerra mundial y a «Ultra», el proyecto de alto secreto para descifrar el legendario código «Enigma» alemán.

Fields-Hutton salió a pasear con Peggy y concertaron una entrevista con sus superiores. En un año, el DI6 le había convertido en editor de libros de cómics que compraba historias y dibujos a los autores de cómics rusos para publicarlos en Europa. Eso le permitía realizar viajes constantes, pertrechado de portafolios enormes y rebosantes, y montañas de revistas, así como videocasetes y muñequitos de los personajes que los rusos habían dibujado. Desde el principio, a Fields-Hutton le sorprendió cómo el regalo de una taza

con el dibujo de un superhéroe, una toalla de baño o una sudadera podían servirle para retribuirles los servicios a empleados de líneas aéreas, trabajadores de hotel e incluso de la policía. Aunque cogieran y vendieran los artículos en el mercado negro o se los dieran a sus hijos, el trueque era una poderosa herramienta en Rusia.

Con todas las revistas y juguetes que transportaba era fácil esconder el microfilm: a veces envuelto alrededor de las grapas de un libro de cómics, otras veces enrollado dentro de una garra hueca de la mano de un muñeco de acción Tigerman. Paradójicamente, el trasiego de cómics había cobrado vida propia y la inteligencia británica estaba en realidad acumulando suculentos *royalties* por la concesión de licencias. El estatuto de la organización prohibía las empresas lucrativas:

—Al fin y al cabo, esto es el gobierno —dijo una vez Winston Churchill a un agente que quería vender un juguete que descifraba códigos.

Sin embargo, el entonces primer ministro John Major y el Parlamento acordaron que los beneficios de los libros de cómics se destinaran a programas sociales para ayudar a las familias de los agentes secretos británicos caídos en servicio o que hubieran quedado incapacitados.

Si bien había llegado a gustarle el negocio de los cómics y había adoptado la decisión de ser novelista el día en que se jubilara —contaba con material más que suficiente para escribir *thrillers* realistas—, el verdadero trabajo de Fields-Hutton para el espionaje británico era vigilar los proyectos de construcción tanto extranjeros como nacionales en la Rusia oriental. Aún se construían habitaciones secretas y se utilizaban micrófonos ocultos y subsótanos, y cuando se descubrían y se les echaba un vistazo, aportaban una cantidad ingente de información. Sus actuales contactos —Andréi y León, un ilustrador que vivía en un apartamento en San Petersburgo— le brindaban fotocopias y fotografías al natural de todos los edificios

que se levantaban y las remodelaciones que se efectuaban en los bloques antiguos dentro de su territorio.

Al salir del baño, Fields-Hutton se sentó en el borde de la cama, sacó del bolsillo las etiquetas de las bolsitas de té y las abrió. Retiró cuidadosamente cada pieza circular de microfilm y las metió en un amplificador de gran potencia, que, según contaba a los clientes, llevaba consigo para mirar las transparencias de las ilustraciones para las cubiertas.

(—Sí, señor, tengo más gorras de béisbol de Grim Ghost de las que necesito. Claro que puede quedarse una para su hijo. ¿Por qué no coge también algunas para sus amigos?).

Lo que vio en una de las fotografías podía asociarse a un pequeño artículo que había leído en el periódico de aquel día. En la loto aparecía material aislante enrollado en un ascensor de servicio del Ermitage. Fotografías de días sucesivos demostraban que también estaban entrando grandes embalajes de obras de arte. Lo cual no tenía por qué levantar sospechas; el interior del museo estaba en obras para modernizarlo y ampliarlo con motivo del tricentenario de la ciudad en el año 2003. Además, el museo se levantaba justo sobre el río Neva. Era posible que las paredes se recubrieran con material aislante para proteger de la humedad las obras de arte.

Pero León le había enviado dos páginas por fax y, según la completamente simbólica tira de cómic del Capitán Legend de la primera página, el superhéroe había volado hasta el Mundo de Hermes —es decir, León había ido al museo del Ermitage— una semana después de que se hubieran realizado las fotos. Informó que no había ninguna construcción que emplease material aislante en ninguno de los tres pisos de cualquiera de los tres edificios. En cuanto a las cajas, aunque siempre se estaban donando obras de arte al museo, no se exhibían piezas nuevas ni se había anunciado ninguna exposición: con tantas secciones cerradas para su remodelación, había abundante espacio para exposiciones.

Fields-Hutton haría que el DI6 comprobase si últimamente algún museo o coleccionista privado había facturado algo para el Ermitage, aunque dudaba que encontrasen alguno.

Luego estaban las horas de los trabajadores que transportaban los aislantes y las cajas hasta los ascensores. Según la tira de León, los hombres —los esclavos del mundo de Hera que llevaban armamento y víveres a una base secreta— bajaban las escaleras por la mañana y no salían hasta primera hora de la noche. Había estado observando a dos en particular, que iban día tras día y a quienes podía seguir si el D16 pensaba que serviría de algo. Aunque podían estar trabajando en restauraciones, también era posible que simplemente enmascarasen una actividad secreta que tenía lugar en el sótano.

Todo eso casaba con el accidente del que se informaba en el periódico de la mañana y que también se describía en la segunda página del fax de León. El día anterior, la furgoneta en que viajaban seis empleados del museo, que regresaban a casa después de terminar su jornada, había patinado en Kirovsky Prospekt y se había precipitado al río Neva, donde los seis ocupantes habían muerto ahogados. León había ido al lugar del accidente y su somero boceto para la cubierta del Capitán Legend era mucho más explícito que la información que proporcionaban los cinco centímetros de artículo del periódico. En él aparecía el héroe ayudando a los esclavos desde un cohete que se había estrellado en una laguna de arenas movedizas. El color que se leía para el humo que salía de las arenas movedizas decía «verde». Cloro.

¿Habían gaseado a los hombres? ¿Enviaron el camión que los proyectó por encima del puente solo para encubrir el hecho de que los hombres habían sido asesinados?

El accidente podía ser una coincidencia, pero el trabajo del espionaje no podía permitirse soslayar cualquier posibilidad. Todo indicaba que algo raro ocurría en San Petersburgo y Fields-Hutton quería descubrir de qué se trataba.

Fields-Hutton envió por fax las ilustraciones de León a su oficina de Londres e incluyó una nota en que les solicitaba que le adelantaran veintisiete libras —lo que significaba que tenían que mirar la página siete del Dyen de hoy— y que iba a San Petersburgo a reunirse con el dibujante para hablar de su ilustración de la cubierta.

«Creo que tenemos algo —escribió—. Me da la sensación de que si el autor puede crear una conexión entre las arenas movedizas y las minas subterráneas del mundo de Hera, tendremos una historia fascinante. Os haré saber la opinión de León».

Tras recibir la aprobación de Londres, Fields-Hutton introdujo en una bolsa su cámara, su ligero neceser, su *walkman*, los dibujos y los juguetes, se apresuró por el vestíbulo, y cogió un taxi que lo llevó tres kilómetros al nordeste. En la estación Krasnoprudnaya de San Petersburgo compró un billete para el trayecto de seis kilómetros, luego se sentó en un duro banco a esperar el próximo tren que saliera para la hermosa ciudad del golfo de Finlandia.

TRES

Sábado, 24:20, Washington, D.C.

Durante la guerra tría, el inclasificable edificio de dos plantas situado cerca del área de servicio y estacionamiento para aviones de la Reserva Naval en la Base Aérea de Andrews era una sala de emergencia, una zona de acuartelamiento especial para tripulaciones aéreas de élite. En caso de un ataque nuclear, se les hubiera utilizado para evacuar a funcionarios claves de Washington, D.C.

Pero el edificio de color marfil no era un obsoleto monumento a la guerra fría. Ahora el césped estaba un poco más cuidado y los terrenos que los soldados empleaban para la instrucción ahora se habían convertido en jardines. A ambos lados se habían levantado jardineras de hormigón para evitar que alguien se acercara demasiado con un coche bomba. Y la gente que trabajaba allí no llegaba en todoterrenos ni litigues Defenders, sino en mono volúmenes, Volvos y algunos Saab y BMW.

Los setenta y ocho empleados que ahora trabajaban allí, a jornada completa, habían sido contratados por el Centro Nacional de Gestión de Crisis, CNGC. Eran estrategas, generales, diplomáticos, analistas de inteligencia, especialistas en ordenadores, psicólogos, expertos en reconocimiento, especialistas en medio ambiente, abogados e incluso manipuladores de los medios de comunicación o doctores escogidos. El CNGC compartía otros cuarenta y dos empleados de apoyo con el Departamento de Defensa y la CIA, y

dirigía un equipo de intervención táctica de doce personas conocido como Striker, que tenía su base en la vecina Academia Quantico del FBI.

El estatuto del CNGC era distinto a cualquier otro en la historia de los Estados Unidos. Al cabo de un período de dos años, el grupo había invertido más de cien millones de dólares en equipo y modificaciones de alta tecnología, convirtiendo la antigua sala de emergencias en un centro de operaciones ideado para actuar coordinadamente con la Agencia Central de Inteligencia, la Agencia de Seguridad Nacional, la Casa Blanca, el Departamento de Estado, el Departamento de Defensa, la Agencia de Inteligencia de Defensa, la Oficina Nacional de Reconocimiento y el Centro de Inteligencia y Análisis de Riesgo. Pero después de un período de reajuste de seis meses, en el que hubo que enfrentar y solucionar tanto crisis nacionales como internacionales, «Op-Center», pues así se le conocía familiarmente, se hallaba entonces en situación de igualdad con tales agencias y algunas otras. El director Paul Hood respondía ante el propio presidente Michael Lawrence y lo que había empezado siendo una agencia de información con funciones de Cuerpo de Operaciones Especiales, ahora tenía la singular capacidad para controlar, iniciar y dirigir operaciones en todo el mundo.

Constituían una amalgama singular de viejos profesionales que tenían una idea metódica de la inteligencia, de la intervención con agentes sobre el terreno, y jovencitos rubios que se regodeaban en la alta tecnología y las jugadas audaces. Y por encima de ese variopinto tapiz estaba Paul Hood. Aunque Hood no era un santo, su abnegación le había valido el apodo de «el Papa» por parte de sus colegas. Era escrupulosamente honesto, a pesar de haber trabajado en banca como experto en inversiones durante el mandato de Reagan. Era también extraordinariamente transparente, aunque había sido alcalde de Los Angeles durante dos años. Hood estaba constantemente adiestrando a su equipo en el nuevo arte de la gestión de la crisis. Lo consideraba una alternativa a las tradicionales

respuestas de Washington, que se inclinaban o hacia la inhibición ante un problema o hacia la respuesta bélica sin paliativos. En Los Ángeles había sido pionero en el arte de cortar los problemas en segmentos manejables y distribuirlos entre profesionales que trabajaban en estrecha colaboración. En Los Ángeles había funcionado con eficacia como también funcionaba en estas latitudes, aunque contrariaba la mentalidad «aquí mando yo» que prevalecía en Washington. Su número dos, Mike Rodgers, una vez le dijo que probablemente encontrarían más enemigos en la capital de la nación que en cualquier otro rincón del mundo, pues los jefes de departamento, directores de agencia y funcionarios electos considerarían el estilo de dirección de Op-Center como una amenaza para sus feudos. Y muchos de ellos no cejarían hasta socavar la eficacia de Op-Center.

—Los de Washington son como zombis —le había manifestado Rodgers—, capaces de levantarse de entre los políticamente muertos con el cambio de los tiempos y los humores: mira a Nixon, Jimmy Carter. Por tanto, los rivales no solo intentan destruir carreras, sino arruinar vidas. Y si eso no es suficiente, se centran en familiares y amigos.

Pero a Hood no le importaba. Su estatuto era velar por la seguridad de Estados Unidos, no promocionar la reputación de Op-Center o sus empleados, y él se tomaba muy en serio esa misión. También creía que si hacían el trabajo que se suponía debían hacer, sus «rivales» no podrían tocarles un pelo.

En aquel momento, Ann Farris no veía al experto en inversiones ni al político, ni al «Papa» sentado en el sillón del director. Sus ojos pardos veían en el hombre a un tímido jovencito. A pesar de la mandíbula enérgica, el ensortijado cabello negro y los acerados ojos de color avellana, Hood parecía un niño al que le gustaría quedarse en Washington y jugar con sus amigos y espiar satélites y agentes secretos en lugar de irse de vacaciones con su familia. Si los niños no hubieran echado de menos a sus viejos amigos y trasladarse al

Este no hubiera supuesto semejante carga para su matrimonio, Ann sabía que Paul no se habría ido.

El director de Op-Center, de cuarenta y tres años, estaba sentado en su espaciosa oficina en la instalación de alta seguridad. Mike Rodgers, el subdirector general, se hallaba instalado en una butaca a la izquierda de su mesa y la jefa de prensa, Farris, se encontraba sentada en un sofá a su derecha. El itinerario del viaje de Hood al sur de California estaba en el ordenador.

—Sharon le ha arrancado una semana a su jefe, Andy MacDonnell, que dice que ha visto por el cable que no puede vivir sin su segmento de cocina saludable —dijo Hood—, y acabaremos en Bloopers, la antítesis de la cocina saludable. En cualquier caso, allí es donde estaremos la primera noche. Los niños lo vieron en la MTV y si me llamáis probablemente no oiré el teléfono.

Ann se inclinó hacia adelante y le dio unos golpecitos en el dorso de la mano, sus dientes blancos brillaban más que el pañuelo amarillo de diseño con el que recogía el largo cabello castaño.

—Apuesto a que si te desmadras te da un ataque —sostuvo Ann —. He leído algo sobre Bloopers en Spin. Pide un perrito caliente con sabor a pepinillo y un pastel francés frito. Te encantarán.

Hood se burló:

—¿Y si lo ponemos en el sello de la agencia? «Op-Center: hacemos el mundo seguro para los perritos calientes con sabor a pepinillo».

—Tendré que preguntar a Lowell cómo sería eso en latín —sonrió Ann—. Nos gustaría que al menos sonara elevado.

Rodgers suspiró y tanto Hood como Ann le miraron. El general de dos estrellas estaba sentado sin dejar de mover la pierna cruzada sobre la rodilla.

—Lo siento, Mike —se disculpó Hood—. Me he desmadrado demasiado pronto.

—No es eso —respondió Rodgers—. Simplemente no habláis mi idioma.

Como jefa de prensa, Ann estaba acostumbrada a oír las verdades envueltas en paños calientes. En la voz de Rodgers detectaba tanto crítica como envidia.

—Tampoco es mi idioma —admitió Hood—, pero con los niños aprendes una cosa (y Ann me dará la razón), y esta es que tienes que adaptarte. ¡Diablos!, me doy cuenta de que estoy a punto de decir las mismas cosas acerca de la música rap y el heavy metal que mis padres decían sobre los Young Rascals. Tienes que transigir con estas cosas.

La expresión de Rodgers era escéptica.

—¿Sabes lo que decía George Bernard Shaw sobre la adaptación?

—La verdad es que no —admitió Hood.

—Decía: «El hombre sensato se adapta al mundo; el insensato persiste en intentar que el mundo se adapte a él. De modo que todo progreso depende del insensato». No me gusta el rap y nunca me gustará. Es más, nunca intentaré que me guste.

—¿Qué haces cuando el teniente coronel Squires lo escucha?

Rodgers le respondió:

—Le ordeno que lo apague. Él me dice que soy poco sensato…

—Y tú le citas a Shaw —apuntó Ann.

Rodgers la miró y asintió.

Hood enarcó las cejas.

—Interesante. Bien, vamos a ver si podemos ponernos de acuerdo en lo que hay que hacer en los próximos días. Primero, mi calendario.

Hood esbozó su sonrisa de muchacho y se puso manos a la obra mientras dirigía la mirada hacia la pantalla del ordenador. Ann intentó arrancar una sonrisa al subdirector, pero no lo consiguió. Lo cierto era que este rara vez sonreía y solo parecía auténticamente feliz cuando había estado cazando jabalíes, totalitarios o cualquiera que antepusiera su carrera a la seguridad de los hombres o las mujeres combatientes.

—El *tour* por Magna Studio será el lunes —prosiguió Hood— y el parque de diversiones Wallace World, el martes. Los niños querrán hacer surf o sea que el miércoles será día de playa… y tal y cual. Me llevo el móvil por si me necesitáis. No creo que tenga problemas para llegar a la comisaría de policía o a la oficina del FBI más próxima si necesito con urgencia una línea de seguridad.

—Será una semana tranquila —comentó Ann, quien había copiado el informe matinal del agente de inteligencia Bob Herbert en su portátil antes de acudir a la reunión y ahora abría la tapa—. Las fronteras de Europa del Este y Oriente Medio están relativamente frías. La CIA se disponía a ayudar a las autoridades mexicanas a cerrar la base rebelde de Jalapa sin incidentes. Las cosas están tranquilas en Asia después de la situación prebélica de Corea. Y los ucranianos y los rusos al menos han vuelto a sentarse para hablar sobre quién es el dueño de qué en Crimea.

—Mike, ¿se verá eso afectado por el resultado de las elecciones rusas? —preguntó Hood.

—Creemos que no —dijo Rodgers—. El nuevo presidente de Rusia, Kiril Zhanin, ha cruzado espadas con el líder ucraniano Vesnik en el pasado, pero Zhanin es un pacifista. Tenderá una rama de olivo. En cualquier caso, nuestra previsión es que no se produzcan Códigos Rojos durante la semana que viene.

Hood asintió. Ann sabía que tenía poca fe en lo que él llamaba las tres «p» —previsiones, prospecciones y psicocháchara—, pero al menos simulaba escucharlas. Cuando llegó por primera vez a Op-Center, Paul y la psicóloga del personal, Liz Gordon, se llevaban como el perro y el gato.

—Espero que tengas razón —manifestó Hood—, pero si Op-Center es llamado a consulta por algo superior a un Código Azul, quiero ser yo quien autorice nuestras actividades.

Rodgers dejó de mover la pierna. Los ojos ambarinos que normalmente parecían dorados se oscurecieron.

—Yo puedo arreglármelas, Paul.

—No he dicho que no puedas. Ya demostraste a todo el mundo de lo que eres capaz cuando detuviste aquellos misiles en Corea del Norte.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Ninguno —dijo Hood—. No se trata de nuestra capacidad, Mike, sino de nuestra responsabilidad.

—Lo comprendo —insistió Rodgers con cortesía—, pero los reglamentos lo permiten. El subdirector puede autorizar operaciones en ausencia del director.

—La palabra es «indispuesto» no «ausente» —puntualizó Hood —. Yo no estaré indispuesto y tú sabes cómo le sientan al Congreso las aventuras en el extranjero. Si algo sale mal, será a mí a quien arrastren hasta el Comité del Senado y tenga que dar explicaciones. Me gustaría poder decirles que estaba allí, no que lo leí en tu informe.

La nariz ganchuda de Rodgers, que se había roto cuatro veces jugando al baloncesto en la universidad, bajó ligeramente.

—Lo comprendo.

—Sin embargo, no estás de acuerdo —sostuvo Hood.

—Francamente, no. Me gustaría disponer de la oportunidad de impresionar al Congreso. Les daría a esos calienta-asientos una lección de cómo gobernar a base de acción, no a base de consenso.

—Por eso mismo me gustaría ser yo quien lidiara con ellos, Mike. Aún siguen pagándonos las facturas.

—Lo cual es motivo para que hombres como Oliver North hagan lo que hacen —respondió Rodgers rememorando el Irangate—: torearse a todos los Comités de Coordinación de subdirectores. Los pusilánimes que revisan las proposiciones y se sientan en ellas durante meses para finalmente devolverlas demasiado aguadas y demasiado tarde para que valgan la maldita pena.

Parecía que Hood iba a decir algo y Rodgers a oírlo y rebatirlo. En cambio, ambos hombres se miraron uno al otro en silencio.

—Bien —afirmó Ann, pletórica—, eso nos da control sobre esos tensos Códigos Verdes con un solo rehén, los Azules, crisis nacionales con múltiples rehenes, y pone los fáciles Amarillos, crisis de ultramar con rehenes, y los Rojos, estados de guerra, sobre tus espaldas —cerró la tapa del portátil, miró el reloj y se puso en pie—. Paul, ¿enviarás tu calendario a nuestros ordenadores?

Hood miró el ordenador. Pulsó «AltíF6» en el teclado, luego «PB/Enter» y «MRIEnter».

—Hecho —comentó.

—Fantástico, que tengas un viaje maravilloso y relajante.

Hood asintió. Luego volvió a mirar a Rodgers.

—Gracias por tu ayuda —dijo, levantando y estrechando la mano de Rodgers por encima de la mesa—. Si supiera ponértelo más fácil, Mike, lo haría.

—Hasta dentro de una semana —replicó Rodgers, luego se dio media vuelta y adelantó a Ann.

—Hasta luego —le dijo Ann a Hood, despidiéndose con la mano y dirigiéndole una sonrisa alentadora—. No te olvides de escribir… y de descansar.

—Te enviaré una postal desde Bloopers.

Ann cerró la puerta y siguió a Rodgers por el pasillo. Se abrió paso entre sus compañeros de trabajo, se apresuró al pasar ante las puertas abiertas de los despachos y las puertas cerradas de las secciones de inteligencia de Op-Center.

—¿Te encuentras bien? —preguntó cuando alcanzó a Rodgers.

Rodgers asintió.

—No lo pareces.

—Sigo sin encontrarle el punto a Hood.

—Lo sé. A veces te parece que en realidad tiene una especie de visión del mundo más amplia. El resto del tiempo te sientes como si intentara mantenerte a raya, corto un monitor de colegio listillo.

Rodgers la miró.

—Es una afirmación muy acertada, Ann. Es evidente que lo has pensado mucho.

La joven se sonrojó:

—Tiendo a reducir a todos a pedacitos exactos. Es una mala costumbre.

Para cambiar el curso de la conversación, Ann enfatizó lo de «a todos». Enseguida supo que había sido un error.

—¿Cuál es mi pedacito exacto?

Ann lo miró a la cara.

—Eres un hombre sincero y resuelto en un mundo que se ha vuelto demasiado complejo para tales cualidades. Se detuvieron junto a la oficina de Rodgers.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Es problemático —respondió Ann—. Si cedieras un poco, probablemente conseguirías mucho más.

Sin quitarle los ojos de encima, Rodgers entró su código en el teclado de seguridad de la puerta.

—Pero si algo no es como tú quieres, ¿vale la pena tenerlo?

—Siempre me ha parecido que la mitad es mejor que nada.

—Ya veo, simplemente yo no estoy de acuerdo. —En ese momento Rodgers sonreía—. Y Ann, la próxima vez si quieres decir que soy cabezota, dilo.

Rodgers le dirigió un pequeño saludo, entró en su despacho y cerró la puerta tras él.

Ann se quedó allí un momento antes de darse media vuelta y encaminarse despacio hacia su oficina. Se sentía mal por Mike. Era un hombre bueno y brillante, pero estaba fatalmente marcado por su tendencia a recurrir a la acción por encima de la diplomacia, incluso aunque esa acción no reparase en minucias como la soberanía nacional y la aprobación del Congreso. Su reputación de beligerante era lo que había conducido a que lo cesaran de su cargo de viceministro de Defensa, y le había llevado hasta allí como premio de consolación. Aceptó el cargo porque, por encima de todo, era un

buen soldado, pero nunca le hizo feliz… ni tampoco tener que reportarse ante un superior no militar.

«Sin embargo —pensó Ann—, todo el mundo tiene problemas de algún tipo». Como ella, por ejemplo. El problema al que Rodgers había aludido indiscretamente.

Iba a perder a Paul, su buen y honorable paladín, el caballero que no dejaría a su mujer por mucho que Ann lo diera por hecho. Y lo que era aún peor, Ann no podía dejar de fantasear sobre cómo iba a conseguir que Paul se relajase si fuera ella y su hijo quienes viajaran con él al sur de California, en lugar de Sharon y los niños…

CUATRO

Sábado, 14:00, Brighton Beach

Desde que en 1989 entrara ilegalmente en los Estados Unidos procedente de Rusia, el atractivo y moreno Herman Josef había trabajado en la Bestonia Bagel Shop en el barrio de Brighton Beach de Brooklyn. Allí era responsable de cubrir la masa aún caliente con sal, semillas de sésamo, ajo, cebollas, semillas de amapola y diversas combinaciones por el estilo. Trabajar cerca de los hornos era terrible en verano, delicioso en invierno; agradablemente tranquilo el resto del año. La mayoría del tiempo, trabajar allí no se parecía en nada a trabajar en Moscú.

El propietario, Arnold Belnick, le llamó por el interfono.

—Herman, ven a la oficina. Tengo un pedido especial.

Cada vez que oía eso, significaba que al delgado moscovita de treinta y siete años se le acababa la tranquilidad. Viejos instintos y sensaciones cobraban vida. La necesidad de sobrevivir, de triunfar, de servir a su país, eran habilidades que había adquirido a lo largo de diez años de trabajo para la KGB, antes de su transformación.

Tiró el delantal sobre el mostrador, dejó el proceso de acabado de las roscas en manos del hijo menor de Belnick.

Herman subió, de dos en dos, las quejumbrosas y viejas escaleras. Entró directamente en la oficina, que se hallaba iluminada por una lámpara de escritorio fluorescente y la luz que se filtraba a

través de una sucia claraboya. Cerro la puerta con llave y se quedó de pie junto al viejo que se encontraba sentado ante el escritorio.

Belnick le miró a través de una nube de humo de cigarrillo.

—Toma —dijo tendiéndole un papel a Herman.

Herman lo miró y se lo devolvió. El hombre obeso y calvo lo puso en el cenicero, lo tocó con la punta encendida de su cigarrillo y la nota ardió. Luego tiró las cenizas al suelo y las redujo a polvo.

—¿Alguna pregunta?

—Sí, ¿iré al piso franco?

—No —replicó Belnick—. Aunque te vigilen, no hay motivo para que te relacionen con el suceso.

Herman asintió. Había estado en aquel lugar de Forest Road en Valley Stream antes, después de matar a un rebelde checheno que intentaba reunir fondos para la secesión de su país. Era un piso franco de la mafia rusa para sus agentes. Desde allí estaba a veinte minutos del aeropuerto John F. Kennedy, o a veinte minutos de Jamaica Bay. De cualquiera de las dos maneras, era bastante fácil sacar operativos del país si las cosas se ponían demasiado calientes. Luego, cuando las cosas se enfriaban, regresaba a Brighton Beach y a la tienda Bestonia.

Herman fue hasta la taquilla que había en un rincón de la habitación, quitó el doble fondo y metió la mano. Y como por casualidad, como si se tratase de sal o semillas de amapolas, empezó a sacar las cosas que le iban a hacer falta.

CINCO

Domingo, 12:00, San Petersburgo

Con su fiel y vieja cámara Bolsea de treinta y cinco milímetros colgada del cuello, Keith Fields-Hutton compró una entrada en una taquilla situada fuera del museo del Ermitage, cerca del río Neva, luego caminó la corta distancia que le separaba del imponente museo de cúpulas doradas. Como siempre, caminar entre las blancas columnas de mármol de la planta baja le producía una sensación de pequeñez. Le pasaba lo mismo cada vez que entraba en uno de los edificios que albergaba más historia en el mundo.

El Ermitage es el mayor museo de Rusia. Lo fundó Catalina la Grande en 1764 como una zona separada del palacio de Invierno, que entonces tenía solo dos años de antigüedad. Rápidamente creció a partir de las doscientas veinticinco obras de arte que ella adquirió hasta la actual colección de tres millones de piezas. El museo alberga obras de Leonardo da Vinci, Van Gogh, Rembrandt, El Greco, Monet e incontables maestros, así como antiquísimos objetos pertenecientes al Paleolítico, el Mesolítico, el Neolítico, y las edades del Bronce y del Hierro.

En la actualidad, el museo consta de tres edificios adyacentes: el palacio de Invierno, el pequeño Ermitage, situado directamente en el nordeste, y el gran. Ermitage, que se encuentra al nordeste del anterior. Hasta 1917, el Ermitage estuvo reservado a la familia real, a

sus amigos y a los aristócratas. Solo después de la Revolución de Octubre se abrió al público.

Cuando Fields-Hutton entró en el gran vestíbulo principal, con sus revisores y los puestos de *souvenirs*, pensaba en lo triste que era que él estuviera allí. Cuando Catalina la Grande fundó el museo, dictó unas sabias normas de conducta para sus huéspedes. La primera y más importante constituía el artículo uno: «Al entrar, el título y el rango deben ser dejados a un lado, así como el sombrero y la espada».

La soberana estaba en lo cierto. La experiencia del arte debería acercar cualquier diferencia personal o política, no ocultarla. Tanto Fields-Hutton como León creían que los rusos habían quebrantado ese acuerdo. Además de la muerte de seis trabajadores y los cargamentos de material, detectaron crecientes niveles de radiación de microondas. León había estado allí antes de la llegada de su jefe y había utilizado un teléfono móvil en distintas zonas del museo. Cuanto más se acercaba al río, más se interrumpía la recepción. Eso podría explicar los aislantes. Si los rusos habían instalado algún tipo de centro de comunicaciones por debajo del nivel del agua, los componentes electrónicos habrían tenido que aislarse de la humedad.

El hecho de que hubieran establecido un centro de comunicaciones en el museo, estratégicamente tenía sentido. El arte es tan negociable como el oro y los museos rara vez son bombardeados en tiempo de guerra. Solo Hitler había violado la santidad de aquel museo, bombardeándolo. Aunque los ciudadanos de lo que entonces era Leningrado habían tenido la precaución de trasladar sus tesoros a Sverdlovsk, en los montes Urales.

«¿Habrán instalado los rusos un centro en el museo porque prevén una guerra?», se preguntaba Fields-Hutton.

Fields-Hutton consultó el plano del museo en su Guía azul. Lo había memorizado en el tren, pero no quería despertar las sospechas de los guardias dando la impresión de saber a ciencia

cierta dónde tenía que ir. Cada guardia era un trabajador potencial del Ministerio de Seguridad.

Después de echar una ojeada al plano, Fields-Hutton dobló hacia la izquierda, en dirección a la galería Rastrelli, larga flanqueada de columnas. En cada milímetro de la sala había algo expuesto, lo cual no dejaba espacio para encubrir un cuarto secreto por encima del suelo o una escalera oculta que condujera al sótano. Paseó alrededor de la pared que separaba la galería Rastrelli del ala Este y se detuvo al descubrir lo que en otro tiempo había sido una garita de guardia. Junto a la puerta había un teclado y sonrió al leer el cartel que pendía de un saliente a la izquierda. Decía, en alfabeto cirílico:

> *Este es el futuro emplazamiento de «Arte para los niños», un servicio de televisión que retransmitirá los tesoros del Ermitage a los estudiantes de los colegios de toda la nación.*

«Puede que sí y puede que no», pensó Fields-Hutton.

Simulando leer su Guía azul vigilaba al guardia y esperó hasta que el hombre se diera la vuelta; luego corrió hacia la puerta. Había una cámara de seguridad encima de esta, de modo que se cuidó a conciencia de no levantar la vista del libro ni mostrar su rostro. Fingió un estornudo y se tapó la cara con la mano para mirar furtivamente la lente. Era corta, de menos de veinte milímetros. Tenía que ser un gran angular, que cubría la puerta y la zona que se extendía a izquierda y derecha, pero no el fondo.

Fields-Hutton introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y sacó su pañuelo. Dentro había un peso mexicano, una de las pocas monedas que no tenían valor en Rusia. En el peor de los casos, si lo encontraban, lo recogerían y se lo quedarían como recuerdo, con un poco de suerte, un oficial de alta graduación que tuviera algo útil que decir en privado.

Volvió a estornudar y al inclinarse violentamente, Fields-Hutton deslizó el peso por debajo de la puerta. Estaba relativamente seguro de que había un detector de movimientos al otro lado de la puerta, pero no tan sensible como para percibir la moneda. Porque si no, cualquier cucaracha o ratón del museo lo activaría. Se irguió rápidamente y se alejó con la nariz cubierta por el pañuelo.

Deambuló hasta la entrada principal, permitió que un guardia revisara su bolsa y luego salió al exterior. Junto al río encontró un lugar bajo un árbol y de la bolsa sacó su *compactdisc* portátil. Seleccionó diferentes cortes del disco: los números describían, en código, lo que había visto en el museo. Estos números se grababan en un disco. Más tarde, cuando se encontrara lejos de cualquier receptor que pudiera estar apostado en el museo, ordenaría al portátil que transmitiera la señal al Consulado británico en Helsinki, desde donde sería retransmitido a Londres.

Cuando acabó de contarles lo del estudio de televisión, Fields-Hutton se recostó para escuchar lo que esperaba que fueran los ruidos de las actividades de espionaje que tenían lugar alrededor del pequeño peso.

SEIS

Domingo, 12:50, San Petersburgo

Cuando la moneda se deslizó por debajo de la puerta de la zona de recepción, pasó a través de una pantalla de contraimpulso electromagnética. Esta había sido diseñada para detectar cualquier señal que pasara por debajo de ella, menor incluso que las pilas de cadmio con las que funcionan los relojes digitales.

La interferencia produjo un sonido que impidió oír otra información que llegaba hasta los auriculares del director de Seguridad del Centro de Operaciones, Glinka. Aunque él no era una persona que se alarmara fácilmente, el coronel Rossky sí, sobre todo a poco más de un día de que llegara la hora cero y ante el rumor de que, en los últimos días, alguien había estado observando lo que sucedía desde el exterior.

Rossky hizo las comprobaciones de rigor con la recepcionista, que le dijo que no había entrado ni salido nadie. Le dio las gracias y el hombre bajito y musculoso se quitó los auriculares, se los tendió a su asistente, se levantó del asiento y cruzó el estrecho pasillo hasta el cubículo del coronel.

Buscaba cualquier excusa para estirar las piernas después de haber estado nueve horas sin hacer otra cosa más que probar micrófonos apostados en docenas de embajadas de todo el mundo. Todo ello tras pasarse cuatro horas sometiendo a una batería de pruebas —de ganchos de voltaje de encendido y apagado, escuchas

en línea, barrido de tono, prueba de pulso de alto voltaje y pruebas de escucha de multiconexión— a dos de las líneas telefónicas del Centro de Operaciones.

El zaguán central era del tamaño de dos pasillos de autobús encadenados de extremo a extremo. Lo iluminaban tres bombillas de veinticinco vatios en apliques negros suspendidos en el techo. La instalación estaba tan minuciosamente insonorizada que, desde el exterior, no se oía nada que hiciera menos ruido que un cañón o un perforador. Tanto las paredes interiores como las exteriores estaban hechas de ladrillos recubiertos con una espuma líquida y seis capas alternas de fibra de vidrio y hojas de dura y negra goma de veinticinco milímetros de espesor. Estas estaban rematadas con un material aislante —que impedía que penetrara la humedad— y una cobertura de cartón. Una capa de pintura negra mate absorbía la luz, que de otro modo se filtraría a través de las grietas de los suelos que se extendían por encima de ellos.

Como si se tratara de un tronco de árbol, el pasillo tenía varias ramificaciones, cada una de las cuales conducía a distintas áreas: ordenadores, seguridad de audio, reconocimiento aéreo, comunicaciones, biblioteca, salida y demás. El despacho del general Orlov estaba en un extremo y el del coronel Rossky en otro.

Glinka llegó al despacho del coronel y apretó el botón rojo del interfono que estaba junto a la puerta.

—¿Sí? —Crepitó la voz penetrante a través del altavoz.

—Coronel, soy Glinka. Hemos detectado una perturbación de noventa y ocho segundos en el área de recepción. No es mucha distancia si ha entrado alguien, pero usted quería que le dijera si hay algún…

—¿Dónde está el portero?

—Está trabajando en el ala Kurgan…

—Gracias —dijo Rossky—. Lo comprobaré yo mismo.

—Señor, puedo ir yo y…

—Eso es todo —le espetó Rossky.

Glinka se pasó la mano por el pelo rubio y rapado.

—Sí, señor —contestó mientras se alejaba de la puerta y volvía hacia su puesto.

«Todo por un corto paseo escaleras arriba», pensó. Pero era mejor ser desgraciado que enojar al severo coronel Rossky, que era lo que el pobre Pavel Odina había hecho al robar el equipo de la instalación. Glinka tuvo que mencionar el robo al coronel porque no quería que le acusaran a él. Nunca pensó que el diseñador de *software* para ordenadores hallaría tan terrible final, que —como todo el mundo sabía— había sido orquestado por Rossky.

Se hundió en su asiento, recuperó sus auriculares y se acomodó para lo que estaba seguro sería otra guardia ininterrumpida de cinco horas o más.

Tranquilamente pensó en todas las maneras en que le gustaría ponerle la zancadilla al presuntuoso hijo de puta si tuviera el valor…

Enfundado en su viejo y almidonado uniforme negro, con el relumbrante distintivo rojo en la solapa y la gorra recién encajada, el bajito y delgado coronel Rossky salió de su despacho y se dirigió hacia la puerta cortafuegos que conducía a la escalera. Como todos los soldados de la *spetsnaz* —palabra derivada de *spetsialnoye nazhacheniye*, «propósito especial»—, tenía los nervios y el carácter de acero; lo demostraba su expresión dura. Las oscuras cejas caían severamente por encima de su larga y recta nariz, y las comisuras de los finos labios se inclinaban hacia abajo, donde se fundían con las hondas y marcadas arrugas de la nariz. Lucía un espeso bigote, lo cual era raro en el cuerpo, pero su aspecto era el típico de las fuerzas especiales: paso firme y seguro, como si solo una correa invisible le impidiera correr hacia una meta que únicamente él podía ver.

Abrió la puerta y la cerró con resolución tras su paso. Rossky apretó el código en el panel para cerrarla con llave, luego pulsó un

botón en el interfono que estaba junto a este.

—Raisa, cierre la puerta exterior.

—Sí, señor.

Luego avanzó a pasos rápidos por un oscuro pasillo, subió otro piso de escalones y atravesó otra puerta, controlada por un pequeño teclado, que daba a un estudio de televisión. Normalmente se habría cambiado de ropa y vestido de civil antes de salir allí afuera, pero no tenía tiempo.

Los trabajadores del estudio estaban permanentemente instalando luces, monitores y cámaras de televisión. Ignoraron a Rossky mientras este pasaba a través de cables, embalajes y material técnico. Detrás de la acristalada cabina de control se veía una abrupta escalera brillantemente iluminada. Rossky subió y entró en una pequeña zona de recepción. Raisa se levantó de su escritorio y le saludó con una inclinación de cabeza. Iba a decir algo, pero él se llevó un dedo a los labios para hacerla callar y miró a su alrededor.

Rossky vio el peso enseguida, inofensivamente bajo la mesa de la recepcionista en el lado derecho de la habitación. Los dos empleados que estaban desempacando el equipo se pararon a mirarlo. Hizo un movimiento para indicarles que siguieran hablando. Continuaron hablando sobre un partido de fútbol mientras Rossky estudiaba la moneda. La rodeó como una serpiente cerca de su presa, sin tocarla y temiendo respirar. Un mal funcionamiento habría disparado la alarma en los auriculares de Glinka y el peso podía ser exactamente lo que parecía ser. Pero no había sobrevivido veinte años en las fuerzas armadas dando todo por supuesto.

Vio que el peso estaba gastado, como si llevara años en circulación. La fecha, 1982, parecía acorde con su desgaste. Miró a los lados de la moneda, las estrías ya casi inexistentes, la suciedad alojada entre ellas. Parecía del todo auténtico, pero el ojo podía equivocarse. Tiró de un largo cabello negro de su coronilla y lo sostuvo cerca de la moneda. El cabello se curvó como la varita de un

aguador. Se mojó el índice con la punta de la lengua y cuidadosamente aplicó saliva al anverso de la moneda. Se miró el dedo de cerca y vio restos de polvo, donde había tocado la moneda estaba limpio.

La electricidad estática había atraído tanto el polvo como el cabello, lo que significaba que algo dentro de la moneda estaba generando un campo electrostático. Tensó los labios de ira, Rossky se irguió y regresó al Centro de Operaciones. El transmisor del peso no era muy poderoso. Quienquiera que estuviera escuchando a través de él, tenía que estar a pocos metros del museo. Las cámaras de seguridad dirían a Rossky quién podía ser y luego el espía recibiría su merecido.

SIETE

Domingo, 9:00, Washington, D.C.

Tras teclear el código en panel, Mike Rodgers pasó animadamente por la entrada de la planta baja de Op-Center. Después de saludar a los guardias de seguridad armados y sentados detrás de la garita de acreditaciones, que le proporcionaron la contraseña del día, Rodgers cruzó a paso ligero el nivel administrativo de la primera planta, donde los oficiales superiores tenían sus despachos en el viejo cuartel general del equipo de evacuación. Al igual que Paul Hood, Rodgers prefería estar abajo, en la nueva zona subterránea donde se manejaban los auténticos asuntos de Op-Center.

Una vigilante armada estaba apostada junto al ascensor y, después de darle la contraseña, Rodgers pudo entrar en él. Para Op-Center se había elegido el anacrónico, y menos costoso, sistema del centinela que pregunta: «¿Quién va?», en lugar de los sistemas de alta tecnología, más sofisticados, que se empleaban en otras agencias, donde los identificadores por huellas dactilares habían sido puestos en un aprieto por unos guantes impresos mediante ordenador y grabados con láser, y los sistemas de identificación por la voz habían sido burlados por medio de sintetizadores. Aunque Rodgers había visto a la guardia de seguridad casi a diario durante los últimos seis meses, y sabía los nombres de su marido y de sus hijos, no habría podido entrar sin dar la contraseña. Si él hubiera insistido, lo habría arrestado. Si se hubiera resistido, habría podido

dispararle. En Op-Center, la escrupulosidad en el cumplimiento de las órdenes, la competencia y el patriotismo se anteponen a la amistad.

Tras salir al centro de Op-Center, al que todo el mundo llamaba el toril, Rodgers se abrió paso a través de un laberinto de cubículos hasta los despachos de operaciones situados alrededor del centro. A diferencia de las oficinas superiores, estas salas podían aprovechar los recursos de inteligencia que iban desde las imágenes vía satélite, para comunicarse directamente con operativos de todo el mundo, hasta el acceso a ordenadores y bases de datos que podían predecir con precisión la cosecha de arroz en el Rangún de dentro de cinco años.

Rodgers usaba el despacho de Hood cuando el jefe estaba fuera. El despacho se encontraba junto a la sala de reuniones conocida cariñosamente como el «Tanque». El Tanque estaba rodeado por una pantalla de ondas electromagnéticas que impedían el espionaje electrónico. Circulaba el rumor de que las microondas podían provocar esterilidad y locura. La psicóloga del personal, Liz Gordon, explicaba medio en serio, medio en broma, que las ondas explicaban buena parte del comportamiento que tenía lugar entre aquellas paredes.

Despierto y lleno de energía, a pesar de la última noche de sábado que había pasado en la ciudad, Rodgers entró el código en el panel de la puerta del despacho de Hood. La puerta se abrió, las luces se encendieron y, por primera vez en seis meses, Rodgers sonrió de alegría. Por fin estaba al mando de Op-Center.

A pesar de eso, sabía que no estaba siendo del todo honesto con Hood; tenía su lado de señorita Rottenmever, como había dicho Ann, pero el director era un buen hombre. Tenía buenas intenciones y, sobre todo, era un gestor muy capaz. Y sabía delegar eficazmente la autoridad a un grupo interno de expertos relativamente autónomos como Martha Mackall y Lowell Coffey II, Matt Stoll y Ann Farris. No obstante, Rodgers estaba cada vez más convencido de que Op-Center debía ser dirigido por la voluntad de un solo hombre, tal

como el FBI había sido regido férreamente por J. Edgar Hoover. Debía ser dirigido por alguien que no consultara con la CIA ni el Consejo de Seguridad Nacional antes de actuar, sino que hiciera saber a las demás organizaciones su actuación una vez consumada. Después de evitar una guerra en Corea y el potencial bombardeo de Japón, había llegado a la conclusión de que Op-Center tenía que ser más agresivo que reactivo en la escena mundial.

«Este es el motivo por el cual no puede seguir siendo anónimo», pensó Rodgers. Pero ya habría tiempo para hacer algo al respecto… algo pasivo, como filtrar información a la prensa, o algo dramático, como enviar a Striker al tipo de misiones que habían hecho de los comandos israelíes unos combatientes tan temidos y respetados. Misiones que no tuvieran que ser atribuidas a otros contingentes, como el reciente ataque al emplazamiento de misiles en Corea del Norte, que fue atribuido a los surcoreanos.

Rodgers y Hood habían discutido sobre esto muchas veces y el director le remitía invariablemente a su estatuto, que prohibía el aventurerismo. Se suponía que debían actuar como una policía —decía Hood—, no como quintacolumnistas. Pero para Rodgers, el estatuto era una partitura. Podías tocar las notas tal como estaban escritas y seguir las indicaciones del compositor, y, sin embargo, aún daba pie a la interpretación. Durante la guerra de Vietnam había leído y releído Historia de la decadencia y caída del Imperio romano, de Edward Gibbons, y algo que el autor había escrito se convirtió en el credo de Rodgers: la primera de las bendiciones terrenales es la independencia.

Enardecido por Gibbons y por un ajado ejemplar de La guerra que yo he conocido, de George Patton, que su padre le había regalado, Rodgers realizó dos turnos de servicio en Vietnam. Regresó a los Estados Unidos y se doctoró en historia mundial en la Universidad Temple, después de lo cual fue destinado a Alemania y luego a Japón. Mandó una brigada mecanizada en el golfo Pérsico y pasó un tiempo en Arabia Saudí antes de regresar a Estados Unidos

para buscar un empleo en el Departamento de Estado. En lugar de eso, el presidente de Estados Unidos le ofreció el puesto de subdirector de Op-Center. No lamentaba haber aceptado el empleo. Era emocionante estar implicado en crisis a través de todo el mundo. Aún saboreaba las mieles de su reciente y triunfante incursión en Corea del Norte. Pero no le gustaba ser el ayudante de nadie, y mucho menos de Paul Hood.

El ordenador emitió un aviso sonoro. Rodgers se acercó al escritorio y pulsó «Control/A» para recibir la llamada. La cara redonda de Bob Herbert, transmitida por una cámara de fibra óptica situada encima del monitor, llenó la pantalla. El agente de inteligencia nacional se veía cansado; parecían pesarle sus treinta y ocho años.

—Buenos días, Mike.

—Hola, Bob —le saludó Rodgers—. ¿Qué haces aquí en domingo?

—Llevo aquí desde anoche. Stephen Viens, de la ONR, me llamó a casa y vine lo antes posible. ¿No has leído mi informe?

—Aún no —confesó Mike—. ¿Qué ocurre?

—¿Por qué no lees tu correo electrónico y luego me llamas? Mi informe contiene los tiempos y las palabras exactas, y el reconocimiento por satél…

—¿Por qué no me haces un resumen?, dijo Mike tocándose el rostro con la mano.

«Correo electrónico. Bips. Vídeoconferencia. ¡Cómo demonios ha avanzado el trabajo de espionaje desde el incólume Nathan Hale hasta los salvapantallas de Matt Stoll con Derek Flint bailando El lago de los cisnes! El trabajo de inteligencia debería ser físicamente agotador, como hacer el amor, no voyeurismo electrónico», pensó para sí Rodgers.

—Sí, Mike. Te haré un extracto respondió Herbert algo preocupado.

—¿Estás bien?

—Sí, solo un poco descolgado de finales del siglo XX.

—Lo que tú digas —contestó Herbert.

Rodgers no se molestó en explicárselo. El agente de inteligencia era un buen hombre, había pagado un alto precio por su labor. Perdió a su mujer y el uso de sus piernas en el bombardeo de la Embajada norteamericana en Beirut en 1983. Pero, después de bastante reticencia inicial, incluso a Herbert empezaban a seducirle los ordenadores, los satélites y los cables de fibra óptica. Llamaba a esta tríada tecnológica «la visión del mundo a través del ojo divino».

Tenemos dos cosas, quizás estén relacionadas, quizás no. ¿Sabes que en San Petersburgo hemos captado radiación de microondas procedente del Neva a su paso por el museo del Ermitage?

—Sí respondió Rodgers.

—Al principio imaginamos que la radiación procedía del estudio de televisión que los rasos están construyendo en el Ermitage para difundir el arte en las escuelas. Pero mi especialista en televisión ha estado observando sus emisiones de prueba y son todas del ámbito de 153 a 11 950 kilohercios. Eso no es lo que nos da el río Neva.

Así que el estudio de televisión es una tapadera para otro tipo de operaciones dedujo Rodgers.

Es lo más probable. Creemos que podría ser una nueva organización de seguridad para controlar el excedente de turistas que los rusos esperan que acudan al tricentenario de la ciudad, pero eso no concuerda.

—¿Cómo es eso?

—Martha Mackall llamó a un amigo que tiene en el Tesoro y me consiguió los presupuestos de los Ministerios de Cultura y Educación rusos. No hay en ninguno de ellos un solo rublo destinado a lo que sería una instalación de cinco a siete millones de dólares. Así que husmeamos y descubrimos que los fondos para el estudio procedían del presupuesto del Ministerio del Interior.

—Eso no significa nada —replicó Rodgers—. Nuestro gobierno transfiere constantemente dinero de un sitio a otro.

—Sí, pero el ministerio destinó veinte millones de dólares al proyecto.

—Interior está dirigido por Dogin, el ministro de la línea dura que acaba de perder las elecciones. Parte de ese dinero podía haber ido a parar a su campaña presidencial.

—Esa es una posibilidad aceptó Herbert. Pero hay algo más que indica que el estudio de televisión podría no ser un simple estudio. A la una y media de la tarde de ayer, interceptamos una comunicación del sector norte de San Petersburgo a Nueva York. Un pedido de roscas.

—¿Cómo has dicho?

Era un pedido para el almuerzo que enviaron por fax desde San Petersburgo a la Bestonia Bagel Shop, de Brighton Beach. Pedían una rosca de cebolla con queso fundido, una rosca salada con mantequilla, una rosca sencilla de cualquier cosa y dos roscas de ajo con salmón ahumado.

Un pedido para entregar en el otro confín del mundo —reflexionó Rodgers—. Y no era una broma.

—No. Bestonia envió la confirmación. Definitivamente escalofriante.

—Sí —corroboró Rodgers—. ¿Alguna idea de lo que significa?

—Lo enviamos a criptología —prosiguió Herbert— y están perplejos. Lynne Dominick dice que las diferentes roscas podían representar sectores de la ciudad o del mundo, o podían ser agentes. Los diferentes tipos de aderezos podían ser diferentes blancos. Dice que seguirá trabajando en esto, pero llamó a Bestonia y tienen docenas de roscas con veinte «coberturas» distintas. Tardará un buen rato.

—¿Y la tienda, la Bestonia?, preguntó Rodgers.

—Limpia hasta ahora. Pertenece a los Belnick, una familia que vino de Kíev, vía Montreal, en 1961.

—Así que son una planta arraigada.

—Muy arraigada —puntualizó Herbert—. Darrell informó al FBI y pusieron a un equipo de vigilancia en la tienda. No sucedió nada, salvo las entregas de roscas.

Darrell McCaskey era el enlace de Op-Center con el FBI y la Interpol. Al coordinar esfuerzos entre las agencias, permitía que cada una se beneficiara de los recursos de las demás.

Rodgers preguntó:

—¿Estás seguro de que se trata de roscas?

Grabamos en vídeo las bolsas abiertas desde un tejado y examinamos la cinta. Parecen roscas de verdad. Y el repartidor cobra la cantidad de dinero correspondiente al tamaño de cada pedido. Ninguno de los que reciben un pedido sale a comer, así que deben de comer lo que hay en las bolsas.

Rodgers asintió.

—Eso nos dice que algo se está cociendo en San Petersburgo. ¿Qué está haciendo el DI6 sobre el tema?

—Tienen un hombre sobre el terreno —le explicó Herbert—. El comandante Hubbard ha prometido mantenernos informados.

—Bien. ¿Y qué piensas tú de todo esto?

—Me siento como si acabase de dar un salto a los años sesenta y entrase en La dimensión desconocida, aquella serie de televisión que tuvo tanto éxito en aquel tiempo. En los años que corren, cuando los rusos se gastan la pasta en algo, me preocupa.

Rodgers asintió, mientras el jefe de inteligencia despedía la comunicación. Herbert tenía razón. Los rusos no eran buenos perdedores y se enfrentaban a la posibilidad de que el candidato derrotado de unas elecciones preparase una operación secreta con agentes en los Estados Unidos.

También Rodgers estaba preocupado.

OCHO

Domingo, 16:53, San Petersburgo

En cualquier estación del año, el calor del día abandona San Petersburgo casi de golpe, expulsado por el viento que se levanta en el golfo a última hora de la larde. El aire fresco llega a todas las esquinas de la ciudad por entre la red de canales y ríos, lo que hace que el cálido resplandor de las luces interiores aparezca a horas tempranas del día. También hace que los peatones, que desafían vientos a menudo de extraordinaria violencia y un frío intensísimo, sientan una especial camaradería después de la puesta de sol.

El crepúsculo producía un efecto casi sobrenatural, pensó Fields-Hutton. Durante casi dos horas había estado sentado junto a un árbol en las orillas del Neva, leyendo escritos almacenados en su Toshiba portátil. Al mismo tiempo escuchaba su *walkman*, que era en realidad un receptor de radio, sintonizado a la frecuencia del peso que había colado por debajo de la puerta del museo. Ahora, mientras observaba el sol decaer en el cielo y las calles comenzaban a vaciarse y el paseo a la ribera del río se quedaba prácticamente desierto, sintió como si la gente tuviera que guarecerse en sus casas antes de que los vampiros y los fantasmas salieran en busca de víctimas.

«O es eso —reflexionó— o es que llevo demasiado tiempo editando cómics de terror y ciencia-ficción».

Se estaba quedando helado. Sentía más frío del que su piel, acostumbrada al más benigno clima londinense, estaba acostumbrada. Y, lo que era peor, empezaba a pensar que había desperdiciado la tarde. Lo único que había oído desde que activó el micrófono había sido charlas triviales sobre deportes, mujeres, jefes que funcionaban a golpe de látigo, palancas abriendo embalajes, y las idas y venidas de la gente que trabajaba en la instalación de televisión. No era exactamente el tipo de seguimiento del DI6 que hace que el pulso se acelere.

Miró hacia el río y luego volvió la mirada hacia el Ermitage. El museo era extraordinario, con sus docenas de columnas blancas, ahora rojizas con el sol poniente, y la fulgurante cúpula facetada. Los autobuses de recorrido turístico se iban llevando a sus grupos. El turno de día empezaba a salir. El turno de noche acababa de llegar. Los ciudadanos que habían pasado el domingo en el museo hacían cola en espera de los trolebuses o daban un paseo de quince minutos hasta la parada de metro más próxima, la estación Nevsky Prospekt. Pronto, igual que las calles, hasta el gran museo se quedaría desierto.

Fields-Hutton esperaba que León hubiera podido conseguirle una habitación de hotel: tendría que regresar por la mañana y reanudar su seguimiento. Estaba convencido de que si algo adverso estaba ocurriendo, esto sucedía en el estudio de televisión.

El inglés decidió volver a entrar y quedarse en la sala unos minutos para ver si alguien que no fuera del equipo de trabajo usaba la sala a la hora de cerrar. Alguien a quien describir a la división de fotografía del DI6: un militar vestido de civil, un funcionario del gobierno, un agente extranjero. Es más, siempre reina la confusión y el nerviosismo en los días inmediatamente antes y después de la puesta en funcionamiento de cualquier operación nueva. Además, un trabajador que saliera del lugar podía decir o hacer algo que le explicara lo que realmente sucedía allí.

Cerró el ordenador y levantó los huesos que un agente norteamericano describió una vez como pertenecientes al director de orquesta estadounidense Arthur Fiedler —se levantó con una sinfonía de crujidos—, Fields-Hutton se cepilló los pantalones con la mano y dejó encendido el *walkman* mientras caminaba a paso ligero hacia el Ermitage.

A la derecha, vio a una pareja que acababa de salir del museo paseando de la mano por la orilla del río. Pensó en Peggy, no en el primer y crucial paseo que dieron, en el que ella lo introdujo en los engranajes del espionaje, sino en el que habían dado en Londres, hacía cinco días, por la orilla del Támesis. Hablaron de matrimonio por primera vez y Peggy admitía que sentía inclinación hacia él. Claro que Peggy tenía la constitución de la torre inclinada de Pisa y podía tardar una eternidad en caer…, pero él deseaba correr el riesgo. No era la criatura tímida con la que siempre había creído que terminaría, pero le gustaba su valentía. Tenía la cara de un ángel, y, lo que era más importante, valía la pena esperarla.

Sonrió a la joven que corría hacia el río haciendo ejercicio con su Jack Russell terrier. No sabía que existiera esa raza inglesa de canes en Rusia, aunque en aquellos tiempos el mercado negro tenía de todo, incluso perros que estaban de moda en Occidente.

La mujer vestía prendas deportivas y una gorra de béisbol y llevaba una botella de agua pequeña. Al acercarse, notó que no sudaba, eso le pareció extraño, pues los apartamentos más cercanos estaban al menos a un kilómetro y un corredor debería estar sudado a estas alturas. La mujer le sonrió y él le devolvió la sonrisa. De repente, el perro se soltó de la correa. Se lanzó como una flecha hacia él y le mordió la parte interna de la pantorrilla antes de que la joven pudiera evitarlo.

—¡Cuánto lo siento! —se disculpó la mujer cogiendo al perro, que no dejaba de ladrar, debajo del brazo.

—No se preocupe —respondió él haciendo una mueca mientras ponía la rodilla derecha en tierra y examinaba la dolorosa herida.

Dejó el ordenador a un lado, extrajo el pañuelo y limpió la sangre que manaba de dos hileras semicirculares de marcas de dientes.

La mujer se arrodilló junto a él, su rostro era una mueca de preocupación. Con el brazo derecho sujetaba con fuerza al frenético terrier, al que cambió de brazo para ofrecerle la botella de agua.

—Esto le ayudará.

—Gracias, pero no —dijo Fields-Hutton al tiempo que las marcas de dientes se volvían a llenar de sangre. Había algo raro en todo aquello. La mujer estaba demasiado preocupada, era demasiado atenta. Los rusos no eran así. Tenía que salir de allí.

Antes de que Fields-Hutton pudiera impedirlo, la mujer derramó el agua sobre la herida. Regueros de sangre discurrían por la pierna hasta el calcetín y Fields-Hutton intentó en vano detenerla.

—¿Qué hace? —inquirió cuando la mujer le vació la botella en la herida—. Señorita, por favor…

Fields-Hutton se levantó, y ella también lo hizo, retrocediendo al levantarse. Ya no mantenía una expresión preocupada sino vacía de emoción. Hasta el perro guardó silencio. Las sospechas de Fields-Hutton cobraron una terrible realidad cuando cesó el dolor de la pierna y dejó de notar el pie.

—¿Quién es usted? —le preguntó al notar que se le iba durmiendo la pierna y se estaba mareando.

La mujer no respondió, no tenía por qué hacerlo. Fields-Hutton sospechaba que le había envenenado con un agente químico de rápida acción. Mientras el mundo le daba vueltas, pensó en León y se dobló para recuperar su ordenador. Cayó al suelo, lo cogió por el mango y arrastró el portátil reptando hacia el río. Cuando las piernas se le quedaron completamente paralizadas intentó avanzar con uñas y dientes, luchó por permanecer consciente. Quería vivir lo bastante para arrojar el ordenador al Neva, pero entonces comenzó a perder la sensación en los hombros, los brazos se le convirtieron en un peso muerto y cayó hacia adelante.

Lo último que Fields-Hutton vio fue el río dorado fluyendo a pocos metros de distancia. Lo último que oyó fue a la mujer detrás de él diciéndole:

—Adiós.

Y lo último que pensó fue en cómo lloraría Peggy cuando el comandante Hubbard le informase que su amante había sido asesinado en el transcurso de una misión en San Petersburgo.

La cabeza se le cayó lentamente hacia un lado mientras el agente nervioso VX detenía el corazón de Fields-Hutton.

NUEVE

Domingo, 21:00, Belgorod (frontera entre Rusia y Ucrania).

El helicóptero Kamov Ka-26 de motor radial aterrizó en el pedazo de tierra iluminada; sus rotores dobles levantaban el polvo y lo hacían girar trazando dibujos que parecían caballitos de mar al revés. Mientras los soldados se acercaban corriendo y empezaban a descargar las cajas del equipo de comunicaciones por la compuerta de carga de popa, el ministro del Interior, Dogin, salió de la cabina y puso el pie en tierra. Sujetándose el sombrero con una mano y el abrigo con la otra, se agachó y se alejó apresuradamente de la zona de aterrizaje.

A Dogin siempre le habían encantado las bases provisionales como aquella: campos vacíos transformados de la noche a la mañana en centros palpitantes de poder, huellas de botas en el suelo barrido por el viento, el aire polvoriento fermentado con el olor a combustible *diesel*.

La base se había establecido para las operaciones militares de montaña, siguiendo una configuración diseñada en los últimos días de la guerra de Afganistán. A su derecha, a unos noventa metros de distancia, se desplegaban las hileras de grandes tiendas, cada una de las cuales albergaba a una docena de soldados. Las filas de veinte tiendas superaban el alcance de los reflectores y se acercaban a los distantes pies de las colinas. Detrás de ellas, en los confines norte y sur del campamento, se alzaban aspilleras para apostar

hombres armados y trincheras cubiertas. En caso de guerra, aquellas posiciones se usarían para proteger la base de los ataques de la guerrilla. A la izquierda, donde no se levantaban colinas, se estacionaban filas de tanques, vehículos acorazados y helicópteros, y se habían dispuesto las letrinas y las duchas con sus cortinas de lona, el hoyo para la basura, las tiendas médicas y los depósitos de provisiones. Incluso de noche el campamento tenía vida: mecanizada, eléctrica y animada.

A lo lejos, justo delante de él, Dogin vio el inmaculado monoplano bimotor PS89 clásico que pertenecía a Dmitri Shovich. Dos hombres lo custodiaban, cada uno con un rifle de asalto Avtomat; el piloto se sentaba en su asiento, presto para partir en cuanto le dieran la orden.

Al mirar el avión, el ministro del Interior sintió un escalofrío. Lo que hasta ahora solo eran palabras estaba a punto de hacerse realidad gracias a los hombres y el material allí estacionados y el equipo que estaba en ruta. Con el fin de conseguir el dinero necesario para anular los desastrosos resultados de las elecciones, estaba a punto de hacer un pacto con el diablo. Solo esperaba que Kosigan estuviera en lo cierto, que la cláusula de rescisión funcionase llegado el momento.

Más allá del depósito de provisiones había otras tres tiendas: la estación meteorológica, con sus sensores exteriores, sobre trípodes, conectados a ordenadores dispuestos en el interior; el centro de comunicaciones, con una antena satélite apuntando hacia el noroeste y otra hacia el suroeste; y la tienda de mando.

El general Mijáil Kosigan le esperaba a las puertas de la última, con las piernas abiertas, las manos a la espalda y la cabeza muy erguida. Tras él, a su derecha, un ayudante le sostenía el sombrero.

A través del bajo de la chaqueta del general, las perneras de los pantalones y las hojas de la tienda golpeaban furiosamente en la charca, pero Kosigan parecía no darse cuenta. Una carnosa cicatriz le cruzaba diagonalmente la cara entre los férreos ojos negros y el

mentón dividido; el general, de metro noventa de estatura, era la quintaesencia de su fuerte y segura estirpe cosaca.

—¡Bien venido, Nikolai! —saludó el general—. ¡Me alegro de verle!

Kosigan no hablaba fuerte, pero su voz se sobreponía al estruendo del helicóptero.

Dogin estrechó la mano de Kosigan.

—¡Yo también me alegro de verle, Mijáil!

—¿Oh? Entonces ¿por qué está tan abatido?

—No estoy abatido —respondió Dogin a la defensiva—. Estoy preocupado.

—Ah, un cerebro privilegiado nunca deja de funcionar. Como Trotski en el exilio.

Dogin le dirigió una mirada fulminante.

—No puedo decir que me guste la metáfora. Yo nunca me habría opuesto a Stalin, y espero que ser despedazado hasta morir no sea mi futuro.

Los ojos de Dogin sostuvieron la mirada de Kosigan. El general era un hombre con magnetismo y un aplomo increíbles. Había sido dos veces campeón del mundo y deportista olímpico en tiro con pistola, resultado de una juventud transcurrida en la DOSAAF paramilitar: la Sociedad Voluntaria para la Cooperación con el Ejército, las Fuerzas Aéreas y la Armada, que entrena a jóvenes en deportes que tienen una aplicación militar. A partir de allí, su promoción en el ejército fue rápida y brillante, aunque nunca lo bastante meteórica para satisfacer su elevado ego. Dogin estaba seguro de que ahora podía confiar en el general. Kosigan necesitaba que el ministro le ayudara a saltarse a sus superiores en el orden que se avecinaba. Pero ¿y más tarde? Más tarde la gente como Kosigan siempre suponía un problema.

Kosigan sonrió.

—No se preocupe. Aquí no hay asesinos, solo aliados, aliados que se están cansando de las maniobras, que están deseando pasar a la

acción…, pero —la sonrisa se hizo más ancha— aliados que están tan dispuestos como siempre a servir al ministro.

—Y a su general.

—Por supuesto.

Kosigan sonrió, se dio media vuelta y extendió la mano hacia su tienda.

Al entrar, Dogin vio al tercer miembro del extraño triunvirato: Dmitri Shovich. El mafioso estaba sentado en una de las tres sillas plegables colocadas alrededor de una pequeña mesa de metal verde.

El hombre se levantó al entrar Dogin.

—Mi buen amigo —dijo Shovich en voz baja.

Dogin era incapaz de llamar «amigo» a ese sádico.

—Dmitri —saludó con la cabeza, inclinándola ligeramente al mirar los ojos color avellana del hombre, de contextura extremadamente delgada. Eran unos ojos fríos y aún lo parecían más debido al cabello rubio platino cortado a cepillo y las cejas del mismo color. La cara larga de Shovich estaba impasible y su piel se veía lisa de un modo poco natural. Dogin había leído que Shovich se había sometido a un proceso terapéutico de *peeling* químico para regenerarse la piel dura y cuarteada que se le había quedado después de pasar nueve años en una cárcel siberiana.

Shovich se recostó hacia atrás, sin perder de vista al recién llegado.

—No está contento, ministro.

—¿Lo ve, Nikolai? —Recalcó el general Kosigan—. Todo el mundo lo nota —volvió una silla, se sentó a horcajadas y señaló a Dogin con el índice extendido y el pulgar levantado como si fuera una pistola—. Si no hubiera sido tan serio, quizás ahora no estaríamos aquí. A la nueva Rusia le gustan los líderes que pueden reír y beber con ellos, no alguien que parece llevar el peso del mundo sobre sus hombros.

Dogin se desabrochó el abrigo y se sentó en la última silla. Sobre una bandeja había tazas, una tetera y una botella de vodka. Se

sirvió el té él mismo.

—La nueva Rusia ha seguido un camino que le conducirá, riendo y bebiendo, a la destrucción.

—Parece divertido —admitió Kosigan—, pero los rusos deberían saber qué es lo mejor para ellos… y, por suerte, aquí estamos nosotros para enseñárselo. ¡Qué noble grupo constituimos!

Shovich dobló las manos sobre la mesa.

—General, no soy noble, ni estoy interesado en salvar a Rusia. Rusia me envió al infierno durante nueve años hasta que la amnistía general de Gorbachov me dejó en libertad. Solo estoy interesado en los términos que discutimos previamente. ¿Aún siguen pareciéndole aceptables?

—Sí —dijo el general.

Los fríos ojos del *gangster* se movieron hacia Dogin.

—¿Ha hablado por usted, ministro?

El ministro del Interior se sirvió una cucharadita de azúcar en el té. En los cinco años que habían transcurrido desde su liberación, Shovich había pasado de ladrón convicto a jefe de una red de crimen organizado que contaba con un ejército de cien mil hombres en Rusia, Europa, los Estados Unidos, Japón y otros lugares, la mayoría de los cuales habían sido aceptados en el antiguo orden mundial de la delincuencia después de demostrar su lealtad asesinando a un amigo o a un pariente.

«¿Estoy loco por aliarme con este hombre?», se preguntó Dogin. Shovich sería leal solo mientras le dieran el veinte por ciento de las ganancias totales de las antiguas repúblicas soviéticas, lo cual incluía las reservas de petróleo mayores de la Tierra, además del doble de la madera de la cuenca del Amazonas, cerca de un cuarto de los diamantes y el oro no extraído del planeta y parte de los depósitos más grandes del mundo de uranio, plutonio, plomo, hierro, carbón, cobre, níquel, plata y platino. El hombre no era un patriota; tan solo quería explotar los recursos naturales de una Unión Soviética reconstruida y usar su legalidad para lavar el dinero de la droga.

A Dogin le ponía enfermo pensarlo, pero Kosigan mantenía que mientras él y sus colegas controlasen el ejército más poderoso del mundo y Dogin dirigiera la nueva operación secreta de espionaje en San Petersburgo, no tendrían nada que temer de Shovich. Podría ser expulsado en una fecha más tardía, exiliado a una de sus residencias de Nueva York, Londres, Ciudad de México, Hong Kong o Buenos Aires, o podían pegarle un tiro si se negaba a marcharse.

Dogin no estaba seguro, pero parecía no haber otra alternativa. Necesitaba mucho dinero para sobornar a políticos y militares, y costear una guerra agresiva sin el consentimiento del Kremlin. A diferencia de Afganistán, esta sería una guerra en que los rusos vencerían, pero el dinero era la clave. A Marx se le habrían puesto los pelos de punta.

—Yo hablo por mí —le dijo Dogin a Shovich—. Sus términos son aceptables. El día que depongamos al gobierno de Zhanin y yo sea nombrado presidente, el hombre que usted elija se convertirá en ministro del Interior.

Shovich esbozó una sonrisa fría y siniestra.

—¿Y si me elijo a mí mismo?

Dogin sintió un ramalazo de horror, aunque era un político demasiado atemperado para demostrarlo.

—Como he dicho, la elección es suya.

La tensa desconfianza mutua iba en aumento, cuando Kosigan la rompió con una bravata.

—¿Y Ucrania? ¿Y Vesnik?

Dogin apartó la vista de Shovich.

—El presidente de Ucrania está con nosotros.

—¿Por qué? —preguntó Shovich—. Los ucranianos tienen la independencia que añoraban desde hacía décadas.

—Vesnik tiene ante sí más problemas sociales y étnicos de los que él o sus militares pueden afrontar. Quiere taponarlos antes de que se le escapen de las manos. Nosotros le ayudaremos a hacerlo. El también añora los días gloriosos, como Kosigan y yo mismo —

Dogin contempló al monstruo insensible que tenía al lado—. Mis aliados en Polonia planean un incidente para el martes a las 24:30, hora local.

—¿Qué tipo de incidente? —se interesó Shovich.

—Mi ayudante de la *spetsnaz* en San Petersburgo ya le ha enviado un equipo secreto a la ciudad fronteriza de Przemysl, en Polonia. Allí prepararán una explosión en la oficina del Partido Comunista polaco. Los comunistas no tolerarán el ataque y mi gente se ocupará de que las protestas sean violentas. Enviarán tropas polacas y la contienda se extenderá a unos diez kilómetros de distancia de la frontera ucraniana. De noche, en la confusión, las tropas de Vesnik abrirán fuego contra las fuerzas polacas.

—Cuando eso ocurra —interrumpió Kosigan—, Vesnik se pondrá en contacto conmigo para requerir apoyo militar. Para entonces, Zhanin ya sabrá que se encuentra fuera del auténtico círculo del poder. De inmediato se apresurará a averiguar qué generales están de su lado, igual que Yeltsin cuando sus oficiales decidieron aplastar la rebelión de Chechenia. Tendrá muy pocos aliados y los políticos que estamos sobornando tampoco le apoyarán. Los polacos descendientes de ucranianos y bielorrusos también serán perseguidos. Cuando los ucranianos y yo contraataquemos, Bielorrusia se unirá a nosotros, acercando el frente a unos ciento sesenta kilómetros de Varsovia. Los rusos se verán arrastrados a una locura nacionalista mientras los banqueros y los empresarios extranjeros abandonarán a Zhanin. Este estará acabado.

—Es vital para nuestro éxito evitar que Estados Unidos y Europa se vean implicados militarmente —declaró Dogin mirando a Shovich —. La diplomacia trabajará en eso, dirán que no es imperialismo sino un ataque a la Federación. Pero si eso no funciona, el general ha hablado con usted de amenazar a oficiales clave…

—Lo he hecho —confirmó Kosigan—, pero Dmitri me ha dicho que tiene una idea mejor. ¿Por qué no se la explica, Dmitri?

Dogin observó a Shovich mientras el mafioso se acomodaba en la silla. Dogin sabía que Shovich lo hacía precisamente para hacerle esperar. Se echó hacia atrás, cruzó las piernas y se quitó el barro de un lado de su bota negra.

—Mi gente en Estados Unidos me ha dicho que el FBI se ha vuelto muy eficiente en el contragolpe —explicó Shovich—. Si realizamos operaciones de juego o de droga, simplemente intentan contenernos, pero si nos cargamos a su gente, nos devuelven el golpe con dureza. Eso evita que las calles se conviertan en una zona de guerra. Como la mayoría de los mafiosos están en esto por dinero, no por motivos políticos, se niegan a atacar blancos del gobierno.

—Entonces, ¿qué propones? —preguntó Dogin.

—Una lección específica contra un blanco civil.

—¿Con qué fin?

Kosigan respondió:

—Para atraer por completo la atención de Estados Unidos. Cuando la tengamos, les diremos que si nos dejan solos en Europa del Este, no habrá más actos de terrorismo e incluso les entregaremos al terrorista para que el presidente Lawrence se marque un triunfo.

—Claro que tendrán que indemnizar a mis colegas norteamericanos por la pérdida de un hombre, pero eso saldrá de su pequeño y querido tesoro —acotó Shovich.

—Claro —repitió Kosigan cogiendo la botella de vodka y mirando a Dogin—. Como llevamos diciendo todo el tiempo, ministro, lo único que debemos hacer es mantener alejado a Estados Unidos hasta que las noticias de la noche muestren vídeos de soldados mutilados o asesinados. Los estadounidenses no tolerarán bajas de compatriotas. Con las elecciones a la vuelta de la esquina, el presidente Lawrence no intervendrá.

Dogin miró a Shovich.

—¿Qué tipo de blanco civil será?

—No lo sé —dijo Shovich con desinterés—. Mi gente vive allí, unos son mercenarios y otros patriotas, pero el elegido sabrá cómo llegar al alma norteamericana. Lo he dejado enteramente en sus manos —añadió con solemnidad—. Mañana a esta hora lo veremos en los informativos.

—¡Mañana! —exclamó Kosigan—. ¡Somos hombres de acción! —Sirvió el vodka en su taza y en la de Shovich—. Nuestro amigo Nikolai no bebe, así que le dejaremos que brinde con nosotros con té —añadió levantando la taza—. Por nuestra alianza.

Cuando los hombres juntaron los bordes de las tazas, Dogin sintió que le ardía el vientre. Esto era un golpe, una segunda revolución, era la construcción de un imperio y mucha gente iba a morir. Aunque aceptaba esto, le resultaba difícil aceptar la indiferencia de Shovich. El mafioso había pasado del concepto de secuestro al de asesinato como si no existiera diferencia ninguna.

Dogin sorbió el té y se recordó a sí mismo que aquel sacrílego matrimonio era necesario. Todo líder hizo compromisos para dar pasos adelante. Pedro el Grande cambió el arte y la industria rusos con ideas que trajo de Europa. La cooperación alemana permitió a Lenin destronar al zar y firmar el armisticio con los Imperios centrales durante la primera guerra mundial. Stalin se consolidó en el poder asesinando a Trotski y a cientos de miles de personas más. Yeltsin forjó alianzas con quienes movían los hilos del mercado negro para evitar que su economía se desmoronase por entero.

Ahora él estaba colaborando con un *gangster*. Al menos Shovich era ruso. Era mejor que ir a Estados Unidos con el sombrero en la mano, suplicando dinero y soporte moral, como Gorbachov y ahora Zhanin habían hecho.

Mientras los demás vaciaban sus tazas, Dogin esquivó la mirada de Shovich. Intentó no pensar en los medios, solo en el fin. En cambio, imaginó un mapa que pendía de las paredes de su oficina, un mapa de una grande y nueva Unión Soviética.

DIEZ

Domingo, 20:00, Nueva York

Tras recibir el pedido de roscas de San Petersburgo, Herman Josef había metido cinco kilos de explosivo plástico en una bolsa. Colocó las roscas encima y luego caminó tres manzanas hasta Everything Russian, una tienda que vendía libros, cintas de vídeo y otros productos de la madre patria. Al cabo de media hora, había llevado otros cinco kilos de explosivos a la casa de empeños Mickey, de Brighton Beach.

Durante el día Herman llevó quince pedidos, lo que hacía un total de setenta y cinco kilos de explosivos, a distintos lugares. No estaba seguro de si lo habían seguido, aunque suponía que sí. Así que en cada parada recibió el pago por el pedido, incluso se quejó audiblemente en el camino de regreso de que su propina no era lo suficientemente generosa.

Cuando Herman salió de cada destino, los explosivos fueron transportados por otro mensajero hasta la residencia Nicholas Senior Citizens Home, donde fueron empaquetados en una bolsa, llevados hasta la funeraria Cherkassov Funeral Home en el barrio de St. Marks de Nueva York y cargados en un ataúd. La familia Chaikov dejaba el abastecimiento de armas y explosivos a los Belnick. Ellos eran expertos en planear y ejecutar operaciones.

El túnel de Queens a Midtown se extiende bajo el río East de Nueva York, desde la Calle 36 hasta la Segunda y la Tercera

avenidas. Conecta la isla de Manhattan con la autopista de Long Island en el distrito de Queens. El túnel, que tiene cincuenta años de antigüedad, es una de las principales arterias de la ciudad y a cualquier hora presenta una cola de tráfico de unos dos kilómetros de largo.

En ese momento de la cálida tarde de domingo, el túnel no lo usaban quienes solían transitar por él a diario. Las intensas luces anaranjadas iluminaban el camino a las familias que regresaban de pasar el día en la ciudad o a los viajeros que se dirigían al aeropuerto John F. Kennedy o al de La Guardia.

Alto, con cabello y barba blancos, Eival Ekdol bajó la ventanilla del coche funerario. Respiró el aire cargado de petróleo, aire que le recordaba a Moscú. No pensó en quiénes eran las personas que le rodeaban ni qué estaban haciendo. Eso carecía de importancia, sus muertes eran el precio de la lucha por un nuevo orden mundial.

Al acercarse a la salida del túnel, el ruso apretó el botón del encendedor del coche. El neumático izquierdo delantero se reventó y dirigió el zigzagueante coche funerario hacia la pared. Ignoró las maldiciones que le lanzaban los conductores que tuvieron que cambiar de carril para evitar chocar contra él. Los norteamericanos siempre están maldiciendo, como si las cosas malas no tuvieran derecho a suceder y, además, estuvieran dirigidas contra ellos personalmente.

Ekdol encendió las luces de emergencia, abandonó el coche funerario y caminó hacia la salida del túnel. Al salir, sacó un teléfono móvil del bolsillo y fingió hablar. Continuó hablando mientras se encaminaba hacia las cabinas del peaje.

Pasó al lado de un oficial de tráfico que estaba sentado en un coche de policía junto a las cabinas. El joven le preguntó si necesitaba ayuda.

—Gracias, pero no —le agradeció Ekdol en un inglés con marcado acento—. He telefoneado pidiendo ayuda.

—¿Es solo el neumático? —preguntó el oficial.

—No —le explicó Ekdol—. El eje.

—Bueno, allí dentro está oscuro. Alguien puede chocar con el coche. ¿Tiene luces de posición?

—No, señor.

El oficial abrió el maletero.

—Será mejor que saquemos algunas.

—Gracias —repitió Ekdol—. Me reuniré con usted dentro de un momento, debo telefonear a los familiares del difunto.

—Sí —dijo sonriendo el oficial—. Mala cosa un funeral sin cadáver.

—Exactamente, señor.

El oficial salió del coche, fue hacia el maletero, sacó una caja de señales luminosas y enfiló silbando hacia el túnel.

Fingiendo aún hablar por teléfono, Ekdol rodeó las cabinas del peaje. Al cabo de unos momentos, un Cutlass atravesó una de las barreras de peaje y se detuvo a su lado. Antes de entrar, Ekdol apretó un botón en el teclado numérico.

Mientras el Cutlass aceleraba, una bola de fuego amarilla salió de la boca del túnel, proyectando humo, restos de piedra y pedazos de metal en todas direcciones. Los coches que acababan de salir del túnel estaban quemados desde el principio al fin. Uno se puso sobre dos ruedas por encima del oficial de tráfico y chocó contra una furgoneta en la cabina de peaje. Ambos vehículos explotaron envolviendo la cabina de peaje en llamas. Otros coches fueron aplastados por los cascotes que caían, mientras dentro del túnel las detonaciones secundarias de los coches que se quemaban y explotaban producían sonidos apagados. En cuestión de minutos, el cuadrilátero del peaje se llenó de humo blanco y de un denso y terrible silencio.

Al cabo de unos segundos, el silencio fue roto por el crepitar de vigas maestras y el crujido del cemento. Un momento más tarde, medio kilómetro de autopista y los edificios que se levantaban en torno a ella temblaron cuando el techo del túnel se vino abajo. El

rugido del agua era como un océano enloquecido al filtrarse por las brechas. Las paredes del túnel se derrumbaron por la presión y los cascotes eran arrastrados por la boca del túnel mientras el río expulsaba los coches y las piedras caídas. El agua que discurría apagó el siseo de los incendios extinguidos, mientras el río fluía como un surtidor a lo largo de la autopista, llevándose los pocos coches y farolas que aún quedaban. Un gran chorro de agua brotaba por la rota boca del túnel, elevándose hacia el cielo para mezclarse con el humo negro.

Mientras las aguas volvían a su curso y los cascotes se quedaban por fin quietos, a lo lejos sonaban las sirenas. En unos minutos, helicópteros de la policía sobrevolaron la autopista, filmando el tráfico que abandonaba el escenario de la tragedia.

Pero a Ekdol no le preocupaba, pues en menos de media hora estaría en el piso franco. El coche sería desmantelado en el garaje y él quemaría la falsa barba, el bigote, las gafas de sol y la gorra de béisbol que llevaba.

Por ahora, su trabajo había concluido. A Arnold Belnick y a su mercenaria «brigada de las roscas» le pagarían suculentamente por el papel que habían desempeñado y luego llegarían otros soldados de la célula Grozni para continuar la labor que él había empezado.

Aunque estaba a punto de entregar su propia vida, era un honor ofrecerla en el nombre de la nueva Unión Soviética.

ONCE

Domingo, 21:05, Washington, D.C.

A Mike Rodgers le encantaba Jartum, la película de aventuras coloniales en Sudán, protagonizada por Charlton Heston y Laurence Olivier.

No era tan dulce y cariñosa como Elizabeth o Linda o Kate o Ruthie, pero luego no tenía que salir en mitad de la noche para llevarla a casa. La película estaba allí, en su librería de discos láser, junto con sus favoritas —*El Cid, Lawrence de Arabia, El hombre que pudo reinar* y prácticamente todo lo que John Wayne había hecho—. Además no tenía que ser sociable; la película no le exigía que hiciera nada, salvo pulsar *play*, sentarse y disfrutar.

Durante todo el día había estado ansioso por ver Jartum, por eso habría debido sospechar que algo se interpondría entre él y la película.

Inauguró el domingo corriendo sus ocho kilómetros diarios. Luego había preparado café —negro y sin azúcar—, se había sentado en la mesa del comedor con el portátil y repasado la agenda de Paul Hood —ahora suya— para la próxima semana. Le aguardaban reuniones con los jefes de otros grupos de inteligencia de Estados Unidos en las que se debatiría un modo más eficaz de compartir información, la lectura del borrador del presupuesto y un almuerzo con el jefe de la Gendarmerie Nationale francesa, Benjamin. Solo de pensarlo se le secaba la boca. Pero también le

aguardaban auténticos desafíos. Se había sentado con Bob Herbert y Matt Stoll, sus genios de los ordenadores, para poner en marcha programas de cobertura para el nuevo satélite IE, interruptor electrónico. Estaban probando el satélite IE sobre Japón y podía interrumpir impulsos electrónicos de objetos tan pequeños como un ordenador de sobremesa. También podía recibir datos del personal que se hallaba en Oriente Medio, Sudamérica y otros lugares. Y luego estaban los informes de los agentes estadounidenses infiltrados en el ejército ruso. Estaba impaciente por conocer las noticias acerca de la investigación de la Petroleum, Oil and Lubricants Distribution, y sentía curiosidad por ver cómo el nuevo presidente de Rusia planeaba compensar los recortes de personal en las tropas y en los agentes secretos de la retaguardia.

Y, sobre todo, anhelaba las primeras sentadas conceptuales con los ingenieros de Op-Center para el Op-Center regional que había propuesto. Después de Corea, se le había ocurrido que podían establecer más instalaciones móviles que pudieran proyectarlos a cualquier parte del mundo. Si conseguían uno o más Op-Centers regionales, se convertirían en una unidad de inteligencia aún más eficiente.

Después del almuerzo, Rodgers había ido al campo de tiro de Andrews. Había días en los que podía bailar alrededor del blanco con un engrasador a presión M3 del calibre 45 y fallar todas las veces. Había otros en que podía limpiarse los dientes con un Colt Woodsman del calibre 22. Hoy había sido uno de esos días buenos. Después de dos horas de tiro que dejó al personal de las Fuerzas Aéreas atónitos, Rodgers visitó a su madre en la residencia de ancianos Van Gelder. Seguía tan lúcida como de costumbre después de que dos años atrás sufriera un ataque. Pero él le leía, como siempre había hecho, sus poemas favoritos de Walt Whitman, luego se sentaba y le cogía la mano. Más tarde quedó con un viejo compañero de Vietnam para comer. Andrew Porter era propietario de

una cadena de clubs de humoristas que se extendía de un lado a otro de la costa Este y hacía reír a Rodgers como nadie.

Mientras tomaban café y se preparaban para pagar, sonó el mensáfono de Rodgers. Era la asistente del director nacional de Seguridad, Tobey Grumet. Usó el teléfono celular para llamarla.

Tobey le informó acerca de la bomba que había estallado en Nueva York y le invitó a una reunión de emergencia en el Despacho Oval convocada por el presidente. Rodgers se disculpó ante Porter y salió de inmediato.

En la autopista, Rodgers pensó en el general Charles Chino Gordon, encarnado en la película Jartum por Charlton Heston. Los esfuerzos de Gordon por proteger la indefendible Jartum de las hordas fanáticas del Mandi —el Esperado— se contaban entre las más audaces e insensatas aventuras militares de la historia. Gordon pagó su heroísmo con la vida, después de que una lanza le atravesara el pecho, y su cabeza fue expuesta en una estaca. Pero Rodgers sabía que así era como Gordon había querido morir. El inglés había dado su vida por la oportunidad de decir a un tirano: «No, no tendrá esta plaza sin luchar».

Rodgers sentía lo mismo. Nadie iba a hacer nada parecido a su país, no sin combatir.

Oía las noticias en la radio y hablaba por teléfono al tiempo que conducía hacia la Casa Blanca. Se alegraba de tener algo que hacer: eso le evitaba pensar en el horror. La bomba había causado más de doscientas muertes. El río East estaba cerrado al tráfico y la carretera Franklin Delano Roosevelt del sector este de Manhattan estaría cerrada durante días entretanto examinaban los daños estructurales. Habían revisado otros puntos de tránsito en busca de explosivos —puentes, carreteras, aeropuertos, autopistas, autovías —, lo que significaba que el centro de la economía mundial estaría prácticamente cerrado el lunes por la mañana.

El coordinador de Op-Center con el FBI, Darrell McCaskey, telefoneó a Rodgers y le informó que el FBI se había encargado de la

investigación y que el director Egenes estaría en la reunión. McCaskey le comunicó a Rodgers que la lista habitual de extremistas había llamado para responsabilizarse del atentado. Pero nadie creía que el verdadero autor se hubiera presentado y McCaskey aún no se había formado una opinión sobre quién podía ser el terrorista.

Rodgers también recibió una llamada de la asistente del subdirector, Karen Wong, que dirigía Op-Center las noches del fin de semana.

—General —le había dicho—, tengo entendido que le han convocado a una reunión.

—Sí, es cierto.

—Entonces, hay cierta información que debería llevar con usted. En cuanto Lynne Dominick, de criptología, se enteró de la explosión, le echó otra mirada a ese pedido de roscas transoceánico. La hora y la situación del receptor parecen coincidir.

—¿Qué ha descubierto?

—Saber el resultado le ha permitido trabajar inductivamente —explicó Wong—, aunque mucho más rápido, parece que concuerda. Suponiendo que la última rosca representa el túnel, ha creado un mapa. El resto del pedido parecen ser puntos de Manhattan, por ejemplo, lugares donde entregar componentes de la bomba.

«Entonces haremos frente a los rusos», pensó con inquietud. Y si estaban detrás de esto, no se consideraría terrorismo, se consideraría un acto de guerra.

—Dile a Lynne que ha hecho un gran trabajo —puntualizó Rodgers—. Graba sus averiguaciones y envíalas por fax de seguridad al Despacho Oval.

—Muy bien. Hay algo más, algo que ha sucedido en San Petersburgo. Acabamos de enterarnos de que el comandante Harry Hubbard, del DI6 de Londres, ha perdido a dos hombres allí. El primero fue ayer por la tarde, un veterano llamado Keith FieldsHutton. Se encontraba fuera del museo del Ermitage, junto al Neva, y sufrió, según el informe de los rusos, un ataque al corazón.

—Un eufemismo para decir «lo hemos matado nosotros» —comentó Rodgers—. ¿Estaba inspeccionando el estudio?

—Sí —confirmó Wong—. Pero no llegó a enviar ni un solo informe. En cuanto lo descubrieron, lo liquidaron.

—Gracias. ¿Está Paul al corriente?

—Sí. Llamó al oír lo de la explosión. Quiere hablar con usted después de la reunión.

—Yo le llamaré —manifestó Rodgers al llegar hasta el centinela de la puerta que conducía al serpenteante camino de la Casa Blanca.

DOCE

Lunes, 6:00, San Petersburgo

Cuando era un muchacho, criado en los años cincuenta del siglo xx en la pequeña ciudad de Narián Mar, junto al río Pechora, cerca del océano Ártico, Serguéi Orlov pensaba que nunca una visión le resultaría más grata que la del fulgor anaranjado del fuego de la casa de sus padres mientras avanzaba por la nieve con dos o tres peces en su bolsa de lona, recién pescados en el pequeño lago cerca de su casa. Para Orlov, el resplandor de la chimenea no solo era una luz en la fría y oscura noche, era un brillante y esperanzador signo de vida en un desierto helado y yermo.

Cuando a finales de los años setenta dio la vuelta a la Tierra tripulando cinco misiones del Soyuz que duraron de ocho a dieciocho días y dirigiendo las tres últimas, el general Serguéi Orlov vio algo aún más memorable. No era nada nuevo; docenas de cosmonautas habían visto ya la Tierra desde el espacio, pero, ya hubieran descrito nuestro mundo como una burbuja azul, como una canica maravillosa o como un adorno de árbol de Navidad, todos coincidían que haberlo visto les había conferido una nueva visión de la vida. Las ideologías políticas no encajaban con el poder de ese frágil globo. Los viajeros del espacio se percataron de que si los humanos tenían un destino, no era luchar por el control de su hogar sino apreciar su paz y calidez mientras viajaban a las estrellas.

«Y luego regresas a la Tierra», pensó Orlov mientras bajaba del autobús número 44 en Nevsky Prospekt. La determinación y la inspiración se debilitaban cuando te pedían, en nombre de la patria, que hicieras cosas a las que no podías negarte. Los rusos no rehúsan. El abuelo de Orlov era zarista; sin embargo luchó contra los rusos blancos durante la Revolución. Su padre no rehusó luchar en el segundo frente ucraniano durante la segunda guerra mundial. Fue por ellos, y no por Brézhnev, por lo que entrenó a una nueva generación de astronautas para espiar a las fuerzas de los Estados Unidos y de la OTAN desde el espacio y también por lo que trabajó en nuevos venenos químicos en un medio ingrávido. Había sido entrenado para ver el mundo no como el hogar de toda la humanidad sino como algo que se podía pelar, cortar y devorar en el nombre de un personaje llamado Lenin.

«Luego están los pedazos ansiados por los hombres como el ministro Dogin», pensó mientras caminaba a paso ligero por el bulevar. Aunque aún era pronto, los trabajadores comenzaban a llegar al Ermitage con objeto de prepararlo para la avalancha diaria de turistas.

Aunque el ministro era bastante afable y parecía consumido por una ilusión casi alucinógena cuando hablaba de la historia de Rusia, y en particular de los años de Stalin, su visión del mundo no era acorde al ritmo de los tiempos. Y cuando Dogin hacía los viajes mensuales a San Petersburgo, daba la impresión de que los recuerdos de los años soviéticos del ministro estaban más que idealizados.

Luego estaban hombres como Rossky, que parecían carecer de visión alguna del mundo. Simplemente disfrutaban del poder y del control. Orlov se había alarmado por la subrepticia llamada de Glinka, el ayudante del director de Seguridad, a su apartamento. Glinka sabía nadar y guardar la ropa, pero Orlov le creía cuando le decía que las actividades de Rossky de las últimas veinticuatro horas habían sido extrañamente secretas. Todo empezó el día antes

cuando Rossky insistió en manejar en persona la investigación rutinaria de una alerta de intrusión. Le siguieron unas comunicaciones no registradas y codificadas por ordenador con un agente sobre el terreno, sin decir a nadie adónde iba, y unos misteriosos tratos con un forense local.

«Me han ordenado trabajar con Rossky —se dijo Orlov—, pero no le dejaré que dirija operaciones maquiavélicas». Le guste o no, tendría que respetar los límites o le destinaría a un trabajo de oficina. Mientras Rossky contase con el apoyo del ministro del Interior, Dogin, sería difícil amenazarlo, pero Orlov ya había vencido dificultades anteriormente. Tenía cicatrices que lo atestiguaban y estaba dispuesto a sufrir más si era necesario. Había aprendido inglés para poder viajar como embajador de buena voluntad, cuando, en realidad, se ocupaba de adquirir y llevarse libros a casa y así enterarse de lo que pensaba y leía el resto del mundo.

Orlov se levantó el cuello de su impermeable blanquecino contra el viento cortante y se metió las gafas de montura negra en el bolsillo. Siempre se le empañaban al bajar de un autobús con demasiada o ninguna calefacción y no tenía tiempo que perder con ellas. Como si no supusiera suficiente frustración el hecho de necesitarlas, aquellos ojos que una vez habían sido lo bastante agudos para distinguir la Gran Muralla china desde el espacio a casi quinientos kilómetros de distancia.

A pesar del problema de Rossky, la boca carnosa de Orlov estaba relajada y su alta frente asomaba sin arrugas bajo el ala de su sombrero gris. Los atractivos ojos pardos, los pómulos salientes y la tez oscura eran, como su espíritu aventurero, parte de su herencia asiática: manchú. Su abuelo le había dicho una vez que su familia perteneció a la primera oleada de guerreros que se diseminaron a través de China y Rusia en el siglo XVII. Orlov ignoraba cómo el viejo podía situarlos con tanta precisión, pero le gustaba pensar que descendía de pueblos pioneros, benévolos a pesar de haber sido conquistadores.

Con su menos de metro setenta de estatura, Orlov tenía espaldas anchas y una complexión delgada que había hecho de él un astronauta ideal y flexible. Aunque su historial como piloto de combate había sido intachable, Orlov conservaba los mejores recuerdos, físicos y mentales, de sus años en el espacio. Renqueaba permanentemente al caminar debido a las serias fracturas de la pierna y la cadera izquierdas que sufrió cuando su paracaídas falló al abrirse durante la que resultó ser su última misión. Se había descarnado gravemente el brazo derecho sacando a un astronauta en prácticas de los restos de un MiG-27 Flogger-D. Unos clavos en la cadera le permitían caminar, pero se negaba a someterse a cirugía plástica para recomponerle el brazo. Le gustaba el modo en que su mujer exclamaba «¡ohhh!» cada vez que veía a un pobre pajarillo cojo.

Orlov sonrió al pensar en su preciosa Masha. Aunque el desayuno del día había sido interrumpido por la llamada de Glinka, aún atesoraba el recuerdo de su presencia. Y más aún porque le había dicho hasta mañana, que era lo más pronto que volvería a verla. Como siempre antes de partir para una misión, los dos cumplían el ritual que habían iniciado hacía casi veinte años, antes de que él dirigiese su primer cohete flamígero hacia el espacio: se abrazaban estrechamente y se aseguraban de que se separaban sin pensamientos ni ira no manifestados, nada de lo que pudieran arrepentirse si él no regresaba. Masha había llegado a creer que el día que rompieran la tradición, él no regresaría.

«Aquellos días de las estaciones espaciales Mir y Salyut», pensó sonriente. Años de trabajo con Kizim, Solovyev, Titov, Manarov y otros astronautas que pasaron semanas y meses en el espacio. Disfrutando de la estéril belleza de las naves espaciales Vostok y Voskhod, del módulo astronómico Kvant que les permitió explorar el universo. Experimentando el ruido y la furia de los poderosos cohetes Energía que enviaban basura al espacio. Añoraba todo eso. Pero hacía once meses que el programa espacial había sido

interrumpido y estaba al borde de la quiebra, y el oficial de cuarenta y nueve años había aceptado dirigir aquel lugar, un centro de operaciones de alta tecnología, diseñado para espiar a amigos y enemigos tanto externos como internos. Cherkassov, el jefe del Ministerio de Seguridad, le había dicho que tenía la calma y la naturaleza detallista que se requería para dirigir una instalación de inteligencia sometida a alta presión como esa, aunque Orlov no pudo evitar sentirse degradado. Había pasado de tocar la bóveda celeste a ser arrojado bajo tierra a los infiernos, y le habían malcriado los diversos científicos humanitarios con los que había trabajado en el Centro Espacial Yuri Gagarin en las afueras de Moscú. Como los manchúes habían comprendido, el progreso y el poder debía usarse para ennoblecer a la gente, alentarlos a sacrificarse, no para controlarlos y aborregarlos.

Pero Masha coincidía con Cherkassov. Le dijo a su marido que era mejor que alguien con su temperamento dirigiera el Centro de Operaciones en lugar de alguien como Rossky, y tenía razón. Ni el coronel ni su nuevo mejor amigo, el ministro del Interior, Dogin, parecían saber dónde acababan los intereses de Rusia y dónde empezaban sus ambiciones personales.

Mientras Orlov caminaba presuroso por el amplio bulevar, llevando bajo el brazo la bolsa del desayuno y la de la comida que su esposa le había preparado, al otro lado del río vio el Colegio Naval Frunze, que albergaba docenas de soldados de la fuerza Molot, —Martillo—, del Centro de operaciones especiales.

Masha también tenía razón en lo que se refería a Rossky. Cuando le contó a ella quién iba a ser su segundo de a bordo —el hombre que había tenido un incidente con su hijo, Nikita, en Moscú—, Masha le dijo que no permitiera que Dogin le impusiera a Rossky. Sabía que entrarían en conflicto, aunque él creía que trabajar en un proyecto común, en aquellas dependencias cerradas, les obligaría a confiar y quizás a respetarse mutuamente.

Ahora parecía inevitable hacer recuento. ¿Qué hacía a su esposa tan lista… y a él tan pardillo?

Sus ojos se movieron por las estructuras de la orilla opuesta del Neva mientras los oblicuos rayos de sol arrancaban tintes amarillos a la impresionante academia de Ciencias y al museo de Antropología que tenía directamente frente a él, y proyectaba largas sombras marrones a su lado. Tardó largo rato en empaparse de su belleza antes de entrar en el museo y el complejo subterráneo. Aunque ya no podía ver la Tierra desde el espacio, aún había mucho que disfrutar desde aquí. Le molestaba que Rossky y el ministro nunca se detuvieran a mirar ni el río, ni los edificios y ni, en especial, el arte. Para ellos, la belleza era simplemente algo tras lo que esconderse.

Una vez dentro del museo, Orlov se encaminó hacia la escalera Jordan y la entrada al nuevo brazo secreto del Kremlin, una instalación a la vez práctica y original.

El lado práctico era el propio Ermitage. Había sido elegido entre localizaciones potenciales en Moscú y Volgograd debido a que los agentes podían entrar y salir sin llamar la atención camuflados entre los grupos de visitantes; porque los agentes podían viajar fácilmente desde allí a Escandinavia y Europa; porque el Neva ocultaría y dispersaría la mayoría de las ondas de radio procedentes del equipo del Centro; porque el estudio de televisión en funcionamiento que habían construido les permitía tener acceso a comunicaciones vía satélite; y, lo más importante, porque nadie atacaría el Ermitage.

La originalidad procedía de la devoción a la historia del ministro Dogin. El ministro coleccionaba viejos mapas y su colección contenía copias del cuartel general de Stalin durante la guerra que estaba situado debajo del Kremlin: salas que no solo eran a prueba de bombas sino que conducían hasta un túnel subterráneo que podía haberse utilizado para sacar a Stalin de Moscú en caso de ataque. El ministro veneraba a Stalin y cuando el ahora presidente Zhanin y el jefe del Ministerio de Seguridad planearon por primera vez esta instalación de comunicaciones y espionaje para Boris Yeltsin, Dogin

insistió en utilizar el plano que se trazó para Stalin. A Orlov le parecía que en realidad el diseño funcionaba a la perfección. Como en un submarino, las dependencias, angostas y algo claustrofóbicas, contribuían a que los trabajadores se concentrasen en las tareas inminentes.

Orlov reconoció al guardia al pasar. El general tecleó en el panel para entrar; una vez dentro, mostró a la recepcionista su identificación, a pesar de que era prima de Masha y lo conocía bien. Luego llegó al área de recepción y bajó la escalera hasta el estudio de televisión. En el rincón opuesto, pulsó el código de cuatro dígitos del día y la puerta se abrió. Cuando Orlov la cerró tras él, la única bombilla de la oscura escalera se encendió automáticamente. Bajó los escalones, donde, tras teclear un código en otro panel, accedió al Centro. Entró en el pasillo central débilmente iluminado, giró a la derecha y caminó con grandes zancadas hacia el despacho del coronel Rossky.

TRECE

Domingo, 21:40, Washington, D.C.

Rodgers fue conducido rápidamente a través de las verjas exterior e interior, y en la Casa Blanca le recibió la asistente del director nacional de Seguridad, Grumet. La mujer, de unos cincuenta años de edad, medía más de un metro ochenta de estatura, tenía un largo cabello rubio y liso, y llevaba poco maquillaje. Rodgers sentía mucho respeto por la veterana de Vietnam, que había perdido el brazo izquierdo en un accidente de helicóptero durante la guerra.

—¿Me estaba esperando? —inquirió Rodgers—. ¿Llego tarde?

—En absoluto, señor —dijo Grumet saludando militarmente al general—. Resulta que el resto llevamos mucho tiempo casados y estábamos viendo la televisión cuando ocurrió la explosión. Tenemos un poco de ventaja inicial. Le juro que cuando piensas que el mundo no puede estar más loco…

—Oh, yo leo historia —puntualizó Rodgers—. Nunca pienso eso.

Mientras Rodgers cruzaba el umbral, se quitó la chaqueta del uniforme y se la dio al soldado de marina armado que esperaba afuera, para que los botones de bronce no disparasen el detector de metales oculto en las jambas. El detector no sonó. Después de pasar un detector portátil por la chaqueta, el soldado de marina se la devolvió a Rodgers y le saludó militarmente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rodgers a Grumet mientras caminaban por el corto pasillo que conducía al Despacho Oval.

—Reaccionamos tomando las medidas habituales: cerramos la inmigración y reunimos a los sospechosos de costumbre; el FBI alertó a varios departamentos y agencias, dejó caer varios buceadores en el lugar de la explosión. El director Rachlin se quejó de que la CIA invierte demasiado dinero entrenándose para adquirir sensibilidad política y no el suficiente para seguir la pista de sociópatas, científicos locos y enemigos ideológicos.

—Ese es Larry —comentó Rodgers—. Más sincero que el señor Kidd. ¿Qué demonios quiere esa gente, Tobey?

—Hasta que tengamos más detalles, lo estamos tratando como un ataque terrorista convencional. Es posible que se trate de un simple acto criminal y que nos hagan llegar una exigencia económica. También es posible que la bomba fuera obra de un individuo psicótico o un grupo nacional.

—Como la bomba de Oklahoma City.

—Exacto. Un grupo que actúa desde su más honda rabia y alienación de la sociedad.

—¿Pero no creéis que sea eso?

—No, Mike, no lo creemos. Tenemos la convicción de que ha sido obra de un grupo terrorista extranjero.

—Terroristas.

—Exactamente. De ser así, tal vez simplemente quieran publicidad para su causa. Aunque, en general, los actos terroristas se instrumentalizan, es decir, se utilizan como parte de un plan destinado a conseguir objetivos mayores.

—La cuestión es ¿cuál es el objetivo de esta gente?

—Enseguida lo sabremos —afirmó Tobey—. Hace cinco minutos, el FBI recibió una llamada en Nueva York diciendo que el terrorista se pondría en contacto con el presidente. La persona que hizo la llamada dio información al FBI acerca del alcance de la explosión, su localización y el tipo de explosivos empleados. Coincidía con exactitud.

—¿El presidente va a aceptar la llamada? —preguntó Rodgers.

—Técnicamente no —repuso Tobey—, pero estará en la misma habitación. Creemos que eso bastará; ¡vaya! —exclamó cuando sonó su mensáfono—. Quieren que vayamos ahora mismo.

Los dos atravesaron corriendo el pasillo. Un colaborador les hacía señas desde la antecámara del Despacho Oval y traspasaron zumbando la puerta interior.

El presidente Mike Lawrence se encontraba tras su escritorio, de pie con más de metro noventa de estatura, las manos en jarras, las mangas de la camisa pulcramente subidas una vuelta. En frente de él se hallaba el secretario de Estado, Av Lincoln. Este era un antiguo *pitcher* de la liga nacional, con cara redonda y el pelo acabado en una fina punta sobre la frente.

Estaban presentes otros cuatro altos funcionarios: el director del FBI, Griffen Egenes; el director de la CIA, Larry Rachlin; el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, Melvin Parker, y el jefe de Seguridad Nacional, Steve Burkow.

Todos los hombres escuchaban con aspecto sombrío una voz que procedía del interfono del presidente.

—… ahórrense las molestias de rastrear la llamada —decía la voz con fuerte acento ruso—. Mi nombre es Eival Ekdol. Estoy en el 1016 de Forest Road, en Valley Stream, Long Island. Es un piso franco de Grozni, y pueden descubrirlo y capturarme a mí. Soportaré un juicio y denunciaré a los oficiales que me apresen. Será un buen espectáculo.

«Grozni» —pensó Rodgers mientras tomaba asiento junto al joven jefe nacional de Seguridad—. ¡Dios mío!

El ascético director del FBI, Egenes, escribió en una libreta amarilla: «Déjeme llevar gente allí», y la levantó para que el presidente la leyera.

El mandatario asintió y Egenes salió de la habitación.

—Una vez me hayan apresado —concluyó Ekdol—, no habrá más actos de terrorismo.

—¿Por qué hace explotar el túnel y luego se entrega? —preguntó Burkow—. ¿Qué quiere a cambio?

—Nada. Lo que quiero decir es que queremos que Estados Unidos no haga nada.

—¿Dónde, cuándo y por qué? —inquirió Burkow.

—En Europa del Este —explicó Ekdol—. Pronto se desarrollará una situación militar y queremos que ni Estados Unidos ni sus aliados intervengan.

El presidente Parker levantó un auricular que estaba cerca de él. Se volvió para que no se oyera su voz por la otra línea.

—No podemos prometerle eso. Estados Unidos tiene intereses en Polonia, Hungría…

—Ustedes también tienen intereses en Estados Unidos, señor Burkow.

El jefe de Seguridad Nacional pareció ser pillado por sorpresa. Rodgers se sentó en silencio y escuchaba sin perder detalle.

—¿Está amenazando otros intereses norteamericanos? —preguntó Burkow.

—Sí, los estoy amenazando. En realidad a las diez y cuarto estallará un importante puente colgante en otra ciudad norteamericana. A menos, claro está, que lleguemos a un acuerdo antes de esa hora.

Todos los presentes miraron sus relojes.

—Como sin duda se darán cuenta, tienen menos de cuatro minutos.

El presidente interrumpió:

—Señor Ekdol, soy el presidente Lawrence. Necesitamos más tiempo.

—Tómese el tiempo que quiera, señor presidente. Pero lo pagará con vidas. No llegará a tiempo para capturarme, aunque haya enviado personal hacia aquí cuando le di la dirección y, aunque me cogiera, Grozni no se detendrá.

El presidente movió la mano de un lado a otro y Burkow silenció el teléfono.

—Suéltalo —solicitó Lawrence—. Rápido.

—No hacemos tratos con terroristas —dijo Burkow—, punto.

—Claro que los hacemos —replicó Lincoln—, pero no en público. No nos queda más remedio que hacer tratos con este hombre.

—¿Y el próximo chiflado que nos salga con otra bomba? —preguntó Burkow—. ¿Y si Sadam Hussein es el siguiente? ¿O algún neonazi de los propios Estados Unidos?

—No permitiremos que vuelva a suceder —declaró el director de la CIA, Rachlin—. Esto nos servirá para aprender, nos prepararemos. En estos momentos no queremos otro atentado como el de Nueva York. Desactivaremos la bomba y ya encerraremos a estos pájaros más tarde.

—Pero podría ser un farol —objetó Burkow—. Podría tratarse de un loco que hizo estallar su fortuna bajo el río East.

—Señor presidente —dijo Rodgers—, dejemos que el bastardo gane esta baza. Tengo experiencia con estos fanáticos Grozni. No es ningún farol, ya verán lo fuerte que juegan. Dejémosles ganar y los cazaremos en la última baza.

—¿Tiene alguna idea?

—Sí.

—Al menos es algo —ironizó el presidente.

—En estos instantes, una pelotilla de papel en un tirachinas sería algo —afirmó Burkow—. ¿Pero es lo correcto?

Lawrence se frotó la cara con las manos abiertas mientras Burkow hacía una mueca a Rodgers. Al jefe nacional de Seguridad no le gustaba capitular y, obviamente, creía tener un aliado en Rodgers. Normalmente, lo tenía, pero esto era mucho más importante de lo que aparentaba y se necesitaba tiempo y la cabeza clara para afrontarlo.

—Lo siento, Steve —declaró el presidente—. En principio estoy de acuerdo contigo. Dios sabe que lo estoy, pero tengo que darle a

este monstruo lo que quiere. Vuelve a darle paso en la línea.

Con un dedo, Burkow volvió a dejar la línea abierta.

—¿Está usted ahí? —preguntó el presidente.

—Sí.

—Si aceptamos sus términos, ¿no habrá más explosiones?

—Solo si lo hace ahora mismo —conminó Ekdol—. Le queda menos de un minuto.

—Entonces aceptamos. Maldito sea, aceptamos.

—Muy bien.

El teléfono enmudeció durante un momento.

—¿Dónde están los explosivos? —preguntó Burkow.

—Se hallan en el remolque de otro camión que está cruzando otro puente. Acabo de llamar al conductor para que no los entregue. Ahora, como les prometí, pueden venir y capturarme. No diré nada de nuestro acuerdo, pero rompa su palabra, señor presidente, y no podrá detener a mi gente en otras ciudades. ¿Comprende?

—Comprendo —dijo el presidente.

Y la línea se cortó.

CATORCE

Lunes, 6:45, San Petersburgo

Orlov apretó el botón del interfono que se encontraba junto a la puerta de Rossky.

—¿Sí? —inquirió el coronel con voz estridente.

—Coronel, soy el general Orlov.

La puerta zumbó y Orlov entró en el despacho. Rosskv se sentaba tras una pequeña mesa a la izquierda. Sobre su superficie de bronce había un ordenador, un teléfono, una taza, un fax y una bandera. A la derecha se encontraba el abarrotado escritorio de su asistente y secretaria, la cabo Valentina Belyev. Ambos se pusieron en pie y saludaron militarmente al entrar el general, Belyev con presteza y Rossky con mayor calma.

Orlov les devolvió el saludo y pidió a Valentina que los disculpara. Cuando la puerta se cerró, Orlov contempló al coronel.

—¿Ha ocurrido algo en el día de ayer que yo deba saber? —preguntó Orlov.

Rossky se sentó lentamente.

—Han ocurrido muchas cosas. En cuanto a lo que usted debería saber, general, los satélites, los agentes de campo; la criptografía y el seguimiento radiofónico de nuestra nación, todos pasarán a ser de nuestra responsabilidad en el día de hoy. Tiene un cúmulo de cosas que atender.

—Soy un general —sostuvo Orlov—. Mis subordinados hacen todo el trabajo. Lo que le estoy preguntando, coronel, es si ha estado excediéndose en el trabajo.

—¿Qué trabajo en concreto, señor?

—¿De qué asuntos ha tratado usted con el forense?, —preguntó Orlov.

—Teníamos que desembarazarnos de un cadáver —respondió Rossky—. Un agente británico. Un tipo arriesgado; llevábamos días observándolo. Perdió la vida cuando se acercó nuestro agente.

—¿Cuándo sucedió esto?

—Ayer.

—¿Por qué no informó?

—Lo hice. Al ministro Dogin.

Los rasgos de Orlov se ensombrecieron.

—Se supone que todos los informes tienen que ir al archivo del ordenador y una copia a mi despacho…

—Es cierto, señor, en una instalación operativa, pero nosotros aún no lo somos. La conexión entre su oficina y el despacho del ministro no será segura hasta dentro de cuatro horas. La mía ha sido comprobada y es segura, por eso puedo usarla.

—¿Y la conexión entre su despacho y el mío? —exigió Orlov—. ¿Es segura?

—¿No ha recibido el informe?

—Ya sabe usted que no…

—Ha sido un error —dijo Rossky sonriendo—. Regañaré a la cabo Belyev. Tendrá un informe completo, si consigo recuperar a Belyev, dentro de pocos minutos.

Orlov observó al coronel durante un largo rato.

—Se incorporó a la Sociedad para la Cooperación con el Ejército, las Fuerzas Aéreas y la Marina cuando solo tenía catorce años, ¿verdad? —le preguntó Orlov.

—Sí.

—A los dieciséis años era un francotirador experto y mientras los otros jovencitos preferían saltar el potro desde un trampolín con un traje de gimnasia y zapatillas deportivas, usted prefería saltar empalizadas por el punto más ancho, con unas pesadas botas y una mochila a la espalda. El general Odinstev en persona le entrenó, a usted y a un selecto grupo, en el arte del terrorismo y el asesinato. Por lo que puedo recordar, una vez ejecutó a un espía en Afganistán con una pala lanzada desde cincuenta metros de distancia.

—Desde cincuenta y dos. —Los ojos de Rossky se movieron hacia su superior y añadió—: Una muerte récord en la *spetsnaz*.

Orlov dio la vuelta al escritorio y se sentó en una esquina.

—Pasó tres años en Afganistán, hasta que un miembro de su grupo fue herido en una misión cuyo objetivo era capturar a un dirigente afgano. El comandante de su pelotón decidió llevarse al herido, en lugar de administrarle una «muerte piadosa». Como ayudante del comandante, le recordó a su superior que su deber era ordenar la inyección letal, y, cuando él se negó, usted mató al comandante: una mano en la boca y un cuchillo hundido en la garganta. Luego le quitó la vida al herido.

—De haber hecho otra cosa, el alto mando habría ordenado ejecutar a todo el grupo por traidores.

—Claro, pero poco después hubo una investigación, se cuestionó si la herida del soldado era tan grave como para requerir la muerte.

—Era una herida en una pierna y nos estaba retrasando. Los reglamentos son muy explícitos en este punto. La investigación fue un simple formalismo.

—No obstante —prosiguió Orlov—, algunos de sus hombres no se alegraron de lo que usted hizo. La ambición, el deseo de ascender: esos fueron los cargos que alegaron, creo. Al alto mando le preocupó la seguridad de sus compañeros, así que le dieron otro destino y así fue cómo entró en la instalación especial de la Academia de Diplomacia Militar. Usted dio clases a mi hijo y conoció

al ministro Dogin cuando aún era alcalde de Moscú. ¿Es eso correcto?

—Sí, señor.

Orlov se aproximó aún más; su voz apenas era algo más que un susurro.

—Ha servido a su país y al ejército con tesón durante más de veinte años, arriesgando su vida y su reputación. Con toda esa experiencia, coronel, dígame: ¿no ha aprendido a permanecer de pie en presencia de un superior a menos que él le dé permiso para que se siente?

El rostro de Rossky se sonrojó. Se levantó de inmediato, lentamente, en una postura rígida.

—Sí, señor.

Orlov siguió sentado en el escritorio.

—Mi carrera ha sido distinta a la suya, coronel. Mi padre vio en persona lo que la Luftwaffe hizo al Ejército Rojo durante la guerra. Me transmitió su respeto por las Fuerzas Aéreas. Me pasé ocho años en ellas, haciendo vuelos de reconocimiento durante cuatro años, luego colaboré en la instrucción de otros pilotos en el arte de la emboscada: atraer aviones enemigos hasta el radio del fuego antiaéreo. —Orlov se levantó y miró los furiosos ojos de Rossky—. ¿Sabe todo esto, coronel? ¿Ha estudiado mi expediente?

—Sí, señor.

—Entonces sabrá que nunca he tenido que castigar formalmente a ninguno de mis subordinados. La mayoría son hombres decentes, incluso los reclutas. Solo quieren hacer su trabajo y que les compensen por lo que hacen. Algunos cometen errores involuntarios y no hay razón para manchar sus hojas de servicio por ello. Siempre he concedido a un soldado, a un patriota, el beneficio de la duda. Incluso a usted, coronel —dijo Orlov acercándose más, hasta que sus rostros estuvieron a pocos milímetros—. Pero si intenta pasar por encima de mí otra vez, lo cogeré y lo devolveré a la academia

con un expediente por insubordinación en su hoja de servicios. ¿Está claro, coronel?

—Está claro, señor —replicó Rossky casi escupiendo sus palabras.

—Bien.

Los hombres intercambiaron saludos, luego el general se volvió y se dirigió hacia la puerta.

—¿Señor? —inquirió Rossky.

Orlov se dio la vuelta. El coronel aún estaba firme y atento.

—¿Sí? —preguntó Orlov.

—¿Lo que hizo su hijo en Moscú también fue un error involuntario?

—Fue estúpido e irresponsable —admitió Orlov—. Usted y el ministro fueron más que tolerantes con eso.

—Lo fuimos por respeto a sus hazañas, señor. Y él tiene una gran carrera por delante. ¿Ha leído el archivo del incidente?

Los ojos de Orlov se empequeñecieron.

—Nunca he tenido ningún interés en él, no.

—Tengo una copia. Se sacó de los archivos del cuartel del Estado Mayor. Se adjuntaba una recomendación. ¿Lo sabía?

Orlov no dijo nada.

—El sargento mayor de la compañía de Nikita recomendaba la expulsión por guliganstvo. No por destrozar la iglesia ortodoxa griega en Ulitsa Arkhipova ni golpear al sacerdote, sino por irrumpir en el depósito de provisiones de la academia para obtener la pintura y por golpear al guardia cuando intentó detenerle —sostuvo Rossky sonriendo—. Creo que su hijo se quedó frustrado después de mi arenga sobre la venta de armas de las fuerzas armadas griegas a Afganistán.

—¿Qué quiere decir con esto? —preguntó Orlov—. ¿Que usted enseñó a Nikita a atacar a ciudadanos indefensos?

—Los civiles son el bajo vientre sensible de la misma máquina que gobierna al ejército, señor —expresó Rossky—, un blanco

perfectamente válido a los ojos de la *spetsnaz*. Pero usted no quiere discutir de la política militar establecida conmigo.

—No me importa discutir lo que sea con usted, coronel, pero tenemos que poner en marcha un centro de operaciones —dictaminó Orlov mientras se encaminaba hacia la puerta, pero la voz de Rossky lo detuvo.

—Por supuesto, señor. Sin embargo, como ha pedido ser informado sobre todo lo perteneciente a mis actividades oficiales, recogeré los detalles de esta conversación, que ahora incluiré en el siguiente informe. Los cargos contra su hijo no fueron desestimados. El informe del sargento mayor sencillamente no se incluyó, que no es lo mismo. Si alguna vez llega hasta la dirección, será incluido en la relación.

Orlov tenía la mano en el picaporte y daba la espalda al coronel.

—Mi hijo tendrá que afrontar las consecuencias de sus actos, aunque estoy seguro de que un juez militar tendrá en cuenta los años de servicio que hablan en su favor, y también el modo en que los informes desaparecieron y luego volvieron a aparecer.

—Los archivos a veces aparecen en los despachos, señor. Orlov abrió la puerta. La cabo Belyev estaba allí de pie y le saludó enérgicamente.

—Su impertinencia será anotada en mi propio informe, coronel —dijo Orlov mirando a Belyev y luego a Rossky—. ¿Le importaría añadir ese detalle?

Rossky se puso firme detrás de su escritorio.

—No, señor.

El general Orlov salió al pasillo y Belyev entró en el despacho del coronel. Cerró la puerta tras ella y el general solo alcanzó a imaginarse lo que estaba sucediendo detrás de esa puerta insonorizada.

No es que le importase. Había dado un aviso a Rossky y tendría que seguir las reglas a rajatabla, aunque Orlov tenía la sensación de

que las reglas podían cambiar en cuanto el coronel tuviera al ministro del Interior Dogin al teléfono.

QUINCE

Domingo, 22:15, Washington, D.C.

Griff Egenes regresó al Despacho Oval.

—La policía del Estado está de camino a Forest Road —comunicó Egenes— y uno de mis equipos se dirige en helicóptero desde Nueva York. Atraparán a ese lunático antes de media hora.

—No luchará contra ellos —dijo Burkow.

Egenes se sentó pesadamente.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que le hemos dado lo que pedía. Soltará algo de basura extremista y permitirá que lo capturen.

—Mierda —dijo Egenes—. Realmente quería machacarlo.

—Yo también —coincidió Burkow.

El jefe nacional de Seguridad se dirigió a Mike Rodgers. Aunque el humor de la Casa Blanca era sombrío, Burkow presentaba el rostro más grave del grupo.

—¿Entonces, Mike? —preguntó Burkow—. ¿Quiénes son estas criaturas y cómo aplastaremos al resto?

—Antes de que responda —dijo el presidente—, ¿puede alguien decirme si los rusos tienen alguna operación militar en marcha que pueda desembocar en una invasión? ¿No se supone que vigilamos estas cosas?

Mel Parker, el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor y silencioso hombre de la administración, dijo:

—Mientras Ekdol estaba ocupado dictando los términos de la rendición incondicional, telefoneé al secretario de Defensa, Colon. Llamó al Pentágono. Me informó que hay varias divisiones rusas de maniobras justo en la frontera ucraniana. Efectivos bastante considerables en comparación con los que normalmente están estacionados en la región, pero nada que pueda suponer una señal de alarma.

—¿No hay movimiento de tropas en ningún otro sitio?, —preguntó Rodgers.

—La ONR está dedicando todos sus recursos a averiguarlo —respondió Parker.

—Pero la frontera podría ser un campo de operaciones —dijo el presidente.

—Podría serlo —reconoció Parker.

—Hay un maldito problema —afirmó el jefe del FBI, Griff Egenes —. Con todos estos recortes, tenemos unos HUMINT (recursos humanos para el espionaje) demasiado escasos. Un satélite no puede proporcionarnos información acerca de los soldados de a pie que se quejan de la marcha de mañana o lo que se dice encima de un mapa dentro de una tienda de campaña. Ahí radica el verdadero espionaje.

—Ese es el problema —coincidió Rodgers—, pero tiene poco que ver con esta situación.

—¿Cómo es eso? —inquirió Rachlin.

—Lo cierto es que ese tipo de Grozni no se andaba con chiquitas.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Tobey, que había permanecido en silencio, tomando notas para Burkow.

—Supongo que se trata de una invasión —explicó Rodgers—; pongamos que el ejército ruso penetra en territorio de Ucrania. Nosotros no intervendríamos.

—¿Por qué no? —preguntó Tobey.

—Porque entonces entraríamos en guerra con Rusia —respondió Rodgers—, ¿y qué haríamos luego? No tenemos la capacidad para

sufragar una guerra convencional eficaz. Lo demostramos en Haití y en Somalia. Si lo intentamos, las bajas serán muchas y muy difundidas por televisión. El público y el Congreso nos censurarán más rápido que una partida clandestina en una iglesia. Y no podemos entrar en misiles, bombardeos y ataques a gran escala debido al peligro colateral y a las bajas civiles.

—Estoy llorando copiosas y gruesas lágrimas de cocodrilo —dijo Burkow—. Es una guerra. Va a haber heridos y, si no me equivoco, los rusos dispararon la primera andanada contra un puñado de civiles en la ciudad de Nueva York.

—No tenemos constancia de que el gobierno ruso autorizara eso —puntualizó Egenes.

—Exacto —recalcó el secretario Lincoln—. Y, francamente, por impopular que pueda parecer, no estoy seguro de que me gustase vernos implicados en una guerra en Europa del Este, aunque fuera una guerra justa. Alemania y Francia no se unirían a nosotros, ni siquiera nos respaldarían. La OTAN, lógicamente, se volvería contra nosotros. Los gastos de repeler a Rusia y reconstruir estas naciones después de la guerra serían elevadísimos.

—No —dijo Burkow con un deje de asqueo—. Mejor construir otra Línea Maginot para mantener al enemigo fuera, como los tres cerditos y su casa de paja. Yo no me apunto a eso. Yo creo en ir al refugio del lobo malo, y quemarle las entrañas con napalm y hacerse un abrigo con lo que quede. Sé que no es lo más políticamente sensible, pero no hemos empezado nosotros.

—Dígame una cosa —le preguntó Lincoln a Rodgers—, ¿le enviaron los japoneses una caja de bombones y una tarjeta de agradecimiento cuando evitó que Tokio fuera desintegrada por aquellos misiles Nodong norcoreanos?

—No lo hice para que me dieran una palmadita en el hombro —dijo Rodgers—, lo hice porque era lo correcto.

—Y todos nos sentimos muy orgullosos de usted —replicó Lincoln —, pero aún cuento dos norteamericanos muertos contra cero

japoneses.

El presidente interrumpió:

—En esto estoy con Mel, pero estamos perdiendo de vista el problema inmediato: quién está detrás de esto y por qué. —Miró su reloj y prosiguió—. Está previsto que salga en antena a las diez y once minutos para referirme a la bomba. Tobey, ¿puede retrasar el discurso para hablar de la captura del terrorista gracias al eficaz trabajo del FBI, la CIA y demás?

La asistente de Seguridad Nacional asintió y se acercó al teléfono.

El presidente miró a Rodgers.

—General, ¿por eso me aconsejó capitular ante el terrorista? ¿Porque de cualquier modo vamos a hacer lo que él quiera?

—No, señor —sostuvo Rodgers—. Lo cierto es que no hemos capitulado ante él. Lo hemos distraído.

Lawrence se reclinó hacia atrás con las manos detrás de la cabeza.

—¿De qué?

—De nuestro contraataque.

—¿Contra quién? —preguntó Burkow—. El hijo de puta nos dijo con quién estaba y se entregó.

—Pero, tiremos de la manta.

—Le escuchamos —dijo el presidente.

Rodgers se inclinó hacia adelante, con los codos en las rodillas.

—Señor, Grozni toma su nombre de Iván Grozni, Iván el Terrible…

—¿Por qué no me sorprende? —murmuró Rachlin.

—Durante la Revolución, trabajaban para conseguir ventajas políticas, no dinero —explicó Rodgers—. Fueron quintacolumnistas en Alemania durante la guerra y aquí causaron algún que otro problema menor durante la guerra fría. Rastreamos algunos de los primeros y fracasados cohetes Redstone no tripulados.

—¿Quién los financia? —preguntó Parker.

—Hasta hace poco, estaban suscritos a las fuerzas políticas nacionalistas extremistas que necesitaban ser reforzadas por el terrorismo. Gorbachov los desmanteló a mediados de los años ochenta, momento en que se desperdigaron en el otro lado del océano, especialmente en Estados Unidos, Sudamérica y se unieron a la cada vez más poderosa mafia rusa en un esfuerzo por derrocar a sus dirigentes occidentalizados.

—Así que realmente deben de odiar a Zhanin —dijo Lincoln.

—Lo ha captado.

—Pero si no están vinculados al gobierno —señaló el presidente —, ¿qué pueden estar planeando en la Europa del Este? Una operación militar de cualquier calibre no puede ser puesta en marcha sin la aprobación del Kremlin. Esto no es Chechenia, cuando un puñado de generales de campo dictaba la política militar al presidente Yeltsin.

—¡Demonios! —observó Rachlin—, nunca creí que no controlara la situación.

—De eso se trata —dijo Rodgers—. Algo tan grande debe ser llevado a cabo sin el Kremlin. Lo que vimos en Chechenia en 1994 fue el principio de una tendencia hacia la descentralización en Rusia. Es un país enorme, con ocho franjas horarias. Supongan que finalmente alguien se ha despertado y ha dicho: «Esto es como un dinosaurio. Necesita un par de cerebros para que todo funcione».

El presidente miró a Rodgers:

—¿Ha hecho eso alguien en realidad?

—Antes de la explosión, señor presidente, interceptamos un pedido de roscas hecho desde San Petersburgo a una tienda de Nueva York.

—¿Un pedido de roscas? Seamos realistas.

—Esa fue mi reacción. Le dimos vueltas, pero no tenía ningún sentido hasta después de la explosión. Utilizando el túnel Midtown como un punto de la retícula, uno de nuestros criptólogos descubrió

que se trataba de un mapa de Nueva York, con el túnel como uno de los puntos importantes.

—¿Los otros puntos eran blancos secundarios? —preguntó Egenes—. Al fin y al cabo, los terroristas del World Trade Center tenían blancos alternativos, incluido el túnel Lincoln.

—No lo creo. A nuestro analista le parecen etapas en el proceso de fabricación de la bomba. Ahora bien, Larry: usted lo confirmará. Desde hace un par de meses, hemos estado captando radiación de microondas procedente del Neva en San Petersburgo.

—Verdaderamente algo se está tramando allí —corroboró Rachlin.

—Imaginábamos que la radiación procedía de un estudio de televisión que se está construyendo en el museo del Ermitage. Ahora creemos que el estudio es la tapadera de algún tipo de operación secreta.

—Un segundo «cerebro» para el dinosaurio —acotó Lincoln.

—Exactamente. Parece ser que se financió con fondos aprobados por el ministro del Interior, Nikolai Dogin.

—El perdedor de las elecciones —recordó el presidente.

—El mismo. Y aún hay otro detalle. Un agente británico fue asesinado cuando intentaba echar un vistazo al lugar. Así que algo está ocurriendo allí. Y, sea lo que sea, un centro de mando o una base militar, probablemente tenga relación con el ataque a Nueva York y el pedido de roscas.

—Así que tenemos al gobierno ruso —dijo Av Lincoln—, o a una facción del mismo, aliado con un grupo terrorista fuera de la ley y posiblemente con la mafia rusa. Y aparentemente controlan una porción del ejército suficiente como para hacer que algo importante ocurra en el este de Europa.

—Eso es.

—Dios, como me gustaría freír a esa rata arrogante del Grozni personalmente cuando lo cacemos —exclamó Rachlin.

—Les garantizo que no sacaremos nada de él —afirmó Egenes—. No le habrán dicho nada y luego han dejado que se entregue.

—Hacerlo habría sido una estupidez —coincidió Rachlin—. Nos lo entregan para que podamos aparecer como los buenos, empuñando la diligente e implacable espada de la justicia.

—No menosprecien eso —sostuvo el presidente—. Todos sabemos que John Fitzgerald Kennedy tuvo que comprometer militarmente a Estados Unidos en Turquía para sacar los misiles de Jruschov de Cuba. El hecho de que solo saliera a la luz la mitad del trato le hizo aparecer como un héroe y a Jruschov como un villano. Así que vamos a suponer que, a través de San Petersburgo, un gobierno oficial ordena el ataque de Nueva York. ¿Podría haber sido el presidente Zhanin?

—Lo dudo —opinó el secretario Lincoln—. Desea una relación con Occidente, no la guerra.

—¿Estamos seguros de ello? —inquirió Burkow—. Hablando de Boris Yeltsin, ya nos han engañado antes.

—Zhanin no tiene nada que ganar —conjeturó Lincoln—. Ha ordenado recortes de los gastos militares. Además, él y Grozni son enemigos naturales.

—¿Y Dogin? —preguntó el presidente—. ¿Puede ser obra suya?

—Es el candidato más probable. Él costeó la instalación de San Petersburgo y probablemente la ha llenado con su gente.

—¿Hay algún modo de hablar con Zhanin de esto? —inquirió Tobey.

—Yo no me arriesgaría —afirmó Rodgers—. Aunque no esté en el ajo, existen muchas probabilidades de que no todo el mundo que le rodea sea de fiar.

—Entonces, ¿cuál es su plan, Mike? —interrogó Burkow irritado —. Desde mi punto de vista, una bomba ha puesto en entredicho a los Estados Unidos. ¡Dios mío!, recuerdo cuando cosas como esta impresionaban a la gente y entrábamos en guerra.

—Steve, la bomba no nos ha frenado. Desde un punto de vista estratégico, podría sernos de ayuda —afirmó Rodgers dirigiéndose a Burkow.

—¿Cómo? —preguntó este.

—Quienquiera que esté detrás de esto probablemente crea que no tiene que vigilarnos de cerca. Igual que los rusos se sentían con respecto a Hitler después de firmar el pacto de no agresión.

—Se equivocaban —sentenció Lincoln—. En cualquier caso, les atacó.

—Exactamente —puntualizó Rodgers mirando al presidente—. Señor, hagamos lo mismo. Déjeme enviar a Striker a San Petersburgo. Como prometimos, no haremos nada en Europa del Este. En realidad, haremos que Europa tiemble un poco ante nuestro aislacionismo.

—Eso ciertamente está en concordancia con los sentimientos norteamericanos de estos días —sostuvo Lincoln.

—Mientras tanto, dejemos que Striker le arranque el cerebro a esa gente.

El presidente miró uno tras otro el rostro de cada uno de los presentes. Rodgers notó que el humor que reinaba en la sala cambiaba.

—Me gusta —comentó Burkow—. Mucho.

El presidente se detuvo en el rostro de Rodgers.

—Hágalo —le ordenó el presidente—. Tráigame la cabeza del lobo malo.

DIECISÉIS

Domingo, 18:00, Los Ángeles

Paul Hood se sentaba en una tumbona junto a la piscina del hotel, con el mensáfono y un teléfono móvil a su lado, y el panamá calado para que nadie pudiera reconocerlo. No se sentía como para darle al pico con antiguos votantes. Salvo por la conspicua ausencia de bronceado, probablemente parecía un moderno, absorto e independiente productor cinematográfico.

Lo cierto era que, incluso con Sharon y los niños revoloteando a pocos metros de distancia, en el otro extremo de la piscina se sentía melancólica y extrañamente solo. Tenía su *walkman* en la mano; escuchaba el canal de noticias mientras esperaba que el presidente se dirigiera a la nación. Hacía mucho tiempo que no seguía una noticia importante como ciudadano, en lugar de hacerlo como funcionario público, y eso no le agradaba. No le gustaba la sensación de indefensión, de no ser capaz de compartir su consternación con la prensa o con otros funcionarios. Quería contribuir a la curación o a la sensación de rabia o incluso de venganza.

Era solo un hombre en una silla de plástico esperando las noticias como cualquier otro.

No, como cualquier otro no, y lo sabía. Esperaba que le llamase Mike Rodgers. Aunque era consciente de que la línea no era segura, Rodgers encontraría el modo de contarle algo. Suponiendo que hubiera algo que contar.

En la espera volvió a pensar en la bomba. El blanco no era el túnel. Pudo haber sido el vestíbulo de ese hotel, con sus turistas y empresarios asiáticos, y productores de cine de Italia, España, Sudamérica e incluso Rusia. Asustarlos y perjudicar la economía local, desde los servicios de limusina hasta los restaurantes… Cuando era alcalde de Los Angeles, Hood había participado en numerosos seminarios sobre terrorismo. Todos tenían sus propios métodos y motivos para hacer lo que hacían, y tampoco tenían nada en común. Atacaban en los lugares frecuentados por la gente, ya fuera un centro de mando militar, un medio de transporte o un edificio de oficinas. Así es como sientan a los gobiernos a las mesas de negociación, a pesar de que ante la opinión pública aparenten lo contrario.

También pensó en Bob Herbert, quien había perdido las piernas y a su mujer en un atentado terrorista. No podía imaginar cuánto le estaba afectando.

Un joven camarero rubio, casi albino, se detuvo ante la silla de Hood y le preguntó si quería beber algo. Pidió un club soda. Cuando el camarero regresó, miró a Hood durante un momento.

—¿Es usted, verdad?

Hood desconectó el *walkman*.

—¿Perdón?

—Es usted el alcalde Hood.

—Sí —dijo sonriendo y asintió.

—Qué bueno. Ayer tuve aquí a la hija de Boris Karloff —contó el joven mientras colocaba el vaso en una tambaleante mesa de metal —. Es increíble lo de Nueva York, ¿verdad? Es la clase de cosas en las que no quieres pensar y, sin embargo, no puedes alejar tu mente de ellas.

—Es cierto.

El camarero se acercó más para servirle la burbujeante soda.

—Le gustará este lugar. O tal vez no. He oído al director Mosura decirle al detective de la casa que nuestra compañía de seguros

quería que ofreciéramos ejercicios de evacuación diarios, como hacen en los cruceros de lujo. Así la gente no puede demandar a la cadena si nos vuelan por los aires.

—Protege tus huéspedes y tus pertenencias.

—Exactamundo —sentenció el camarero.

Hood firmó la factura y estaba dando las gracias al camarero cuando sonó el teléfono. Respondió enseguida.

—¿Cómo estás, Mike? —preguntó. Cogió el teléfono y empezó a caminar hacia un rincón sombrío donde no había nadie.

—Lo mismo que todos —dijo Rodgers—. Enfermo y loco.

—¿Qué puedes contarme?

—Voy hacia el despacho después de reunirme con el jefe. Han sucedido muchas cosas. En primer lugar, ha llamado el autor del atentado. Se rindió, lo tenemos.

—¿Así de fácil? —inquirió Hood.

—Había varios cabos atados. Tenemos que permanecer al margen de ciertos negocios que dice que va a realizar al otro lado del océano. La vieja zona roja. Si no hacemos lo que quiere, tendremos más de lo mismo.

—¿Es un gran negocio?

—No estamos seguros. Negocios militares, parece ser.

—¿Del nuevo presidente?

—Creemos que no. Parece ser una reacción contra él y no necesariamente obra suya.

—Ya veo.

—En realidad, creemos que el visto bueno de todo esto viene de un estudio de televisión que hemos sintonizado. Tiene un rastro de papel muy sólido. El jefe nos ha autorizado a echar un vistazo, colgando todo el papelamen. He puesto a Lowell en ello.

Hood dejó de andar y se detuvo bajo una palmera. El presidente había autorizado una incursión de Striker en San Petersburgo, y el abogado de Op-Center, Lowell Coffey II, estaba tratando de obtener

la aprobación del Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso. Esa sí que era una labor ardua.

Hood miró el reloj:

—Mike, voy a intentar coger un Redeye para regresar.

—No lo hagas —dijo Rodgers—. Tenemos tiempo. Cuando los acontecimientos se precipiten, puedo enviarte un helicóptero hasta Sacramento y tú puedes contratar un viaje desde March.

Hood miró a los niños. Se suponía que por la mañana iban a realizar el recorrido por el Magna Studio. Y Rodgers tenía razón. Sería un trayecto de media hora hasta la base de las Fuerzas Aéreas, luego menos de unas cinco horas de viaje de regreso a Washington, pero había jurado hacer una labor y era una labor —mejor dicho una carga, una responsabilidad— que no quería dejar sobre los hombros de nadie.

El corazón le latía de prisa. Hood sabía lo que tenía que hacer. Ya le estaba llegando la sangre a las piernas para bajar al llano.

—Déjame hablar con Sharon —le solicitó a Rodgers.

—Sharon te va a matar. Respira hondo y haz un poco de *jogging* por el aparcamiento. Nosotros podemos manejarlo.

—Gracias, pero te haré saber lo que voy a hacer. Te agradezco la información. Hablaré contigo más tarde.

—Sí —replicó Rodgers tristemente.

Hood colgó el teléfono, lo cerró y lo golpeó suavemente contra su mano abierta.

Sharon lo mataría y los niños se sentirían decepcionados. Alexander deseaba profundamente subirse a la atracción Teknófaga de realidad virtual con él.

«¡Dios mío!, ¿por qué no puede algo ser sencillo?», se preguntó mientras caminaba hacia la piscina.

—Porque entonces no habría dinámica interpersonal —contestó entre dientes—, y la vida sería aburrida.

Aunque tenía que admitir que ahora mismo le iría bien un poco de aburrimiento. Había regresado a Los Angeles con la esperanza de

encontrar justo eso.

—Papá, ¿vienes? —le gritó su hija Harleigh al acercarse.

—No, cara de papilla —dijo Alexander—. ¿No ves que tiene su teléfono?

—No llego a ver tan lejos sin gafas, merluzo —respondió ella.

Sharon había dejado de mojar a su hijo con una pistola de agua y se quedó quieta, flotando en la piscina. Por su expresión, podía decir que sabía lo que se avecinaba.

—Venid aquí —anunció Sharon mientras su marido se acuclillaba a un lado de la piscina—. Creo que papá tiene algo que decirnos.

Hood sentenció sencillamente:

—Tengo que regresar. Lo que ha ocurrido hoy… tenemos que reaccionar.

—Necesitan que papá dé algunas patadas en el culo —intervino Alexander.

—Chist —dijo Hood—. Recuerda, en boca cerrada…

—Hundir barcos —replicó el niño de diez años—. «Dixcúlpame» —anunció antes de sumergirse.

Su hermana de doce años quiso retenerlo, pero Alexander se alejó a toda prisa.

Sharon se limitó a mirar a su marido.

—Esta reacción —preguntó tranquilamente—, ¿no se puede llevar a cabo sin ti?

—Sí.

—Entonces, olvídalo.

—No puedo —repuso Hood. Bajó los ojos, luego los desvió hacia un lado, a cualquier lugar salvo hacia los de ella—. Compradme una camiseta en Teknófago.

—¡Te la compraremos! —exclamó Alexander.

Se dio la vuelta para irse.

—¿Paul? —lo llamó Sharon.

Se detuvo y miró hacia atrás.

—Sé que esto es difícil y no te lo voy a poner más fácil, pero nosotros también te necesitamos, sobre todo Alexander. Mañana va a estar todo el día diciendo: «¡Oh, a papá le habría encantado esto!» y «A papá le habría entusiasmado». Algún día, muy pronto, tendrás que empezar a reaccionar de verdad ante el hecho de no estar con nosotros lo suficiente.

—¿No crees que a mí también me duele?

—No lo bastante —insistió Sharon—. No lo bastante como para alejarte de tus trenes eléctricos de Washington. Piensa en ello, Paul.

Lo haría, se prometió a sí mismo. Entretanto, tenía que tomar un avión.

DIECISIETE

Lunes, 3:35, Washington, D.C.

El teniente coronel W. Charles Squires aguardaba en la oscura pista de aterrizaje de Quantico. Estaba vestido de civil con una cazadora de cuero, y su ordenador descansaba en la pista asfaltada entre sus piernas mientras los otros seis miembros del equipo de Striker subían a los dos helicópteros Bell JetRangers que los conducirían a la base de las Fuerzas Aéreas de Andrews. Allí harían transbordo al avión StarLifter C141B particular de Striker para tomar el vuelo de las once a Helsinki.

La noche era fresca y estimulante, pero, como siempre, era el trabajo en sí lo que más animaba a Striker. En Jamaica, durante su infancia, nunca había experimentado nada más emocionante que correr por el campo de fútbol antes de un partido, en especial cuando las apuestas estaban contra su equipo; así era cómo se sentía cada vez que entraba en acción. Debido a la pasión de Striker por el fútbol, Hood le había permitido llamar al equipo con el nombre de la posición en la que él jugaba: *striker*, es decir, «delantero».

Squires estaba durmiendo en su pequeño habitáculo de la base cuando Rodgers le llamó para darle las órdenes del viaje a Finlandia. Rodgers se excusó por haber podido conseguir la aprobación del Congreso solo para un equipo de siete integrantes, en lugar de los doce habituales. El Congreso tenía que meter la zarpa en todo lo

que autorizaba y esta vez lo que sufrió el zarpazo fue la orden del día. Si lo había entendido bien, la idea era que siempre podrían explicar a los rusos que no habían enviado un grupo completo. En el mundo de la política internacional, nimiedades como esta presumiblemente significaban algo. Por suerte, después de la última misión, Squires había adaptado el manual de los Striker para trabajar con cualquier número de miembros del equipo.

Squires no se despidió de su esposa con un beso: las despedidas eran más fáciles si ella estaba dormida. En lugar de eso, cogió el teléfono de seguridad del baño y habló con Rodgers mientras se vestía. El plan era hacerse pasar por turistas al llegar. Una vez el equipo estuviera en el aire, Rodgers se pondría en contacto con Squires para comunicarle alteraciones o mejoras del plan. Si este no cambiaba, tres agentes irían a San Petersburgo y cuatro esperarían en Helsinki como miembros de apoyo.

Los integrantes de Striker que se quedaban en tierra se sentirían defraudados y no solo ellos. Striker no entraba en acción a menudo, pero Squires los mantenía en forma y a punto con ejercicios, deportes y simulaciones; los cuatro que se quedarían en Helsinki se sentirían especialmente frustrados por estar tan cerca y no participar en la acción, pero como cualquier buen militar experimentado, Rodgers insistía en tener gente preparada para colaborar en una retirada en caso de necesidad.

Cuando el equipo subió a bordo de los JetRangers, Squires se introdujo en el segundo helicóptero. Incluso antes de que estuviera en el aire, se colocó el ordenador portátil en el regazo, metió el disquete que el piloto le había dado, y empezó a comprobar el equipo que ya estaba embarcado en el StarLifter; desde las armas hasta el vestuario y los uniformes de las que se consideraban naciones polvorín, países extranjeros en los que en breve se necesitarían agentes secretos sobre el terreno: China, Rusia y varias naciones de Oriente Medio y Latinoamérica. También incluía prendas de submarinismo y térmicas para todo el equipo, aunque el

inventario aún no contenía las cámaras de fotografía y vídeo, las guías, los diccionarios y los billetes de avión de líneas comerciales que necesitarían si se suponía que iban a hacerse pasar por turistas. Pero Mike Rodgers se enorgullecía de su cuidado por el detalle y Squires sabía que todos esos artículos estarían esperándole en Andrews.

Miró alrededor de la cabina, a los *Strikers* que iban con él. Observó desde el rubio y radiante David George, que había sido excluido de la última misión en la que Mike Rodgers ocupó su lugar, hasta la recién reclutada Sondra DeVonne, que había empezado el entrenamiento SEAL y se había incorporado recientemente a Striker para sustituir al hombre que perdieron en Corea del Norte.

Como siempre rebosó de orgullo al mirar sus rostros, sentimiento acompañado del agudo sentido de responsabilidad que nace de saber que tal vez no regresaran todos. Aunque trabajaba duro, era algo más fatalista que Rodgers, cuyo lema era: «Mi destino no está en las manos de Dios mientras yo tenga un arma en las mías».

Squires bajó la mirada al ordenador y sonrió al ver la foto de su esposa y su hijo pequeño, Billy, plácidamente dormido. Y sintió otra vez esa sensación de legítima satisfacción mientras pensaba en ellos, que dormían sanos y salvos en sus camas, porque, durante más de doscientos años, hombres y mujeres que habían luchado contra los mismos pensamientos que él, experimentaban los mismos temores mientras galopaban o navegaban, conducían o volaban, para proteger la democracia en la que todos creían apasionadamente…

DIECIOCHO

Lunes, 8:30, Washington, D.C.

La pequeña cafetería para ejecutivos estaba situada en la planta baja de Op-Center; era una sala de seguridad que se encontraba debajo de la cafetería de los empleados. Las paredes estaban insonorizadas, las persianas perpetuamente bajadas y en el exterior, en una franja de terreno que no se usaba, un transmisor de microondas mantenía un zumbido que ensordecería a cualquier espía.

Cuando Paul Hood entró en Op-Center, insistió en que ambas cafeterías ofrecieran menús de comida rápida completas, desde huevos al plato sobre un panecillo hasta pizzas variadas. No solo obedecía a la comodidad de los empleados de Op-Center, era una cuestión de seguridad nacional: durante la operación Tormenta del Desierto, el enemigo supo que algo se tramaba porque los espías siguieron la pista a la cantidad de *pizza* y comida china para llevar que de repente entró en el Pentágono. Si Op-Center entraba en situación de alerta por algún motivo, Hood no quería que un espía, un periodista o quien fuera, sonsacase al repartidor de la pizzería o la hamburguesería.

La cafetería de ejecutivos estaba siempre llena entre las ocho y las nueve de la mañana. El turno de día reemplazaba al turno de noche a las seis y el personal de día pasaba las dos horas siguientes revisando los informes de inteligencia que habían llegado de todo el

mundo. Hacia las ocho, cuando la información había sido procesada y archivada o descartada, los directores de cada división acudían a desayunar y a comparar las noticias, salvo que hubiera una crisis por medio. Hoy, Rodgers había citado mediante el correo electrónico a todo el staff a una reunión a las nueve, de modo que la sala estaría vacía unos minutos antes de la hora, para que todo el mundo tuviera tiempo de dirigirse al «Tanque».

Cuando la jefa de prensa, Ann Farris, entró en la sala, su traje pantalón rojo, elegantemente cortado, arrancó un gesto de admiración de Lowell Coffey II. Ann adivinaba que había tenido una noche agotadora. Cuando Lowell se encontraba en estado de alerta, se le desarrollaba una crítica constructiva sobre cualquier cosa, desde la moda hasta la literatura.

—¿Una noche movidita? —preguntó Ann.

—He estado con el Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso —dijo dando la espalda a una copia concienzudamente doblada del *Washington Post*.

—Ah. Ha sido una noche larga, ¿qué ha pasado? Coffey respondió:

—Mike cree que tiene una idea aproximada de quiénes son los rusos que realmente estaban detrás de la bomba del túnel. Ha enviado a Striker a pararles los pies.

—Así que el pequeño Eival Ekdol que pillaron no trabajaba solo.

—En absoluto —replicó Lowell.

Ann se detuvo junto a la máquina de café. Introdujo un billete de dólar.

—¿Lo sabe Paul?

—Paul está de regreso.

El semblante de Ann se iluminó.

—¿De veras?

—Te lo prometo y te lo juro —dijo Lowell—. Tomó el Redeye en Los Ángeles, dijo que llegaría esta mañana. Mike va a reunir a todo el equipo en el «Tanque» a las nueve.

«Pobre Paul —pensó Ann mientras cogía su *expresso* doble y recogía el cambio—. Se va y regresa en menos de veinticuatro horas. A Sharon le habrá encantado».

Los asientos en torno a las seis mesas redondas estaban ocupados por ejecutivos que hacían sorprendentemente poco. La psicóloga Liz Gordon mascaba chicle de nicotina en la sala de no fumadores, retorciéndose nerviosamente un rizo de su cabello corto y castaño, tomando café con tres terrones y leyendo los tabloides de supermercado de la semana entrante.

El oficial de operaciones de apoyo, Matt Stoll, jugaba al póker con el oficial de planificación estratégica, Phil Katzen. Entre los hombres había un pequeño montículo de monedas de veinticinco centavos y, en lugar de cartas usaban ordenadores portátiles conectados por cable. Al pasar junto a ellos, Ann supo que Stoll estaba perdiendo. Él mismo admitía que tenía la peor cara de póker del planeta. Cuando las cosas no iban bien, ya estuviera jugando a cartas o intentando arreglar un ordenador de cuyo correcto funcionamiento dependía la defensa del mundo libre, se le acumulaba sudor en cada poro de su rostro redondo y de expresión ingenua.

Stoll se deshizo de un seis de picas y un cuatro de tréboles. Phil le repartió un cinco de picas y un siete de corazones a cambio.

—Bueno, al menos ahora tengo una carta más alta —comentó Matt doblándose—. Una mano más. Por malo que sea no es como la lógica cuántica. Encierras iones en redes de campos electromagnéticos, disparas un chorro de rayo láser sobre una partícula atrapada para ponerla en un estado de energía excitable, y luego le vuelves a disparar para conectarlo a tierra. Ese es tu interruptor. Filas de iones en una puerta cuántica lógica, que te proporcionan el ordenador más pequeño y rápido de la Tierra. Limpio, pulcro, perfecto.

—Sí —replicó Phil—, no es tan malo.

—No seas sarcástico —manifestó Stoll, que se había metido el último donut de chocolate en la boca y bebido luego un sorbo de café negro—. La próxima vez jugaremos al bacarrá y las cosas serán distintas.

—No lo serán —afirmó Katzen recostándose hacia atrás mientras arrastraba las ganancias—. Siempre pierdes.

—Lo sé, pero siempre me siento mal cuando pierdo jugando al póker. No sé por qué.

—La pérdida de la hombría —soltó Liz Gordon sin levantar la vista del National Enquirer. Stoll le echó una mirada.

—¿Cómo dices?

—Piensa en los elementos —afirmó Liz—. Manos fuertes, marcarse faroles con el rostro impenetrable, el tamaño de la apuesta inicial… fumar puros, el salvaje Oeste, la trastienda, una noche con los muchachos.

Tanto Stoll como Katzen la miraron.

—Confiad en mí —prosiguió ella volviendo la página—. Sé de lo que estoy hablando.

—¿Confiar en alguien que se entera de las noticias por la prensa sensacionalista? —ironizó Katzen.

—De las noticias no —objetó Liz—. De los pasteles de frutas. Las celebridades viven en una atmósfera enrarecida cuyo estudio las hace fascinantes. En cuanto a los jugadores, solía tratar casos crónicos en Atlantic City. El póker y el billar estadounidense son los dos juegos en los que los hombres detestan perder. Probad el *gofish* o el pimpón: son mucho menos perjudiciales para el ego.

Ann se sentó a la mesa de Liz.

—¿Y los juegos intelectuales como el ajedrez o el Intelect? —preguntó.

—Son machistas en otro sentido. A los hombres tampoco les gusta perder, pero aceptan más fácilmente perder con un hombre que con una mujer.

Lowell Coffey se burló.

—Eso es precisamente lo que esperaría que dijera una mujer. Ya sabes, la senadora Barbara Fox me machacó ayer por la noche más de lo que cualquier hombre había hecho nunca.

—Tal vez solo estaba haciendo su trabajo mejor de lo que cualquier hombre había hecho nunca —observó Liz.

—No —la rebatió Coffey—. No pude emplear el tipo de lenguaje que empleo con los hombres del comité. Pregúntaselo a Martha, ella estuvo allí.

—La senadora Fox ha sido una aislacionista exacerbada desde que su hija fue asesinada en Francia hace años —comentó Ann.

—Mira, yo no opino así. Se han escrito muchas páginas sobre el tema.

—Se han escrito muchas páginas sobre los ovnis —dijo Coffey—, y yo sigo creyendo que todo es un cúmulo de patrañas. Las personas reaccionan ante la personalidad, no ante el sexo.

Liz sonrió dulcemente.

—Carol Laning, Lowell.

—¿Perdón? —inquirió Coffey.

—No estoy autorizada para hablar de eso —puntualizó Liz—, pero tú sí… si tienes agallas.

—¿Te refieres a la fiscal Laning? ¿Fraser contra Maryland? ¿Está eso en mi perfil psicológico?

Liz guardó silencio.

Coffey se sonrojó. Volvió la página, dobló y redobló nerviosamente el pliegue, y miró el periódico.

—Estás meando fuera de tiesto, Elizabeth. Embestí contra su coche por accidente, después del juicio. Era mi primer caso y me distraje. Perder con una mujer no tiene nada que ver con esto.

—Claro que no —sostuvo Liz.

—Es cierto —dijo Coffey mientras sonaba su mensáfono. Miró el número, luego dejó el periódico sobre la mesa y se puso en pie—. Lo siento, nenes, pero tendréis que oír mi discurso final otro día. Tengo que llamar a un líder mundial.

—¿Hombre o mujer? —preguntó Phil.

Coffey hizo una mueca al salir de la sala.

Cuando se hubo ido, Ann dijo:

—¿No crees que has sido un poco dura con él, Liz?

Liz acabó con el National Enquirer, recogió el Star y el Globe y se levantó. Miró a la morena de mejillas sonrosadas.

—Un poco, Ann, pero es bueno para él. A pesar de la arrogancia, Lowell escucha lo que la gente le dice, y algo queda. No como otros.

—Muchas gracias —comentó Stoll mientras cerraba el ordenador y lo desconectaba del otro—. Antes de que tú llegaras, Ann, Liz y yo estábamos charlando acerca de si mostrarse torpe con el *hardware* era en realidad una limitación física o una tendencia inconsciente contra el macho.

—Lo primero —opinó Liz—. Lo otro equivaldría a decir que tu habilidad con el *hardware* te hace instantáneamente un hombre.

—Gracias otra vez —dijo Stoll.

—Dios mío —exclamó Ann—, deberíamos dejar de ingerir cafeína y azúcar por la mañana.

—No es eso —afirmó Stoll mientras Liz se iba—. Solo es un lunes después de una crisis internacional. Decidimos que todos éramos un poco zoquetes porque a nadie se le ocurrió programar el vídeo para esta semana en la que vamos a tener que vivir aquí.

Katzen cogió el portátil bajo el brazo y se puso en pie.

—Tengo que recoger cierto material para la reunión. Os veo dentro de quince minutos.

—Y luego cada cuarto de hora —agregó Stoll siguiéndole—, hasta que nos salgan canas.

A solas ahora, la jefa de prensa se tomó su *expresso* y pensó en el equipo principal de Op-Center. Todos tenían su carácter: Matt Stoll, el niño grande, y Liz Gordon, la pendenciera mayor, pero los mejores en cualquier terreno solían ser excéntricos. Y ponerlos a trabajar juntos en dependencias cerradas como estas era una tarea ingrata. Lo mejor que Paul Hood podía esperar de estos oficiales

eclécticos era una coexistencia pacífica, un propósito compartido y cierto grado de recíproco respeto profesional. Y lo había conseguido gracias a una buena gestión y mucho tacto, aunque ella sabía el precio que tenía que pagar de su vida privada.

Al salir de la cafetería para asistir a la reunión, Ann se encontró con Martha Mackall. La agente política de cuarenta y nueve años, experta en lingüística, también se apresuraba en llegar a la reunión, aunque nunca aparentaba tener prisa. Hija del último cantante de *soul*, Mack Mackall, tenía una sonrisa franca, voz ronca y modales agradables, con los que envolvía su núcleo de acero. Siempre parecía tranquila, como resultado de haber crecido en la carretera con su padre, donde aprendió que a los borrachos, a los tipos incultos de ideas reaccionarias y a los fanáticos les intimida más una mente despierta que una navaja afilada. Cuando su padre murió en un accidente de coche, Martha fue a vivir con una tía suya que la hizo estudiar duro, la matriculó en la universidad y vivió para verla pasar de los días de «*Soul* para vivir» de su padre al Departamento de Estado.

—Buenos días —saludó Martha obligando a Ann a acelerar el paso para alcanzar a la espigada mujer.

—Buenos días, Martha —le contestó Ann—. Tengo entendido que habéis tenido una noche agitada.

—Lowell y yo tuvimos que bailar la danza de los siete velos cuesta arriba. Esos tipos del Congreso necesitan grandes dosis de persuasión.

Las dos recorrieron el resto del camino en silencio. A Martha no le gustaba charlar en ningún idioma, a menos que fuera con las altas esferas. Cada vez más, Ann tenía la sensación de que si alguien anhelaba el empleo de Hood, no era Mike Rodgers.

Mike Rodgers, Bob Herbert, Matt Stoll, Phil Katzen y Liz Gordon ya estaban sentados alrededor de la gran mesa oval de reuniones en el «Tanque» cuando Ann y Martha llegaron. Ann notó que Bob Herbert se veía ojeroso. Supuso que él y su viejo amigo Rodgers

habían pasado la noche trabajando en la misión de Striker y afrontando algunas de las emociones que la bomba había despertado en el oficial de inteligencia atado de por vida a una silla de ruedas.

Detrás de las mujeres entraron Paul Hood y un presuroso Lowell Coffey. Antes incluso de que entrase el abogado, Rodgers ya había apretado un botón que asomaba en un lado de la mesa y la pesada puerta había empezado a cerrarse.

La pequeña sala estaba iluminada por luces fluorescentes; en la pared frente a donde se sentaba Rodgers, el gran reloj digital que se empleaba para la cuenta atrás estaba a cero. Siempre que se producía una crisis con limitaciones temporales, se activaba el reloj y en cada despacho aparecía una lectura idéntica, para que no se produjeran errores en lo referente a cuándo tenían que hacerse las cosas.

Las paredes, el suelo, la puerta y el techo del «Tanque» estaban recubiertos de Acoustix insonorizante moteado de color gris y negro. Detrás había varias capas de corcho, treinta centímetros de hormigón armado y más recubrimiento de Acoustix. Encajadas en el hormigón, en los seis lados de la habitación, había dos rejillas metálicas que generaban ondas de sonido oscilantes; ninguna información electrónica podía entrar o salir de la sala sin ser completa e irreparablemente distorsionada.

Hood se sentaba en la cabecera de la mesa. A su derecha, en una pequeña área, había un monitor y un teclado de ordenador y una conexión de teléfono. Una minúscula cámara de fibra óptica, fijada a la parte superior del monitor, le permitía ver en pantalla a cualquiera que contara con un dispositivo semejante.

Cuando la puerta se cerró, Paul empezó a hablar:

—Sé que todos deploramos lo que sucedió ayer, de modo que no hay necesidad de seguir comentándolo. Quiero agradecer a Mike el increíble trabajo que hizo. Él mismo os hablará de eso. Si todavía no os habéis enterado, hay más que lo que cuentan las noticias. He

venido directamente del avión después de darme una ducha rápida, así que estoy tan ansioso como vosotros por oír lo que él va a contarnos. Sin embargo, me gustaría recordaros que todo lo que oigáis aquí es de prioridad uno. Al salir del «Tanque», Mike y yo o Mike y Martha tendremos que cerrar filas en torno a cualquiera que hable más de lo necesario —Hood miró a Rodgers—. ¿Mike?

Rodgers dio las gracias a Hood, luego resumió al equipo lo sucedido en el Despacho Oval. Les dijo que Striker había salido de Andrews a las cinco menos trece minutos y llegaría a Helsinki alrededor de las nueve menos diez de la noche, hora local.

—Lowell —dijo—, ¿hemos hablado con el embajador finlandés?

—Me ha concedido una autorización provisional —replicó el abogado—. Falta el sello del presidente.

—¿Cuándo lo tendremos?

—Esta mañana —respondió Coffey.

Rodgers consultó su reloj.

—Aquí son casi las cuatro de la tarde. ¿Estás seguro?

—Estoy seguro. Allí empiezan tarde y trabajan hasta tarde. Nadie toma decisiones de alto nivel hasta después de comer.

Rodgers miró a Darrell McCaskey.

—Suponiendo que consigamos lo que queremos del gobierno finlandés, ¿hay algún modo de que la Interpol colabore con nosotros desde San Petersburgo?

—Eso depende. ¿Te refieres al Ermitage?

Rodgers asintió.

—¿Les has contado lo del agente británico que asesinaron en el Ermitage el otro día?

Rodgers miró a Hood.

—El DI6 perdió un hombre que espiaba el estudio de televisión.

—¿Hemos pedido a la Interpol que haga esencialmente el mismo tipo de reconocimiento? —inquirió Hood. Rodgers volvió a asentir.

—Entonces cuéntales lo del británico —ordenó Hood—. Estoy seguro de que arden en deseos de conocer el hecho.

—¿Qué pasa en la frontera? —preguntó Rodgers—. Si tenemos que ir por tierra, ¿existe algún modo de que los finlandeses puedan introducirlos en territorio ruso?

—Conozco a alguien del Ministerio de Defensa —expuso McCaskey— y veré lo que puedo conseguir. Compréndelo, Mike, la guardia de fronteras tiene menos de cuatro mil efectivos. No están como para ir a molestar a los rusos.

—Lo comprendo.

Luego se dirigió a Matt Stoll. El corpulento experto en ordenadores golpeaba los dedos de una mano contra los de la otra.

—Matt —dijo Rodgers—. Quiero que a través de tus contactos informáticos averigües si los rusos han pedido o hecho acopio de algo fuera de lo normal. O si algunos de sus expertos en alta tecnología han sido trasladados a San Petersburgo en el último año.

—Estos tipos son muy poco locuaces —replicó Stoll—. Me refiero a que no es que le queden muchas opciones en la industria privada si el gobierno deja de confiar en ellos, pero lo intentaré.

—No lo intentes, hazlo —espetó Rodgers, bajando la vista casi de inmediato y apretando los labios—. Lo siento —dijo al cabo de un momento—. Ha sido una noche muy larga. Matt, he tenido que enviar a mi equipo a Rusia y no ha sido un día fácil. Quiero que sepan todo lo posible sobre su objetivo y con quién se pueden encontrar. Saber algo de electrónica ayudará mucho.

—Entendido —apostilló secamente Stoll—. Indagaré y navegaré por Internet, a ver qué encuentro.

—Gracias —apostilló Rodgers.

Ann observó al subdirector dirigirse a Liz Gordon. Liz reaccionó con sorpresa cuando le habló. A diferencia de Hood, que tenía poca fe en los perfiles psicológicos de los líderes extranjeros, Rodgers confiaba en su validez.

—Liz —le dijo—, quiero que introduzcas al ministro de Interior ruso, Dogin, en el ordenador. Considera su pérdida de la presidencia

ante Zhanin, así como la influencia del general Mijáil Kosigan. Bob tiene información acerca del general si lo necesitas.

—Su nombre me suena —comentó Martha—. Estoy segura de que lo tengo en mi ordenador.

—Phil, necesito un informe exhaustivo de las condiciones atmosféricas del golfo de Finlandia en la desembocadura del Neva y de este río a su paso por el Ermitage. Temperatura, velocidad, factor viento… —explicó Rodgers al oficial de planificación estratégica, Phil Katzen, que tenía su ordenador portátil abierto y a punto.

El ordenador de Hood hizo un «bip». Apretó «F6» para responder, luego pulsó «Control» para mantener la llamada. Rodgers prosiguió:

—Y quiero toda la información que puedas obtener acerca de la composición del suelo que se extiende debajo del museo. Quiero saber cuánto han excavado los rusos.

Katzen asintió y dejó de teclear.

Hood volvió a pulsar «Control». El rostro de su ayudante ejecutivo, Stephen el Pincha Benet, apareció en pantalla.

—Señor —irrumpió el Pincha—, tiene una llamada urgente del comandante Hubbard del DI6 en relación a este asunto, al menos eso creo…

—Gracias. Pásemela. —Y añadió dirigiéndose al comandante británico—. Buenos días, comandante. Estoy con el resto de mi equipo, así que me tomo la libertad de pasarlo al interfono.

—Muy bien —repuso Hubbard con su voz ronca y profunda—, yo haré lo mismo. Señor Hood, permítame que vaya al grano. Aquí tenemos un agente que nos gustaría que formara parte del equipo que usted ha enviado a Helsinki.

La expresión de Rodgers se ensombreció y negó con la cabeza.

—Comandante, nuestra unidad está perfectamente equilibrada… —se disculpó Hood.

—Lo comprendo, pero oiga lo que le voy a decir. He perdido dos agentes y un tercero ha tenido que esconderse. Mi equipo quiere

que enviemos nuestra propia unidad, Bengala, pero no tiene sentido tener dos grupos estorbándose mutuamente.

—¿Podría su unidad Bengala ponerme al teléfono con el jefe de esta nueva operación en San Petersburgo?

—¿Perdón?

—Lo que le digo es que no me está ofreciendo nada que no pueda conseguir yo solo. Compartiremos lo que descubramos, como siempre.

—Claro, pero no estoy de acuerdo; puedo hacerle un ofrecimiento: la colaboración de la señorita Peggy James.

Hood pulsó rápidamente «Control/F5» en el teclado para acceder a los archivos de agentes secretos. Seleccionó DI6, escribió «James» y apareció su expediente.

Rodgers se levantó y se situó detrás de Hood para leer el archivo, que contenía información procedente del propio DI6 y también datos independientes compilados por Op-Center, la CIA y otras agencias estadounidenses.

—Tiene un buen expediente. Hija de un lord, tres años sobre el terreno en Sudáfrica, dos en Siria, siete en el cuartel general. Entrenamiento en las Fuerzas Especiales, habla seis idiomas, cuatro menciones. Repara motos antiguas y participa en carreras de ellas.

—Comandante Hubbard, soy Mike Rodgers. Veo que la señorita James también reclutó al señor Fields-Hutton.

—Sí, general —admitió Hubbard—. Eran muy amigos.

—Desconfía del resentimiento de un compañero —musitó Liz sacudiendo la cabeza.

—¿Ha oído, comandante? —preguntó Hood—. Lo dice nuestra psicóloga.

—Lo hemos oído —respondió una brusca voz femenina—, y le aseguro que no estoy en esto por venganza. Simplemente quiero ver terminado el trabajo que Keith empezó.

—Nadie duda de sus habilidades, agente James —afirmó Liz con una voz fuerte y autoritaria que no dejaba opción al debate—, pero

el distanciamiento emocional y la objetividad incitan a la precaución y eso es lo que deseamos en nuestro…

—Bobadas —espetó Peggy—. De cualquier modo iré, con ustedes o sola, pero iré.

—Ya es suficiente —sostuvo Hubbard con firmeza.

Coffey se aclaró la garganta y dobló las manos sobre la mesa.

—Comandante Hubbard, agente James: soy Lowell Coffey II, el asesor legal de Op-Center —informó mirando a Hood—. Paul, probablemente me vas a recriminar por esto, pero creo que deberías reconsiderar la oferta.

La expresión de Hood no cambió, aunque sus ojos reflejaron toda su furia. Coffey los evitó.

—Martha y yo aún tenemos algunos flecos que negociar con el Comité de Inteligencia del Congreso —manifestó Coffey—, y si podemos decirles que será un equipo internacional, aumentaremos nuestras posibilidades de pactar factores como más tiempo, un área geográfica mayor, y ese tipo de cosas.

—A mí también me vas a recriminar, Mike —intervino McCaskey —, pero tener a la agente James en el equipo me sería muy útil. El ministro de Defensa finlandés es muy amigo del almirante Marrow de la Marina Real. Si necesitamos otros favores en el transcurso de la operación, tendremos que pedírselos a él.

El general guardó silencio durante largo rato; el mutismo de Londres era provocador. Por fin Hood miró a Bob Herbert. El jefe de inteligencia apretaba los labios y tamborileaba los dedos en los reposabrazos de piel de su silla de ruedas.

—Bob —preguntó Hood—, ¿tú qué dices?

Su voz baja arrastraba el deje del Mississippi de su juventud:

—Opino que podemos hacer este trabajo perfectamente nosotros solos. Si la dama desea ir por su cuenta, es asunto del comandante Hubbard. No veo la necesidad de incluir un engranaje más en una máquina finamente calibrada.

Martha Mackall intervino:

—Yo creo que estamos siendo peligrosamente localistas en esto. La agente James es una profesional, encajará en una máquina finamente calibrada.

—Gracias —dijo Peggy—, quienquiera que sea.

—Martha Mackall, agente política, y no tiene por qué dármelas. Sé lo que es ser marginada del club de los chicos.

—Eso es una tontería —afirmó Herbert moviendo la mano como restándole importancia—. No se trata de negros, blancos, hombres, mujeres, ni que haya un océano por medio. En la misión ya tenemos un miembro que va por primera vez: Sondra DeVonne, la dama que ocupa el lugar de Bass Moore. Lo único que digo es que estaríamos locos si llevásemos otro.

—Otra mujer, querrás decir —corrigió Martha.

—Otro novato —respondió Herbert—. Dios mío, ¿cuándo una decisión de mando dejará de ser una afrenta contra alguien?

Hood intervino:

—Gracias a todos por las sugerencias. Comandante, espero que nos perdone por hablar de su agente delante de ella.

—Le agradezco que lo hayan hecho —dijo Peggy—. Siempre me ha gustado saber dónde piso.

—Tengo mis reservas, pero Lowell tiene razón. Un grupo binacional tiene sentido y Peggy parece reunir las condiciones.

Herbert colocó las manos en el borde de la mesa y silbó las primeras notas de *It's a small world*. Rodgers regresó a su asiento. Tenía la piel enrojecida sobre el cuello del uniforme y el contraste hacía sus cejas aún más negras.

—Me ocuparé de que reciba los detalles —le comunicó Hood—, así su agente podrá integrarse en Striker. Supongo que no es necesario decir que el coronel Squires goza de nuestra absoluta confianza. Espero que la agente James siga sus órdenes.

—Por supuesto, general —replicó el comandante Hubbard—, y gracias.

Hood miró a Rodgers mientras el monitor parpadeaba.

—Mike —dijo Hood—, Hubbard la iba a enviar de cualquier modo, al menos así la tendremos localizada.

—Fue tu decisión —respondió Rodgers—. No es precisamente lo que yo hubiera hecho. —Miró a Hood—. Esto no es el día D ni la operación Tormenta del Desierto. No necesitamos un consenso internacional. Han atacado a los Estados Unidos y los Estados Unidos están respondiendo militarmente. Punto.

—Punto y coma —corrigió Hood—. El DI6 también sufrió bajas. La información que nos brindaron reforzó nuestras sospechas sobre el blanco y merecen disparar un tiro a ese blanco.

—Como te he dicho, no estoy de acuerdo. La señorita James obedecerá a su propio superior. Está claro que no va a hacer caso a Squires, pero tú la has aprobado y tú estás al mando —expresó mirando alrededor de la mesa—. Ya he dicho todo lo que tenía en mi agenda. Gracias a todos por su atención.

Hood también observó a su alrededor.

—¿Alguna otra cuestión?

—Sí —intervino Herbert—. Creo que Mike Rodgers, Lynne Dominick y Karen Wong se merecen unas jodidas medallas por su trabajo tan excelente de anoche. Mientras el resto del país corría haciendo aspavientos por la explosión, estas tres personas averiguaron quién lo hizo y probablemente por qué. Pero, en lugar de laureles, le damos a Mike una patada en el trasero. Lo siento, pero no lo entiendo.

—Que no estemos de acuerdo con él —sostuvo Lowell Coffey—, no significa que no valoremos lo que hizo.

—Estás cansado e irritado Bob —afirmó Liz Gordon en tono conciliador—. No se trata de Mike, se trata de vivir en el mundo de hoy.

Herbert gruñó de la desaprobación que sentía por el mundo de hoy, impulsando la silla para alejarse. Hood se puso en pie:

—Me pondré en contacto con cada uno de vosotros individualmente en el transcurso de la mañana para ver lo que

habéis conseguido —dijo, y luego miró a Mike Rodgers—. Quiero repetir, por si alguien no se ha enterado, que nadie en esta sala habría sido capaz de hacer el trabajo que Mike realizó anoche.

Rodgers asintió con la cabeza, luego abrió la puerta y siguió a Bob Herbert que salía del «Tanque».

DIECINUEVE

Lunes, 20:00, San Petersburgo

Cuando el reloj digital que aparecía en una esquina de la pantalla del ordenador pasaba de las 19.59.59, se produjo un cambio en el Centro de Operaciones. El tono azul que teñía la sala desde más de dos docenas de monitores de ordenador fue sustituido por una inundación de colores cambiantes que se reflejaban en las caras y las vestimentas de todos los que se encontraban allí. También el talante cambió; aunque nadie se puso a aplaudir, fue palpable una relajación de la tensión cuando el Centro de Operaciones cobró vida.

El oficial de apoyo de operaciones, Fiodor Buriba, miró a Orlov desde su solitaria consola situada en una mesa del extremo derecho. Entre la barba negra pulcramente recortada del joven se dibujó una sonrisa y le brillaron los ojos.

—El ciento por ciento realizado, señor —comunicó a su superior.

Serguéi Orlov estaba de pie en mitad de la gran sala de techo bajo, con las manos a la espalda, mientras su mirada se desplazaba de pantalla en pantalla.

—Gracias, señor Buriba —dijo cortésmente Orlov—, todos han hecho un buen trabajo. Que todas las estaciones comprueben nuevamente los datos antes de informar a Moscú de que la cuenta atrás de las operaciones ha empezado.

Orlov empezó a pasear lentamente de un lado a otro, mirando por encima del hombro del personal. Los veinticuatro ordenadores y

sus monitores se habían colocado en semicírculo sobre una mesa muy curvada, casi en forma de herradura. Cada monitor estaba siendo manipulado por un operador, que se relajó un poco a las ocho en punto, cuando el azul de cada pantalla fue sustituido por un torrente de datos, fotografías, mapas o planos. Diez de los monitores estaban dedicados al espionaje por satélite; cuatro estaban conectados a una base de datos mundial de inteligencia que contenía informes tanto legales como «pirateados» de departamentos de policía, embajadas y agencias gubernamentales; otros nueve estaban conectados a radios y teléfonos móviles y recibían informes de los agentes de todo el mundo; y uno estaba conectado directamente al despacho de los ministros del Kremlin, entre ellos al de Dogin. El cabo Ivashin, que había sido elegido por el coronel Rossky y se reportaba directamente ante él, controlaba este enlace. Todas las pantallas excepto las de mapas se llenaron de frases en clave. Las palabras no significaban nada para Orlov, ni para la persona del monitor vecino ni para nadie del Centro. Cada estación tenía su propio código con objeto de que el daño que pudiera causar un «topo» fuera mínimo. En caso de que un operativo se pusiera enfermo, tanto Orlov como Rossky podían activar un programa de decodificación; cada uno conocía la mitad de la contraseña.

Cuando las pantallas cobraron vida, después de semanas de pruebas y comprobaciones, Orlov sintió lo mismo que sentía cada vez que uno de esos enormes cohetes cobraba vida debajo de él: alivio al ver que todo salía como habían previsto. Aunque su vida no corría peligro como cada vez que pilotaba un cohete, lo cierto era que nunca había pensado en la vida o la muerte mientras viajaba por el espacio. No era como la exploración espacial, ni como ser piloto de combate, ni como la vida cotidiana. Su reputación era más importante que su vida y el único pensamiento de Orlov era siempre hacerlo lo mejor posible y evitar incurrir en errores.

Un mapamundi cubría la pared principal de la sala. En él podían superponerse imágenes de cualquiera de las pantallas a través de un proyector situado en el techo. En las paredes laterales, unas estanterías contenían disquetes y copias de seguridad, información altamente secreta, archivos y expedientes sobre los gobiernos, los ejércitos y las agencias de todo el mundo. En el centro de la pared posterior se abría una puerta que conducía al pasillo y al centro de criptoanálisis, la sala de seguridad, la de las basuras, el lavabo y la salida. Las puertas de las oficinas de Orlov y Rossky se encontraban a derecha e izquierda, respectivamente.

De pie en el corazón del Centro, Orlov se sentía como si estuviera pilotando una nave del futuro, una nave que no iba a ninguna parte, pero que tenía la capacidad de escrutar desde el cielo o ver debajo de las piedras, una nave que podía saber prácticamente todo sobre casi todos en un momento. Nunca, ni siquiera en el espacio exterior, con la Tierra girando lentamente por debajo de él, había sentido esta omnisciencia. Y, como todo gobierno requería de los servicios de un espionaje preciso y actualizado, los fondos y la puesta en marcha del Centro no se habían visto afectados por el caos que reinaba en muchos puntos de Rusia. Comprendía cómo debió sentirse el zar Nicolás II al vivir en un espléndido aislamiento hasta que llegó su fin. Resultaba fácil estar en un lugar así y sentirse ajeno a los problemas cotidianos de los demás, por ello Orlov compraba siempre dos o tres periódicos distintos cada día para no perder el contacto con la realidad.

El cabo Ivashin se levantó de repente, miró al general y le saludó. Se quitó los auriculares y se los tendió al general.

—General, señor, la sala de radio informa de una comunicación privada para usted.

—Gracias —respondió Orlov rechazando los auriculares—. La recibiré en mi despacho. —Y dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta situada al fondo a la derecha.

Tras pulsar su código personal en el panel situado a la izquierda de la puerta, Orlov entró. Su ayudante, Mina Terova, asomó la cabeza desde detrás de una mampara situada en el rincón posterior de la habitación. Era una mujer grande, de amplias espaldas y unos treinta y cinco años, vestida con un traje chaqueta azul marino, muy ceñido. Tenía el cabello castaño recogido en un moño, ojos grandes, una nariz atractivamente curvada y un surco profundo y diagonal le cruzaba la frente, allí donde una bala le había abierto una brecha en el cráneo. Antigua oficial de policía de San Petersburgo, también tenía cicatrices en el pecho y el brazo derecho, resultado de su intento de reducir a dos hombres durante un frustrado atraco a un banco.

—Felicidades, general —exclamó.

—Gracias —respondió Orlov cerrando la puerta—, pero aún nos quedan cientos de comprobaciones por hacer…

—Lo sé —repuso Nina—. Y cuando las hayamos hecho, no se sentirá satisfecho hasta que hayamos puesto un día por medio, y luego una semana, y luego un año.

—¿Qué es la vida sin nuevas metas? —preguntó el general sentándose detrás de su escritorio.

La mesa era una superficie acrílica negra sobre cuatro finas patas blancas hechas con los restos de uno de los cohetes Vostok que lo habían llevado al espacio. El resto de la habitación estaba decorada con fotografías, maquetas, premios y recuerdos de sus años en el espacio, incluido un expositor con su más preciada posesión, un panel de mandos de la tosca cápsula que transportó a Yuri Gagarin en el primer vuelo tripulado al espacio exterior, en 1961.

Se sentó en la silla tapizada en piel, la giró hacia el ordenador y escribió su código de acceso. La pantalla se llenó rápidamente con la nuca del ministro del Interior, Dogin.

Pasaron unos segundos hasta que Dogin se dio la vuelta. Orlov no sabía si al ministro le gustaba hacer esperar a la gente o no le

agradaba aparentar estar esperando a los demás. En cualquier caso era un juego y a Orlov no le gustaba.

El ministro sonrió.

—El cabo Ivashin me ha dicho que todo ha salido como estaba previsto.

—El cabo no está muy enterado, por no decir que se ha precipitado —respondió Orlov—. Aún no hemos revisado la información.

—Estoy seguro de que la comprobarán —dijo Dogin—. Y no sea duro con el cabo por su entusiasmo, general. Este es un gran día para todo el equipo.

«Todo el equipo». Orlov dio vueltas a esta frase en su cabeza. Cuando trabajaba en el programa espacial, un equipo era un grupo de personas entregadas, que dirigían sus esfuerzos hacia una meta única: expandir las capacidades humanas en el espacio. Se seguía un calendario político, pero la importancia del trabajo hacía que pareciera trivial. Aquí Orlov no tenía un equipo. Contaba con varios grupos y cada uno tendía hacia direcciones opuestas. Uno trabajaba para poner el Centro on-line, otro pasaba información a Dogin, y había un tercero de paranoicos intermedios encabezados por el director de seguridad, Glinka, que intentaba decidir a qué grupo prestaban su apoyo. Le podía costar el puesto, pero Orlov se prometió a sí mismo que aquel lugar funcionaría como un equipo.

—Resulta que no podíamos haber programado mejor la cuenta atrás. En estos momentos un reactor Gullstream se desplaza por el Pacífico sur hacia Japón. Después de repostar en Tokio, el reactor volará hasta Vladivostok. Le he dicho a mi ayudante que le envíe el plan de vuelo. Quiero que el Centro siga los pasos del avión. El piloto tenía instrucciones de ponerse en contacto con usted después de aterrizar en Vladivostok, lo cual será aproximadamente a las cinco en punto de la madrugada, hora local. Cuando contacte con usted, hágamelo saber y yo le transmitiré instrucciones adicionales por radio.

—¿Es una prueba de nuestro sistema?, se interesó Orlov.

—No, general. El carguero del Golfo es de vital importancia para este ministerio.

—En tal caso, señor —dijo Orlov—, hasta que todo no haya sido comprobado a conciencia, ¿por qué no dejarlo en manos de la defensa aérea? Sus fuerzas técnicas de radio y electrónica serían…

—Extrañas e intrusas —le interrumpió Dogin y sonrió—. Quiero que sea usted el que rastree el avión. Confío en que el Centro pueda manejarlo. Todas las comunicaciones desde el aparato llegarán a su sala de radio en código, por supuesto, y usted y el coronel Rossky me informarán de cualquier problema o retraso a mí personalmente. ¿Alguna pregunta?

—Muchas, señor —admitió Orlov, pero transmitiré la orden y haré lo que usted pide.

Entró una orden en el ordenador, que automáticamente grabó la fecha y la hora, y abrió una opción en la base de la pantalla. Escribió: «Órdenes del ministro Dogin para el seguimiento de un reactor Gulfstreana con destino a Vladivostok». Volvió a leerlo y pulsó una tecla para guardarlo.

El ordenador le respondió con un sonido para indicar que ya lo había guardado.

—Gracias, general —dijo Dogin—. Todas sus preguntas serán contestadas a su debido tiempo. Ahora, buena suerte con la cuenta atrás: espero oír que la joya de la corona de nuestra inteligencia está a pleno rendimiento en menos de tres horas.

—Sí, señor, aunque me pregunto quién lleva esta corona.

Dogin aún sonreía.

—Me disgusta, general; la impertinencia no le sienta bien.

—Le pido disculpas. Yo también la encuentro molesta, pero nunca se me había pedido que dirigiera una misión con información incompleta o un equipo sin comprobar, ni me había hallado en una situación en la que los subordinados rompieran a su antojo la cadena de mando.

—Todos debemos crecer y cambiar. Déjeme recordarle algo que dijo Stalin en su discurso ante el pueblo ruso en julio de 1941: «No hay lugar en nuestras filas para plañideros ni cobardes, ni para alarmistas ni para desertores; nuestro pueblo no debe conocer el miedo». Usted es un hombre valiente y razonable, general. Confíe en mí y le aseguro que su fe será recompensada.

Dogin apretó una tecla y su imagen desapareció. Al contemplar la pantalla oscura, a Orlov no le sorprendió la reprimenda, aunque la respuesta de Dogin difícilmente podía tranquilizarle. En todo caso, le llevó a preguntarse si no había confiado demasiado en Dogin. Y pensó en la guerra mundial a la que el discurso de Stalin había incitado, y se preguntó, con una alarma que intentaba reprimir con todas sus fuerzas, si, de alguna manera, el ministro Dogin imaginaba que Rusia estaba en guerra, y si así era, contra quién.

VEINTE

Martes, 3:05, Tokio

Simon Azabache Lee, nacido y criado en Honolulú, decidió dedicar su vida al trabajo policial el 24 de agosto de 1967. Aquel día, a la edad de siete años, vio cómo su padre —un corpulento extra cinematográfico— actuaba en una escena con Jack Lord y James MacArthur en la serie de televisión Hawai CincoCero. No estaba seguro de si fue la intensidad de Lord o el hecho de que fuera capaz de sacudir a su padre lo que le dio su placa de policía, pero fue la costumbre de teñirse el pelo negro azabache, como el de Lord, lo que le dio su apodo.

Fuera cual fuese la razón, Lee se incorporó al FBI en 1983, se graduó en la Academia con el número tres y regresó a Honolulú como agente totalmente curtido. Dos veces rechazó ascensos para poderse quedar en el campo y hacer lo que más le gustaba: atrapar malhechores y hacer del mundo un lugar más limpio.

Ese era el motivo de que se encontrase en Tokio, trabajando como mecánico en una base aérea con la connivencia de las Fuerzas de Autodefensa japonesas. Estaban entrando drogas sin elaborar desde Sudamérica a Hawai y Japón, y con su compañero en Honolulú, Lee seguía la pista de los aviones privados que entraban y salían en busca de sospechosos.

El Gulfstream III era altamente sospechoso. El compañero de Lee en Hawai había seguido el rastro del Gulfstream III desde Colombia

y había descubierto que estaba registrado a nombre de una compañía propiedad de un distribuidor de productos de repostería de Nueva York. Supuestamente transportaba los ingredientes que el propietario empleaba para hacer su especialidad: roscas exóticas. Después de que lo despertaran en su habitación del motel, situado a cinco minutos del aeropuerto, Lee había llamado a su compañero, el sargento Ken Sawara, de las Fuerzas de Autodefensa japonesas, y había acudido corriendo.

Lee escuchaba la torre a través de sus auriculares, mientras jugaba con una turbohélice JT3D7 en un rincón del hangar del aeródromo. Al cabo de dos semanas de reparar el mismo motor, pensaba que lo conocía mejor que su fabricante. El Gulfstream aterrizó y fue requerido para una rápida revisión antes de dirigirse a Vladivostok.

Eso lo hacía aún más sospechoso, pensó Lee, pues creían que el distribuidor de productos de repostería estaba vinculado a la mafia rusa.

Algo incómodo por el chaleco antibalas que llevaba debajo del mono blanco, Lee dejó la llave y se dirigió hacia el teléfono de la pared del hangar. Al marcar el número del teléfono móvil de Ken en el teléfono verde, sintió el peso de la cartuchera con el 38 Smith & Wesson que le apretaba en el hombro izquierdo.

—Ken, el Gulfstream acaba de aterrizar y lo están llevando al hangar dos. Reúnete conmigo allí.

Ken Sawara contestó:

—Déjame comprobarlo.

—No…

—Pero tu japonés es terrible, Azabache…

—Tu colombiano es peor —le replicó Lee—. Te veo allí.

Aún faltaba mucho para el amanecer y aunque el aeropuerto no estaba tan transitado como lo había estado el de Honolulú más de seis horas antes, a las 14:35 hora local, estaba bastante animado cuando coincidía el tráfico aéreo procedente del este con el del

oeste. Lee sabía que a muchos *gangsters*, hombres como Aram Vonyev y Dmitri Shovich, les gustaba que sus aviones aterrizasen en los grandes aeropuertos públicos en lugar de hacerlo en los pequeños aeródromos, más fáciles de vigilar por los agentes del gobierno. A esos dos criminales les gustaba especialmente que sus aviones fueran y vinieran durante el día, a plena luz, cuando los funcionarios de la ley y los delincuentes rivales no esperaban verlos. Tanto en Honolulú, como en Ciudad de México y en Bogotá (Colombia), antes que eso, el avión había aterrizado y despegado a plena luz del día.

El Gulfstream se acercó rápidamente al camión de Combustible Yaswee que aguardaba cerca del hangar más próximo a la autopista. Allí, como en los demás aeródromos, al Gulfstream le aguardaban sus propios camiones de combustible. Aunque los mafiosos tenían sus razones para transportar durante el día sus mercancías, ninguno se arriesgaba a permanecer en tierra más de lo estrictamente necesario.

Si el avión seguía el plan de vuelo —y Lee sabía que no había ninguna razón para no hacerlo—, tras pasar en Tokio menos de cincuenta minutos en tierra, volvería a levantar el vuelo, sus dos turbohélices Rolls-Royce Spey Mk 5118 le llevarían rumbo al noroeste, en la oscuridad, por encima de los cielos. Pronto estaría en Rusia, justo al otro lado del mar del Japón.

Lee se apartó el largo cabello negro de la frente y sacó una orden de compra del bolsillo y simuló leerla. Silbaba al caminar sobre el asfalto oscuro. Vio las luces parpadeantes del pequeño reactor que rodaba hacia el hangar para repostar; su depósito estaba casi vacío después de un crucero de más de siete mil kilómetros. Al observar al personal de tierra quitar la manga del depósito, Lee supo que el avión transportaba contrabando. El personal trabajaba rápido, con más presteza que lo habitual. Sin duda les habrían recompensado.

Por el rabillo del ojo atisbó los faros de un coche. Debía de ser Sawara. Según lo planeado, Sawara se quedaría a un lado y esperaría por si Lee necesitaba ayuda. El agente del FBI pretendía caminar hasta el avión, decirle a quien estuviera al mando de la tripulación que le habían ordenado que comprobara un indicador de combustible defectuoso y, mientras se lo comunicaban al piloto, se colaría dentro y echaría un vistazo a la carga.

El Toyota alcanzó a Lee y siguió a su ritmo. Lee se detuvo, confuso, y miró hacia la ventanilla del conductor. Entonces bajaron la ventanilla, por la que apareció el rostro inexpresivo de Sawara.

—¿Puedo ayudarle? —dijo Lee a Sawara en japonés, aunque en realidad, con los ojos muy abiertos y el ceño arqueado, le estaba preguntando: «¿Qué demonios estás haciendo?».

Por toda respuesta, Sawara levantó el revólver de 38 milímetros modelo especial 60 de su regazo y apuntó a Lee. Con un sexto sentido y una velocidad extraordinarios, el agente cayó de espaldas sobre el asfalto apenas un instante antes de que disparase el arma.

Lee sacó su propio 38 de la cartuchera, rodó sobre su pecho y disparó al neumático delantero del lado del pasajero, luego rodó hacia la derecha mientras Sawara intentaba disparar de nuevo. El cañón desnudo parpadeó y chirrió mientras este daba la vuelta al coche, con una mano en el volante y la otra sujetando aún el arma por fuera de la ventanilla. El segundo disparo le dio a Lee en el muslo derecho.

«¡Bastardo traidor!», pensó Lee mientras perforaba con tres balas la puerta del coche. Cada proyectil entró con un sordo ruido metálico y los disparos de Sawara volaron enloquecidos cuando le alcanzaron las balas de Lee. Con un gemido, el soldado japonés se arqueó hacia la izquierda, hacia la ventana, luego su frente se desplomó sobre el volante. El coche aceleró virando en ángulos desbocados, mientras el pie del hombre herido apretaba fuertemente el pedal. Por fin se alejó de él y Lee vio cómo chocaba contra un carrito de equipajes vacío. El Toyota embistió un lado del

carrito, lo aplastó y continuó sin rumbo con los neumáticos levantados del suelo.

Lee sentía la herida como un músculo horriblemente desgarrado, le quemaba hasta el hueso y le tiraba brutalmente desde el muslo hasta la rodilla. Era imposible mover la pierna sin que una descarga de dolor le recorriera desde el talón hasta la nuca. Movió la cabeza a su alrededor y vio el avión a unos doscientos metros de distancia. Las luces producían destellos blancos en el vientre del fuselaje y la tripulación de tierra proseguía su trabajo, aunque ahora dos hombres asomaron por la puerta abierta. Ambos vestían pantalones anchos y sudaderas e iban desarmados. Tal vez fueran estúpidos… o tal vez no, pensó Lee.

Los dos hombres se introdujeron en el avión gritándose uno al otro.

Lee sabía que regresarían pronto y, haciendo un acopio de voluntad, se incorporó sobre su vientre, hincó la rodilla izquierda en tierra y se puso en pie. Con una mueca de dolor avanzó a saltos, incapaz de apoyar el peso en la pierna derecha sin que una luz blanca estallara ante sus ojos. Al acercarse, Lee vio que el personal de tierra le miraba. Querían trabajar de prisa sin dar la impresión de que lo hacían precipitadamente, dando a entender que aceptaban el dinero y hacían el trabajo, pero que no era su guerra.

Sin embargo, era la guerra de Lee, para la que había sido adiestrado y de la que no podía escapar. No cuando tenía a su presa ligada a un avión que estaba repostando y no podía ir a ninguna parte.

Al llegar casi al morro del avión, uno de los dos hombres volvió a asomar por la puerta de la cabina. Sostenía una metralleta German Walther MPK y no dudó en abrir fuego contra Lee. Como ya esperaba tal cosa, el agente del FBI se apoyó en su pierna indemne y se arrastró hacia el otro lado del avión, poniendo el morro del avión entre él y el hombre armado. Se preguntaba dónde estaba el personal de seguridad del aeropuerto: tenían que haber oído los

disparos y se negaba a creer que todos estuvieran sobornados como el personal de tierra y ese hijo de puta de Sawara.

Las balas trazaron una línea en el asfalto a su derecha, aunque a varios metros de donde Lee cayó al suelo. Reptando sobre su codo, estiró el brazo para disparar a la rueda delantera del avión; eso haría que se quedara en tierra lo suficiente para que alguien viese lo que estaba ocurriendo. A menos que todos en el aeropuerto, incluyendo las fuerzas de seguridad, hubieran sido sobornados.

Un instante antes de que Lee abriera fuego, una explosión le alcanzó desde atrás, mordiéndole la axila y el hombro.

No lo esperaba. Se le movió el brazo y erró el tiro; cuatro disparos fueron a parar a un ala y al fuselaje. Luego otro disparo le dio en el muslo derecho.

Se volvió y vio el cuerpo ensangrentado de Ken Sawara de pie ante él.

—No podías… dejarlo —jadeó Sawara mientras caía de rodillas—. ¡No podías dejarme ir!

Reuniendo todas sus fuerzas en el brazo, Lee apuntó su 38 milímetros hacia el soldado.

—¿Quieres irte? —dijo disparándole una bala en la frente—. Pues vete.

Mientras Sawara caía de costado, Lee dirigió el rostro hacia el avión. Jadeaba pesadamente en busca de aire mirando a los hombres que seguían llenando de combustible el aparato. «No puede ser», se dijo. ¿El luchador contra el crimen es traicionado por su compañero y muere en el asfalto manchado de aceite? ¿Nadie lo ve, ni suenan sirenas a lo lejos? ¿No hay nadie para encerrar a los criminales o echarle una mano… ni siquiera un trabajador movido por su conciencia?

Simon Lee murió con la sensación de que había fracasado estrepitosamente.

Media hora más tarde, el avión despegó con destino a Rusia. En la oscuridad ni el personal de tierra ni la tripulación advirtieron el fino humo negro que salía del motor de babor mientras el Gulfstream se elevaba hacia el cielo.

VEINTIUNO

Lunes, 12:30, Washington, D.C.

Después de un almuerzo pedido a la cafetería, Lowell Coffey, Martha Mackall y sus ayudantes trabajaron en el despacho de madera del abogado, para resolver los escollos legales que se presentaban en todas las misiones de Striker.

El presidente de Finlandia había aprobado el aterrizaje de un Striker plurinacional para examinar las lecturas de radiación en el golfo, y el segundo de Coffey, Andrea Stempel, gestionaba por teléfono con la oficina de la Interpol en Helsinki los preparativos de un coche y visados falsos para que tres miembros del equipo entrasen en Rusia. Muy cerca, en un sofá de cuero, el ayudante de Stempel, Jeffrey Dryfoos, experto en asuntos legales, se ocupaba de los testamentos de los comandos de Striker. Si los papeles no estaban en orden y no reflejaban la actualización del estado civil, de los hijos y de los bienes, deberían enviar por fax los documentos al avión y se tendrían que firmar y atestiguar en ruta.

Coffey y Mackall miraban una pantalla de ordenador sobre el escritorio y resumían el «decreto», el largo borrador final del documento que Coffey debía presentar ante las ocho personas del Senado y el Comité de Inteligencia del Congreso antes de que Striker aterrizara. Ya habían negociado la clase de armas que podrían emplear, el tipo exacto de operación que se llevaría a cabo, la duración y otras limitaciones. Coffey se había ocupado de algunos

decretos que llegaban incluso a especificar qué frecuencias de radio podían emplear y en qué momento; determinaban incluso el minuto en que el equipo entraría y saldría. Después de tantos preparativos, aunque el comité aprobase su entrada en Rusia, el derecho internacional en realidad no les autorizaba para hacerlo. Pero, sin tal aprobación, si el equipo Striker era capturado, sería desautorizado y abandonado a su suerte. Con él, Estados Unidos trabajaría veladamente por la vía diplomática para conseguir su liberación.

Al fondo del pasillo, pasadas las oficinas de Mike Rodgers y Ann Farris, estaba el pulcro centro de mando de Bob Herbert. La angosta sala rectangular contenía varias hileras de ordenadores sobre una mesita, con mapamundis detallados en tres de las paredes y una docena de monitores de televisión en la pared opuesta. La mayor parte del tiempo las pantallas estaban apagadas. No obstante, ahora, cinco de ellas estaban iluminadas con imágenes vía satélite de Rusia, Ucrania y Polonia. Las viejas imágenes se metamorfoseaban en nuevas cada ochenta y nueve segundos.

Existía un arraigado debate en los círculos de la inteligencia sobre el valor de los espías ELINT/SIGINT (inteligencia electrónica/señales de inteligencia) en el espacio como opuestos a los datos fidedignos obtenidos por el personal HUMINT (inteligencia humana) de tierra. Idealmente las agencias querían ambos; querían poseer la capacidad para leer el odómetro en un *jeep* desde un satélite que se encontrase a cien kilómetros en el espacio y oídos en el terreno para describir conversaciones o reuniones que tenían lugar a puerta cerrada. El espionaje por satélite era limpio, no cabía la posibilidad de ser capturado o interrogado, ni riesgo de que agentes dobles suministrasen información falsa, pero carecía de la capacidad de un oficial de inteligencia sobre el terreno para distinguir entre los blancos reales y los falsos.

El espionaje por satélite para el Pentágono, la CIA, el FBI y Op-Center estaba gestionado por la altamente secreta Oficina Nacional de Reconocimiento que tenía su sede en el Pentágono.

Dirigida por el meticuloso Stephen Viens, compañero de universidad de Matt Stoll, constaba de grupos de monitores de televisión dispuestos en diez hileras de diez. Todos vigilaban diferentes sectores de la tierra, cada uno generaba una imagen cada ochenta y nueve segundos, lo que daba un total de sesenta y siete imágenes en blanco y negro en directo por minuto a varios niveles de ampliación. La ONR también era la responsable de comprobar el nuevo Satélite AIM, el primero de una serie de monitores orbitales de sonido e imagen diseñados para proporcionar imágenes detalladas de los interiores de submarinos y aviones mediante la lectura de los sonidos y los ecos de los sonidos producidos por las personas y los instrumentos que contenían.

Tres de los satélites de la ONR observaban movimientos de tropas en la frontera de Rusia con Ucrania, mientras dos mantenían un ojo sobre las fuerzas militares de Polonia. A través de una fuente de las Naciones Unidas, Bob Herbert había oído que los polacos se estaban poniendo nerviosos ante el despliegue ruso. Aunque Varsovia aún no había autorizado la movilización de tropas, se habían cancelado los permisos y Varsovia controlaba las actividades de los ucranianos que vivían y trabajaban en Polonia cerca de la frontera. Viens coincidió con Herbert en que valía la pena vigilar Polonia y le enviaba las imágenes directamente a su despacho, donde el equipo de análisis de reconocimiento estudiaba su aspecto.

El horario de las actividades del día de los soldados de Belgorod no revelaba nada raro a Bob Herbert ni a los analistas del equipo. Durante casi dos días, la rutina había sido la misma:

Tiempo Actividad
05:50 Primera llamada
06:00 Toque de diana
07:10 Entrenamiento físico
07:15 Hacer las camas
07:20 Inspección

07:40 Orden del día
07:45 Aseo
08:15 Desayuno
08:30 Limpieza
09:00 Preparación para el deber
14:50 Instrucción
15:00 Preparación para la comida
15:30 Comida
15:40 Té
16:10 Tiempo libre
16:50 Mantenimiento y limpieza de armas y equipo
18:40 Limpieza del campamento y saneamiento general
19:20 Inspección del perímetro
19:30 Lavarse las manos
20:00 Cena
20:30 Ver noticias de televisión
21:30 Tiempo libre
21:45 Formación nocturna
21:55 Inspección nocturna
22:00 Retreta

Aunque Herbert y su gente estaban encima de los desarrollos militares, también intentaban compilar información para Charlie Squires y sus comandos de Striker sobre el ambiente que reinaba en el Ermitage. El satélite de reconocimiento no captó tráfico distinto al habitual, y Matt Stoll y su equipo técnico no tenían demasiada suerte en el desarrollo de programas que permitiera al Satélite AIM filtrar el ruido del propio museo. La falta de personal sobre el terreno aumentaba su frustración. Egipto, Japón y Colombia tenían agentes en Moscú, pero ninguno en San Petersburgo… y, en cualquier caso, Herbert no quería decirles que algo se tramaba en el Ermitage, por miedo a que se aliaran con Rusia. Las viejas lealtades no habían cambiado necesariamente en el mundo que siguió a la guerra fría,

pero las nuevas se forjaban constantemente. Herbert no pretendía fomentar ninguna, aunque significase disponer de más tiempo para que Striker pudiera estudiar el emplazamiento con información de primera mano antes de definir su misión.

Luego, a las doce y diez —las ocho en punto de la tarde en Moscú—, la situación cambió.

Bob Herbert fue llamado a la sala de radio de Op-Center situada en el rincón noroccidental del sótano. Impulsó su silla de ruedas hacia el director de reconocimiento por radio, John Quirk, un gigante taciturno con rostro beatífico, voz dulce y la paciencia de un monje. Quirk se sentaba junto a una unidad de radio/ordenador, TUAH —traductor universal y armonizador heurístico— que era capaz de suministrar una traducción simultánea escrita de todo lo que decían más de quinientos tipos de voces distintos en más de doscientos idiomas y dialectos.

Quirk se quitó los auriculares al llegar Herbert. Las otras tres personas de la habitación continuaron trabajando en sus monitores, que espiaban Moscú y San Petersburgo.

—Bob —dijo Quirk—, hemos interceptado transmisiones que indican que se está almacenando equipo en bases aéreas que van desde Riazán hasta Vladivostok para ser embarcado hacia Belgorod.

—¿Belgorod? —inquirió Herbert—. Allí es donde los rusos han estado haciendo maniobras. ¿Qué tipo de equipo han mandado?

Quirk dirigió sus ojos azules hacia la pantalla.

—Tú lo has dicho. Caminos de comunicaciones automatizadas, estaciones de radio instaladas en vehículos, una estación de retransmisión instalada en un helicóptero, camiones y *trailers* de petróleo, combustible y lubricantes, junto con compañías de mantenimiento completo y camiones de cocina de campaña.

—Están estableciendo una ruta de comunicaciones y provisiones —opinó Herbert—. Podría tratarse de algún tipo de maniobra.

—Nunca he visto una tan repentina.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Herbert.

—Bueno —se explicó Quirk—, se trata claramente de preparativos para entrar en combate, pero normalmente durante la preparación siempre se cruzan muchas comunicaciones sobre la hora estimada del combate y el grueso previsto de las fuerzas enemigas. Deberíamos captar sus cálculos sobre las escalas de velocidad de movimiento; tendrían que mantener conversaciones entre la primera línea y el cuartel general acerca de las tácticas: envolventes, movimientos de pinza, combinados y ese tipo de cosas.

—Pero no captasteis nada de eso —manifestó Herbert.

—Cero. Esto es lo más rápido que he visto en mi vida.

—No obstante, cuando todo haya llegado a su destino —dijo Herbert—, estarán preparados para algo grande… como, por ejemplo, la conquista de Ucrania.

—Correcto.

—Sin embargo, los ucranianos no están haciendo nada.

—Tal vez no sepan que se está tramando algo —aventuró Quirk.

O tal vez no se lo estén tomando en serio. Las fotos de la ONR demuestran que tienen tropas de reconocimiento cerca de la frontera, aunque no son compañías de reconocimiento exhaustivo. —Herbert repiqueteó con los dedos, en los reposabrazos de piel y agregó—: ¿Cuánto falta para que los rusos estén preparados para avanzar?

—Estarán en posición esta noche —respondió Quirk. En avión están solo a un paso de Belgorod.

—¿Y no hay posibilidad de que se trate de espejismos? —preguntó Herbert.

Quirk negó con la cabeza.

—Estas comunicaciones son ciertas. Los rusos usan una combinación de caracteres latinos y cirílicos cuando quieren confundirnos. Se supone que con las letras compartidas por los alfabetos nos van a despistar porque resulta difícil saber a qué alfabeto se están refiriendo —Quirk dio unos golpecitos en el ordenador—. Pero TUAH se las arregla para descubrirlo.

Herbert le apretó el hombro y le dijo:
—Buen trabajo. Avísame si captas algo más.

VEINTIDÓS

Lunes, 21:30, San Petersburgo

—Señor —informó Yuri Marev, un muchacho de mejillas sonrosadas —, la sala de radio dice que han recibido una comunicación codificada a través del cuartel general de la Flota del Pacífico en Vladivostok. Procede del avión que usted me ha hecho seguir con el satélite Halcón.

El general Orlov detuvo su lento deambular tras las hileras de ordenadores y se acercó al joven, que se hallaba sentado en el extremo izquierdo de la hilera.

—¿Está seguro? —preguntó Orlov.

—No cabe duda, señor. Es el Gulfstream.

Orlov miró el reloj de la pantalla del ordenador. El avión no debía aterrizar hasta dentro de media hora y él conocía bien esa región: en aquella época del año los vientos soplaban en contra y, en todo caso, el avión se retrasaría.

—Dile a Zilash que ahora voy.

Orlov se dirigió rápidamente hacia la puerta que daba al pasillo. Introdujo el código del día en el panel que había junto a la puerta del fondo del pasillo, luego entró en la sala de radio, una sala estrecha y llena de humo, que estaba situada junto al centro de operaciones de seguridad de Glinka.

Arkady Zilash y sus dos ayudantes se encontraban sentados en una pequeña sala llena hasta el techo de equipos de radio. Orlov ni

siquiera pudo abrir la puerta del todo, pues uno de los ayudantes estaba utilizando una unidad colocada detrás de ella. Todos los hombres llevaban auriculares y Zilash no vio a Orlov hasta que el general le dio unos golpecitos en el auricular.

Sobresaltado, el demacrado jefe de radio se quitó el auricular y apagó el cigarrillo en un cenicero.

—Lo siento, señor —se disculpó Zilash con su voz grave y ronca.

Como si de repente se diera cuenta de que debía levantarse, Zilash empezaba a incorporarse cuando Orlov le indicó con la mano que se sentara. Sin quererlo, Zilash siempre se las había arreglado para poner a prueba los límites del protocolo militar. Pero era un genio de la radio y, lo que era más importante, un colaborador de confianza de los días del Cosmódromo de Orlov. Al general le habría gustado tener más hombres como Zilash en su equipo.

—No se preocupe —le disculpó Orlov.

—Gracias, señor.

—¿Qué ha dicho el Gulfstream?

Zilash puso en marcha una grabadora de sonido digital.

—La he descifrado y limpiado un poco. La transmisión estaba cargada de electricidad estática… el tiempo es terrible sobre el mar ahora mismo.

La voz de la grabación era débil pero clara:

—Vladivostok: hemos perdido potencia en el motor de babor. No sabemos lo graves que son los daños, pero parte de los sistemas eléctricos no funcionan. Esperamos aterrizar con una hora de retraso, pero no podemos seguir. Aguardamos instrucciones.

Los grandes ojos perrunos de Zilash escrutaron entre el humo.

—¿Alguna respuesta, señor?

Orlov lo meditó un momento.

—Aún no. Póngame con el contraalmirante Pasenko, del cuartel general de la Flota del Pacífico.

Zilash miró el reloj del ordenador.

—Allí son las cuatro de la madrugada, señor…

—Lo sé —dijo Orlov pacientemente—. Usted hágalo.

—Sí, señor.

Zilash entró un nombre en el teclado del ordenador, accedió y activó el código cifrado. Luego envió el mensaje por radio. Cuando se puso el contraalmirante, Zilash le tendió el auricular a Orlov.

—¿Serguéi Orlov? —inquirió Pasenko. ¿El astronauta, piloto de combate y ermitaño hogareño? Uno de los pocos hombres por los que me levantaría de la cama para hablar con él.

—Siento la hora que es, Ilya —se disculpó Orlov—. ¿Cómo estás?

—¡Estoy bien! ¿Dónde te has metido estos dos últimos años? No te he visto desde el retiro general de antiguos oficiales en Odessa.

—Estoy bien…

—Claro. Vosotros los astronautas despedís un halo de bienestar. ¿Y Masha? ¿Cómo está tu sufrida esposa?

También está bien. Tal vez podamos ponernos al día más tarde. Tengo que pedirte un favor, Ilya.

—Lo que quieras —respondió Pasenko condescendiente—. El hombre que hizo esperar a Brézhnev para poder firmar en el libro de autógrafos de mi hija tiene mi amistad eterna.

—Gracias —dijo Orlov mientras recordaba lo furioso que se puso el dirigente de la Unión Soviética; pero los niños son el futuro, los soñadores y Orlov nunca lo puso en duda—. Ilya, hay un avión averiado que aterrizará en el aeropuerto de Vladivostok…

—¿El Gulfstream? Lo veo en el ordenador.

—Exacto. Tengo que recoger el cargamento en Moscú. ¿Puedes prestarme un avión?

—Tal vez me he precipitado. Todos los aviones que te podría prestar están siendo utilizados para transportar material hacia Occidente.

Orlov fue sorprendido con la guardia baja. ¿Qué podría estar sucediendo en Occidente?

—Sería un placer montar tu cargamento en mi avión —prosiguió Pasenko— si el espacio lo permite, pero no sé cuándo podrá ser.

Parte de la prisa se debe a que esperamos varios días de mal tiempo en el mar de Bering. Se prevé que todo aparato que aún esté en tierra permanezca allí al menos durante noventa y seis horas.

—Entonces ya no hay tiempo para enviar un avión desde Moscú —manifestó Orlov.

—Probablemente no. ¿Por qué tanta prisa?

—Ni siquiera yo lo sé. Asuntos del Kremlin.

—Comprendo. Sabes, en lugar de tener tu mercancía aquí estancada, Serguéi, puedo conseguirte un tren. Puedes llevar tu cargamento hacia el norte desde Vladivostok y recogerlo cuando el tiempo mejore.

—El ferrocarril Transiberiano. ¿Cuántos vagones puedes conseguirme?

—Los suficientes para transportar lo que contenga tu pequeño reactor —dijo Pasenko—. Lo único que no puedo facilitarte es personal para controlarlo. Eso tendría que aprobarlo el almirante Varchuck, y se encuentra en el Kremlin para entrevistarse con el nuevo presidente. Si no es un asunto de seguridad nacional, podría enojarse si lo interrumpimos.

—Está bien. Si tú me consigues el tren, yo obtendré el personal para manejarlo. ¿Me avisarás lo antes posible?

—Quédate donde estés. Te volveré a llamar dentro de media hora.

Con un gesto, Orlov le tendió los auriculares a Zilash.

—Envíe un mensaje por radio a la base militar de la isla Sajalín. Dígale al operador que me gustaría hablar con un miembro del destacamento de la *spetsnaz*… Estaré en la línea.

—Sí, señor. ¿Con qué miembro, general?

—Con el joven teniente Nikita Orlov: mi hijo.

VEINTITRÉS

Lunes, 13:45, Washington, D.C.

Paul Hood y Mike Rodgers se encontraban sentados detrás del escritorio de Hood estudiando los perfiles psicológicos que Liz Gordon les acababa de enviar.

Si existía alguna tensión entre los hombres sobre lo ocurrido en el «Tanque», se había dejado a un lado. Rodgers tenía una fuerte vena independiente, pero también era un hombre hecho y derecho. Sabía recibir órdenes, incluidas las que no le gustaban. Por su parte, Hood rara vez desautorizaba a su subdirector y casi nunca cuando se trataba de asuntos militares. Cuando lo hacía, era con el respaldo de su personal más antiguo.

La llamada de Peggy James había sido dura, pero la resolución sencilla. La comunidad del espionaje era pequeña, demasiado pequeña para llevarse mal. El riesgo de enviar un agente experimentado con Striker era aceptable comparado con el riesgo de distanciarse del DI6 y del comandante Hubbard.

Hood evitaba ser demasiado solícito con Rodgers después de su pequeño enfrentamiento; el general se lo habría tomado a mal. Sin embargo, Hood se abría más a las ideas de Rodgers, en especial a su entusiasmo por los perfiles psicológicos de Liz Gordon. El director de Op-Center concedía tanta validez al psicoanálisis como a la astrología y a la frenología. Los sueños infantiles sobre su madre

eran tan útiles para comprender su mente adulta como los anillos de Saturno y los bultos en la cabeza para predecir el futuro.

Pero Mike Rodgers creía en él y, al menos, era útil para repasar los historiales personales de sus posibles adversarios.

Tenían en pantalla la concisa biografía del nuevo presidente de Rusia junto con el acceso a fotografías de archivo, recortes de periódico y películas de vídeo. Hood inspeccionó los detalles del nacimiento de Zhanin en Majachkalá, en las orillas del mar Caspio, su educación en Moscú y su ascensión desde el Politburó a agregado de la Embajada soviética en Londres y luego a ministro de embajada en Washington.

Hood detuvo la pantalla al llegar al perfil elaborado por Liz:

«Se ve a sí mismo como un posible Pedro el Grande de nuestros días —leyó Hood en el resumen de Liz—, que favorece el libre comercio con Occidente y el influjo cultural de los Estados Unidos para asegurarse de que su gente sigue queriendo lo que nosotros tenemos para venderles».

Rodgers dijo:

—Eso tiene sentido. Si quieren películas norteamericanas, tendrán que comprar vídeos rusos. Si quieren suficientes cazadoras de los Chicago Bulls o camisetas de Janet Jackson, las compañías empezarán a abrir fábricas en Rusia.

—Pero Liz dice aquí: «No creo que tenga el mismo sentido estético que Pedro el Grande».

—No —coincidió Rodgers—. El zar estaba auténticamente interesado en la cultura occidental. Zhanin está interesado en construir la economía y seguir en el poder. La pregunta, que tratamos también con el presidente anoche, es si estamos seguros de su fidelidad a esta línea de acción opuesta al militarismo.

—No tiene ninguna preparación militar —dijo Hood volviendo a la biografía.

—Exacto. Y ese tipo de líderes, históricamente, están dispuestos a emplear la fuerza para conseguir su objetivo. Cualquiera que haya

estado en una zona de guerra sabe por experiencia propia que el precio que hay que pagar es muy alto. En general, son más reacios a emplear la fuerza.

Hood siguió leyendo.

—«Dada la advertencia militar que el general Rodgers oyó en la reunión de anoche en la Casa Blanca —escribía Liz—, no creo que Zhanin desate una lucha en alguna parte para ponerse a prueba a sí mismo o para apaciguar a los militares. Se enorgullece de su retórica y de sus ideas, no de la fuerza ni del uso de las armas. En estos primeros días de su nuevo gobierno, su principal interés será el de no alejarse de Occidente».

Hood se recostó en la silla, cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz.

—¿Quieres café?, preguntó Rodgers mientras seguía repasando el informe.

—No, gracias. Me atiborré en el vuelo de regreso.

—¿Por qué no intentaste dormir?

Hood se rio.

—Porque me tocó el último asiento, estrujado entre los dos seres humanos que roncaban más fuerte de la tierra. Ambos se quitaron los zapatos y empezaron a sudar. No podía ver aquellas recortadas y censuradas películas que pasan en los aviones, así que me senté y escribí una carta de treinta páginas de disculpas a mi familia.

—¿Se puso Sharon furiosa o se enfadó? —preguntó Rodgers.

—Todo eso y más —comentó Hood echándose hacia atrás—. ¡Puñeta!, volvamos con los rusos. Creo que tengo una oportunidad para comprenderlos mejor.

Rodgers le dio una ligera palmada en la espalda mientras miraban la pantalla.

—Liz dice aquí que Zhanin no es un hombre impulsivo —explicó Hood—. Siempre se ciñe a sus planes, guiado por lo que considera moral o justo, sea o no acorde al saber prevaleciente. Mira los extractos Z17A y Z27C de Pravda.

Hood sacó los citados recortes del periódico y comprobó cómo, en 1986, Zhanin apoyó enérgicamente el plan del ministro del Interior en funciones, Abalya, para acabar con los *gangsters* que estaban secuestrando empresarios extranjeros en Georgia, incluso después de que Abalya fuera asesinado, y cómo en 1987 se ganó la enemistad de la línea dura al negarse a aprobar una ley que habría prohibido el empleo de dobles de Lenin para lo que se refería como «noches de escarnio».

—«Un hombre íntegro —Hood leyó en voz alta los comentarios finales de Liz—, que ha demostrado pecar poniéndose del lado del riesgo en lugar del de la prudencia».

Rodgers comentó:

—Una parte de mí se pregunta si ese riesgo incluiría una aventura militar.

—Una parte de mí se pregunta lo mismo —admitió Hood. No dudó en recomendar la intervención del ejército para acabar con los *gangsters* de Georgia.

—Es cierto, aunque convendrás conmigo en que no es lo mismo.

—¿Por qué?

—Utilizar la fuerza para mantener la paz es diferente a emplear la fuerza para imponer la propia voluntad. Hay un punto de legalidad en eso que, psicológicamente, constituye una gran diferencia para alguien como Zhanin.

—Bueno —dijo Hood—, esto concuerda bastante con lo que decidiste anoche en el Despacho Oval. El problema no es Zhanin. Veamos quién más podría ser.

Hood abordó la siguiente sección del informe de Liz. Jocosamente lo había titulado Cañones sueltos. Empezó a repasar la lista de nombres.

—«El general Viktor Mavik —leyó—, mariscal de artillería del ejército».

—«Fue uno de los oficiales que planearon el ataque al centro de televisión de Ostankino en 1993, desafió a Yeltsin y, sin embargo,

sobrevivió. Aún tiene amigos poderosos dentro y fuera del gobierno».

—Pero no le gusta actuar solo —leyó Hood—. Entonces está nuestro amigo el general Mijáil Kosigan, a quien Liz describe de un modo muy ilustrativo como un «auténtico chalado». Era mariscal jefe de artillería y defendió con decisión a un par de oficiales que habían sido censurados y reprendidos por Gorbachov por ordenar misiones suicidas en Afganistán.

—«Gorbachov le propinó el correctivo definitivo además de un consejo de guerra —leyó Rodgers—, una degradación, después de la cual fue a Afganistán y personalmente ordenó repeticiones de aquellas mismas misiones. Esta vez, sin embargo, el resultado fue distinto. Mandó hombres y armas al escondrijo rebelde hasta que fue tomado».

—Definitivamente parece alguien a quien deberíamos vigilar —comentó Hood avanzando en el texto.

El siguiente nombre en la pantalla era la incorporación más reciente.

—El ministro del Interior. Nikolai Dogin —dijo Hood y luego leyó —. «Este hombre nunca ha conocido a un capitalista al que no despreciase. Si se fijan en la foto Z7D1, verán que la CIA lo fotografió visitando Pekín en secreto cuando Gorbachov subió al poder. Dogin era alcalde de Moscú en esa época y secretamente intentaba reunir el apoyo de los comunistas internacionales contra el nuevo presidente».

—Hay algo sobre vosotros los exalcaldes que me preocupa —dijo Rodgers mientras Hood accedía a la fotografía. El comentario arrancó a Hood una sonrisa.

Los dos hombres se acercaron al monitor y leyeron la anotación que figuraba en la fotografía: «Altamente confidencial». Indicaba que la foto había sido devuelta a Gorbachov por medio del embajador de los Estados Unidos.

Rodgers se recostó en la silla.

—Dogin debe de tener muchísimo respaldo para permanecer en el poder después de que Gorbv descubriera esto.

—Muchísimo. El tipo de respaldo que alimentas en el curso de los años y con el que tejes una red. La clase de respaldo que te permite dirigir solapadamente un gobierno a espaldas de un presidente elegido legítimamente.

Sonó el interfono exterior de la puerta.

—Jefe, es Bob Herbert.

Hood apretó un botón en un lado de la mesa y la cerradura hizo «clic». La puerta se abrió y entró un nervioso Bob Herbert en su silla de ruedas. Dejó caer un disquete sobre el escritorio. Cuando Herbert estaba preocupado o confuso, su acento de Mississippi se hacía más notorio. Ahora era muy pronunciado.

—Algo ha ocurrido a las ocho en punto, hora local —afirmó Herbert—. Algo importante.

Hood miró el disquete de Herbert.

—¿Qué ha ocurrido?

—De repente los rusos están en todas partes —dijo señalando el disco—. Ponlo. G uno.

Hood cargó los datos y comprobó que Herbert no exageraba. Pilotos y aviones de Orenburg habían sido transferidos a la frontera ucraniana. La flota del Báltico estaba ahora en un bajo nivel de alerta, ostensiblemente como si se tratase de unas maniobras. Y la batería de cuatro satélites Halcón que normalmente se usaban para vigilar Occidente se habían dirigido hacia potenciales blancos rusos en Polonia.

—Moscú está prestando especial atención a Kíev y Varsovia —señaló Rodgers mientras estudiaba las coordenadas del satélite.

Herbert añadió:

—Lo interesante de los Halcones es que la estación de enlace terrestre en Baikonur se quedó muda a las ocho de la tarde, hora local.

—¿Solo la estación? —preguntó Rodgers—. ¿Las antenas parabólicas del satélite no?

—Las antenas no respondió Herbert.

—¿Entonces adónde va a parar la información? —inquirió Rodgers inquieto.

—No estamos seguros… aunque aquí está lo verdaderamente curioso. Hemos detectado un aumento de la actividad eléctrica en San Petersburgo exactamente a las ocho de la tarde hora local. Mirad, resulta que ha sido cuando el estudio de televisión del Ermitage empezaba a emitir, así que puede tratarse de una coincidencia.

—Pero no te jugarías la Ponderosa —le dijo Hood. Herbert sacudió la cabeza.

—Tal como Eival Ekdol nos prometió —apuntó Rodgers, estudiando aún el despliegue—. Algo militar. Y se está llevando a cabo con mucha inteligencia. Si tomas cada uno de estos acontecimientos por separado, todos son bastante rutinarios, salvo el cambio de objetivo de los Halcones. Se suele mover material del puerto de Vladivostok con regularidad. Se realizan maniobras en la frontera ucraniana dos veces al año y ahora es cuando toca. La flota del Báltico frecuentemente se ejercita cerca de la costa, de modo que no se trata de algo insólito.

—Quieres decir que a menos que alguien tenga la foto completa, da la impresión de que no ocurre nada raro.

—Exacto —confirmó Rodgers.

—Pero lo que no comprendo —manifestó Hood— es que si Zhanin no está detrás de lo que se está tramando, ¿cómo se le puede escapar una operación de tal magnitud? Tiene que ser consciente de que ocurre algo.

—Tú sabes mejor que nadie que un líder solo vale lo que su servicio de inteligencia —advirtió Rodgers.

También sé que si le cuentas algo a dos personas aquí en Washington, deja de ser secreto afirmó Hood. Eso también debe

cumplirse en el Kremlin.

—No es así —objetó Herbert—. Aquí solo con que lo sepa una persona, deja de ser secreto.

—Os olvidáis de algo —interrumpió Rodgers—. Shovich. Un hombre como ese puede emplear amenazas y dinero para acallar la cadena de información con bastante eficacia. Además, aunque tal vez no tenga la foto completa, probablemente Zhanin se huela lo que está pasando. Dogin o Kosigan podrían haber acudido a él después de las elecciones y haberle convencido de que autorizara unas cuantas maniobras y transferencias de tropas para mantener a los militares contentos y ocupados.

—Dogin se beneficiaría también de eso —apuntó Herbert—. Si en algún momento algo sale mal, la firma de Zhanin figura en varias órdenes. Todos están implicados.

Hood asintió; luego borró la pantalla.

—De modo que Dogin es el probable arquitecto y San Petersburgo su caja de los sueños.

—Sí —respondió Herbert—. Y Striker va a tener que enfrentarse a él.

Hood siguió mirando la pantalla en blanco.

—El informe de la Interpol llegará a las tres. Cuando llegue, vosotros os sentaréis con los planos del Ermitage y las remodelaciones para averiguar el modo de entrar.

—Vale —dijo Rodgers.

Herbert añadió:

—Tengo al equipo de Táctica y Estrategia reuniendo planos para que nuestro comando cruce el Neva utilizando paracaídas, balsas a motor o un pequeño submarino. Dom Limbos lo está supervisando. Ha trabajado antes en el cruce de ríos. Y Georgia Mosley, de suministros, sabe qué tecla tiene que tocar en Helsinki.

—¿Entonces ya has descartado la idea de que los *Strikers* entren como turistas? —le preguntó Hood.

—Por completo. Los rusos vigilan los grupos de turistas y fotografían a individuos sospechosos en los hoteles, autobuses, en el museo y otros lugares. Aunque nuestra gente nunca regrese, no queremos sus fotos en un archivo.

Rodgers miró su reloj.

—Paul, debo ir a la sesión de Táctica y Estrategia. Le he dicho a Squires que tendrá un plan de actuación antes de que aterrice a eso de las cuatro de la tarde, hora de aquí.

Hood asintió.

—Gracias por todo, Mike.

—De nada —repuso Rodgers; mientras se levantaba miró un antiguo globo de papel en el despacho. Nunca cambian.

—¿Quiénes?, le preguntó Hood.

—Los tiranos. Para Winston Churchill, Rusia podía haber sido una adivinanza envuelta en un misterio dentro de un enigma, pero lo que veo aquí es un cuento tan viejo como la historia: una banda de individuos ávidos de poder que creen que saben mejor que el electorado qué es lo mejor para ellos.

—Por eso estamos aquí. Para decirles que no podrán hacerlo sin luchar.

Rodgers miró a Hood.

—Señor director —dijo sonriendo—. Me gusta tu estilo, a mí y al general Gordon.

Rodgers se fue sin Bob Herbert, dejando a Hood perplejo y sintiéndose como si por fin hubiera conectado con su general, y, aunque su vida dependiera de ello, no acertaba a adivinar ni cómo ni por qué.

VEINTICUATRO

Martes, 5:51, isla de Sajalín

La isla de Sajalín en el mar de Ojotsk es una franja escarpada de novecientos cincuenta kilómetros de longitud con pueblos de pescadores en las costas y majestuosos bosques de pinos y minas de carbón en el interior, con carreteras llenas de baches y unas pocas autopistas nuevas, con las ruinas de los campos de prisioneros de los Romanov y con antiguas tumbas donde el apellido más común es Nepotninyashchy, «No recordado». Situada en una zona horaria al oeste de la línea horaria internacional, está más cerca del puente Golden Gate, en San Francisco, que del Kremlin. Cuando en Moscú es mediodía, en Sajalín ya son las ocho de la tarde. La isla ha sido desde antiguo un refugio para los dirigentes, muchos de los cuales tenían dachas, cómodas casas de campo en las colinas, y para los eremitas que se perdían en la naturaleza virgen de Sajalín en busca de la paz y de Dios.

Los rusos han mantenido desde tiempos remotos una presencia militar en Korsakov, en la punta sureste de la isla, cerca de las islas Kuriles, que se extienden desde el extremo sur de Kamchatka. En 1945 la isla fue ocupada por la Unión Soviética, aunque Japón aún reclama la cadena de mil ciento y pico kilómetros de islas, y las dos naciones disputan por ellas desde entonces.

La base rusa en Korsakov es espartana; consta de una pista de aviación, un pequeño puerto y cuatro cuarteles. Quinientas tropas

navales y dos regimientos de hombres rana de la *spetsnaz* y soldados navales están acuartelados allí, patrullas aéreas y marinas mantienen a diario un ojo y un oído electrónico puestos en las actividades de los barcos pesqueros de salmón japoneses.

El teniente Nikita Orlov, de veintitrés años, se encontraba sentado en su escritorio del puesto de mando, situado en lo alto de una cima desde la que se divisaban el mar y la base. Tenía el cabello negro cortado a cepillo, salvo las largas ondas que le colgaban sobre la frente, y sus labios carnosos y plenos se asentaban en una mandíbula cuadrada. Sus ojos marrones brillaban alertas mientras comprobaba la inteligencia local y enviaba por fax los informes de las novedades de la noche anterior y echaba frecuentes ojeadas por la ventana abierta.

Al joven oficial le encantaba levantarse antes del alba, saber lo que había ocurrido mientras él dormía y luego ver el sol asomar por el horizonte y quemar el mar hacia la base. Le encantaba el despertar del mundo, aunque cada día ya no le trajese la promesa de cuando era un niño y luego un cadete: la promesa de que la Unión Soviética se alzaría como el imperio más duradero de la historia.

Por muy desolador que fuera el desencanto, Nikita amaba a su país con la misma pasión de siempre, y amaba Sajalín. Lo habían destinado allí nada más salir de la academia de la *spetsnaz*, en gran medida para mantenerlo alejado de Moscú después del incidente de la iglesia ortodoxa griega… pero también, siempre le había parecido, para evitar que mancillara el buen nombre de su padre. Serguéi Orlov era un héroe, valioso como instructor de vuelo de inexpertos pilotos jóvenes, útil como propaganda en simposios y convenciones internacionales. Nikita Orlov era un radical, un reaccionario que añoraba los días previos a que Afganistán destruyera la moral del ejército más grande del mundo, antes de que Chernóbil dañara el orgullo de la nación, antes de que la glasnost y la perestroika hicieran que la economía y luego la unión se disgregara.

Pero eso pertenecía al pasado. Y aquí, al menos, existía aún un propósito, había todavía un enemigo. El capitán Leshev —quizás afectado por un asomo de claustrofobia después de tres años al mando de las tropas de la *spetsnaz* de Sajalín— pasaba mucho tiempo organizando competiciones de tiro, que eran su pasión. Eso dejaba a Orlov a cargo de la mayoría de asuntos militares y sentía que algún día Rusia volvería a plantar cara a Japón militarmente, que intentarían restablecer la presencia en la isla y él podría tener el honor de dirigir las tropas de choque contra ellos.

En lo más hondo de su corazón, también sentía que Rusia aún no había acabado con Estados Unidos. Los soviéticos habían vencido a Japón en una guerra y la posesión de la isla era el premio. Pero reinaba la sensación de que Rusia había perdido una guerra contra Estados Unidos, y el espíritu ruso —sin duda el espíritu de Orlov— se rebelaba ante eso. El entrenamiento de la *spetsnaz* había reforzado su convicción de que los enemigos debían ser destruidos, no favorecidos, y él y sus soldados no se arredrarían por consideraciones éticas, diplomáticas o morales. Estaba convencido de que los esfuerzos de Zhanin por convertir Rusia en una nación de consumidores fracasarían, tal como habían fracasado los de Gorbachov, y eso conduciría a un cálculo final con los banqueros y sus marionetas de Washington, Londres y Berlín.

El día antes había llegado tabaco fresco y Orlov lio un cigarrillo mientras el contorno del sol asomaba por el oscuro mar. Se sentía parte de aquella tierra, de cada amanecer, tanto que le parecía posible tocar el tabaco con el propio sol para encenderlo. En cambio usó un encendedor que su padre le había regalado cuando entró en la academia; el fulgor anaranjado de la llama iluminó la inscripción que tenía a un lado: «A Nikki, con amor y orgullo, tu padre». Nikita aspiró el humo del cigarrillo y se guardó el encendedor en el bolsillo de la camisa recién planchada.

«Con amor y orgullo». ¿Qué inscripción leería después de su nombramiento?, se preguntó. «¿Con vergüenza y humillación?» o

cuando Nikita solicitó este destino tras su graduación, lejos de su padre y cerca de un enemigo muy real de Moscú, «¿Con desilusión y confusión?».

Sonó el teléfono; era una llamada de la caseta de comunicaciones establecida al pie de la colina. El asistente de Orlov aún no había llegado, así que él mismo cogió el auricular negro y fino.

—Sajalín puesto uno, Orlov al habla.

—Buenos días.

Nikita se quedó en silencio unos segundos.

—¿Padre?

—Sí, Nikki —dijo el general—. ¿Cómo estás?

—Estoy muy bien, pero sorprendido —respondió Nikita con expresión repentinamente alarmada—. ¿Se trata de mamá…?

—Mamá está bien —le tranquilizó el general—. Los dos estamos bien.

—Me alegro —dijo Nikita secamente—. Al oírte después de todos estos meses… Bueno, comprende mi preocupación.

Hubo otro breve silencio. Los ojos de Nikita ya no estaban tan alegres como cuando contemplaba la salida del sol. Se volvieron duros y amargos mientras daba largas caladas al cigarrillo, cuando recordó aquella conversación cada vez más tensa con su padre y luego su arresto cuatro años atrás. Recordaba lo avergonzado y furioso que el general se había sentido por lo que él había hecho a esa iglesia, recordaba que el famoso astronauta no podía ir a ninguna parte sin ser reconocido y humillado hasta tener que irse de donde estuviera. Recordaba que la noche en que el coronel Rossky —y no su influyente padre— había suavizado el asunto con la academia y había conseguido que readmitieran a Nikita con solo una semana de doble turno en el puesto de guardia, su padre había ido al cuartel y le había soltado un sermón sobre la infamia del odio y cómo este había destruido a grandes naciones y a grandes ciudadanos. Los demás cadetes habían guardado silencio y cuando

se fue el gran hombre, alguien inventó el juego de Nikita y Serguéi, al que los soldados cadetes jugaron durante días: «Serguéi» tenía que adivinar en qué lugar de Moscú su hijo estaba pintando eslóganes de odio, mientras «Nikita» le dejaba pistas frescas.

Nikita aún oía sus voces y sus risas:

—¿En la Embajada de Estados Unidos?

»—Frío…

»—¿En la terminal de las Líneas Aéreas Japonesas en el aeropuerto de Sheremet'yevo?

»—Muy frío.

»—¿En el lavabo de caballeros de Kirov?

»—Caliente.

—Nikki —dijo Serguéi Orlov—. Tenía ganas de llamarte, pero me daba miedo que te enfadaras. Esperaba que con el tiempo te librases de una parte de tu resentimiento…

—¿Te has librado tú de tu arrogancia —preguntó Nikita—, esa idiotez celestial que cuando nosotros las hormigas la sentimos aquí en la tierra es innoble o errónea?

—Viajar por el espacio no me ha enseñado que una nación puede ser destruida tanto desde dentro como desde fuera —dijo Orlov, han sido los hombres ambiciosos quienes me lo han enseñado.

—Aún lleno de piedad e ingenuidad.

—Y tú aún arrogante y poco respetuoso —replicó tranquilamente el general.

—Pues ya has llamado y hemos descubierto que no ha cambiado nada.

—No he llamado para discutir.

—¿No? ¿Para qué entonces? —preguntó Nikita—. ¿Intentas comprobar el alcance de tu nueva estación de televisión?

—Tampoco, Nikki. Te llamo porque necesito un buen oficial para dirigir una unidad en una misión.

Nikita se sentó muy erguido.

—¿Te interesa?, preguntó el general.

—Si es por Rusia y no por tu conciencia, me interesa.

—Te he llamado porque eres el oficial indicado para este trabajo. Eso es todo.

—Entonces me interesa.

—Recibirás tus órdenes a través del capitán Leshev dentro de una hora. Te reportarás ante mí durante tres días. Tú y tu unidad tendréis que estar en Vladivostok a las once.

—Bien, allí estaré —confirmó Nikita levantándose—. ¿Significa esto que vuelves a estar en el servicio activo?

—Por ahora ya sabes todo lo que necesitas saber respondió el general.

—Muy bien —dijo Nikita fumando rápidamente el cigarrillo.

—Y, Nikki…, cuídate. Cuando esto termine, tal vez puedas venir a Moscú y podamos volver a intentarlo.

—Es una idea. Y tal vez podría invitar a mis antiguos compañeros de la academia; verte no será lo mismo sin ellos.

—Nikki…, no me habrías escuchado en privado.

—Y no podías haber limpiado el nombre de Orlov a menos que fuera en público.

—Lo hice para que otros evitaran cometer un error semejante —le explicó el general.

—A mis expensas. Gracias, padre. —Nikita tiró al suelo el cigarrillo—. Perdóname, pero debo prepararme si tengo que estar en tierra firme a las once. Por favor, saluda a mamá y al coronel Rossky.

—Lo haré —respondió el general. Adiós.

Nikita colgó el teléfono, luego tardó un momento en mirar el sol a medio salir. Le molestaba que muchos otros comprendieran lo que su padre no conseguía comprender: que la grandeza de Rusia estaba en su unidad, no en su diversidad; que, como el coronel Rossky le había enseñado, el cirujano que extirpa un tejido enfermo lo hace para curar el cuerpo, no para dañar al paciente. Su padre había sido seleccionado como astronauta porque, entre otras cosas, tenía un carácter templado, valiente, altruista y era una figura ideal

para presentar en las escuelas, a los periodistas internacionales y a los jóvenes pilotos que querían ser héroes. Pero les tocaba a los combatientes de trinchera, como él, hacer el verdadero trabajo para la verdadera Rusia, la reconstrucción, la purga y la rectificación de los errores de la pasada década.

Después de informar al oficial de guardia acerca de su destino, Nikita cogió su gorra y salió del puesto; sentía tristeza por su padre…, pero curiosidad por saber lo que el general planeaba para su hijo.

VEINTICINCO

Lunes, 13:53, sobrevolando el Atlántico, al noroeste de Madrid

El interior del C141B StarLifter no estaba diseñado para la comodidad. Estaba diseñado a medida para pesar lo menos posible y proporcionar al aparato la mayor autonomía de vuelo posible. Las paredes cubiertas de lona no hacían nada para amortiguar el potente zumbido de los motores y el costillar desnudo del fuselaje estaba oscurecido debajo de las bombillas desnudas. Las tropas se sentaban en almohadones acolchados sobre bancos de madera. Cuando había turbulencias, aunque los arneses de seguridad evitaban que los soldados se desplazaran, no era raro que los almohadones escaparan de debajo de ellos.

Los bancos podían acomodar a solo noventa efectivos con relativa comodidad, pero el StarLifter podía transportar más de trescientos. Con solo ocho personas en la cabina y un piloto, un copiloto y un técnico de navegación en la cubierta de vuelo, el teniente coronel Squires se sentía como si estuviera volando en primera clase. Tenía las largas piernas estiradas, dos de los finos almohadones debajo y uno entre su espalda y el duro metal, y lo mejor de todo: en la cabina no había una atmósfera sofocante. En aquellas ocasiones en que los primeros miembros de Striker viajaban con tropas de refuerzo de otros servicios y los cinco pastores

alemanes del Cuerpo K9, la cabina tendía a llenarse rápidamente del calor de los soldados apretujados y sudorosos.

Después de varias horas en el aire, Squires apreciaba la comodidad. Había pasado la primera hora con el sargento Chick Grey y el soldado David George haciendo inventario del equipo que necesitarían en Helsinki, las dos horas siguientes con la soldado Sondra DeVonne revisando los mapas de Helsinki y San Petersburgo en su ordenador portátil y luego había dormido cuatro horas.

Cuando Squires se despertó, George le dio comida calentada en el microondas y una taza de café negro. El resto del equipo había comido hacía una hora.

—Tengo que hablar con el general Rodgers para que nos preparen una comida mejor —dijo Squires mientras abría la tapa de plástico de la bandeja e inspeccionaba las lonchas de pavo, el puré de patatas, las alubias y el panecillo de maíz. Tenemos misiles que pueden volar alrededor de árboles y por encima de montañas y caer en la chimenea de alguien, pero nos sirven la clase de basura que te dan en los aviones comerciales.

—Es mejor que las raciones que mi padre dice que servían en Vietnam, señor —manifestó George.

—Sí, puede que sí, pero no se iban a morir por darnos una cafetera decente. ¡Demonios, ya la pagaría yo! No ocuparía ningún espacio adicional y son a prueba de idiotas. Ni siquiera el ejército se tragaría esto.

—Nunca ha probado mi café, señor —intervino Sondra sin levantar la vista de su ejemplar de Cumbres borrascosas—. Cuando estoy en casa, mi madre y mi padre guardan la cafetera bajo estrictas medidas de seguridad.

Squires cortó un trozo de pavo.

—¿Qué clase de café usa?

Sondra levantó la mirada. Sus grandes ojos castaños estaban perfectamente enmarcados en su cara redonda y su voz conservaba el deje de una juventud pasada en su Argelia natal.

—¿Qué clase, señor? No lo sé. La que me vendan.

—Ese es su problema —apuntó Squires—. Mi mujer compra el café en grano. Lo guardamos en la nevera, luego lo molemos cada mañana. Normalmente lo alegramos con algo, como nueces de pacana o chocolate de frambuesa.

—¿Café de chocolate de frambuesa? —se sorprendió Sondra.

—Exacto. Usamos una cafetera de goteo, no un cacharro que quema el café, y lo sacamos del fuego y lo ponemos en una cafetera en cuanto está hecho. Nunca le agregamos leche ni azúcar. Son grandes ecualizadores…, hacen que todo el café sepa igual.

—A mí eso me parece mucho trabajo, señor admitió Sondra.

Squires apuntó hacia el libro con el cuchillo.

—Está leyendo a Emily Bronté. ¿Por qué no lee algo de las estanterías de las novelas rosas?

—Esto es literatura. El resto es sucedáneo.

—Eso es lo que siento con respecto al café —explicó Squires mientras pinchaba más pavo con el tenedor de plástico—. Si no es auténtico, ¿por qué molestarse?

—Puedo contestarle a eso con una palabra, señor: cafeína. Cuando leo a Thomas Mann o a James Joyce hasta las cuatro de la madrugada, necesito algo que me permita estar en clase a las nueve.

Squires asintió y luego dijo:

—Yo tengo un método mejor.

—¿Cuál?

—Flexiones. Cien flexiones nada más salir de la cama te despiertan más rápido que la cafeína. Además, si puedes hacerlo como primera cosa de la mañana, el resto del día te parecerá un trozo de pastel.

Mientras hablaban, se acercó el operador de radio, Ishi Honda. Ishi era un veterano de Striker, cinturón negro de judo, hijo de madre hawaiana y padre japonés. El menudo y juvenil Honda se

encargaba de las comunicaciones durante la recuperación del soldado Johnny Puckett, que había sido herido en Corea del Norte.

Honda saludó militarmente y tendió a Squires el auricular de la radio de seguridad TACSAT que llevaba en la mochila.

—Señor, le llama el general Rodgers.

—Gracias —repuso Squires tragando el bocado de pavo y poniéndose al aparato. Aquí el coronel Squires, general.

—Teniente coronel —informó Rodgers—, parece que su equipo se está acercando al blanco y no en calidad de turistas.

—Comprendido.

—Antes de aterrizar le proporcionaremos los detalles sobre el punto de partida, el transporte, el aterrizaje y el horario, aunque no podremos decirle demasiado sobre qué es exactamente lo que está buscando. Toda la información que tengamos estará en el informe, incluido el lugar donde fue asesinado el agente del D16 que estaba investigando. Los rusos también capturaron a uno de sus informadores y el otro ha huido.

—No hacen prisioneros.

—Exacto. Ahora bien, tengo sentimientos contradictorios sobre esto, pero usted también contará con un nuevo compañero de equipo: un agente británico de excelente currículo.

—¿Lo conozco?

—Es una mujer —aclaró Rodgers— y no la conoce. Pero tiene credenciales. Haré que Bob Herbert le envíe su historial junto con la información de Táctica y Estrategia. Mientras tanto, dele a McCaskey un inventario de todo el equipo acuático que llevan a bordo. Si hay algo que creamos que pueden necesitar les estará esperando en Helsinki y, Charlie…

—Sí, ¿señor?

Buena suerte a todos y que el viento sea propicio. Roger dijo Squires y luego cortó la comunicación.

VEINTISÉIS

Lunes, 23:00, San Petersburgo

—Tres… dos… uno… Estamos… dentro.

No hubo vítores cuando Yuri Marev habló, ni sonrisas mientras el general Orlov caminaba lentamente detrás del arco de ordenadores, reconociendo con un movimiento afirmativo de cabeza la entrada en funcionamiento del Centro de Operaciones ruso. La cuenta atrás había concluido sin problemas y, aunque el largo día se acercaba a su fin para la mayoría de los trabajadores, a Orlov le parecía que el día acababa de empezar. Había pedido ver toda la información que entrase durante la próxima hora, para revisarla con los directores de espionaje por satélite y climatología, comunicaciones por teléfonos móviles y por radio, operaciones sobre el terreno, criptografía y análisis informático, imagen e intercepción. Esto afectaba a los cuatro jefes de cada turno, desde las cuatro de la tarde hasta la medianoche —el equipo principal; que cubría el pesado flujo de información desde que eran las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde en Washington, así como a los subdirectores, que trabajaban en los turnos de medianoche a ocho de la mañana y de ocho a cuatro de la tarde. También Rossky estaría presente, como segundo de Orlov y como oficial de enlace con el ejército. Rossky no solo se ocupaba de analizar la inteligencia compartida con el ejército y alimentar otras ramas de las fuerzas armadas y el gobierno, sino

de dirigir el equipo de choque de la *spetsnaz* que estaba a disposición del Centro para misiones especiales.

Orlov miró a Rossky de pie detrás del cabo Ivashin. El coronel tenía las manos crispadas a la espalda y disfrutaba claramente de la actividad sosegada. A Orlov le recordaba a Nikita la primera vez que lo llevó a ver la sección de propulsión y la nave espacial a la Ciudad de las Estrellas: el chico estaba tan entusiasmado que no sabía qué mirar primero. Sin embargo, Orlov supo que cambiaría muy pronto.

En cuanto el Centro fue declarado operativo, Orlov se acercó a Rossky. El coronel tardó un momento en volverse y saludarle lentamente.

—Coronel Rossky —dijo Orlov—. Me gustaría que me dijera exactamente dónde está mi hijo. Estando todo cifrado, no hay necesidad de grabar la orden.

Rossky dudó un momento, parecía que había intentado averiguar los motivos de Orlov y había fallado.

—Sí, señor.

Rossky le ordenó a Ivashin que la sala de radio se pusiera en contacto con la base en la isla Sajalín y pidiera al sargento Nogovin la información. Todas las comunicaciones se hacían en código Lápiz dos/cinco/tres: tenían que borrarse unas letras antes de poderse descifrar. En este caso, todas las segundas letras de cada palabra del código eran falsas, como también todas las quintas palabras, salvo la tercera letra de cada palabra falsa, que era la primera letra de la palabra siguiente.

Ivashin obtuvo respuesta en menos de dos minutos y su ordenador rápidamente la descifró para él.

Rossky, con las manos aún en la espalda, se inclinó hacia la pantalla y leyó: «El joven teniente Orlov y su unidad de nueve soldados de la *spetsnaz* han llegado a Vladivostok y se encuentran en espera de nuevas órdenes».

Rossky lanzó una mirada a Orlov.

—General —manifestó lleno de tensión—, ¿se trata de una maniobra de algún tipo?

—No, coronel.

Rossky apretó y relajó la mandíbula varias veces. Orlov esperó largos segundos para asegurarse de que Rossky era lo bastante listo como para no insubordinarse ni quejarse de que hubiera sido excluido de una maniobra militar. Rossky debió de sentirse humillado delante del equipo, pero guardó silencio.

—Venga a mi despacho, coronel —dijo Orlov dándose la vuelta— y le haré un resumen de las órdenes de la unidad de la *spetsnaz* de Sajalín.

El general oyó los tacones de Rossky golpear el suelo rápidamente detrás de él. Una vez se cerró la puerta tras ellos, Orlov se sentó en su escritorio y miró a Rossky, que permanecía de pie ante él.

—¿Se acuerda del cargamento del ministro Dogin que viajaba a bordo de un avión privado? —le preguntó Orlov.

—Sí, señor.

—Se ha presentado un problema. Una avería en el motor le impide seguir adelante. Debido al tiempo inestable y a la escasez de aviones, he ordenado que el cargamento sea transferido a un tren que el contraalmirante Pasenko me ha informado tenemos a nuestra disposición.

—Un tren desde Vladivostok tardará cuatro o cinco días en llegar a Moscú —comentó Rossky.

—Pero ahí no es adonde quiero ir a parar. Mi plan es simplemente sacar el cargamento de Vladivostok hasta un lugar donde un avión pueda recogerlo. Estaba pensando que podíamos sacar un helicóptero del aeródromo de Bada para que se encontrara con el tren en Bira. Eso está a solo unos novecientos sesenta kilómetros de Vladivostok y parece hallarse lo bastante lejos del oeste como para no verse afectado por la trayectoria de la tormenta.

—Ya ha hecho muchas disposiciones, señor. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—En realidad sí, pero antes, coronel, me gustaría saber cómo se enteró de lo del cargamento.

Rossky respondió desapasionadamente:

—Por el ministro.

—¿Se lo comunicó a usted directamente?

—Sí, señor. Creo que usted estaba cenando en su casa en ese momento.

El general se acercó al teclado y abrió el archivo de registro.

—Ya veo, pero usted redactó un informe para que yo lo leyera más tarde.

—No, señor.

—¿Por qué no, coronel? ¿Estaba demasiado ocupado?

—Señor —respondió Rossky—, el ministro no quiere que el asunto quede registrado en los archivos del Centro.

—El ministro no quiere —espetó Orlov—. ¿No es una orden prioritaria que toda misión asignada por un superior sea registrada?

—Sí, señor.

—¿Y acostumbra usted a aceptar órdenes de los civiles por encima de los militares?

—No, señor.

—Yo respondo por el Centro. Somos una base autónoma que sirve a todas las ramas del gobierno y del ejército. Pero ¿y usted, coronel? ¿Siente usted una especial lealtad por el Ministerio del Interior?

Rossky tardó un buen rato en responder:

—No, señor.

—Bien —afirmó Orlov—, porque otro incidente como este y será trasladado. ¿Lo ha comprendido?

A Rossky le temblaba involuntariamente la pétrea barbilla.

—Sí, señor.

Orlov respiró hondo y empezó a repasar el registro del día. Nunca creyó que Rossky se rebelaría abiertamente y esperaba su contención, pero estaba acorralando al coronel y estaba a punto de acosarlo un poco más. Rossky tendría que hacer algo.

—¿Le contó el ministro algo más, coronel, como el contenido del cargamento?

—No lo hizo.

—¿Me ocultaría esa información si el ministro Dogin le ordenara que lo hiciera?

Rossky miró a su superior.

—No si la información fuese un asunto de este Centro, señor.

Orlov se quedó mudo al no encontrar el archivo de su propia conversación con Dogin. Volvió a mirar en las 8:11, que era cuando recordaba haber hecho la entrada. El espacio estaba en blanco.

—¿Algún problema, señor? —preguntó Rossky.

Orlov hizo una búsqueda de palabra en todo el archivo, para asegurarse de que no se había equivocado al grabar la entrada. Aunque por fuera se le veía tranquilo, por dentro le alarmó no encontrar Gulfstream por ninguna parte.

El general miró a Rossky. La expresión del coronel era ahora relajada, lo cual le revelaba que Rossky había borrado la orden.

—No, ningún problema. He grabado mal una orden. La volveré a entrar cuando acabemos. —Se reclinó hacia atrás, observando un rictus de satisfacción en la comisura de los labios de Rossky, y añadió—: Ya he perdido bastante tiempo con este asunto y confío en que mis deseos queden claros.

—Completamente, señor.

—Quiero que informe al ministro Dogin de mis intenciones y que revise la operación personalmente. Mi hijo le respeta y estoy seguro de que trabajarán tan bien juntos como lo han hecho en el pasado.

—Sí, señor. Es un buen oficial.

Sonó el teléfono y Orlov despidió al coronel en cuanto levantó el auricular. Rossky cerró la puerta sin mirar atrás.

—¿Diga?

—Señor, soy Zílash. Por favor, ¿puede usted venir a la sala de radio?

—¿Qué ocurre?

—La antena está captando una gran densidad de comunicaciones en clave. Las hemos enviado a criptografía, pero empezamos a preguntarnos si no ocurrirá algo antes de que podamos traducir el mensaje.

—Ahora mismo voy.

Salió sin molestarse en volver a grabar la entrada del Gulfstream, convencido de que la volverían a borrar… y furioso porque un encuentro diseñado para meter en cintura a Rossky no había hecho más que agravar su creciente preocupación ante la idea de que Dogin y la *spetsnaz* planeaban dirigir el Centro utilizándolo a él como títere.

Las palabras de Rossky resonaron en su mente: «No si la información fuese un asunto de este Centro, señor». En el espacio de pocas horas le habían ocultado la muerte de un agente enemigo y la información sobre el Gulfstream. El Centro era una de las bases de reconocimiento más poderosas del mundo: Orlov no permitiría que Rossky y Dogin la convirtieran en su propiedad particular, aunque todavía no haría nada. En sus días de astronauta había aprendido que cuando tu asiento se calienta a más de doscientos grados centígrados, lo más importante era mantener la cabeza clara, y ese par aún no habían elevado tanto la temperatura.

En cualquier caso, aún tenía una instalación que dirigir y ni el coronel ni un megalómano iban a evitar que hiciera su trabajo.

Orlov entró tímidamente en la angosta sala de radio, ahora aún más llena de humo que antes. El rostro estrecho de Zilash estaba angulado hacia arriba, con los ojos perdidos en la nada mientras escuchaba a través de los auriculares. Se los quitó después de un momento y miró a Orlov.

—Señor —informó con el cigarrillo entre los labios—, hemos seguido dos series de comunicaciones codificadas y supongo que están relacionadas. La primera es de Washington a un avión que sobrevuela el Atlántico y la segunda de Washington a Helsinki. —Dio dos caladas rápidas, luego apagó el cigarrillo en un cenicero—. Hemos hecho que el equipo de satélites le echase una mirada al aparato: no tiene ningún signo de identificación, pero debe de ser un C-141 B StarLifter.

—Un transporte de tropas grande —comentó Orlov pensativo—, una versión moderna del C-141A. Conozco muy bien ese avión.

—Ya imaginé que lo conocería —dijo Zilash sonriendo mientras encendía un nuevo cigarrillo—. El StarLifter se encuentra en ruta hacia Helsinki. Oímos las comunicaciones entre el piloto y la torre: llegará hacia las once de la noche, hora local.

Orlov consultó su reloj.

—Falta menos de una hora. ¿Alguna idea de quién viaja a bordo?

Zilash movió la cabeza.

—Intentamos escuchar la cabina con el Svetlana en el Atlántico Norte, pero el capitán informa que hay un campo electrónico en el avión.

—Entonces definitivamente es de inteligencia —concluyó Orlov, aunque no le sorprendió.

Volvió a pensar en el agente británico que había estado espiando en el Ermitage y rápidamente maldijo a Rossky por el modo de manejar el asunto. El hombre debía haber sido vigilado, no inducido al suicidio… si es que en realidad se quitó la vida.

—Redacte un informe dirigido al ministro de Seguridad en Moscú —ordenó Orlov—. Dígales que necesitamos a alguien en Helsinki para ir a ver el avión y comprobar si los norteamericanos planean entrar en Rusia.

—Sí, señor —respondió Zilash.

Orlov le dio las gracias y luego se dirigió a su despacho con objeto de reunir a Rossky y al director de seguridad Glinka para

debatir el plan que pondrían en práctica en caso de que llegaran visitas.

VEINTISIETE

Martes, 6:08, Vladivostok

Lenin dijo una vez refiriéndose a la remota Vladivostok: «Está muy lejos, pero es nuestra».

Durante las dos guerras mundiales, la ciudad portuaria situada en la península de Muraviov, en el mar del Japón, se había constituido en un importante punto de entrada de provisiones y material procedente de Estados Unidos y de otras partes del mundo. En los años de la guerra fría, el ejército cerró la ciudad al mundo, pero Vladivostok prosperó a medida que crecía el puerto y la flota del Pacífico, y tanto los armadores del ejército como los armadores comerciales atrajeron trabajadores y dinero hacia la ciudad. Luego, en 1986, Mijáil Gorbachov inauguró la «Iniciativa Vladivostok» que reabría la ciudad y le valió el calificativo de «una ventana abierta de par en par en Oriente».

Sucesivos líderes rusos se han esforzado denodadamente en hacer de la ciudad una parte integral del comercio en la ribera del Pacífico, pero con la nueva apertura han venido *gangsters* de Rusia y de todas partes del globo, atraídos por una moneda fuerte, y en el puerto han entrado todo tipo de mercancías, tanto legales como ilegales.

El aeropuerto de Vladivostok se halla a casi treinta kilómetros al norte de la ciudad. Eso supone una hora de viaje desde la terminal

de ferrocarril, que se encuentra en el centro de Vladivostok, justo al este del denso tráfico de la Ulitsa Oktyabra.

Después de llegar al aeropuerto con su equipo, el teniente Orlov se encontró con un correo del despacho del contraalmirante. El joven mensajero le tendió al oficial instrucciones selladas de llamar al coronel Rossky para recibir órdenes. Mientras la nieve empezaba a caer del pálido cielo gris, Nikita corrió hasta su unidad, que estaba formada junto al morro de un MI-6, el mayor helicóptero del mundo, capaz de transportar a setenta personas a una distancia superior a mil kilómetros. Las tropas vestían uniforme de camuflaje blanco, con las capuchas bajadas, y unas mochilas compactas a sus pies. Cada hombre llevaba el armamento estándar de la *spetsnaz*: una ametralladora y cuatrocientos cartuchos de munición, un cuchillo, seis granadas de mano y una pistola P-6 con silenciador. Nikita llevaba un AKR con ciento sesenta cartuchos de munición: el subfusil ametrallador de cañón corto era lo estipulado para los oficiales.

Nikita ordenó a su operador de radio que desplegara la antena parabólica. Menos de un minuto más tarde, había establecido comunicación de seguridad con el coronel Rossky.

—Señor —informó Nikita—, el teniente Orlov reportándose según las órdenes.

—Teniente, me alegro de oírle después de tantos años. Estoy encantado de trabajar con usted.

—Gracias, señor, yo también.

—Excelente —comentó Rossky—. ¿Qué sabe de su misión, Orlov?

—Nada, señor.

—Muy bien. ¿Ve al Gulfstream en la pista de aterrizaje? Nikita se volvió hacia el oeste, en medio de las ráfagas de nieve, y vio el reactor sobre el asfalto.

—Sí, señor.

—¿Matrícula?

—N2692A —informó Nikita.

—Correcto —replicó Rossky—. Le he pedido al contraalmirante Pasenko que enviara un convoy, ¿ha llegado?

—Veo cuatro camiones esperando junto al reactor.

—Excelente. Tiene que descargar el reactor, subir el cargamento a los camiones y llevarlo al tren que aguarda en la estación de la ciudad. Solo el ingeniero permanecerá a bordo: una vez el cargamento haya sido descargado, se desplazará en el tren hacia el norte. Su destino provisional es Bira, aunque una vez se ponga en camino recibirá la confirmación. Está usted al mando del tren y deberá tomar las medidas que crea necesarias para que la carga llegue a su destino.

—Lo comprendo, señor, y gracias —repuso Nikita.

No preguntó en qué consistía el cargamento ni le importaba. Lo trataría con tanto cuidado como si fueran cabezas nucleares, lo cual no sería de extrañar. Había oído que la región de Primorsky, a la cual pertenecía la ciudad, pretendía independizarse política o económicamente de Rusia. Podía ser un movimiento preventivo del recién elegido presidente Zhanin para desarmar la zona antes de que eso ocurriera.

—Se pondrá en contacto conmigo al llegar a cada estación de la ruta del Transiberiano, pero, le repito, teniente: usted tendrá que tomar las medidas oportunas para proteger su cargamento.

—Lo comprendo, señor.

Devolvió el teléfono al operador y el teniente ordenó a sus hombres ponerse manos a la obra; estos cogieron su equipo y corrieron por el campo de aviación hasta el Gulfstream, que cada vez se hacía más invisible en medio de la espesa nevada.

VEINTIOCHO

Martes, 23:09, Moscú

Andréi Volko nunca se había sentido tan solo ni tan asustado. En Afganistán, incluso en los peores momentos, había compañeros, soldados, de quienes compadecerse. Cuando fue reclutado por «P» para trabajar para el DI6, sintió vértigo ante la idea de traicionar a su patria, pero le consoló pensar que su país le había abandonado después de la guerra y que tenía nuevos amigos en Gran Bretaña y aquí en Rusia, aunque no supiera quiénes eran. Sabía que de ese modo nadie se aprovecharía si lo capturaban y empezaba a cantar los nombres de otros agentes. Le bastaba con saber que pertenecía a algo y ese conocimiento lo sostuvo en los amargos años en que se vio obligado a tratar con las secuelas de una espalda que se había hecho trizas en un agujero dentro de una trinchera.

Pero el joven alto y corpulento no tenía respaldo alguno mientras se acercaba a la terminal. Durante la cena le había sobresaltado que le llamaran al teléfono que Fields-Hutton le había dado. El aparato se hallaba oculto dentro de un *walkman*, un objeto tan apreciado en Rusia que tenía una excusa para llevarlo siempre consigo. Su contacto sin nombre le había informado de la muerte de Fields-Hutton y de otro agente y le había recomendado que saliera para San Petersburgo en las siguientes veinticuatro horas, donde recibiría nuevas instrucciones. Cuando se alejaba, vestido precipitadamente solo con lo puesto, el *walkman* y las divisas

norteamericanas y alemanas que Fields-Hutton le había suministrado para una emergencia semejante, Volko ya no se sentía como si le respaldara Gran Bretaña. Llegar a San Petersburgo iba a ser una tarea solitaria y difícil, y ni siquiera ahora estaba seguro de lograrlo. No tenía coche y volar desde uno de los pequeños aeropuertos, como Bykovo, era arriesgado. Su nombre ya estaría en todos los mostradores y los agentes podían pedirle dos documentos de identidad en lugar del único falso que tenía. Su única oportunidad era tomar el tren a San Petersburgo.

Fields-Hutton le había dicho una vez que si por algún motivo tenía que salir de la ciudad, no fuera directamente a los aeropuertos o al tren. Él no era tan rápido como un fax. El entusiasmo entre los dependientes tendía a desvanecerse a medida que se acercaba la comida o la última hora de la tarde. Así que había caminado por las calles hasta ahora como si tuviera un destino concreto, cuando no tenía ninguno, mezclándose con el decreciente número de personas que volvían a casa desde el trabajo o desde las tiendas de alimentos, y se había encaminado a la estación de metro más próxima, dando un rodeo desde su apartamento en Prospekt Vernadskovo por callejuelas en las que se vendían productos del mercado negro desde furgonetas. Desde allí viajó en el atestado tren hasta la parada de metro de Komsomólskaia, con su peculiar pórtico columnado, su cúpula facetada y su mayestático pináculo, en el noreste de la ciudad. Caminó durante casi una hora antes de dar un paseo hasta la estación de San Petersburgo, que comunicaba con la ciudad del Neva, Tallinn y todos los puntos septentrionales de Rusia.

El ferrocarril de seiscientos cuarenta kilómetros de recorrido que conectaba Moscú con San Petersburgo había sido diseñado por el ingeniero y teniente norteamericano George Washington Whistler, padre del pintor James McNeill Whistler, y construido por campesinos y presidiarios a quienes el personal del ferrocarril trataba a latigazos y obligaba a trabajar durante prolongadas jornadas en condiciones, a menudo, infrahumanas. Poco después, en 1851, se construyó la

estación Nikolaievsk. Ahora se la conocía como la estación de San Petersburgo; era la terminal más antigua de Moscú y una de las tres estaciones situadas en la bulliciosa plaza Komsomólskaia. En el rincón izquierdo de la plaza se levantaba la modernista estación Yaroslavl, construida en 1904, que era la última parada del tren Transiberiano. A la derecha estaba la estación Kazan, una colección de edificios barrocos acabados en 1926, desde la cual parten trenes hacia los Urales, Siberia occidental y Asia central.

La estación de San Petersburgo se levantaba junto al pabellón Komsomólskaia, justo al noroeste de la estación Yaroslavl. Al acercarse, Volko se secó el sudor de la frente con la manga y se apartó el largo cabello rubio opaco de la cabeza. «Calma —pensó—, tienes que actuar con calma». Esbozó una gran sonrisa en su boca generosa y amable, como un hombre que sale para reunirse con su amante, aunque sabía que la sonrisa no se reflejaba en sus ojos. Solo esperaba que nadie lo mirase con el detenimiento suficiente para darse cuenta.

Volko dirigió sus grandes y tristes ojos marrones al alto e iluminado reloj de la torre. Eran más de las once. Los trenes salían cuatro veces al día, desde las ocho de la mañana hasta la medianoche, y el plan de Volko era comprar un billete para el último tren y observar si los pasajeros eran interceptados por la policía. Si así ocurría, tenía dos opciones. Una era entrar en conversación con otro pasajero mientras se dirigía hacia el tren, pues la policía estaría buscando a un hombre que viajaba solo. La otra opción era acercarse osadamente a uno de ellos y preguntarle alguna dirección. Fields-Hutton le había dicho que los agentes que intentan evadirse en un entorno que se mueve de prisa solo consiguen atraer la atención y que la naturaleza humana ignoraba a la gente que parecía no tener nada que ocultar.

Incluso a esa hora había largas colas en las taquillas de la estación y Volko se colocó en una del centro. Había comprado un periódico y lo miraba durante la espera sin realmente asimilar lo que

leía. La fila se eternizaba, pero a Volko, un hombre por lo general impaciente, no le importó. Cada minuto que seguía en libertad le daba más confianza y también significaba que pasaría menos tiempo cautivo en el tren antes de que partiera.

Compró el billete sin incidentes y aunque los oficiales de policía vigilaban a la gente que entraba y salía e interrogaban a unos pocos hombres que viajaban solos, no pararon a Volko.

«Vas a conseguirlo», se dijo. Pasó bajo el decorado arco que conducía al andén, donde le esperaba el expreso Flecha Roja. Los diez vagones databan de antes de la primera guerra mundial; tres estaban recién pintados, uno de rojo vivo, otro verde, aunque no habían perdido su antiguo encanto. Un grupo de turistas aguardaba de pie junto al penúltimo vagón. Los mozos de cuerda habían apilado su equipaje con desorden y unos soldados revisaban sus pasaportes.

«Me buscan, sin duda», pensó Volko mientras pasaba delante de ellos. Subió al tren un vagón antes de los turistas y se sentó en uno de los asientos menos cómodos. Se dio cuenta de que debía haber traído una maleta; que alguien viajara a una ciudad tan lejana sin al menos una muda, podía despertar sospechas. Miró a su alrededor mientras el vagón se llenaba y vio a un hombre que estaba subiendo varias bolsas a la estantería del equipaje. Se sentó bajo una de ellas, junto a la ventana.

Sentado con el periódico en el regazo y el *walkman* en el bolsillo de la chaqueta, por fin Volko se permitió relajarse. Entonces fue cuando el departamento enmudeció a su espalda y sintió la fría boca de una pistola Makarov contra la nuca.

VEINTINUEVE

Lunes, 15:10, Washington, D.C.

A Bob Herbert le encantaba estar ocupado, pero no tan ocupado como para no sentir deseos de que su silla de ruedas saliera disparada de Op-Center y no parase hasta llegar a su ciudad natal —«No, no esa Filadelfia»—, en el condado de Neshoba, no lejos de la frontera con Alabama.

Filadelfia no había cambiado mucho desde que él fuera niño. Le gustaba regresar y reflexionar sobre los tiempos felices. No eran necesariamente más inocentes, porque recordaba muy bien el caos que todo, desde los comunistas hasta Elvis Presley, causaba cuando era un chiquillo. Pero eran problemas que para él se desvanecían cuando se sumergía en un libro de cómics o cargaba con una carabina o una caña de pescar en el estanque.

Ahora su mensáfono le decía que Stephen Viens, de la Oficina Nacional de Reconocimiento, tenía algo que quería que viera y, después de concluir la redacción de un resumen para Ann Farris, impulsó la silla de ruedas hacia su despacho, cerró la puerta y llamó a la NRO.

—Por favor, dime que tienes fotos del agujero desnudo de Renova —dijo a través del interfono.

—Estoy seguro de que aún está cubierto de follaje —respondió Viens—. Lo que tengo es un avión al que la DEA le seguía el rastro.

Salió de Colombia pasando por Ciudad de México hasta Honolulú, luego a Japón y a Vladivostok.

—Los cárteles de la droga están haciendo negocio en Rusia —comentó Herbert—. Eso no es noticia.

—No, pero cuando aterrizó en Vladivostok, teníamos un satélite en posición de espiarlo. Es la primera vez que veo a miembros de la *spetsnaz* descargar un avión.

Herbert se sentó muy erguido.

—¿Cuántos?

—Al menos una docena, vestidos con uniforme blanco de camuflaje. Y lo que es más, los embalajes fueron rápidamente cargados en camiones de la flota del Pacífico. Podríamos estar ante un multiservicio de venta de drogas.

Herbert recordó la reunión entre Shovich, el general Kosigan y el ministro Dogin.

—Podría ser más que una mera colaboración del ejército con la mafia. ¿Los camiones aún están ahí?

—Sí. Están cargando docenas de cajas. Uno ya está casi completamente lleno.

—¿Las cajas parecen equilibradas?

—Perfectamente. Son rectangulares, pero ambos extremos parecen igualmente pesados.

—Escúchalo con el AIM —ordenó Herbert—. Avísame si hay algo que traquetee.

—Lo haré.

—Y Steve, comunícame adónde van los camiones. Herbert colgó y llamó a Mike Rodgers.

Rodgers estaba fuera de su despacho y se detuvo al recibir la señal del mensáfono.

Cuando Herbert le puso al día, Rodgers comentó:

—De manera que los rusos están cooperando abiertamente con los señores de la droga. Bueno, de alguna parte tienen que obtener el dinero. Me pregunto…

—Discúlpame —se excusó Herbert cuando sonó su teléfono. Apretó el botón de manos libres en el reposabrazos de su silla de ruedas—. ¿Diga?

—Bob, soy Darrell. El FBI ha perdido a su hombre en Tokio.

—¿Qué ocurrió?

—Le disparó la tripulación del Gulfstream —le explicó McCaskey con sequedad—. Los japoneses perdieron a su tipo de las Fuerzas de Autodefensa en un fuego cruzado.

—Darrell, soy Mike —se identificó Rodgers—. ¿Algún herido en el avión?

—No, por lo que sabemos, aunque el personal de tierra no suelta prenda; están asustados.

—O sobornados —apuntó Herbert—. Lo siento, Dar. ¿Tenía familia?

—Padre. Veré si hay algo que podamos hacer por él.

—Muy bien.

—Supongo que sella el vínculo entre el avión y los traficantes de droga rusos —reconoció McCaskey—. Ni los colombianos están lo bastante locos como para mezclarse en un tiroteo en pleno aeropuerto internacional.

—No —replicó Herbert—, solo disparan a los tipos que se supone que examinan el equipaje. Todos apestan y me encantaría soltar a Striker contra ellos.

Herbert colgó y tardó un segundo en reponerse. Estas cosas siempre asqueaban al oficial de inteligencia, más aún cuando había algún tipo de familia implicada.

Miró a Rodgers.

—¿Qué era lo que te preguntabas hace un minuto, general?

Rodgers estaba más sombrío que antes.

—Si esto tiene relación con lo que descubrió Matt. Nuestro genio acaba de tener una reunión con Paul y conmigo. Ha entrado en la nómina del Kremlin a través del Banco de Riad, que tiene unos diez mil millones de dólares en pagarés. Descubrió que habían contratado

a algunos ejecutivos muy caros para el nuevo estudio de televisión del Ermitage y el Ministerio del Interior… gente sin archivos anteriores en ninguna parte.

—Lo que significa que alguien ha creado nombres e identidades falsas que puedan salir en nómina para pagar a la gente que trabaja en secreto en San Petersburgo.

—Exacto —confirmó Rodgers—, y también para comprar un montón de material de alta tecnología a Japón, Alemania y los Estados Unidos, cuyos componentes fueron enviados al Ministerio del Interior. Empieza a apestar a que Dogin ha llevado a cabo una operación de inteligencia muy sofisticada. Tal vez Oriol les ayude con el *hardware* orbital que estén empleando.

—Podría ser. O tal vez Dogin esté planeando hacer dinero vendiendo drogas suministradas por Shovich. No sería el primer líder mundial en hacer algo así, aunque sí el más importante. Podría hacer que la mierda se moviese alrededor del mundo en valijas diplomáticas por oficiales simpatizantes de su causa.

—Eso tiene sentido. Los diplomáticos sacan las drogas y regresan con mucho dinero.

—Así que esas cajas de Vladivostok son probablemente una parte del pastel. O drogas, o dinero, o ambas cosas.

—¿Sabes qué es lo realmente chocante? —preguntó Rodgers—. Que aunque Zhanin descubriera el pastel, no podría hacer nada. Si actuase podrían suceder dos cosas: una —prosiguió Rodgers—, aunque venciese a Dogin, la purga sería tan profunda y debilitaría tanto al presidente ruso, que asustaría a los inversores extranjeros, tan indispensables para reconstruir el país. Resultado: Rusia acabaría peor de lo que está. Dos —continuó Rodgers—, Zhanin obligaría a sus enemigos a atacar antes de que estén preparados, provocando una larga y cruenta revuelta con armas nucleares en sabe Dios qué manos. Nuestro principal interés es el mismo que en Panamá bajo Noriega o en Irán bajo el *Sha*: la estabilidad, no la legalidad.

—Bien dicho. Entonces ¿qué crees que hará nuestro presidente?

—Precisamente lo que hizo anoche: nada. No puede informar a Zhanin por miedo a que haya filtraciones, y no puede ofrecerle ayuda militar; ya descartamos esa opción. De todos modos, cualquier tipo de acción preventiva encierra peligro. No querrás forzar a Dogin y a sus amigos a pasar a la clandestinidad, donde constituirían una terrible amenaza.

—¿Y cómo explicará el presidente a la OTAN que no está haciendo nada? Son un puñado de cobardes, pero querrán batir sus sables.

—Tal vez los batan —exclamó Rodgers—, o por lo que conozco a Lawrence, podría ampararse en el neoaislacionismo e instar a la OTAN a que se comprometa. Eso concuerda con el talante del público norteamericano. En especial después de la bomba del túnel.

Mientras Herbert estaba allí sentado, tamborileando con los dedos en el reposabrazos de piel, sonó el teléfono del escritorio. Miró el número de identificación en la pantallita de la base. Era la NRO. Apretó el botón de manos libres para que Rodgers pudiera oírlo.

—Bob —dijo Stephen Viens—, aún no tenemos tu lectura del MM, pero vimos al primer camión salir del aeropuerto. Fue directo a la estación de ferrocarril de Vladivostok.

—¿Qué tal tiempo hace allí? —preguntó Herbert.

—Horrible, ese es probablemente el motivo de que se dirigieran al tren. Está cayendo una fuerte nevada. Hay tormenta en toda la región y se supone que seguirá así al menos durante cuarenta y ocho horas.

—Así que Dogin o Kosigan decidieron transportar la mercancía de un avión averiado al tren. ¿Ves algo en la estación?

—No. El tren está dentro de la terminal, pero hemos comprobado el horario de salidas y estaremos atentos a cualquier convoy que salga fuera de horario.

—Gracias —dijo Herbert—. Mantenme informado.

Cuando Viens colgó, el oficial de inteligencia pensó en el cargamento como un blanco ISA: identificable, susceptible de ser seguido, atacable.

—Y es importante —murmuró Herbert entre dientes.

—¿Qué es importante? —preguntó Rodgers.

—Decía que obviamente el cargamento es importante. Si no, hubieran esperado a que pasara la tormenta.

—Estoy de acuerdo contigo, y no solo es de vital importancia, también está al descubierto.

Herbert tardó un momento en oír realmente lo que Rodgers había dicho. Frunció el ceño.

—No, Mike, no está al descubierto. Se está internando en Rusia, a miles de kilómetros de cualquier frontera amiga. No es un saltito y de regreso a Finlandia.

—Tienes razón, pero también es el modo más rápido de cortarle las alas a Dogin. Muerto el perro, se acabó la rabia.

—¡Por Dios!, Mike, piénsalo bien. Paul cree en la diplomacia, no en la guerra. Nunca estará de acuerdo…

—No cuelgues —le interrumpió Rodgers.

Herbert esperó mientras Rodgers se dirigía al teléfono del despacho y llamaba al asistente ejecutivo de Hood.

—¿Pincha? ¿Paul aún está en la sesión de Táctica y Estrategia?

—Eso creo —contestó Benet.

Cuando su interlocutor colgó, Rodgers se dirigió a Herbert:

—Ahora mismo sabremos si está de acuerdo.

—Aunque consigas convencerlo, el CIC no lo aceptará ni en un millón de años.

—Ya han dado su beneplácito a una incursión de Striker en Rusia. Darrell y Martha tendrán que lograr que aprueben otra.

—¿Y si no lo consiguen?

Rodgers contestó con otra pregunta:

—¿Qué harías tú, Bob?

Herbert guardó silencio un buen rato.

—¡Dios mío!, Mike, ya sabes lo que haría yo.

—Los enviarías porque es la misión correcta y el equipo correcto y tú lo sabes. Mira, ambos echamos tierra sobre el ataúd de Bass

Moore después de lo de Corea del Norte… Yo estaba en aquella incursión. He intervenido en otras misiones en las que hemos perdido hombres, pero eso no puede paralizarnos. Para eso creamos Striker.

Llamaron a la puerta y Herbert dejó entrar a Hood. Los ojos fatigados del director demostraron preocupación al fijarse en Herbert.

—No pareces muy contento, Bob. ¿Qué ocurre?

Rodgers se lo contó. Hood se sentó en la esquina de la mesa de Herbert, quien escuchaba, sin hacer comentarios, al general que le informaba acerca de la situación en Rusia y sus ideas sobre Striker.

Cuando acabó, Hood preguntó:

—¿Cómo crees que nuestros terroristas reaccionarían ante esto? ¿Sería romper nuestro trato con ellos?

—No. Ellos nos dijeron concretamente que no interviniéramos en Europa del Este, no en Rusia central. En cualquier caso, entraremos y saldremos antes de que se enteren.

—Bastante limpio —comentó Hood—. En cuanto a la pregunta más larga. Ya sabes lo que opino sobre emplear la fuerza en lugar de la negociación.

—Lo mismo que yo —intervino Rodgers—. Mejor disparar palabras que balas, pero no podremos hablar con ese tren que está en Vladivostok.

—Probablemente no, lo cual plantea otra cuestión. Supongamos que conseguimos la aprobación y mandamos a Striker a practicar un reconocimiento y descubrir qué contiene el tren. Llamémosle heroísmo. ¿Luego qué? ¿Lo capturas, lo destruyes o llamas a Zhanin para que envíe tropas rusas a luchar contra tropas rusas?

—Cuando tienes un zorro en el punto de mira, no bajas el rifle y llamas a los perros. Así es como se procedió con los nazis en Polonia, Castro en Cuba y los comunistas en Vietnam.

Hood movió la cabeza.

—Estás hablando de atacar a Rusia.

—Sí. ¿Acaso no nos han atacado ellos primero?

—Eso es distinto.

—Díselo a las familias de los muertos —espetó Rodgers acercándose a Hood—. Paul, no somos otra lucrativa agencia del gobierno para cubrir el expediente. Op-Center fue creada para hacer cosas, cosas que la CIA, el Departamento de Estado y el ejército no pueden hacer. Ahora se nos presenta una oportunidad. Charlie Squires convoca a Striker con el convencimiento de que tendrán que jugar con fuego; no es distinto a cualquier otro equipo de soldados de élite, desde la *spetsnaz*, a la guardia real de Omán, pasando por la guardia civil de Guinea Ecuatorial. Lo que tenemos que hacer, y lo que tenemos que pensar, es que si trabajamos bien y agudizamos el ingenio, podemos mantener en secreto la operación y salir victoriosos.

Hood miró a Herbert.

—¿Tú qué opinas?

Herbert cerró los ojos y se frotó los párpados.

—A medida que me hago viejo, cada vez me repugna más la idea de que mueran niños por intereses políticos. Pero el equipo Dogin-Shovich-Kosigan es una auténtica pesadilla y, nos guste o no, Op-Center está en primera línea.

—¿Y San Petersburgo? —preguntó Hood—. Habíamos decidido que bastaría con separar el cerebro del cuerpo.

—Este dragón es más grande de lo que pensábamos —intervino Rodgers—. Si le cortas la cabeza, el cuerpo puede seguir viviendo lo bastante como para causar graves daños. Esas drogas o ese dinero o lo que quiera que haya en el tren pueden tener ese efecto.

Herbert se acercó a Hood. Se colocó una mano sobre la rodilla.

—Pareces tan triste como yo, jefe.

—Y ahora sé por qué —repuso mirando a Rodgers—. Sé que no arriesgarías tu equipo a menos que creyeras que valía la pena. Si Darrell consigue convencer al CIC, haced lo que sea necesario.

Rodgers se dirigió a Herbert:

—Convoca una sesión de Táctica y Estrategia. Hay que trazar un plan para dejar el menor contingente de Striker en Helsinki, luego pensar en el modo más limpio y rápido de llevar a Striker hasta el tren. Transmite a Charlie cada paso del plan y asegúrate de que se siente a gusto con él.

—Oh, ya conoces a Charlie —comentó Herbert mientras giraba su silla de ruedas hacia la puerta—. Incluso si significara poner el culo en la línea de fuego, estaría dispuesto.

—Lo sé. Él es el mejor de nosotros.

—Mike —dijo Hood—. Informaré al presidente de esto. Debo expresarte que no estoy convencido al ciento por ciento, pero te apoyaré.

—Gracias. ¿Qué más puedo desear?

Los hombres siguieron a Herbert.

Mientras se dirigía solo hacia el centro de mando de Táctica y Estrategia, el oficial de inteligencia se preguntaba por qué ningún asunto humano —ya fuera la conquista de una nación o el cambio de idea en la búsqueda de un amante— podía hacerse sin lucha.

Dicen que las dificultades hacen la victoria tan dulce, pero Herbert nunca se lo creyó. Desde donde estaba sentado, le habría gustado que las victorias fueran un poco más fáciles de vez en cuando…

TREINTA

Martes, 23:20, Moscú

La habitación era pequeña y oscura con paredes de cemento y una luz fluorescente en el techo. Había una mesa de madera, un solo taburete y una puerta de metal. Carecía de ventanas. El suelo de baldosas negro se veía desteñido y muy gastado.

Andréi Volko se hallaba sentado bajo las luces parpadeantes en la pequeña habitación sin ventanas. Sabía por qué estaba allí y tenía alguna idea de lo que le iba a suceder. El soldado que lo había encañonado lo había sacado del tren sin mediar palabra, lo había conducido hasta dos guardias armados y los cuatro habían subido a un coche de policía y se habían dirigido a la comisaría de la calle Dzerzhinsk, no lejos del viejo cuartel general de la KGB. Ya lo habían esposado en la estación y cuando se sentó en el taburete, sintiéndose totalmente indefenso, se preguntó cómo lo habían encontrado. Supuso que era algo que Fields-Hutton había dejado detrás, no es que importase. Intentó no pensar en lo mucho y lo fuerte que lo golpearían hasta que sus captores se convencieran de que no sabía absolutamente nada de ningún agente aparte de los que ya habían neutralizado. Pero lo que más le preocupaba era el tiempo que tardaría en ser juzgado, encarcelado y finalmente despertado una mañana para recibir un tiro en la nuca. Su destino le parecía surrealista.

Lo único que oía eran los latidos de su corazón retumbándole con fuerza en los oídos. De vez en cuando le sobrevenía una oleada de terror, una mezcla de miedo y desesperación que le llevaba a preguntarse: ¿Cómo he llegado a este punto de mi vida? Soldado condecorado, buen hijo, un hombre que solo quería lo que le correspondía…

Dieron vuelta a una llave y la puerta se abrió. Tres guardias entraron en la habitación. Dos iban uniformados y llevaban porras. El tercer hombre era joven, de baja estatura y vestía unos pantalones almidonados color marrón y una camisa blanca sin corbata. Tenía la cara redonda y ojos amables y fumaba un cigarrillo de fuerte olor. Los dos guardias se colocaron ante la puerta, con las piernas abiertas, bloqueándola.

—Me llamo Pogodin —dijo el joven con firmeza mientras se acercaba—, y tú tienes algunos problemas. Encontramos el teléfono en tu casete. Tu compañero, el traidor de San Petersburgo, también tenía uno. Sin embargo, a diferencia de ti, tuvo la desgracia de caer en las manos de un oficial de la *spetsnaz* que lo trató con demasiada dureza. También tenemos las etiquetas de las bolsitas de té inglés que servías al espía británico. Muy inteligente. Imagino que pasabas información dentro de ellas, luego limpiabas la mesa y nadie notaba que faltaban las etiquetas. Encontramos fibras de una de las etiquetas en su cartera. No te habríamos cazado de no ser por eso. ¿Lo niegas?

Volko no dijo nada. No se sentía especialmente valiente, pero lo único que le quedaba era la dignidad. No era el momento de perderla.

Pogodin estaba de pie junto a Volko, mirándolo desde arriba.

—Encomiable. Mucha gente en tu situación se pondría a cantar como un pájaro. ¿Tal vez no estás enterado de nuestra reputación para obtener información?

—La conozco —puntualizó Volko.

Pogodin lo miró un momento. Parecía como si estuviera intentando decidir si Volko era un valiente o un estúpido.

—¿Quieres un cigarrillo?

El camarero sacudió la cabeza.

—¿Quieres salvar tu vida y reparar parte de la deuda que tienes con tu país?

Volko levantó la vista hacia su joven captor.

—Veo que sí —manifestó Pogodin empleando el cigarrillo para señalar a los hombres que estaban detrás de él—. ¿Los enviaré fuera y así podremos hablar?

Volko lo pensó un momento y luego asintió.

Pogodin les dijo que se fueran y los soldados cerraron la puerta al salir. El joven caminó alrededor de Volko hacia la mesa y se apoyó en la esquina.

—Esperabas un trato diferente, ¿verdad?

—¿Cuándo? —inquirió Volko—. ¿Hoy o cuando volví de Afganistán con la espalda rota y una pensión que no alcanzaba ni para mantener a un perro?

—¡Ah, la amargura! Un móvil mayor que la ira, porque no se cura. ¿Así que traicionaste a Rusia porque tu pensión era demasiado pequeña?

—No. Porque me sentía traicionado. Me dolía cada momento que trabajaba, cada momento que estaba de pie.

Pogodin se señaló el pecho con el dedo pulgar.

—Y a mí me duele cada día que pienso en mi abuelo aplastado por un tanque en Stalingrado, o en mis dos hermanos mayores asesinados por francotiradores en Afganistán, y los hombres como tú traicionan aquello por lo que ellos murieron porque están «incómodos». ¿Es ese todo el afecto que puedes demostrar por Rusia?

Volko miró hacia adelante.

—Un hombre tiene que comer y para comer tiene que trabajar. Me habría disparado un tiro en el hotel si el británico no hubiera

insistido en contratarme. Se gastaba mucho dinero allí.

Pogodin sacudió la cabeza.

—Les diré a mis superiores del Ministerio de Seguridad que no lo lamentas y que volverías a vender a tu país otra vez por dinero.

—Eso no era lo que yo quería. Nunca lo fue y no lo es ahora.

—No —dijo Pogodin dando una calada al cigarrillo—, porque ahora tus amigos están muertos y te enfrentas a la muerte. —Se inclinó hacia el camarero y expulsó el humo del cigarrillo por la nariz —. Esa es la diferencia, Andréi Volko. ¿A qué ibas a San Petersburgo?

—A reunirme con alguien. No sabía que ya estaba muerto.

Pogodin le golpeó fuerte en la cara.

—No ibas a reunirte con el británico ni con el ruso. No te habían dicho quién era el segundo y además ya estaban muertos y el DI6 lo sabía. Cuando el oficial de la *spetsnaz* intentó utilizar vuestros teléfonos ocultos, las líneas quedaron inactivas. Fue demasiado impaciente. Antes se tiene que entrar un código de identificación, ¿verdad?

Volko siguió mudo.

—Claro que sí, correcto. Así que te dirigías a San Petersburgo para reunirte con otra persona, ¿quién?

Volko siguió mirando al frente, pasando del terror a la vergüenza. Sabía lo que se avecinaba, lo que Pogodin tenía en mente, y él sabía que tendría que hacer una terrible elección.

—No lo sé —replicó Volko—. Yo…

—Sigue.

Volko dio un largo y trémulo suspiro.

—Tenía que ir allí, contactar con Londres y esperar nuevas instrucciones.

—¿Iban a ayudarte a cruzar la frontera rusa y pasar a Finlandia?

—Esa era mi impresión.

Pogodin fumaba mientras pensaba, luego se levantó y bajó la vista hacia el camarero.

—Te seré franco, Andréi. El único modo de que te salves es ayudarnos a obtener más información sobre la operación británica. ¿Estás dispuesto a ir a San Petersburgo tal como planeabas y trabajar para nosotros en lugar de hacerlo para el enemigo?

—¿Dispuesto? ¿En una relación que ha empezado apuntándome con un arma en la nuca?

Pogodin afirmó fríamente:

—Y así terminará si tú no cooperas.

Volko miró a través del humo que flotaba bajo las luces. Se dijo que estaría actuando patrióticamente, pero sabía que ese no era el caso. Solo estaba asustado.

—Sí —dijo Volko sombríamente—. Iré a San Petersburgo —agregó mirando a Pogodin a los ojos—. Estoy dispuesto.

Pogodin consultó su reloj.

—Hay un compartimiento reservado para nosotros. No será necesario detener el tren. —Miró a Volko sonriendo y agregó—: Yo voy contigo, claro está. Y aunque no vaya armado, confío en que seguirás estando dispuesto a cooperar.

Lo formuló en un tono amenazador y Volko estaba demasiado asustado para responder. No quería que más personas murieran por su culpa, pero sabía que todo aquel que jugaba en este campo conocía los riesgos…, incluido él.

Cuando su captor le sacó de la sala de interrogatorios y lo condujo de nuevo al coche, Volko se dijo que tenía dos opciones. Una era aceptar los términos de Pogodin y ganarse una muerte rápida. Otra era luchar e intentar recuperar el honor que de algún modo había perdido.

TREINTA Y UNO

Lunes, 20:05, Berlín

El enorme y pesado Ilyushin 76T era un transporte ruso de alto rendimiento de poco más de cincuenta metros de largo y una envergadura de más de cincuenta metros. En 1971 fue introducido primero en prototipo y realizó el primer vuelo al servicio de las Fuerzas Aéreas soviéticas en 1974; podía despegar desde pistas cortas y sin pavimentar, lo que lo hacía ideal para escenarios como los de Siberia. También fue modificado con la intención de que sirviera para repostar en el aire a los estratégicos bombarderos supersónicos rusos. El 76T se había vendido a Irak, Checoslovaquia y Polonia. Propulsado por cuatro potentes turbohélices Soloviev D-30KP, el reactor alcanzaba una velocidad de crucero de casi ochocientos kilómetros por hora y disponía de una autonomía de vuelo de más de seiscientos cuarenta kilómetros. El 76T tenía una capacidad de carga máxima de cuarenta toneladas. Si volaba casi vacío y si se instalaban bidones de goma, relativamente ligeros, llenos de combustible extra en el compartimiento de carga, la autonomía de vuelo podía incrementarse en casi el setenta por ciento.

Después de contactar con el Pentágono y explicar que Striker debía viajar a Rusia, Bob Herbert se puso en contacto con el general David Bomba-en-picado Perel, en Berlín, que había transportado al potente reactor desde el almacén secreto. Llevaba guardado en la

base aérea de Estados Unidos desde 1976, cuando lo compró el *sha* de Irán y luego lo vendió clandestinamente a Estados Unidos.

Después de estudiar el aparato, las Fuerzas Aéreas lo habían desempolvado para utilizarlo como avión espía. Hasta la fecha, el 76T solo se había usado en un puñado de misiones, para medir las distancias exactas entre hitos terrestres con objeto de ayudar a calibrar los satélites espías, y para tomar lecturas de radar y de calor de las instalaciones subterráneas con el fin de obtener sus planos. En todos aquellos vuelos, había conseguido engañar a los rusos en cuanto a su legitimidad gracias a que un topo introducido en las Fuerzas Aéreas rellenaba un plan de vuelo. Informaron al topo por radio de que volviera a hacer lo propio para este vuelo.

Era la primera vez que el 76T se iba a utilizar para transportar tropas norteamericanas y la primera vez que pasaría tanto tiempo en el espacio aéreo ruso: ocho horas, en las que volaría desde Helsinki hasta el punto de lanzamiento y luego a Japón. En el pasado, nunca estuvo en el aire lo suficiente como para que lo detectaran, descubrieran que no estaba registrado y lo investigasen.

Bob Herbert y Perel eran profundamente conscientes del peligro que corrían la tripulación y el equipo Striker, y ambos expresaron sus serías reservas a Mike Rodgers en la reunión que mantuvieron.

Rodgers compartía su preocupación y pidió que sugiriesen alternativas. Perel coincidió con Herbert en señalar que, aunque la operación pertenecía a la jurisdicción de Op-Center, en el aspecto político la decisión correspondía al Departamento de Estado y a la Casa Blanca. Rodgers le recordó a Herbert e indicó al general que hasta conocer con certeza el contenido del tren, se trataba únicamente de un asunto de reconocimiento. Si la situación no cambiaba, la única alternativa era seguir aquella línea de acción, a pesar del peligro que pudiera implicar. Introducir agentes en un medio hostil, recurrir a la inteligencia sobre el terreno —había sostenido Rodgers—, nunca estaba libre de riesgos… y en ocasiones, como ahora, era indispensable.

De este modo, el 76T fue preparado y cargado de paracaídas y trajes térmicos y despegó con rumbo a Helsinki con el permiso especial del ministro de Defensa finlandés, Kalle Niskanen, aunque se le informó que se trataba solo de un vuelo de reconocimiento y se le ocultó que, casi con toda seguridad, transportaría tropas que saltarían sobre Rusia. Ese era un problema que Lowell Coffey limaría una vez el avión estuviera en el aire, aunque el ministro, que era visceralmente antirruso, probablemente no tendría ningún problema en admitir cualquier cosa que quisieran hacer allí. Entretanto, Herbert llamó a la sala de radio de Op-Center y pidió que le pusieran con el teniente coronel Squires.

TREINTA Y DOS

Martes, 23:27, sur de Finlandia

—No es ser hipócrita —le dijo Squires a Sondra mientras el StarLifter iniciaba su aproximación final al aeropuerto de Helsinki.

Los miembros de Striker se habían vestido con ropa de paisano y su aspecto era el de cualquier turista.

—Sí, el café es un estimulante y malo para el estómago si lo consumes a espuertas —admitía Squires—, pero el vino es nocivo para el hígado y la mente.

—No si se bebe con moderación —puntualizó Sondra mientras comprobaba otra vez su equipo—. Y los catadores de vino tienen tanto derecho a alabar la añada, el *bouquet* y el cuerpo del caldo, como alguien puede hacerlo del café.

—Yo no alabo el café —replicó Squires—. No muevo la nariz encima de mi taza de los Redskins y saboreo el aroma. Lo bebo y punto. No pretendo que probarlo sorbo a sorbo en un entorno elegante sea refinado. —Hizo un gesto con la mano—. Fin de la discusión.

Sondra esbozó una mueca mientras cerraba la cremallera de una mochila indescriptible que contenía un compás, un cuchillo de caza de veinte centímetros, una pistola M9 del calibre 45, cien dólares en metálico y mapas de la región que habían sido dibujados por el ordenador de Squires durante el vuelo. No era justo por su parte usar su rango de esta manera, pero Sondra recordó que nadie había

dicho nunca que el ejército fuera justo; el rango tenía sus privilegios y todos los demás lugares comunes que sus padres le habían enumerado cuando les dijo que quería incorporarse al ejército nada más salir de la Universidad de Columbia.

«¡Si quieres viajar, viaja! —le había dicho su padre—. Nos lo podemos permitir; tómate un año sabático».

Pero no se trataba de eso. Carl Natilla DeVonne era un hombre que se había hecho a sí mismo y reunido una fortuna vendiendo helados en Nueva Inglaterra, y no comprendía por qué su única hija, que tenía todo cuanto deseaba, quería olvidarse de su licenciatura en literatura y enrolarse en la marina. No solo en la marina, sino abrirse camino en los SEAL, es decir, los comandos de mar, aire y tierra, encargados de vigilar las infiltraciones y el espionaje. Tal vez fuera porque de niña tuvo todo lo que deseaba y quería ponerse a prueba a sí misma, o tal vez necesitaba hacer algo que su triunfador padre no hubiera hecho. Y los SEAL, y ahora Striker, constituían una auténtica prueba.

Sondra se preguntaba cómo un hombre tan brillante como Squires podía ser tan testarudo, cuando llegó una llamada de Op-Center. Squires la cogió, escuchó —con toda su atención, como siempre, la mayor parte del tiempo sin hablar— y luego le devolvió el teléfono a Ishi Honda.

—Muy bien, señoras y señores, atención —dijo convocando a sus tropas como un quarterback reúne a sus jugadores para preparar la jugada—. Estas son las órdenes que acaban de llegar: soldado George, cuando lleguemos a Helsinki, usted se quedará allí. Darrell McCaskey ha dispuesto que colabore con el comandante Aho, del Ministerio de Defensa finlandés. El comandante le presentará a su compañero, la agente del DI6 Peggy James, y se encargarán del Ermitage ustedes solos. Lo siento, pero el resto tenemos asuntos en otra parte. Se dará un paseo en un pequeño submarino desde el golfo de Finlandia hasta el Neva. Los finlandeses tienen un ministro de Defensa que ha estado dirigiendo viajes de espionaje justo hasta

la boca del río. Los rusos no lo controlan de cerca porque están escasos de efectivos y a Moscú no le preocupa en absoluto un eventual ataque de Finlandia.

—¡Qué descuidados! —observó Sondra.

—Usted y James entrarán en San Petersburgo a plena luz del día —prosiguió Squires—. El general Rodgers habría preferido que lo hiciesen a la caída de la noche, pero los rusos sacan los minisubmarinos de día, así que irán durante el día. Por suerte, la armada rusa tiene una base de minisubmarinos en la bahía de Koporski Zaliv, no muy lejos de la ciudad. Les proporcionarán uniformes de la marina rusa cuando lleguen a Helsinki. Si les detienen, la señorita James habla perfectamente ruso y tendrán los papeles en regla. Los finlandeses han preparado documentación rusa en la división de falsificaciones del Ministerio de Seguridad. El comandante Aho les proporcionará también una coartada, así como visados y documentos para que puedan salir del país como soldados rusos de permiso. Una vez en el Ermitage, descubran lo que puedan sobre el centro de comunicaciones que parece tener allí su sede. Si pueden causarle algún daño, sin matar a nadie, háganlo. ¿Alguna pregunta?

—Sí, señor; supongo que el comandante Aho estará al mando de la misión mientras estemos en Finlandia. ¿Quién la dirigirá en Rusia?

Squires movió la mandíbula hacia un lado.

—Ahora iba a explicárselo. Op-Center ha salido con algo nuevo para nosotros. James obedecerá órdenes en presencia de un oficial. Como no habrá ninguno (en este caso sería yo), ella es una mera observadora. En otras palabras, no está obligada a cumplir sus órdenes.

—¿Señor?

—Sé que es extraño, soldado. Lo único que puedo decirle es: haga su trabajo. Si James tiene ideas, escúchelas. Si no le gustan las suyas, negócielo. Es un buen elemento, así que todo irá bien. ¿Alguna otra pregunta?

George saludó militarmente.

—No, señor.

Si estaba preocupado o ansioso, no se traslució en su rosada y juvenil cara.

—Muy bien —Squires miró a su alrededor—. El resto haremos un viajecito. Iremos a un transporte ruso que tenemos escondido en un almacén y volaremos hacia rumbo desconocido. El resto de la misión se nos comunicará en ruta.

—¿Alguna idea de lo que se trata? —preguntó Sondra. Squires la miró con ojos acerados.

—Si la tuviera —replicó el teniente coronel—, se lo hubiera dicho. En el minuto en que yo sepa algo, usted lo sabrá.

Sondra se las arregló para aguantarle la mirada, aunque su entusiasmo se disolvió como el azúcar que había osado echarle al café. La conversación anterior y ahora este desplante le habían mostrado una faceta de Squires que no había visto durante el mes que llevaba con Striker: no el lado enérgico, estricto, «inténtalo con más fuerza, mueve el culo, no darías ni a un burro a dos pasos», sino el comandante despótico. El cambio de supervisor exigente y riguroso a líder era sutil pero evidente. Debía admitir que también era impresionante.

Squires les ordenó que descansaran y Sondra se sentó hacia atrás, cerró los ojos e hizo lo que le habían enseñado en el adiestramiento de SEAL: intentar recuperar el entusiasmo, recordándose a sí misma que no estaba allí por Squires, sino por sí misma y por su país.

—Soldado.

Sondra abrió los ojos. El teniente coronel se acercó lo bastante para que le pudiera oír por encima del rugido de los motores; su expresión era menos amenazadora de lo que había sido apenas un minuto antes.

—¿Sí, señor?

—Le daré un pequeño consejo. En la base, usted reunía una de las actitudes más positivas que he visto en mi vida. No sé con quién estaba enfadada ni a quién intentaba meterse aquí… —Se tocó las sienes y agregó—: No obstante, le aseguro que me ha impresionado. También reúne inmejorables condiciones físicas e intelectuales, o no estaría aquí, pero lo que el resto de mi equipo sabe, soldado DeVonne, es que, en una misión, las virtudes cardinales son las virtudes cardinales: prudencia, templanza, fortaleza y justicia. ¿Lo comprende?

—Creo que sí, señor.

—Se lo diré de otro modo —afirmó Squires sentándose y poniéndose el arnés de seguridad para aterrizar—. Mantenga todo abierto, salvo su boca, y todo irá bien.

Sondra se colocó su arnés y se inclinó hacia atrás. Estaba un poco abatida y algo molesta porque el teniente coronel hubiera elegido ese momento y ese modo para compartir con ella su filosofía, pero estaba más convencida que nunca de que era un hombre al que podía seguir en la batalla.

TREINTA Y TRES

Lunes, 16:30, Washington, D.C.

Mientras Rodgers se hallaba sentado en su despacho, revisando los últimos planes de Striker que la sesión de Táctica y Estrategia había trazado, Stephen Viens envió por correo electrónico el informe del satélite AIM sobre los embalajes:

El contenido de cada caja parece una masa sólida. Probablemente no sea maquinaria. Lo transportan fácilmente entre dos hombres. Envío una foto de reconocimiento para que Matt Stoll la analice.

Rodgers murmuró para sí:

—Podría tratarse de briquetas de cocaína o paquetes de heroína. Me gustaría hacérselos comer uno a uno a esos bastardos.

Llamaron a la puerta; Rodgers dejó entrar a Lowell Coffey.

—¿Querías verme? —preguntó Coffey.

Rodgers le hizo una señal para que se sentara. Coffey se quitó la gabardina negra y se sentó en el sillón de cuero. El abogado tenía ojeras y su pelo no estaba tan peinado como de costumbre. Había sido un día largo y duro.

—¿Cómo te ha ido con el Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso? —inquirió Rodgers.

Coffey se tocó sus gemelos por debajo de la manga de la chaqueta.

—Repasé vuestro resumen con los senadores Fox y Karlin y me dijeron que estábamos locos. El senador Fox lo repitió dos veces. La respuesta fue no alterar las órdenes iniciales de Striker. Creo que para ellos constituye un problema la perspectiva de enfrentarse al ejército ruso, Mike.

—No puedo preocuparme por sus problemas —replicó Rodgers—. Necesito que mi equipo se interne en Rusia. Vuelve y diles que no hablamos de un enfrentamiento, Lowell, simplemente se trata de un reconocimiento.

—Simple reconocimiento —repitió Coffey dubitativo—. No se lo van a tragar, no me lo trago ni yo. ¿Reconocimiento para descubrir qué?

—Adónde se dirigen los soldados y exactamente qué están custodiando.

—Tendrás que subir al tren para eso. Se parece bastante a un reconocimiento. ¿Y si descubren a Striker? ¿Qué les digo a los senadores? ¿Nos rendimos o luchamos?

Rodgers sostuvo bruscamente:

—Striker no se rinde.

—Entonces olvídate de que vuelva.

—Muy bien. Diles que no lucharán, diles que no usarán nada más mortífero que granadas de fogueo y gases lacrimógenos. Los dormiremos a todos, nadie saldrá herido.

—Aun así no puedo hacerlo. No puedo decirle eso al Comité.

—Entonces atorníllalos. ¡Leche!, seguimos quebrantando el derecho internacional aunque nos den su aprobación.

—Es cierto, pero si nos cogen, será el Congreso el que estará en un apuro y a nosotros no nos crucificarán. ¿Tienes alguna idea de cuántas leyes y tratados nacionales e internacionales puedes llegar a quebrantar con la acción que estás proponiendo? La buena noticia es que nunca irás a la cárcel; te pasarías cuarenta años en los tribunales enfrentándote a cada uno de los cargos.

Rodgers lo pensó un momento.

—¿Y si le dices al Comité que no luchamos contra el gobierno de Rusia?

—¿En Rusia? Entonces ¿contra quién más podrías luchar?

—Creemos que un funcionario corrupto, un muy alto funcionario, está liado con los señores de la droga.

—¿Entonces por qué no se lo comunicas a los dirigentes rusos? —preguntó Coffey—. Si él nos invita a entrar…

—No puede. Las elecciones no han dejado al presidente Zhanin en una posición lo bastante fuerte como para parlamentar con la facción rebelde.

Coffey meditó sobre la nueva información.

—Funcionarios corruptos, ¿electos?

Rodgers movió la cabeza.

—Nombrados por el último presidente y seguramente despedidos cuando Zhanin pase el mocho.

Coffey se mordió el interior de la mejilla.

—Eso más la cuestión de la droga podría funcionar. Al Congreso le gusta pararles los pies a los tipos malos a quienes los electores puedan odiar. ¿Y el presidente? ¿Nos respalda o estamos solos?

—Paul le ha contado lo que nos proponemos hacer. No le gusta el lado oscuro, pero se muere por hacer pagar a alguien lo que sucedió en Nueva York.

—Y Paul nos respalda, supongo.

—Sí, mientras consigas la aprobación del CIC.

Coffey cruzó las piernas. Movía nerviosamente el pie que descansaba sobre la rodilla.

—¿Supongo que usarás otro avión que no sea el Star-Lifter para entrar a Striker?

—Hemos sacado un 76T de entre la naftalina en Berlín y lo hemos enviado a Helsinki…

—Espera un minuto, ¿el embajador Filminor consiguió el visto bueno del gobierno para que lleváramos a cabo una incursión en Rusia?

—No. Bob acudió al Ministerio de Defensa.

—¿Niskanen? —gritó Coffey—. ¡Te dije esta mañana que estaba loco! Por eso los finlandeses lo mantienen en el cargo. En la actualidad teme a Moscú. Pero no puede dar la aprobación definitiva para algo así. Necesitas el beneplácito del presidente Jarva y el primer ministro Lumirae.

—Lo único que necesito de Niskanen es permiso para entrar el avión. Una vez mi equipo esté en el aire, él o tú o el embajador podéis negociar con el presidente y el primer ministro.

Coffey movió la cabeza.

—Mike, estás pisando terreno peligroso y en cada milímetro puede producirse un terremoto.

Llamaron a la puerta y entró Darrell McCaskey.

—¿Interrumpo algo?

—Sí, pero está bien.

—He oído lo del agente en Tokio, lo siento.

El coordinador con el FBI y experto en gestión de crisis se rascó el cabello prematuramente encanecido y le dio unos papeles a Rodgers.

—Murió con las botas puestas —afirmó McCaskey—, supongo que ya es algo.

Coffey cerró los ojos mientras Rodgers prestaba atención a los papeles.

—Nos los ha enviado la Interpol por fax —explicó McCaskey—. Los mapas levantados justo después de la caída de Polonia muestran el sótano del Ermitage. Los rusos sabían que iban a entrar en guerra, así que demolieron los sótanos, los reforzaron hasta darles la fortaleza de un búnker y trazaron planes para refugiar allí al gobierno y al mando militar en caso de un ataque. Tiene paredes de ladrillos de cuarenta y cinco centímetros de espesor, techos, tuberías, ventilación… harían falta muy pocas remodelaciones para convertirlo en un área de seguridad apta para una labor de inteligencia.

Rodgers echó un vistazo a los planos arquitectónicos.

—Eso es lo que yo habría hecho con él. Me pregunto por qué habrán tardado tanto.

—Interpol dice que en realidad el sótano se usaba y se dejaba de usar en el curso de los años para practicar el espionaje por radio de todo el mundo, pero ya conoces a los rusos. Siempre que sea posible, prefieren el espionaje de efectivos sobre el terreno al espionaje electrónico.

—Mentalidad de campesinos. Una patata en mano vale más que una docena volando de un prometedor plan quinquenal.

—Básicamente sí. Pero con topos husmeando por doquier y el derrumbamiento de la KGB, ahora las cosas pueden estar cambiando.

—Gracias. Dáselos a Squires para que pueda repasarlos con el hombre que va a San Petersburgo —puntualizó mirando a Coffey—. Para la gente que opera en las líneas de falla, parece que estamos haciendo un buen trabajo de espionaje. Qué tal si consigues esos permisos que necesitamos en cuanto Striker vuelva a estar volando, lo cual será —miró el reloj del ordenador— dentro de una hora más o menos.

Coffey parecía paralizado. Asintió, se puso en pie, volvió a palparse los gemelos y miró a Rodgers.

—Una cosa más, Mike. Como abogado y como amigo, debo señalarte que según nuestro estatuto, sección siete «Disponibilidad de personal militar para mandos civiles», subsección b, párrafo dos, Striker se reporta ante el oficial militar de mayor graduación. Ese eres tú. El director no puede anular una orden que tú hayas dado.

—Conozco el estatuto tan bien como los Comentarios sobre la guerra de las Galias, de Julio César. ¿Qué quieres decir, Lowell?

—Si no consigo obtener la aprobación del Congreso y Paul baja sus pulgares en serio, el único modo de hacer regresar a Striker sería despidiéndote y nombrando a otro subdirector. Si tiene que hacerlo rápidamente, puede acudir a los oficiales de guardia.

—Yo no lo pondría en esa tesitura —sostuvo Rodgers—. Yo mismo llamaría a Striker si me lo pidiera, pero, en el fondo —prosiguió levantándose y señalando las tripas—, no creo que Paul haga eso. Somos un equipo de gestión de crisis y mientras hagamos todo lo que podamos por asegurar la seguridad de nuestra fuerza Striker, vamos a controlar esta crisis.

—Podéis acabar aquí solos —le espetó Coffey.

—Solo si esto no funciona —observó Darrell Mc-Caskey—. Se suponía que nos iban a dar la patada después de lo de Corea del Norte, pero ganamos y nadie se quejó.

Rodgers dio unos golpecitos en el hombro a Coffey y regresó al despacho de Hood.

—No escribas ningún epitafio, Lowell. He estado leyendo a Churchill últimamente, y algo que dijo al Parlamento canadiense en diciembre de 1941 nos viene que ni pintado. «Cuando les advertí de que Inglaterra lucharía sola en lo que fuera, sus generales le dijeron al primer ministro y a su dividido gabinete: "En tres semanas Inglaterra tendrá el pescuezo colgando como un pollo". —Rodgers sonrió—. La respuesta de Churchill, caballeros, podría convertirse en el nuevo lema de Op-Center: "¡Algunos pollos! Algún pescuezo"».

TREINTA Y CUATRO

Lunes, 23:44, Helsinki

El StarLifter aterrizó en una pista remota en un rincón del aeropuerto de Helsinki y allí estaba el comandante Aho para recibirlo. El gigantesco levantador de pesos se presentó a sí mismo en un perfecto inglés al teniente coronel Squires como un «emblemático lapón de pelo negro» de las fuerzas armadas. Como representante del ministro de Defensa Niskanen, informó que tenía instrucciones específicas de proporcionar a los norteamericanos todo lo que necesitaran.

Mientras permanecían en la puerta abierta del avión, y el viento frío se arremolinaba en la noche oscura, Squires le dijo al comandante que lo único que quería era que cerrara la puerta y esperara al 76T.

—Comprendo —replicó Aho con una voz sonora revestida de la misma dignidad que su porte.

Dejó atrás a un asistente para que hiciera de enlace con el personal de tierra y Aho aguardó a que el soldado George recibiera y devolviese una ronda de deseos de buena suerte, para luego acompañarle hasta el coche que les esperaba. Ambos hombres se sentaron detrás.

—¿Ha estado alguna vez en Finlandia, soldado George? —preguntó Aho.

—Señor —respondió el soldado—, hasta que ingresé en el ejército, nunca había salido de Lubbock, Texas. Después de incorporarme, nunca había salido de Virginia hasta ahora; yo no fui a la primera misión. En la segunda misión, en Filadelfia, estuve enfermo. En la tercera misión, en Corea, tropecé con la oposición de un general.

—En la vida, como en el ajedrez, el rey come al peón —afirmó sonriendo el comandante Aho—. Al menos puede ir esta vez. Visitará dos países.

George le devolvió la sonrisa. Había una benevolencia sacerdotal en la expresión del comandante y una dulzura en sus ojos claros que George no había visto jamás en un oficial. Pero bajo el ceñido uniforme marrón de Aho, George también veía una masa muscular que no recordaba haber visto, salvo en las competiciones de culturismo de la televisión por cable.

—Pero tiene suerte —manifestó el comandante—. Los vikingos creían que un guerrero extranjero que acudiera por primera vez a Finlandia en son de paz, sería invencible en la batalla.

—¿Solo lo creían los hombres, señor?

Aho suspiró.

—Era un mundo distinto, soldado. Y… aún no ha conocido a su compañera, ¿no es cierto?

—Es cierto, señor, y tengo ganas —replicó George diplomáticamente.

En realidad, le preocupaba. Había leído el expediente que enviaron por fax al avión y no estaba seguro de que estuviera preparado para hacer excursiones de civil.

—No se lo diré a ella —sostuvo Aho, inclinándose hacia él de manera conspiradora—, pero la sociedad vikinga siempre fue de hombres guerreros. Cada hombre llevaba un hacha, una daga y una espada encima en toda ocasión y prendas de piel de zorro o castor o incluso de ardilla que le dejaban un brazo libre, el de combatir. Cada mujer llevaba una cazoleta en cada pecho, hecha de hierro, cobre,

plata u oro, que indicaba la riqueza de su marido. También llevaba un collar al cuello para demostrarle sumisión. Hace unos años se armó mucho revuelo sobre el modo de enseñar la historia de estos pueblos en las escuelas. —Se acomodó hacia atrás en el asiento—. No puedes ofender a las mujeres, no puedes ofender a los ingleses que fueron víctimas de los vikingos, no puedes ofender a los cristianos a quienes los bárbaros mataban: bárbaros que no querían ver destruidas sus culturas como las de los visigodos, ostrogodos, burgundios, lombardos y alamanes. Por suerte, la autenticidad triunfó sobre la conveniencia política. ¿Se imagina sentir vergüenza de una historia como la nuestra?

—No, señor —replicó George; luego miró hacia el cielo estrellado de la noche.

Era el mismo cielo que habían mirado los vikingos, ¿con temor o veneración? —se preguntó George—. No podía imaginar que los vikingos temieran nada más que el deshonor. Su propio entrenamiento, como el entrenamiento de los SEAL de la Armada y la unidad Delta del ejército o la *spetsnaz* rusa, hacía tanto hincapié en la actitud como en la capacidad física: no solo contaban las marchas de veinticuatro horas con una mochila de veinticinco kilos para mantenerse en forma, sino también la creencia de que aunque la muerte es rápida, el fracaso no te abandona en toda la vida. Y George lo creía a pies juntillas.

Sin embargo, no podía negar que se sentía mucho mejor cuando iba «superequipado»: llevando una riñonera llena de granadas de fogueo, un chaleco de Kevlar a prueba de bombas con cuchillo para el combate cuerpo a cuerpo, su respirador Leyland & Birmingham y un poco de munición adicional de 9 milímetros. En cambio, en su mochila, llevaba unas gafas de visión nocturna AN/PVS7A, un catalejo térmico AN/PAS7 para ver objetos ocultos gracias al calor que generaban y su Heckler & Koch MP5SD3 con culata plegable y silenciador integral —incluso el ruido del gatillo era absorbido por unos amortiguadores de goma—, que, utilizado con munición

subsónica, no se oía a cinco metros de distancia. Y su pasaporte, también llevaba pasaporte. Esa era la estrategia de salida que Darrell McCaskey había ideado.

—No creo que a sus antepasados les gustara nada de lo que estamos haciendo, señor —comentó George.

Intentaba que los detalles no le distrajeran. Se apartó de la subyugante belleza de la Osa Mayor mientras el coche entraba en la ciudad y giraba hacia el bulevar principal, el Pohjoesplanadi, la explanada noreste, que cruzaba de este a oeste el centro de la ciudad.

—Quiero decir que sería algo difícil introducir a escondidas a un vikingo con tres armas y un casco con cuernos en otro país sin que se dieran cuenta.

—Es cierto —reconoció Aho—, ni ellos aceptarían entrar furtivamente. Creían en sembrar el terror en el territorio por el que pisaban mientras se acercaban a su objetivo, obligando a los funcionarios locales a luchar tanto contra el desasosiego interno como contra los invasores.

—Y aquí estamos, señor, entrando en minisubmarinos —dijo George.

—Los llamamos pequeños merodeadores. Un poco más agresivo, ¿no cree?

—Sí, señor.

Se detuvieron ante un majestuoso y enorme palacio presidencial, construido por los zares rusos que gobernaron la ciudad desde 1812, después de que los incendios quemaran los edificios de madera que la reina Cristina de Suecia había construido allí en el transcurso de los dos siglos anteriores. Aho condujo al soldado por una entrada lateral.

El palacio estaba silencioso a aquellas horas. Después de presentar sus credenciales a un guardia, Aho saludó a varios miembros del parco equipo nocturno, luego llevó a George hasta un pequeño despacho situado al fondo de un pasillo angosto y

tenuemente iluminado. Junto a la puerta de seis paneles había una placa de bronce que decía: «Ministerio de Defensa». Aho empleó dos llaves para entrar.

—El ministro Niskanen tiene varios despachos en la ciudad. Usa este cuando está en buenas relaciones con el presidente. Ahora utiliza este —el comandante sonrió y dijo tranquilamente—: También ha cambiado algo más. En tiempos de generales como Halfdan u Olaf Tryggvason, o reyes como Knut o Svein Forkbeard, los jefes no llevaban sus disputas a un parlamento, o a un congreso o a la prensa. Ponían a una esclava contra la pared, le arrojaban hachas y el hombre que le acertaba, perdía. Luego todos volvían a beber y la disputa se olvidaba.

—Veo dónde no funcionaría en nuestros días, señor —reconoció George.

—¡Oh!, funcionaría, pero no sería demasiado popular.

Había una luz encendida y George vio a una mujer de pie tras el escritorio, apoyada en sus fuertes brazos con la mirada baja sobre un mapa. Era esbelta, con grandes ojos azules enmarcados por un cabello rubio oscuro cortado a cepillo. Tenía la boca pequeña y los labios naturalmente rosados, una nariz fuerte y un poco respingona, y la piel extraordinariamente pálida salpicada de débiles pecas en las mejillas. Vestía un mono negro.

—Señorita James —dijo Aho cerrando la puerta y quitándose la gorra—. El soldado George.

—Me alegro de conocerla, señora —saludó George sonriendo y dejando la mochila en el suelo.

Peggy levantó la vista levemente, luego volvió a examinar el mapa.

—Buenas noches, soldado. Parece tener unos quince. Su acento y sus bruscas maneras le recordaron a George a una joven Bette Davis.

—Quince y medio —dijo caminando hacia el escritorio—. Si se refiere a la talla de cuello.

La dama levantó la mirada.

—Y es usted un comediante.

—Tengo muchos talentos —puntualizó; aún sonriente, George saltó sobre el escritorio con los pies a horcajadas sobre el mapa; en el mismo movimiento veloz, cogió un abrecartas y colocó la hoja en la garganta de Peggy—. También he sido entrenado para matar, rápida y silenciosamente.

Sus miradas se cruzaron y George se dio cuenta de inmediato de que había sido un error. Peggy lo había hecho para distraerlo mientras le golpeaba fuertemente con los rígidos antebrazos en cada lado de su muñeca. El abrecartas chocó contra la mesa y, un momento más tarde, con un movimiento de la pierna derecha por encima del mapa, le segó las piernas haciéndole perder el equilibrio. Mientras caía a un lado, ella le cogió de la pechera de la camisa y le arrastró hasta el suelo, haciéndole caer de espaldas y poniéndole el pie en el cuello.

—Asegúrese —dijo ella—, si planea matar, de hacerlo sin parloteo. ¿Vale?

—Vale —contestó pataleando con ambos pies de manera que por un momento se sostuvo solo sobre los omóplatos. Cerró los tobillos en una llave alrededor del cuello de Peggy, la derribó y la puso de espaldas—. Aunque por esta vez haré una excepción.

George mantuvo a la agente presa en una llave asfixiante durante varios segundos para darle una lección y luego la soltó. Mientras ella jadeaba en busca de aire, la ayudó a ponerse en pie.

—Impresionante —comentó medio ahogada, frotándose la garganta con la mano derecha—. Pero ha olvidado una cosa.

—¿Qué, señora?

Le mostró el abrecartas en la mano derecha.

—Lo cogí cuando usted me derribó. Por el modo en que me sujetaba, podía habérselo clavado en cualquier parte.

Frotándose la garganta, Peggy volvió al mapa mientras el soldado George miraba el abrecartas y silenciosamente se maldecía a sí

mismo. No le importaba que una mujer le hubiera ganado; en los entrenamientos, Sondra y él se pegaban sin piedad, pero en una misión, olvidarse de algo como el abrecartas, habría significado la diferencia entre vivir y morir.

Aún de pie junto a la puerta abierta, comentó Aho:

—Hechas las presentaciones, ¿les importaría centrarse en el trabajo?

Peggy asintió.

—Cuando lleguen al barco en el puerto —informó Aho—, su contraseña para subir a bordo será «maravillosa proa». La respuesta es «bonita menta». Soldado George, ya le he explicado cómo llegar al submarino miniatura a la señorita James. También le he dado el dinero y los uniformes rusos que tendrán que ponerse —sonrió—. Aquí tenemos más uniformes rusos, y sientan mejor que los propios rusos. —Cogió un paquete sellado del bolsillo interior de la chaqueta y se lo dio al soldado George—. Aquí tiene los papeles que le identifican como el principal de a bordo Starshina Yevgueni Glebov y la marinera Ada Lundver de la armada rusa. Usted es la marinera, señorita James, asignada al trazado de mapas costeros y la restauración de boyas. Eso significa que si alguien la ve, tendrá que fingir que obedece órdenes del soldado George.

—Él no habla ruso. ¿Qué vamos a hacer?

—Disponen ustedes de un viaje en barco de noventa minutos y diez horas de submarino para enseñarle lo básico —dijo Aho, volviéndose a poner su gorra—. Y eso creo que lo cubre todo. ¿Alguna pregunta?

—Ninguna, señor —respondió George.

Peggy movió la cabeza.

—Muy bien entonces —afirmó el comandante—. Buena suerte.

George cogió la pesada mochila que contenía su equipo y salió al trote tras el comandante Aho, que abrió la puerta, salió al zaguán y volvió a cerrarla.

George se detuvo lo justo para evitar que le diera con la puerta en las narices.

—¡Oficiales! —exclamó con un suspiro de enfado mientras cogía el picaporte.

—¡No lo haga! —le gritó Peggy.

George se dio media vuelta.

—¿Perdón?

—Deje el equipo en el suelo. Usted y yo aún no vamos a ninguna parte.

—¿Qué quiere decir?

Sacó una foto instantánea desde encima de un archivador.

—Sonría —le dijo.

Una mujer y su perro aguardaban junto a las tranquilas aguas del puerto Sur, y observaron al comandante Aho salir del edificio. Valya había ido en bicicleta desde el apartamento de su antiguo agente en Helsinki, un policía finlandés retirado, y la había apoyado contra una farola retirándose enseguida del cono de luz. Amparada por la oscuridad, dejó que el perro descansara de su corta carrera: un cariñoso, menos enérgico Springer Spaniel había reemplazado al salvaje Jack Russell terrier que había empleado contra el agente británico en San Petersburgo. Aquí no necesitaba neutralizar a nadie: había ido simplemente a observar y a informar al coronel Rossky.

Para el Centro de Operaciones había sido fácil seguir el rastro del reactor procedente de los Estados Unidos y más fácil aún para ella seguir al comandante y a su amigo norteamericano cuando salieron del aeropuerto. Ahora su conductor le esperaba discretamente en Kanavakatu, junto a la alta y elegante catedral Uspensky, y ella vigilaba lo que hacían el oficial finlandés y su espía.

Sus dos espías, descubrió cuando dos compañeros se unieron a Aho mientras caminaba hacia su coche.

Cuando estuvo segura de que habían entrado, Valya tiró del collar del perro y este empezó a ladrar fuerte, dos veces, otra vez dos veces y luego dos veces más.

—¡Ruthie! —gritó Valya, tirando de la correa por segunda vez. El perro, bien adiestrado, se quedó callado.

El comandante Aho miró a su alrededor; aparentemente no logró ver a nadie en la oscuridad, luego se sentó en el asiento del pasajero de su coche, los otros dos subieron detrás. La rusa vio que el Volvo de su compañero viraba tras él hacia la explanada, alertado por el ladrido. Habían convenido de antemano que él seguiría el coche para ver adónde iban, luego regresaría a buscarla: quería quedarse allí y asegurarse de que nadie más salía por esa ala del palacio. Tras haber perdido dos agentes, podían haber tomado precauciones extraordinarias. Algunos países lo hacían por rutina: cinco años antes, cuando se unió por primera vez al buró de inteligencia de la *spetsnaz*, su superior había sido engañado por una falsa operación británica que enmascaraba otra verdadera y se quitó la vida después de caer en desgracia. Valya Saparov no tenía intención de dejar que eso le sucediera.

Continuó paseando por las escaleras del embarcadero, escuchando las aguas tranquilas lamer la piedra y luego las cañerías de desagüe, observando los pocos coches y los aún más escasos peatones que iban y venían por la vía pública.

Y entonces vio algo que hizo asomar una sonrisa a sus labios: dos personas salían del palacio presidencial, personas tan sospechosas como las que habían salido con el oficial poco antes…

TREINTA Y CINCO

Martes, 1:08, San Petersburgo

Cuando hacía viajes regulares al espacio, el general Orlov se acostumbró a regular minuciosamente sus días y sus noches: cuándo tenía que comer, dormir, trabajar, ducharse y hacer ejercicio. Cuando empezó a entrenar a otros, siguió un régimen estrictamente controlado porque a él le había servido.

En los dos años que llevaba vinculado al Centro de Operaciones, su régimen se había deteriorado dadas las exigencias de tiempo. No hacía tanto ejercicio como habría deseado y eso le producía tristeza. En las últimas semanas, a medida que se acercaba la hora de entrar en acción, no había dormido demasiado y eso le ponía aún de peor humor.

Hoy esperaba levantarse tarde para resolver problemas que se habían presentado en los diversos sistemas, aunque habían surgido sorprendentemente pocos. E incluso estaba preparado, si era necesario, para dirigir una operación urgente de contraespionaje utilizando agentes de inteligencia de la *spetsnaz* de Rossky procedentes de la base cercana de Pushkin. Por suerte, había llegado hasta oídos de Rossky que agentes del Ministerio de Seguridad habían encontrado y arrestado al camarero que trabajaba con el espía británico y lo conducían a San Petersburgo. Sin duda, podían convencerlo de que les ayudara a capturar a otros espías: un plan de acción más eficaz que el jarabe de palo que Rossky había

aplicado a los otros dos agentes. Orlov no creyó ni por un momento que el agente británico se hubiera quitado la vida y lamentaba no haber tenido la oportunidad de interrogarlo.

Las contrariedades y la capacidad para adaptarse formaban parte de cualquier trabajo y Orlov permanecía atento y alerta, pero odiaba esperar… en especial piezas perdidas de un rompecabezas. En el espacio, siempre que surgía un problema, había una lista de comprobaciones. Aquí no había nada que hacer, salvo sentarse y mantenerse ocupado mientras aguardaba la información.

El mensaje de Valya Saparov llegó a la 1:09 de la madrugada, justo después de la medianoche en Helsinki. Como no había querido llevarse un aparato de radio de seguridad, ella realizó una llamada internacional directa desde una cabina de Helsinki a un número de contacto de San Petersburgo. Allí, un empleado del Centro de Operaciones desvió la llamada a la base de inteligencia, donde la recibió alguien en la sala de radio. De este modo, ni las llamadas telefónicas entrantes ni las salientes del Centro de Operaciones podían ser rastreadas.

Las llamadas de agentes mediante líneas que no eran de seguridad se hacían en la forma de mensajes personales a amigos, parientes o compañeros de habitación. Si el agente no empezaba el mensaje pidiendo hablar con alguien en concreto, el Centro sabía ignorar los contenidos. A veces se enviaban mensajes así para confundir a los escuchas que pudieran estar siguiendo a un espía e intentando dar sentido a lo que estaba reportando. Cuando el agente decía algo sobre el tiempo atmosférico, el oyente sabía que era entonces cuando empezaba propiamente el mensaje.

Valga pidió por el tío Boris, el nombre del coronel Rossky, y este fue avisado por el operador de uno de los nueve ordenadores conectados a las líneas telefónicas y de radio. Cogió unos auriculares y recibió la llamada. El general Orlov cogió otro par de auriculares del operador y apretó un lado del auricular para oír la cinta digital que registraba la llamada.

—Mi pequeña ptistsa —dijo Rossky—, mi precioso pajarillo. ¿Cómo te ha ido la visita a tu karol? —empleaba el sobrenombre de «rey» para que un oyente no pudiera comprobar la identidad de nadie.

—Muy bien. Siento llamarte tan tarde, pero he estado ocupada. El tiempo no podía ser mejor para echar un vistazo.

—Bien.

—Ahora estoy sacando al perro. Karol fue al aeropuerto con dos amigos, pero yo no quería ir. Decidí dar un paseo en bicicleta por el puerto.

—Tú ya creías que acabarías allí —comentó Rossky—. ¿Es bonito?

—Muy bonito. He visto a dos personas preparándose para realizar un viaje sobre el golfo.

Orlov notó que había dicho «sobre» el golfo y no «por» el golfo. Eso era importante. Viajaban por la superficie y no en submarino.

—¿Van al mar por la noche? —preguntó Rossky.

—Sí. Curiosa hora para viajar, pero tienen un barco muy rápido y dan la impresión de que saben lo que hacen. Además, tío, sospecho que quieren ver el amanecer desde algún lugar maravilloso. Un hombre y una mujer… muy romántico, ¿no crees?

—Mucho. Preciosa, no quiero que salgas tan tarde… por qué no te vas a casa y hablamos mañana.

—Lo haré. Buenas noches.

Un pensativo Orlov le devolvió los auriculares al operador y le dio las gracias mientras Rossky se quitaba los suyos. La expresión del coronel era tensa cuando seguía al general a su despacho. Aunque nadie del centro de mando podía haber dejado de leer el mensaje, Orlov no quería discutir abiertamente las opciones. Podía haber topos por todas partes.

—Son audaces —comentó Rossky enojado tras cerrar la puerta—, venir en barco.

—Es culpa nuestra por no tomarnos a los finlandeses más en serio —sostuvo Orlov, sentado en el borde de la mesa—. La cuestión

es ¿queremos que entren estos dos o los detenemos en el golfo?

—¿Poner un pie en Rusia? —exclamó Rossky—. ¡Nunca! Los observaremos por satélite y los detendremos en el momento en que entren en aguas territoriales rusas. —Contemplaba más allá de Orlov como si estuviera pensando en voz alta y no dirigiéndose a un oficial superior—. El procedimiento operativo habitual sería dejar caer minas desde barcos pesqueros, pero no quiero darle al ministro Niskanen en las narices tan abiertamente. No —prosiguió—. Haré que la armada envíe un minisubmarino no tripulado teledirigido desde la terminal marítima de la isla de Gogland. Una colisión… informaremos de pérdidas por nuestra parte y echaremos la culpa a los finlandeses.

—El procedimiento operativo habitual —puntualizó Orlov—. Pero le repito: ¿y si les permitirnos entrar?

Los ojos de Rossky volvieron a fijarse en el general. Ya no demostraban entusiasmo, sino que estaban helados de ira.

—General, ¿puedo hacerle una pregunta?

Por supuesto.

—¿Tiene intención de pararme los pies en todo?

—Sí —admitió Orlov—, mientras sus tácticas y sus ideas contradigan la dirección de este Centro. Nuestra misión es potenciar la labor de la inteligencia. Matar a estos dos agentes y dañar la capacidad de Niskanen para enviarnos otros dos enemigos no serviría de nada. Nos enviarían más agentes, si no desde Finlandia, entonces tal vez desde Turquía o Polonia. ¿Podríamos dispersar tanto nuestros recursos para detenerlos? ¿No sería mejor conseguir más información sobre su modo de operar y hacer que trabajen para nosotros?

Mientras Orlov hablaba, la expresión de Rossky se había ensombrecido, pasando de la molestia a la ira. Cuando el general acabó, el subdirector se subió la manga y consultó el reloj.

—Parece que los agentes pretenden llegar antes de la salida del sol, lo cual será en poco más de cuatro horas. Es mejor que me

comunique la decisión pronto.

—Necesito saber de cuántos recursos puede disponer para vigilarlos, y si el hombre que Pogodin ha capturado en Moscú puede ayudarnos sostuvo Orlov en el preciso momento en que sonaba el teléfono.

Se volvió y puso el teléfono en el modo manos libres, en un esfuerzo por apaciguar a Rossky. Si el coronel estaba agradecido, no lo demostró.

—¿Diga?

Señor, soy Zilash. Hace noventa minutos hemos captado una comunicación muy extraña procedente de Washington.

—¿Extraña en qué sentido? —preguntó Orlov.

—Era un mensaje muy codificado para un avión que volaba desde Berlín a Helsinki. El cabo Ivashin ordenó un reconocimiento por satélite del aparato. Aunque el vuelo tuvo lugar bajo una densa cobertura de nubes, al parecer intencionalmente, pudimos echarle algún vistazo cuando el cielo se vio despejado. El avión es un 76T.

Orlov y Rossky intercambiaron unas miradas. Por el momento, olvidaron su rivalidad.

—¿Dónde está ahora el avión? —preguntó Orlov.

—En tierra, en Helsinki, señor.

Rossky se inclinó hacia adelante.

—Zilash, ¿pudo usted ver el número?

No, coronel, pero es un 76T… De eso estoy seguro.

—Hay un gran número de aviones volando por ahí —sostuvo Orlov a Rossky—. Alguien puede haber aprovechado la oportunidad para desertar.

—Se me ocurren otras dos posibilidades —explicó Rossky—. El equipo que Valva ha estado vigilando puede ser una maniobra para distraer nuestra atención de alguna otra misión, o los Estados Unidos están poniendo en práctica dos operaciones completamente distintas desde Finlandia.

Orlov estuvo de acuerdo.

—Sabremos más cuando veamos adónde se dirige el 76T. Zilash: siga al avión y comuníquese conmigo en el instante en que averigüe algo más.

—Sí, señor.

Mientras Orlov apagaba el interfono, Rossky se acercó un paso a él.

—General…

Orlov levantó la mirada.

—¿Sí?

—Si el avión entra en el espacio aéreo ruso, las Fuerzas Aéreas querrán derribarlo como hicieron con aquel avión de las líneas aéreas coreanas. Debemos alertarles.

—Estoy de acuerdo, aunque con una pantalla de radar y otros instrumentos de pronto aviso, sería suicida intentarlo.

—En circunstancias ordinarias, sí —opinó Rossky—, pero con el incremento de tráfico aéreo militar de los últimos días, no me sorprendería que el acción simplemente pretendiera soltar a alguien y perderse por ahí.

—Bien pensado.

—¿Y el barco?, preguntó Rossky. Estamos obligados a informar a la Armada…

—Conozco nuestras obligaciones —le cortó Orlov, pero este barco es mío, coronel. Dejémoslo atracar, vigilémoslo e infórmeme exactamente de lo que están haciendo.

A Rossky le tembló la barbilla.

—Sí, señor —dijo saludándole sin entusiasmo.

—¿Coronel?

—¿Sí, señor?

—Haga lo posible para asegurarse de que nada le ocurre a la tripulación. Todo lo posible, no quiero perder a ningún agente extranjero más.

—Siempre hago todo lo posible, señor —respondió Rossky volviendo a saludar y retirándose del despacho.

TREINTA Y SEIS

Martes, 12:26, Helsinki

El distrito del puerto Sur de Helsinki es famoso no solo por la bulliciosa plaza del mercado contigua al palacio presidencial, sino por las excursiones en barco que parten hacia la isla Suomenlinna varias veces al día. Cobijada en la embocadura del puerto, esta imponente «Gibraltar del Norte» es la sede de un teatro al aire libre, un museo militar y un imponente castillo del siglo XVII. La vecina isla de Seurasaari está conectada al continente por un puente y es la sede del estadio Olímpico, que albergó los juegos de 1952.

Por la noche, las lindes son oscuras siluetas recortadas contra cielos aún más oscuros. Aunque hubieran sido visibles, Peggy James no las habría visto. El comandante Aho le había dado un coche e instrucciones explícitas. Quince minutos después de que él saliera hacia el aeropuerto con dos cebos a sus órdenes, ella se dirigiría con el soldado George al puerto y al barco que les llevaría hasta Kotka y el minisubmarino. No disponía de tiempo para interesarse en el panorama nocturno. Solo tenía una cosa en la cabeza: llegar a San Petersburgo. Lo que más importaba era terminar el trabajo que Fields-Hutton había empezado. Descubrir y matar a la persona o personas responsables de su muerte no era de alta prioridad, pero estaba dispuesta a hacerlo si se le presentaba la ocasión.

El yate era un esbelto Larson Cabrio 280 y después de dar y recibir la contraseña, el dúo subió a bordo del barco de ocho metros

y medio de eslora. Peggy dejó cuidadosamente su mochila en el suelo del camarote entre sus pies y se sentó junto a George mientras el barco partía hacia la noche. Los agentes pasaron la mayor parte de los noventa minutos de viaje revisando mapas del Ermitage y del terreno entre su punto de atraque y el museo. El plan, en el que había trabajado con el comandante Aho antes de que George llegara, consistía en que el minisubmarino les dejara en un bote neumático cerca del parque costero del sur; luego un corto viaje en autobús les llevaría hasta su objetivo. En cierto modo, prefería esta mascarada a una operación nocturna con trajes de buceo. Las autoridades extranjeras estaban más inclinadas a creer coartadas sobre operaciones a pleno día, pues la mayoría de los agentes no eran lo suficientemente audaces para intentarlas.

El minisubmarino estaba atracado en un cobertizo sin ventanas en el golfo. Habría preferido ir en avión y lanzarse en paracaídas junto con los botes neumáticos sobre las inmediaciones del objetivo, pero bucear de noche en aguas heladas era demasiado peligroso. Si ella o el soldado George amerizaban demasiado lejos del bote, podían morir de hipotermia antes de llegar hasta él. Además, el salto podía dañar el delicado equipo y era imperativo que eso no ocurriera.

Después de sacarse las fotos, los agentes fueron recibidos por un joven vestido con un jersey y pantalones azul oscuro. Tenía la cara cuadrada y un profundo hoyuelo en el mentón y llevaba el cabello rubio cortado casi al cero. Cerró la puerta rápidamente tras ellos. Un segundo hombre salió de las sombras. Llevaba una linterna y les dio un arma a cada uno. Peggy se protegió los ojos del resplandor mientras el primer hombre comparaba las fotografías con las copias de las instantáneas que ella había enviado por fax en cuya parte superior figuraba el número de identificación del palacio.

—Somos nosotros —afirmó Peggy—. ¿Quién más querría tener este horrible aspecto?

El hombre le dio las fotografías y los faxes a su compañero, que bajó la linterna para estudiar las fotos. Peggy pudo verle la cara, delgada, dura y angulosamente cincelada como si la hubieran tallado en madera. El hombre les saludó con la cabeza.

—Soy el capitán Rydman informó a los recién llegados y este es el piloto Osipow. Si me siguen podremos sumergirnos.

Se dio media vuelta y guio a Peggy y al soldado George por una pasarela que bordeaba el oscuro cobertizo. El otro hombre los seguía de cerca.

Pasaron ante algunas elegantes patrulleras nuevas que cabeceaban delicadamente en el agua y se detuvieron junto a un dique en un rincón del cobertizo. Allí, meciéndose levemente junto a una corta escalera de aluminio, estaba el minisubmarino gris oscuro. La escotilla estaba abierta aunque no salía luz de dentro. En el viaje hacia Finlandia, Peggy había leído en un archivo que los pequeños submarinos eran izados cada seis meses para realizar la puesta a punto; los sacaban del agua con cuerdas que pasaban a través de unas abrazaderas soldadas hasta el casco, luego los rompían literalmente como una cáscara de huevo y destornillaban la sala de máquinas desde el mamparo delantero. Con solo quince metros de eslora, los cilindros de acero eran capaces de transportar cuatro pasajeros a una velocidad punta de nueve nudos. El viaje a San Petersburgo duraría hasta las dos en punto, hora local, lo que incluía la salida a la superficie del navío después de seis horas para extender el mástil de inducción y dejar que los motores *diesel* funcionasen durante media hora para recargar las baterías y el aire.

Peggy no padecía claustrofobia, pero al ver lo que parecía un gran termo con su tapón al lado, supo que le aguardaban diez horas horribles. Peggy vio tres asientos y poco espacio en la popa para sentarse o siquiera ponerse de pie. Se preguntó dónde iba a estar el capitán.

Osipow bajó la escalera internándose en la oscuridad y apretó un interruptor. La pobre iluminación del pequeño merodeador se

encendió y el piloto se sentó ante los timones de control: una corta columna con un mando para maniobrar y un interruptor para el piloto automático servía para mantener la profundidad y el rumbo. A su lado había una bomba usada para expulsar la condensación que se acumulaba en la exigua cabina y un volante manual para soltar una mina de la tronera lateral. Cuando Osipow hubo comprobado que los mandos, el motor y el aire funcionaban, Rydman le dijo a George que entraran.

—Me siento como una piña —sostuvo el soldado mientras se sentaba en su asiento y lo regulaba sobre las guías hasta encontrar la posición ideal.

—Ah, veo que usted ya ha navegado —comentó Osipow con voz nasal pero extrañamente melodiosa.

—De nuevo en casa, señor —dijo George tendiéndole una mano a Peggy—. Una vez gané una competición para ver quién podía hacer el nudo más rápido al final de una estacha. —Miró a Peggy mientras esta se hundía en su asiento—. Una piña es un nudo decorativo que se hace al final de un cabo.

—Se hace alrededor de un peso, aunque no se hace en una estacha, es demasiado gruesa; se hace en la sisga —afirmó mirando a George a la cara en el tenue resplandor del interior, mientras el rostro del soldado se volvía más pálido que el de ella—. Tiene un talento innato para subestimarme, soldado. ¿O es usted paternalista con todas las mujeres?

George se recostó sobre el asiento de vinilo. Encogió un hombro, como calibrando la gravedad del cargo.

—Es usted una pizca susceptible, señorita James. Por si el capitán no lo había entendido, se lo he explicado también a él.

Rydman puntualizó con impaciencia:

—Permítanme que les diga a ambos que andamos un poco escasos de personal. Normalmente tengo un electricista que permanece a popa para vigilar el motor y la electricidad auxiliar, pero

no hay suficiente espacio, de modo que les agradecería que me distrajeran lo mínimo.

—Lo siento, señor —se disculpó George.

En lugar de bajar, el capitán se puso de pie sobre un anillo de hierro de unos quince centímetros y cerró la escotilla desde dentro. Cuando Osipow le informó que la señal de cerrado se había encendido —una luz roja cerca del mando del piloto automático—, Rydman probó el periscopio girándolo lentamente, trescientos sesenta grados y trazando con él un círculo pisando con cuidado en el estrecho borde.

Mientras hacía esto, el capitán Rydman comunicó a sus pasajeros:

—Navegaremos a ocho nudos durante la primera parte del viaje, que nos tomará dos horas. Cuando nos acerquemos a la isla Moshchnyv, de soberanía rusa, nos sumergiremos. Tendremos que hablar muy bajito. Los rusos tienen detectores móviles de sonar pasivo en aquel enclave y también a lo largo de la costa. Como no emiten señales de su propio sonar activo, sino que recogen el ruido radiado, nunca sabremos ni dónde ni cuándo nos están escuchando. Podemos evitarlo, pero para ello debemos hacer el menor ruido posible.

—¿Cómo sabrá si ellos nos escuchan? —preguntó Peggy.

—Los explosivos que los barcos guardacostas dejan caer son difíciles de ignorar —contestó irónicamente Rydman—. Si eso sucede, tendremos que sumergirnos y abortar la operación.

—¿Con qué frecuencia ocurre eso? —inquirió Peggy, odiando el hecho de no saberlo.

Se supone que los agentes de inteligencia conocen su equipo y su objetivo como sus propios coches y hogares. Pero el DI6 se había enfrascado en esto con tanta premura que no había habido tiempo para prepararlo, más que el expediente que la joven había leído en el vuelo. Y este no contenía gran cosa sobre las operaciones de

Finlandia en el golfo. Los agentes solían entrar camuflados en grupos de turistas.

Rydman la sacó de dudas:

—Sucede tres veces cada diez viajes, aunque yo nunca me he internado demasiado en aguas rusas. Es obvio que esta vez será diferente, pero no vamos totalmente desprotegidos. El comandante Aho enviará un helicóptero para que deje caer un par de boyas de sonido a lo largo de nuestra ruta. La señal será seguida en Helsinki y cualquier barco ruso que entre enviará una señal visual a la carta de navegación del señor Osipow.

Osipow señaló un mapa circular, generado por ordenador, apenas del diámetro de un platillo de taza de café y situado a la derecha de la columna de mando.

Cuando acabó de girar el periscopio, Rydman desplegó un asiento en la parte anterior de la torre y se sentó a horcajadas. Luego se inclinó hacia el mástil de inducción que también servía —con un eco considerable— como conducto de comunicación con el timón.

—Preparado, señor Osipow —informó el capitán.

El piloto encendió el motor y produjo apenas un murmullo de sonido y vibración. En cuanto se puso en marcha, las luces se apagaron, dejando el navío prácticamente a oscuras de no ser por dos débiles luces en la popa.

Peggy se volvió y miró por la pequeña tronera circular en su lado del minisubmarino. Cuando el submarino se sumergió para salir del cobertizo, la hélice de la popa generó solo unas pocas burbujas. La oscuridad exterior parecía burlarse de ella y se le humedecieron los ojos.

«Tienes que dominarte —se dijo ella—. Es preciso que domines el descontento, la frustración, la ira…».

Si solo fuera Keith, podría llorarlo y seguir haciendo su vida, con dificultad, pero al menos con una meta. Pero ahora que se había ido se percataba de que no tenía meta, algo que se había

emponzoñado, pero que había sublimado durante años. De repente, era una mujer de treinta y seis años que había elegido un estilo de vida que nunca le permitiría tener algo parecido a una vida, que había visto a su país perder la pasión y la independencia que tuvo bajo Margaret Thatcher, perder su dignidad debido a una monarquía que no se hallaba a la altura requerida. ¿Para qué habían servido todos los años de esfuerzo y sacrificio? ¿Para qué había servido perder a su amante? Se movía por inercia, la inercia de la armonía y la felicidad que había disfrutado con Keith.

«¿Y qué queda —se preguntó—, si Gran Bretaña se convierte en un mero satélite de la Unión Europea?». Y no en un país respetado, que no quiere buscar favores adulando a los alemanes, como Francia había hecho, ni perder la energía y la fe ante el declive industrial, como los españoles, ni cambiar gobierno tras gobierno, como los italianos. «¿Para qué demonios he vivido y para qué continuaré viviendo?».

—¿Señorita James?

El susurro del soldado George, que parecía surgir de otro mundo, la devolvió a la realidad del pequeño submarino.

—¿Sí?

—Nos quedan diez horas y está demasiado oscuro para estudiar los mapas. ¿Le importaría empezar a darme ese curso acelerado de ruso?

Miró el joven rostro de George. «¿De dónde sacaba todo ese entusiasmo?», se preguntó. Arreglándoselas para sonreírle por primera vez, le respondió:

—No me importaría. Por qué no empezamos por algunas preguntas básicas.

—¿Como cuáles?

Peggy moduló lentamente:

—Jak, shtaw y puhchehmoo.

—¿Qué significan?

Peggy sonrió.

—¿Cómo?, ¿qué?, y, quizás lo más importante, ¿por qué?

TREINTA Y SIETE

Martes, 2:30, Rusia / frontera ucraniana

La Operación Barbarroja fue la ofensiva militar más importante en la historia bélica de la humanidad. El 22 de junio de 1941, las tropas alemanas invadieron Rusia, haciendo añicos el pacto de no agresión germanosoviético. Su objetivo: tomar Moscú antes de la llegada del invierno. Hitler envió 3 200 000 soldados en 120 divisiones contra 170 divisiones soviéticas distribuidas a lo largo de 2300 kilómetros que abarcaban desde las riberas del Báltico hasta las del mar Negro.

Mientras las divisiones de panzers alemanes obligaban a retroceder a la retaguardia rusa con increíble velocidad, la Luftwaffe aplastaba a sus inexpertos y mal entrenados homólogos rusos. Como resultado de esta blitzkrieg (guerra relámpago), los países bálticos —Lituania, Letonia y Estonia— fueron rápidamente derrotados. El daño infligido por los alemanes fue devastador. Hacia noviembre, los centros agrícolas, industriales, de transporte y comunicaciones habían sido destruidos. Trescientos cincuenta mil soldados rusos habían muerto. Trescientos setenta y ocho mil, desaparecido. Y un millón, heridos. Solo en Leningrado, novecientos mil civiles murieron durante el asedio germano. Hasta los últimos días de diciembre los maltrechos pero tenaces soldados soviéticos —con la ayuda de temperaturas de veinte grados bajo cero que destrozaban las suelas de las botas alemanas, congelaban su equipo y destruían su moral— pudieron desplegar su primer contraataque

triunfal. Como resultado de esta contraofensiva, los rusos pudieron conservar Moscú ante la amenaza enemiga.

En definitiva, la Operación Barbarroja fue un desastre para los alemanes, y enseñó a los soviéticos una lección importante sobre la conveniencia de combatir en una guerra ofensiva en lugar de defensiva. Durante los cuarenta años siguientes, su ejército creció con el objetivo casi fanático de poder lanzar y mantener una guerra ofensiva, como el general Mijáil Kosigan había dicho una vez en un discurso a sus tropas: «Para combatir en la próxima guerra mundial, si se produce, en el territorio de otro». Con este fin, las misiones para comandantes de unidades especiales de ataque abarcaban tres componentes diseñados para destruir o capturar prisioneros y equipo enemigo y controlar territorio clave: la misión inmediata, o blizhaiashcha zadacha; la misión subsiguiente, o posledyushchaia zadacha, y la misión consecutiva, o napravlenie dal'neishego nastupleniia. Dentro de estas amplias misiones, a los regimientos a menudo se les asignaba una misión clave del día o zadacha dnia, cuyos objetivos tenían que ser cumplidos en un plazo determinado y no se aceptaban excusas.

Ya fuera en Hungría en 1956, en Checoslovaquia en 1968, en Afganistán en 1979 o en Chechenia en 1994, Moscú confió en su ejército y no en su diplomacia para resolver los problemas caseros. Sus principios fundamentales eran supriz, neozhadennost' y vnezapnost': sorpresa, anticipación de lo inesperado y provocación de lo inesperado. A veces sus esfuerzos tenían éxito y otras, no. Pero aquel estado mental persistía y el ministro del Interior Dogin lo sabía. También sabía que muchos mandos militares rusos anhelaban la oportunidad de redimirse después de nueve años sangrientos en Afganistán y el lento y costoso exterminio de los rebeldes en Chechenia.

Había llegado el momento de darles una oportunidad. Muchos de sus hombres se habían desplazado a la frontera rusa con Ucrania, donde, a diferencia de Afganistán y Chechenia, no lucharían contra

ejércitos rebeldes ni guerrillas de partisanos. Esta guerra, esta aktivnost, esta iniciativa, sería distinta.

A las 12:30 hora local, en Przemysl (Polonia), a menos de dieciséis kilómetros de la frontera ucraniana, una poderosa bomba explotó en el edificio de ladrillos de dos pisos que servía de cuartel general al Partido Comunista polaco. Los editores que trabajaban en el periódico casi semanal Obywatel (Ciudadano), volaron por los árboles de los alrededores; su sangre y su tinta salpicaron las paredes que quedaron en pie, el papel de periódico y la carne humana ardía en las sillas y los archivadores entre las llamas que la explosión había provocado. En cuestión de minutos, los simpatizantes comunistas habían salido a las calles, se manifestaban contra el ataque y saqueaban la oficina de correos y la comisaría de policía. Lanzaron cócteles molotov a un depósito de municiones local, que explotó, matando a un soldado. A las 12:46 el gobernador local telefoneó a Varsovia pidiendo ayuda militar para sofocar el levantamiento. La llamada fue interceptada y simultáneamente transcrita por la estación de inteligencia militar en Kíev y fue transmitida al presidente Vesnik.

Exactamente a las 2:49 el presidente Vesnik telefoneó al general Kosigan y le pidió ayuda para contener lo que parecía un «incidente» en la frontera entre Polonia y Ucrania. A las 2:50, ciento cincuenta mil efectivos rusos entraron en Ucrania, desde la antigua ciudad de Novgorod, en el norte, hasta el centro administrativo de Voroshilovgrad, en el sur. Infantería, unidades motorizadas, divisiones de tanques, batallones de artillería y escuadrones aéreos marchaban en intimidatorias filas cerradas, sin presentar el desorden o el comportamiento descuidado que había caracterizado el avance contra Chechenia o la retirada de Afganistán.

En Moscú, precisamente a las 2.50.30, el Kremlin recibió un comunicado urgente del presidente Vesnik en Kíev solicitando efectivos militares para ayudar a las fuerzas ucranianas a proteger

los casi cinco mil kilómetros de frontera que los ucranianos compartían con Polonia.

Despertaron al presidente ruso, Kiril Zhanin, con las noticias, y la petición le cogió absolutamente desprevenido. Incluso antes de llegar a su despacho del Kremlin, el presidente ucraniano telefoneó a Zhanin en su coche, transmitiéndole otro mensaje. La lectura de este otro le sorprendió aún más que el primero:

Gracias por su rápida acción. La puntual llegada de las fuerzas del general Kosigan no solo ha evitado que cundiera el pánico entre la población, sino que refuerza los lazos tradicionales entre Rusia y Ucrania. He dado instrucciones al embajador Rozevna de que informe a las Naciones Unidas y al secretario general Brophy de que la incursión se ha realizado a petición nuestra y con nuestro consentimiento.

Normalmente el rizado bigote de Zhanin y las hirsutas cejas le daban a su rostro oval una expresión paternal, incluso alegre, pero ahora echaba chispas por los oscuros ojos marrones y su pequeña boca estaba tensa y temblorosa.

Le dijo a su secretaria, Larisa Shachtur —una morena de mediana edad vestida elegantemente con un traje de chaqueta estilo occidental—, que localizara por teléfono al general Kosigan. La joven solo consiguió llegar hasta el general Leonid Sarik, oficial superior de enlace del grupo de operaciones de la aviación y las divisiones acorazadas. Mavik la informó de que el general Kosigan había impuesto un estricto silencio por radio mientras durase el avance y que este sería levantado solo cuando las tropas estuvieran totalmente desplegadas.

—General Mavik —informó la secretaria—, es el presidente quien le llama.

El general respondió:

—Entonces comprenderá la necesidad de seguridad mientras hacemos honor a nuestro pacto de defensa con una república compañera de la Federación.

El general se excusó diciendo que debía atender sus obligaciones y colgó, dejando al presidente y a su secretaria escuchando el amable ronroneo del motor.

Zhanin miró a través de los cristales blindados mientras los oscuros pináculos del Kremlin aparecían ante su vista contra el cielo nocturno y las nubes profundamente grises.

—De joven —comentó respirando hondo para calmarse—, conseguí un ejemplar del libro de Svetlana Stalin sobre su padre. ¿Lo recuerda?

—Sí —reconoció Larisa—. Estuvo prohibido durante años.

—Es cierto. Incluso a pesar de que la obra era una acerba crítica de un hombre caído en desgracia, una persona non grata, por así decirlo. Me sorprendió algo que escribió sobre Stalin. Decía que hacia el fin de los años treinta se dio cuenta de que Stalin había llegado a una etapa que ella llamaba «manía persecutoria». Veía enemigos por todas partes. Purgó a quince mil de sus propios oficiales. Asesinó más oficiales rusos del rango de coronel o por encima de él que los alemanes mataron en toda la guerra. —Se llenó el pecho de aire y lo soltó lentamente—. Me asusta, Larisa, pensar que tal vez no fuera tan loco o paranoico como todo el mundo creía.

La mujer le apretó la mano para infundirle confianza mientras el BMW negro giraba por Kalinina Prospekt y se dirigía hacia el lado noroeste del Kremlin, la Puerta Trinidad.

TREINTA Y OCHO

Martes, 3:05, sobre el mar de Barents

El 76T aterrizó en Helsinki poco antes de la medianoche y los miembros de Striker, su equipo para el frío y su arsenal estaban a bordo diez minutos más tarde. Su arsenal consistía en cuatro camionetas, cada una de metro y medio por metro veinte por noventa centímetros, cargadas de armas y explosivos, cuerdas y piolets, máscaras antigás y equipo médico. Al cabo de media hora de estar a bordo, el avión había repostado y estaba en el aire.

La fase inicial del vuelo había llevado al avión hacia el noreste sobre Finlandia, luego al este cruzando el mar de Barents y otra zona horaria, sobrevolando el océano Ártico mientras bordeaba la costa septentrional de Rusia.

El teniente coronel Squires tenía los ojos cerrados, pero no dormía. Tenía la mala costumbre de no poder conciliar el sueño a menos que supiera adónde iba y por qué. Sabía que las instrucciones de Op-Center no tardarían en llegar, pues se aproximaban rápidamente al final de su plan de vuelo, que les llevaba adonde el mar de Barents se une al mar Pechora. Sin embargo, era frustrante no poder apuntar hacia el objetivo y permanecer concentrado en él. Al cruzar el Atlántico, había podido concentrarse en San Petersburgo y la misión que iban a llevar a cabo allí. Ahora eso estaba en manos del soldado George y Squires no tenía nada. Cuando no tenía nada, el oficial siempre jugaba a un

jueguecito que evitaba que su mente se desviara hacia su mujer y su hijo y pensase en lo que harían si él no regresara.

Se trataba del juego: ¿qué estoy haciendo aquí?, en el que elegía una o dos palabras adecuadas, las interiorizaba en lo más hondo de sí e intentaba comprender por qué demonios le gustaba tanto ser un Striker.

La primera vez que jugó a eso, en ruta a Cabo Cañaveral para averiguar quién había puesto una bomba a bordo de una lanzadera espacial, decidió que estaba allí para defender a Estados Unidos, no solo porque era el mejor sitio para vivir, sino porque la energía e ideales de nuestra nación eran los que motivaban a todo el mundo. Si nosotros nos vamos, Squires estaba convencido de que el planeta se convertiría en un caldo de cultivo para dictadores deseosos de ejercer su dominio, y no en un territorio para estados autónomos competitivos y vitales.

En el segundo juego, se preguntó a sí mismo cuánto disfrutaba llevando aquella vida que hacía que cada célula de su ser se sintiera viva y desafiada. Tuvo que admitir que mucho. Mucho más que cuando jugaba al fútbol, porque las apuestas por él y por la nación eran muy elevadas. Pero no tenía la sensación de hacer uso de la seguridad en sí mismo, de sus habilidades y de su capacidad, para superar circunstancias que paralizarían o harían retroceder a mucha gente, o al menos pensárselo dos veces antes de seguir adelante.

En ese momento, mientras se preguntaba cuándo demonios llamarían Mike Rodgers o Bob Herbert, pensaba en algo que le había preguntado la psicóloga de Op-Center, Liz Gordon, cuando le entrevistó por primera vez para el puesto de mando.

—¿Cuáles son sus ideas sobre el miedo compartido? —le había preguntado Liz.

Squires respondió que el miedo y la fuerza eran cualidades que todo el mundo sentía y tenían un tope en todo individuo, y que un buen equipo —y en especial un buen mando— tenía que ser capaz de elevar al máximo los niveles de cada miembro.

—Eso es miedo —le había dicho Liz—. Le he preguntado sobre el miedo compartido. Piénselo. Tómese su tiempo.

Se tomó su tiempo y luego agregó:

—Supongo que compartimos el miedo porque está causado por algo que nos amenaza a todos, como algo contrario al valor, que es individual.

Había sido un ingenuo y Liz lo había dejado correr. Ahora, después de tres misiones, Squires había llegado a comprender que el miedo compartido no era algo que tuvieran que superar. Era un sistema de apoyo mutuo que convertía a personas de historiales, inteligencias e intereses dispares en un único organismo cohesionado. El miedo compartido era lo que hacía que la tripulación de un bombardero de la segunda guerra mundial o los integrantes de un coche patrulla policial o de un comando de fuerzas de élite estuvieran más cerca de lo que jamás estarían marido y mujer. El miedo compartido creaba un todo mayor que la suma de sus partes.

Al igual que el patriotismo y el valor, el miedo compartido era el pegamento que mantenía unido a Striker.

Squires estaba a punto de abordar el tema «El mundo como motivación» cuando Mike Rodgers le llamó por el TACSAT de seguridad. Squires salió de inmediato de su ensoñación y como su viejo entrenador de fútbol solía decir: «Allí con los buenos».

—Charlie —dijo Rodgers—, siento haber tardado tanto en ponerme en contacto contigo. Estamos repasando tu plan y realmente vamos a necesitar una puesta en práctica de copa del mundo. En poco más de once horas, después de evitar entrar en el espacio aéreo ruso hasta el último momento, el equipo será lanzado en paracaídas sobre un punto de Rusia, justo al oeste de Jabárovsk. Bob está dándole al piloto el plan de vuelo y las coordenadas. Esperamos que el 76T pueda entrar y salir antes de que la defensa aérea rusa se dé cuenta de que no es uno de sus aviones. El objetivo es el tren de cuatro vagones más locomotora del expreso Transiberiano. Si el cargamento consiste en narcóticos, dinero, oro o

armas, debes eliminarlo. Si las armas son nucleares, consigue una prueba y desmantelalas si podéis; el sargento Grey ha sido entrenado para ello. Hasta aquí ¿alguna pregunta?

—Sí, señor. Si el Ermitage está implicado podría tratarse de un cargamento de arte. ¿Quiere que volemos pinturas de Renoir y Van Gogh?

La línea quedó en silencio unos instantes.

—No, las fotografiáis y os desentendéis.

—Sí, señor.

Rodgers prosiguió:

—La zona desde donde abordaréis el objetivo es un pico escarpado de treinta y cuatro metros de altura desde el que se divisa la vía. Te enviaremos los mapas topográficos necesarios a tu ordenador. Bajaréis haciendo rappel y aguardaréis al tren. Hemos elegido esa zona porque hay árboles y rocas en la vertiente del risco que pueden utilizar para bloquear la vía. Lo preferimos a emplear explosivos que podrían causar bajas. Si el tren llega puntual, solo te queda una hora hasta que llegue. Si lleva retraso, tendréis que esperar. El tren no podrá retroceder, de modo que deberéis hacer lo posible para no herir a ningún soldado ruso.

A Squires no le sorprendió la advertencia: los embajadores odiaban tener que explicar las incursiones ilegales, y mucho menos lo que la CIA llamaba «degradaciones máximas». Aunque Squires estaba bien entrenado para matar con cualquier cosa, desde un cordón de zapato hasta una ametralladora Uzi, nunca había tenido que hacerlo, y esperaba no tener que hacerlo nunca.

—El 76T irá a Hokkaido para repostar y regresará —informó Rodgers—, aunque no será vuestro vehículo de evacuación. Cuando hayáis cumplido la misión, haréis señales al 76T y os dirigiréis hacia un punto de encuentro, el lado sur de un puente a dos kilómetros del objetivo.

«¡Vaya, eso sí era curioso!», pensó Squires. El único motivo por el que Rodgers no le explicaba cuál sería el aparato de evacuación

era la posibilidad de que los capturasen. No querían que los rusos lo supieran. Como si la misión no fuera lo suficientemente estimulante, el misterio potenciaba una parte de la motivación de Squires. La parte que, como casi todos los hombres que había conocido, amaba el flamante y secreto material de última tecnología.

—Charlie, esto no es como Corea del Norte —comentó Rodgers con voz más cálida que de costumbre; ahora que había captado totalmente la atención de Squires mientras le transmitía los detalles, estaba dispuesto a darle una visión general—. Tenemos motivos para creer que hay elementos en Rusia que intentan reconstruir el imperio soviético a toda prisa. Aunque San Petersburgo probablemente esté implicado, tú eres la clave para detenerlos.

—Lo comprendo, señor —respondió Squires.

—El plan es lo más completo que hemos podido realizar, dado lo poco que sabemos, aunque esperamos conocer más detalles a medida que se acerque la hora H. Lo siento, pero no podemos proporcionarte más información.

—Está bien, señor. No es Tácito ni ninguno de esos tipos que usted cita, pero le dije al soldado George cuando lo dejamos en Helsinki que Superpollo, el personaje de dibujos animados, hacía una observación perfecta para las situaciones difíciles como esta: «Sabes que el empleo es peligroso cuando lo aceptas». Lo sabíamos, general, y aun así nos alegramos de estar aquí.

Rodgers se echó a reír.

—Le estoy confiando el destino del mundo a un hombre que cita los dibujos animados de los sábados por la mañana. Pero haré un trato contigo. Regresa de una pieza y yo te llevaré las palomitas a tu casa el próximo sábado por la mañana.

—Le tomo la palabra —afirmó Squires cerrando la comunicación y poniendo sus pensamientos en orden antes de informar al equipo.

TREINTA Y NUEVE

Martes, 3:08, San Petersburgo

Durante más de una hora, Serguéi Orlov había estado durmiendo en el sillón de su escritorio con los codos en los reposabrazos, las manos plegadas en el abdomen y la cabeza levemente ladeada a la izquierda. Aunque su mujer no creía que realmente pudiera obligarse a sí mismo a dormir en cualquier parte, en cualquier momento, Orlov insistía que no era un talento con el que había nacido: se había entrenado a repartir el sueño en segmentos de media hora después de largas horas de entrenamiento. Pero lo más extraordinario era que decía haber descubierto lo que él llamaba «fracciones de descanso», casi tan reparadoras en el curso de un día como sus habituales seis horas de sueño nocturno. Y tenían el beneficio añadido de que su energía y su capacidad de atención, en lugar de disminuir en el transcurso del día, se mantenían elevadas.

Nunca podría trabajar como Rossky, que necesitaba quedarse con sus problemas hasta que los había solucionado. Incluso ahora, que había entrado de servicio el director de noche, el coronel ocupaba su puesto como núcleo del Centro.

A Orlov también le parecía que tenía más sentido enfrentarse a los problemas después de una breve siesta. Durante su último vuelo al espacio, una misión conjunta con Bulgaria —y el primer vuelo de tres astronautas desde que la tripulación del Soyuz 11 se asfixió en

su nave espacial—, Orlov y sus dos camaradas habían intentado el acoplamiento de la nave Soyuz con la base espacial Salyut 6.

Cuando un fallo del motor dejó la nave en ruta de colisión con la estación, el control de la misión ordenó a Orlov que activase su cohete secundario para regresar a la Tierra de inmediato. En lugar de eso, se desvió un poco para permanecer a una distancia segura, se quitó los auriculares y descansó durante quince minutos, para asombro de su tripulación. Luego usó el motor secundario para efectuar el acoplamiento. Aunque ya no quedaba suficiente combustible en el cohete secundario para volver a la Tierra, una vez dentro de la estación espacial, Orlov pudo resolver los problemas del motor principal, reparar el circuito defectuoso y salvar la misión… y la autoestima del equipo de la misión en el cosmódromo de Baikonur. Más tarde, de nuevo en la Tierra, le explicaron a Orlov que el ecocardiógrafo de a bordo había demostrado que su actividad cardiovascular se había ralentizado y permaneció baja después de su siesta. Poco después, el entrenamiento de los astronautas incluyó «siestas potenciadoras», aunque no eran tan reparadoras para los astronautas como para Orlov.

Nunca dormía para huir de lo que estaba sucediendo en su vida, aunque cuando Orlov consiguió por fin cerrar los ojos a la 1:45, le fue bien dejar a un lado las preocupaciones del momento. Le despertaron a las 2:51, cuando su asistente, Nina, le informó que tenía una llamada procedente del Ministerio de Defensa. Orlov recibió la llamada y el mariscal de comunicaciones, el general David Ergashev, le informó sobre las tropas que avanzaban por Ucrania y solicitó la ayuda del nuevo Centro de Operaciones para controlar los comunicados europeos sobre sus actividades. Sorprendido por las noticias y preguntándose si se trataba solo de una prueba de alto nivel de las capacidades del Centro —¿por qué sino no se lo habían comunicado?—, Orlov transmitió la orden al oficial de radio Yuri Marev.

A través de conexiones de fibra óptica con las estaciones de satélites instaladas en las afueras de San Petersburgo y a través de sus propias líneas especiales en el propio centro telefónico de la ciudad, el Centro de Operaciones fue designado para seguir todas las comunicaciones electrónicas entre el terreno y el Ministerio de Defensa. También era capaz de seguir todo tipo de comunicaciones dentro y fuera del despacho del mariscal en jefe de Artillería, el mariscal en jefe de las Fuerzas Aéreas y el almirante de la Flota. El trabajo del Centro era asegurar que aquellas líneas de comunicación no eran intervenidas por extraños. También cumplía la función de núcleo de comunicaciones centralizado para difundir información entre otras agencias gubernamentales.

O simplemente podían escuchar.

Antes de cortar la comunicación con Marev, Orlov le pidió que grabara la información que entrara en el Ministerio de Defensa, procedente del general Kosigan y de los despachos de los mariscales en jefe. La respuesta de Marev le sorprendió.

—Ya lo estamos haciendo —informó Marev—. El coronel Rossky nos ordenó que siguiéramos el movimiento de tropas.

—¿Adónde va la información? —le preguntó Orlov.

—Al ordenador central.

—Muy bien —contestó Orlov recuperándose rápidamente—. Asegúrese de que la información llega directamente a mi pantalla.

—Sí, señor —le garantizó Marev.

Orlov giró la pantalla del ordenador y esperó. «Maldito Rossky», pensó. O era la revancha por la disputa o Rossky estaba enterado de esto de algún modo…, tal vez a través de su protector Dogin, pero no podía hacer nada al respecto. Mientras la información se grabara en el ordenador central del Centro, estuviera disponible para difundirla internamente o a otras agencias, Rossky no estaba obligado a informar al general… aunque se tratara de un hecho de semejante magnitud.

Mientras esperaba, Orlov intentó hacerse una idea de la situación, empezando por la sorprendente celeridad de la solicitud ucraniana. Como muchos otros oficiales, suponía que las diversas maniobras eran el modo en que el presidente Zhanin demostraba al mundo que no había abandonado a las fuerzas armadas en favor de los negocios occidentales. Pero ahora estaba claro que la incursión en la antigua república había sido planeada y ese era el motivo de que hubiera tantos efectivos en la frontera o en ruta hacia allí. Pero ¿quién la había planeado? ¿Dogin? Y ¿por qué? Esto no era un golpe de Estado ni una guerra.

Empezaron a llegar las primeras informaciones. La infantería rusa estaba intentando enlazar con las fuerzas ucranianas en Járkov y Voroshilovgrad, aunque no eran maniobras conjuntas. La agradecida comunicación del presidente Vesnik lo dejaba muy claro.

Igual de asombroso era el inesperado silencio del Kremlin. En los dieciocho minutos transcurridos desde que las tropas habían cruzado la frontera, Zhanin no había hecho ninguna declaración pública sobre el acontecimiento. Por ahora, todas las embajadas occidentales en Moscú estaban redactando y entregando en mano cartas que expresaban preocupación.

Marev y su pequeño equipo seguían destilando información pura a partir de las comunicaciones entrantes, que daba un número variable de contingentes y equipo que se encontraba en movimiento. Pero aún más sorprendente eran algunos detalles del despliegue. Hacia el oeste de Novgorod, cerca del centro administrativo ucraniano de Chernigov, el general de división Andrassy había establecido una línea de batallones de artillería de diez kilómetros en formación de apoyo triangular: dos líneas de doscientos metros de obuses M1973 y M1974, separadas por un kilómetro, y detrás de ellas, a casi otro kilómetro de distancia, en el centro del vacío que dejaban las anteriores, se desplegaba una tercera línea de doscientos metros de artillería. Las armas apuntaban hacia la

frontera de Bielorrusia y estaban lo bastante cerca como para ser equipadas con miras ópticas de fuego directo.

No se trataba de meras maniobras: eran los preparativos para una guerra. Y si eran preparativos para una guerra, se preguntaba en qué medida Rossky —y por asociación, él mismo— estaban implicados.

Orlov pidió a Nina que le pusiera al teléfono con el director Rolan Mikyan, del Ministerio de Seguridad. Orlov conocía al erudito Mikyan desde los días del cosmódromo, cuando el azerbayaní —doctorado en ciencias políticas— fue secundado desde el GRU, la agencia de inteligencia militar, para que se hiciera cargo de la seguridad de la instalación espacial. Los dos habían mantenido varias reuniones en el último año para trabajar en modos de compartir la inteligencia y evitar la duplicación de esfuerzos. Orlov había descubierto que, aunque los años no habían mermado el compromiso de Mikyan con Rusia, las transformaciones habían hecho de él un cínico, lo que sospechaba se debía a una ternura tardía que había desarrollado por su república natal.

Nina encontró al director en su casa, aunque no estaba durmiendo.

—Serguéi —dijo Mikyan—. Estaba a punto de llamarte.

—¿Sabías lo de Ucrania? —le preguntó Orlov.

—Somos los jefes de inteligencia. Sabemos todo lo que pasa.

—No lo sabías, ¿verdad?

—Parece que hemos sufrido un vacío de información en esa zona. Un ángulo muerto causado por elementos del ejército, según parece.

—¿Sabes que tenemos ciento cincuenta obuses apuntando hacia Minsk?

—El director nocturno acaba de informarme —le comunicó Mikyan—. Y el avión del correo Muronmetz que ha despegado de Odessa ha estado sobrevolando la frontera moldava, con mucho cuidado de no cruzarla.

—Entonces sabes más que yo —confesó Orlov—. ¿Qué opinas?

—Alguien de arriba ha organizado una operación de alto secreto. Pero no me siento mal, Serguéi. Ha pillado a un montón de gente por sorpresa, incluido, según parece, nuestro nuevo presidente.

—¿Ha hablado alguien con él?

—Ahora está encerrado con todos sus colaboradores —le explicó Mikyan—. Salvo el ministro del Interior, Dogin.

—¿Dónde está?

—Enfermo en su dacha en las colinas fuera de Moscú. He hablado con él hace unas horas —puntualizó Orlov enfadado—. Estaba bien.

Estoy seguro de que sí. Lo que te da una idea de quién ha dirigido todo esto.

Sonó un teléfono.

—Discúlpame —se excusó Orlov con Mikyan.

—Espera, tengo que ir al ministerio, pero te iba a llamar antes porque hay algo que debes tener en cuenta. Dogin patrocina tu instalación en el Kremlin y tú entraste en funcionamiento poco antes de la incursión. Si el ministro está usando el Centro de Operaciones para dirigir esto, y pierde, podrías enfrentarte a un pelotón de fusilamiento. Crímenes contra el Estado, ayudar a una potencia extranjera…

—Ya se me había ocurrido. Gracias, Rolan. Hablaremos más tarde.

Cuando Mikyan colgó, Nina le dijo al general que Zilash estaba al teléfono. Orlov cambió a la línea interior.

—¿Sí, Arkady?

—General, la defensa aérea en la isla Kolgúiev informa que el 76T ha cruzado el territorio de Finlandia hacia el mar de Barents y en estos momentos vuela rumbo al este.

—¿Tiene alguna idea de adónde se dirige?

—Ninguna, señor —admitió Zilash.

—Una suposición… algo.

—Al este, señor. El avión se dirige claramente hacia el este, pero se dice que podría tratarse de un avión de su ministro. Estamos empleando los 76T para transportar cargamentos desde Alemania, Francia y Escandinavia.

—¿Ha intentado identificarlo la defensa aérea?

—Sí, señor. Están enviando la señal correcta.

Orlov sabía que eso no significaba nada. Las luces de emisión de calor situadas en el morro de los aviones eran bastante fáciles de fabricar, comprar o robar.

—¿Ha hablado alguien con el 76T?

—No, señor. La mayoría de transportes mantienen silencio radiofónico para mantener libres las ondas aéreas.

—¿Ha captado defensa aérea alguna comunicación exterior con cualquier otro aparato ruso?

—No que yo sepa, señor.

—Gracias. Me gustaría que me informaran cada media hora, aunque no haya novedades. Y quiero saber una cosa más, Zilash.

—Sí, señor.

—Siga y grabe cualquier comunicación entre el general Kosigan y el Ministerio del Interior. Tanto a través de las líneas de teléfono regulares como de la conexión privada del general.

El silencio duró solo un momento, pero pareció más largo.

—¿Quiere que espíe al general Kosigan, señor?

—Quiero que cumpla mis órdenes —respondió Orlov—. Supongo que estaba repitiéndolas y no poniéndolas en duda.

—Sí, señor, eso es; gracias.

Cuando Orlov colgó, se dijo que se había equivocado con el avión, que era una de esas maniobras que la CIA llevaba a cabo de vez en cuando para ver cuál era la reacción de los rusos si creían que la tripulación de uno de sus aviones o barcos transportaba agentes secretos reclutados para proporcionar información sobre sus esferas de actividad. En una confrontación militar no había nada

peor que el mando empezara a dudar de la lealtad de sus propias tropas.

Pero el instinto y la prudencia le decían lo contrario. Suponiendo que el avión fuera de los Estados Unidos o de la OTAN, pensó cuáles podían ser sus posibles destinos. Si se dirigían a los Estados Unidos, habría sobrevolado el Ártico o cruzado el Atlántico. Para llegar al Extremo Oriente, habría usado las rutas aéreas del sur. Recapacitó sobre su última conversación con Rossky y sobre la pregunta que parecía tener una única respuesta. ¿Por qué usar aviones rusos a menos que planearan entrar en algún lugar de Rusia? ¿Y a qué lugar de la Rusia oriental podían querer ir?

También esa pregunta parecía tener solo una respuesta y a Orlov no le gustaba.

Pulsó el número veintidós en el teléfono; le respondió una voz profunda.

—Oficial de apoyo de Operaciones Fiodor Buriba.

—Fiodor, soy el general Orlov. Por favor, póngase en contacto con el doctor Sagdeev, del Instituto de Investigación Espacial ruso, y redacte un informe de la actividad de los satélites estadounidenses y de la OTAN, desde las nueve de la noche de ayer hasta la una de esta madrugada, que cubran el área de Rusia oriental entre el mar de Ojotsk y la meseta Aldan, y al sur hasta el mar del Japón.

—Enseguida —replicó Buriba—. ¿Quiere solo la cobertura principal: informes sobre el sistema de posicionamiento global y las horas en que se descargó la información o desea también los informes de sensores electroópticos, foco isoeléctrico…?

—Con la cobertura principal bastará. Cuando lo tenga, relacione la información con la hora en que las provisiones se trasladaron desde el Gulfstream al tren de Vladivostok y vea si algún satélite pudo haberlo visto.

—Sí, señor.

Buriba colgó y Orlov se sentó hacia atrás y levantó la vista al oscuro techo. La Oficina de Reconocimiento de Basura Espacial de

Albert Sagdeev del Instituto de Investigación Espacial ruso se había creado para rastrear el creciente número de cohetes tirados, naves espaciales abandonadas y satélites muertos que giraban en torno a la Tierra y que constituían un auténtico peligro para los navegantes espaciales. Pero en 1982 su equipo de cinco personas fue doblado y ahora también se encargaba de estudiar clandestinamente los satélites espía estadounidenses, europeos y chinos. Los ordenadores de Sagdeev estaban conectados a enlaces dispersos por toda la nación y permanecían alertas cada vez que los satélites transmitían información. Aunque la mayoría estaba cifrada digitalmente y no podía ser reconstruida, al menos los rusos sabían quién estaba espiando, qué y cuándo.

Era posible —no, era probable, cuanto más lo pensaba Orlov— que el movimiento creciente de tropas rusas de los últimos días hubiera hecho que Estados Unidos y Europa vigilaran de cerca instalaciones militares como la base naval de Vladivostok. Y al hacerlo, pudieron haber visto el traslado de cajas desde el avión al tren.

«Pero ¿por qué atrajo su atención lo bastante como para enviar un avión tras él?», se preguntaba. Sobre todo cuando el tren podía ser observado desde el espacio, si lo único que querían hacer los Estados Unidos o Europa era seguirlo.

Si el avión pretendía ir hacia el tren, probablemente querría estar el mínimo tiempo en territorio ruso. Eso significaba una aproximación desde el este, lo que daba a su hijo entre diez a catorce horas para prepararse.

Sin embargo, era una empresa peligrosa para quienquiera que dirigiera el 76T, y la pregunta continuaba en el aire: ¿por qué iba a molestarse alguien?

A pesar de todo lo que estaba sucediendo, Orlov sabía que tenía que descubrir por qué el cargamento era tan importante. Y también sabía que solo había un modo de averiguarlo.

CUARENTA

Martes, 10:09, Ussurisk

La locomotora a vapor de antes de la guerra tenía la plancha de la caldera oxidada, el rastrillo desdentado y una chimenea ennegrecida por décadas de carbonilla. El ténder de carbón estaba lleno. La cabina no solo contenía carbonilla sino recuerdos de viajes anteriores por toda Rusia. Había trozos de hojas secas de los bosques de Irkutsk, arena de las llanuras del Turkestán, manchas de petróleo de los campos de Usinsk.

También había fantasmas. Las sombras de los interminables maquinistas que habían accionado el regulador o alimentado la caldera con carbón. El joven teniente Nikita Orlov los veía en el mango de madera del silbato sucio con el paso del tiempo, sobre el suelo de hierro cuya superficie tachonada estaba desgastada por el contacto con zapatos y botas. Al mirar por la ventana, imaginaba los campesinos que habían observado ese tren maravillados, pensando: «¡Por fin el tren ha llegado a Siberia!». Los largos carromatos de bueyes o caballos que atravesaban el Gran Camino del Correo pertenecían al pasado. Ahora cientos de pequeñas comunidades tenían una línea vital de comunicación de hierro, no de barro.

Pero una cosa era la historia y otra muy distinta la urgencia. Orlov habría preferido una locomotora *diesel* a esta reliquia, pero era todo el transporte que el director de Vladivostok había podido prestarle. Si una cosa había aprendido Orlov sobre el gobierno y el

ejército era que un coche, un tren o un avión a mano, del año que fuera, era mejor que nada. Siempre podías intentar cambiarlo por algo mejor.

No es que la máquina estuviera mal, pensó Orlov. A pesar de seis décadas de uso estaba en un estado relativamente bueno, pensó Nikita. El eje motor, el eje de acoplado y el eje portante eran fuertes y los cilindros sólidos. Además del ténder de carbón, tiraba de dos vagones y un furgón de cola. Viajaba a una buena velocidad, más de sesenta y cuatro kilómetros por hora, entre la nieve que caía. A esa velocidad, y con dos soldados alimentando la caldera por turnos, el teniente Orlov esperaba dejar atrás la tormenta en dieciséis o diecisiete horas. Según su asistente y radiooperador, el cabo Fodor, eso los situaría entre Jabárovsk y Bira.

Nikita y el rubio y aniñado Fodor se sentaban en extremos opuestos de un banco de madera del primer vagón. Un tercio de las cajas de madera estaban apiladas en forma de pirámide, seis filas en el fondo del vagón. El postigo del lado derecho del tren estaba abierto y en el saliente habían fijado una antena parabólica, mirando hacia afuera. Dos cables partían de la antena hasta el maletín del teléfono de seguridad que habían colocado debajo de ella en una manta sobre el suelo. Fodor había tapado la ventana con un trozo de lona para evitar que entraran el viento y la nieve. Cada cierto rato tenía que levantarse a quitar la nieve derretida de la antena.

Ambos hombres vestían pesados abrigos blancos de invierno con el forro de piel y calzaban buenas botas. Sus guantes y fanales descansaban entre ellos encima del banco. Nikita fumaba un cigarrillo liado a mano y tenía los dorsos de las manos desnudas junto al fanal. Fodor encendió un ordenador portátil. Tenían que gritar para poder oírse por encima del ulular del viento y el traqueteo de las ruedas.

—Señor, un Mi8 tendría que hacer viajes circulares de cinco kilómetros para transportar el cargamento a la zona más próxima en la que pudiera aterrizar un reactor.

Nikita miró la pantalla, juntando pensativo las espesas y negras cejas.

—Eso será si conseguimos un avión. Aún no comprendo por qué en Vladivostok solo pudieron proporcionarnos este tren.

—Quizás estemos en guerra, señor —bromeó Fodor— y nadie se ha molestado en decírnoslo.

Sonó el teléfono. Fodor se inclinó hacia atrás y respondió, tapándose el otro oído con un dedo para poder oír. Al cabo de un momento, apartó el fanal a un lado y le tendió el receptor negro a Nikita.

—Es Korsakov, que transmite una llamada del general Orlov —informó Fodor con los ojos muy abiertos y un deje de admiración en la voz.

Con expresión pétrea Nikita se puso y gritó:

—Diga, señor.

—¿Puedes oírme?, preguntó el general.

—¡Apenas! Si pudiera usted hablar un poco más alto, señor…

El general Orlov dijo despacio y claramente:

—Nikita, creemos que un 76T controlado por un gobierno extranjero tal vez trate de interceptar tu tren a última hora de la noche. Intentamos averiguar quién o qué hay a bordo, pero para hacerlo necesito saber qué contiene tu cargamento.

La mirada de Nikita se desplazó de su regazo a las cajas. No podía comprender por qué su padre no se lo preguntaba al oficial encargado de la operación.

—Señor, el capitán Leshev no compartió esa información conmigo.

—Pues me gustaría que abrieses una caja —afirmó el general Orlov—. Estoy entrando la orden en el ordenador y no serás responsable de inspeccionar el cargamento.

Nikita aún miraba la caja. Sentía curiosidad sobre su contenido y, después de aceptar la orden, le pidió a su padre que no se retirara del teléfono.

Nikita le pasó el auricular a Fodor, se puso los guantes y se dirigió hacia las cajas. Cogió una palanca que colgaba de un gancho en la pared, metió la hoja bajo el saliente de la madera, puso el pie en el otro extremo de la palanca y pisó fuerte. El borde de la caja chirrió y se abrió.

—Cabo, traiga el fanal.

Fodor se apresuró y cuando la luz amarillenta cayó sobre la caja vieron fajos de billetes norteamericanos de cien dólares, atados con tiras de papel blanco y colocados en ordenadas pilas.

Nikita apartó la tapa con la bota. Le dijo a Fodor que abriera otra caja, luego cruzó el renqueante vagón hasta la mesa y cogió el teléfono.

—Las cajas contienen dinero, padre —gritó—. Moneda norteamericana.

—¡Aquí también, señor! —voceó Fodor—. Dólares norteamericanos.

—Probablemente eso es lo que contienen todas las cajas —aventuró Nikita.

—Dinero para una nueva revolución —comentó el general Orlov.

Nikita se tapó una oreja con la mano.

—¿Perdón, señor?

El general le preguntó:

—¿Le ha informado Korsakov de lo de Ucrania?

—No, señor, no lo ha hecho.

A medida que el general Orlov le resumía el movimiento de los ejércitos del general Kosigan, la rabia de Nikita aumentaba, no solo por el hecho de estar lejos de la auténtica acción militar sino porque ignoraba si su padre y el general Kosigan habían tenido algún contacto en el pasado, aunque sabía tácitamente que ambos estaban en lados opuestos de la incursión. Y eso presentaba un problema, pues él habría preferido trabajar junto al dinámico y ambicioso general Kosigan que con un piloto de pruebas lleno de

condecoraciones… que solo se acordaba de que tenía un hijo cuando Nikita le ponía en algún aprieto.

Esperó a que su padre acabara y el joven oficial dijo:

—¿Puedo serle franco, señor?

La petición era extraordinariamente irregular. En el ejército ruso, incluso hablar informalmente a un *koniandir* o *nachal'nik* —un mando o superior— era inaceptable. La respuesta a cualquier pregunta no era *da* o *nyet*, «sí» o «no», sino *tak tochno o nikak nyet*, «exactamente así» o «de ningún modo».

—Sí, claro —respondió el general Orlov.

—¿Por eso me envió a custodiar este cargamento? ¿Para mantenerme alejado del frente?

—Cuando me puse en contacto contigo, hijo, no había frente.

—Pero tú sabías lo que se avecinaba, tenías que saberlo. En la base hemos oído que donde tú estás ahora no hay lugar para sorpresas.

—Lo que tú has oído son los estertores agónicos de la máquina de propaganda. La operación ha tomado a muchos altos oficiales por sorpresa, incluido yo mismo. Y hasta que no disponga de más información, no quiero que el dinero salga del tren.

—¿Y si el general Kosigan planea usarlo para comprar la cooperación de los funcionarios ucranianos locales? Retrasar el dinero podría costar vidas rusas.

—O salvarlas —puntualizó el general Orlov—. Cuesta dinero sufragar una guerra.

—Pero ¿es prudente sospechar de él? He oído que ha sido soldado desde que era un muchacho…

—Y en muchos aspectos —afirmó severamente el general Orlov —, aún sigue siéndolo. Desplegarás tus tropas según las agujas del reloj en el tren para que nadie pueda acercarse a los vagones y no admitas a nadie sin consultarlo conmigo.

—Sí, señor —respondió Nikita—. ¿Cuándo volveremos a hablar?

—Te haré saber más cosas sobre el dinero o sobre el 76T cuando me entere. Nikki, tengo la sensación de que estás más cerca del frente de lo que nadie cree. Ten cuidado.

—Lo tendré, señor.

El teniente apretó el botón de la izquierda del teléfono y colgó. Pidió a Fodor que limpiara de nieve la antena, luego volvió al mapa del ordenador. Sus ojos se movieron sobre la ruta del mapa, desde Ippolítovka a Sibirchevo y Muchnaia y más al norte. Luego comprobó el reloj.

—Cabo Fodor, llegaremos a la carretera Ozernaya aproximadamente dentro de media hora. Dígale al maquinista que se detenga en ese punto.

—Sí, señor —dijo Fodor, y se dirigió a la parte delantera del vagón para usar el interfono que comunicaba con la locomotora.

Nikita velaría porque el tren estuviera a salvo. Era por el futuro de Rusia y nadie —ni siquiera su padre, el general— iba a detenerlo.

CUARENTA Y UNO

Lunes, 19:10, Washington, D.C.

—¡Lo conseguí!

Hood estaba disfrutando de una breve siesta en el sofá, feliz de dejar algunas de las obligaciones rutinarias a Curt Hardaway y el personal de noche, cuando Lowell Coffey entró en su despacho exultante como un colegial.

—Firmado, sellado y… tal tal… entregado.

Hood se sentó y sonrió.

—¿El CIC dijo que sí?

—Han dicho que sí, aunque no tiene nada que ver conmigo. Los propios rusos lo han hecho por nosotros enviando cien mil soldados a Ucrania.

—Comprendo. ¿Se lo has dicho a Mike?

—Acabo de verle. Ahora viene.

Hood miró el documento con la firma del senador Fox, justo en la parte superior, donde los buenos conservadores desearían verlo. Aunque él también se alegraba de verlo. Mientras descansaba allí tumbado, había decidido apoyar a Rodgers en lo de la misión de Striker. Las comprobaciones y los balances no estaban mal, pero a veces era mejor decidirse por la acción firme.

Cuando Lowell se fue para informar a Martha Mackall, Hood se reclinó en el sofá, llamó por correo electrónico a Hardaway, luego se

restregó los ojos y se acordó exactamente de por qué quería dirigir Op-Center.

Hood y todos cuantos conocía —incluido el presidente, con quien con frecuencia discrepaba— hacían lo que hacían, porque no les bastaba con saludar la bandera con la mano en el corazón. Necesitaban ofrecer sus vidas y todo su compromiso. Rodgers le había dado la placa de bronce que descansaba en su escritorio, algo que había escrito Thomas Jefferson: «El árbol de la libertad debe ser alimentado de vez en cuando con la sangre de patriotas y tiranos». Desde que estaba en la universidad, quiso formar parte de ese proceso.

«Ese sagrado proceso», se corrigió.

Entonces llegaron Rodgers y Bob Herbert y después de estrecharse la mano, los hombres se abrazaron.

—Gracias, Paul —manifestó Rodgers—. Charlie está ansioso de hacerlo.

Hood no lo dijo, pero sabía que ambos pensaban lo mismo: por fin tenían lo que querían, por fin sus plegarias habían sido atendidas.

Hood se dejó caer en la silla detrás del escritorio.

—Y ahora que pueden ir, ¿qué vamos a hacer para sacarlos?

—Como los del CIC lo han aprobado, mis amigos del Pentágono nos han dado el Mosquito —le explicó Rodgers.

—¿Qué es eso?

—Un helicóptero de alto secreto, variedad Stealth, indetectable por cualquier radar, prácticamente invisible. El Pentágono aún no ha terminado de probarlo y lo han enviado a Seúl porque creían que podía ser útil en una contingencia durante la crisis de Corea, pero es el único modo de entrar y salir de Rusia sin ser vistos, oídos u olidos, así que en realidad no tenemos otra opción.

—¿Charlie está de acuerdo con esto? —preguntó Hood.

—Es un niño con un juguete nuevo —rio Rodgers—. Dale un pedazo de material de alta tecnología grande y nuevo y lo harás feliz.

—¿Qué hora se ha fijado?

—El Mosquito aterrizará en Japón alrededor de las diez, hora local. El traslado del 76T tendrá lugar en otros cuarenta y cinco minutos y esperarán hasta que les dé la orden.

Hood preguntó tranquilamente:

—¿Y si el Mosquito es derribado?

Rodgers respiró hondo:

—Tendrá que ser destruido lo más completamente posible. Existe un botón de autodestrucción para eso y es muy concienzudo. Si la tripulación no puede destruirlo por el motivo que sea, lo tendrá que hacer Striker. El Mosquito no puede caer en manos enemigas.

—¿Cuál es el sustituto si el Mosquito fracasa?

—Striker tendrá más de seis horas de oscuridad para cruzar veinte kilómetros hasta el 76T —explicó Rodgers—. El terreno es abrupto pero practicable. Incluso en las peores condiciones, con temperaturas inferiores a los cinco grados bajo cero; tienen ropas térmicas y gafas de visión nocturna. Podrán hacerlo.

—¿Cómo se elevará el 76T? —preguntó Hood.

—Es un pájaro de invierno —dijo Herbert—. Nada haría que se congelase a menos que se llegara a los diez grados bajo cero, lo cual no ocurrirá.

—¿Y si ocurre?

—Si la temperatura empieza a descender, despegaremos, se lo notificaremos a Striker y tendrán que esconderse hasta que podamos evacuarlos. Tienen el entrenamiento de supervivencia. No les pasará nada. Según los estudios geográficos de Katzen, hay abundante caza menor al oeste de la siena Sijote-Alin y en las colinas existen numerosas cuevas para guarecerse o esconderse.

—Así que hasta aquí vamos bien. ¿De qué contingentes disponemos si los rusos identifican el 76T y se dan cuenta de que no es de los suyos?

—No es probable que ocurra —afirmó Rodgers—. Conseguimos hacernos con un emisor de identificación IFF de uno de los 76T que

perdieron en Afganistán. Los rusos no han cambiado su tecnología de identificación Amigo o Enemigo desde hace años, así que en eso estamos bien. No es como nuestros aviones, que emiten señales de microondas milimétricas para identificarse ante los transmisores-receptores de otros aparatos y estaciones de control.

—¿Y las comunicaciones con el 76T?

—Nuestro único contacto con el avión ha sido en código —aclaró Rodgers—. Los rusos están acostumbrados a que mandemos falsas comunicaciones para bloquear sus recursos y tienden a ignorar los comunicados que llegan desde el exterior a sus propios aviones. Durante las próximas horas nos comunicaremos con más aviones rusos para asegurarnos de que se lo tragan… que les estamos molestando debido a su movimiento de tropas. Entretanto, el 76T mantendrá silencio radiofónico como la mayoría de los transportes rusos. Si la defensa aérea rusa empieza a ponerse nerviosa, hablaremos con ellos. La coartada que daremos al piloto es que está transportando un pedido de piezas de recambio de una máquina desde Berlín y bidones de combustible de goma desde Helsinki. En estos momentos hay escasez de goma en Rusia. Si por alguna razón los rusos descubrieran al 76T, eso explicaría por qué había estado en Alemania y Finlandia.

—Me gusta mucho. ¿Supongo que están dando un largo rodeo alrededor de Rusia para no entrar en las rutas aéreas ni sobrevolar poblaciones rusas?

Rodgers asintió.

—Ahora mismo esos cielos están muy transitados. Si el 76T se ve obligado a hablar a los rusos, se lo tragarán, pues lo que supuestamente estamos transportando no es tan crucial como tropas, raciones y armas.

—¿Y si su coartada queda invalidada por algún motivo? —preguntó Hood—. ¿Qué SCP usaremos?

—Si tenemos que ejecutar una Súbita Conclusión de Proyecto sobre el espacio ruso —puntualizó Herbert—, nuestra radio

enmudecerá y nos iremos todos a la mierda. Además, tenemos unos cuantos trucos a los cuales recurrir mientras nos retiramos. No nos dispararán a menos que estén absolutamente seguros de que no somos de los suyos, y no lo estarán.

—Suena bien. Dile a la sesión de Táctica y Estrategia y al resto de tu equipo que ha hecho un trabajo increíble.

—Gracias, se lo diré —replicó Rodgers, y levantó el pisapapeles redondo y empezó a darle vueltas en su mano—. Paul, hay algo más. Es otra de las razones por las que el Pentágono quería hacer una pequeña exhibición con el Mosquito.

Hood levantó la cabeza hacia Rodgers.

—¿Una exhibición?

Rodgers asintió.

—Dos de las cuatro divisiones motorizadas rusas del frente del Turkestán han sido retiradas y enviadas a Ucrania. Kosigan ha retirado una división de tanques del Noveno Ejército del frente Transbaikal y una brigada aerotransportada del frente del Lejano Oriente. Si estalla el conflicto con Polonia y retiran más fuerzas de la frontera china, cabe la posibilidad de que Pekín aproveche la situación para crear problemas. Los chinos han puesto recientemente al general Wu De al mando del Undécimo Ejército de Lanzhou. Si lees el informe de Liz, sabrás que ese tipo es un demente.

—Lo he leído —respondió Hood—. Era un astronauta de su abortado programa espacial.

—Exacto. Ahora bien, hemos realizado simulaciones de guerra a lo largo de esas líneas, pues no es tan descabellado. De hecho, el presidente simplemente ha pedido al Pentágono enviarlos. Si los chinos ponen sus cinco divisiones de guardias de fronteras en estado de alerta para amenazar a Rusia con un segundo frente, los rusos no se retirarán. Nunca lo han hecho y nunca lo harán. Estallarán escaramuzas y se desatará una guerra a menos que prevalezca una cabeza fría, en este caso, Zhanin. Nuestra política en esta situación

es respaldar a los pacifistas, pero hacerlo significaría tener que aliarnos con Zhanin y quizás incluso apoyarlo militarmente…

—Rompiendo nuestro acuerdo con Grozni. ¡Fea situación! Nosotros ayudaríamos a separar a Pekín de Moscú y nuestros esfuerzos se verían recompensados con atentados terroristas.

—Es una posibilidad real —sostuvo Rodgers—. Por eso la «incursión sorpresa» aérea de otro aparato Stealth es tan importante. Cuanto más tiempo podamos inmiscuirnos en la situación sin que Grozni lo descubra, mejor nos irá.

Sonó el teléfono. Hood miró el código digital en la pantallita de la base. Era Stephen Viens, de la ONR.

Hood levantó el auricular.

—¿Qué pasa, Stephen?

—¿Paul? Creía que estabas de vacaciones.

—He vuelto. Además ¿qué tipo de organización de inteligencia diriges?

—Muy gracioso —comentó Viens—. Bob quiere que vigilemos ese tren Transiberiano y ha habido un cambio.

—¿De qué tipo?

—No es bueno; echa un vistazo a tu monitor; te enviaré la imagen.

CUARENTA Y DOS

Martes, 9:13, Seúl

Las ventanas del hangar de la base en el exterior de Seúl eran a prueba de balas y estaban pintadas de negro. Las puertas se encontraban cerradas, custodiadas por centinelas apostados en cada una de ellas, y a nadie más que a los miembros del equipo M de las Fuerzas Aéreas le estaba permitido acercarse al edificio. La unidad Mosquito estaba al mando del general Donald Robertson, una persona dinámica de sesenta y cuatro años que había descubierto el *bungee jumping* a los sesenta y lo practicaba una vez al día antes de desayunar.

Dentro, el equipo de veinte soldados había realizado este ejercicio docenas de veces con un prototipo de plástico y madera. Ahora que la emergencia y la carga eran reales, se movían aún con mayor velocidad y precisión, alentados por la necesidad, manejando segura y silenciosamente los componentes de color negro mate, sorprendentemente ligeros. Habían practicado cargándolo en diversos aparatos, desde el helicóptero Sikorsky S-64 para misiones inferiores a los cuatrocientos kilómetros hasta aviones de carga que iban desde el StarLifter hasta el viejo Short Belfast de la RAF para recorridos de ocho mil kilómetros o más. Para el viaje de mil doscientos kilómetros a Hokkaido, el general Milton A. Warden había autorizado el uso de un Lockheed C-130E. Tenía el compartimiento de carga más grande de todos los aparatos de los que disponían en

Corea del Sur y el acceso trasero a la bodega principal, con su rampa activada hidráulicamente, hacía relativamente fácil el proceso de entrar y salir. Como Mike Rodgers le había dicho a Warden, la velocidad adquiriría una importancia decisiva una vez que el Hércules hubiera aterrizado en Japón.

Mientras el equipo M lo cargaba, el piloto, el copiloto y el técnico de navegación revisaban el plan de vuelo, comprobaban los cuatro motores T-56-A-1A turbo-propulsados y obtenían los permisos de la torre de la base secreta de Estados Unidos, situada a medio camino entre Otaru, en la costa, y la capital de la prefectura de Sapporo. La base se había creado a principios de la guerra fría como base de avituallamiento para las misiones a la Rusia oriental y había alojado entre diez y quince aviones espía estadounidenses hasta que los satélites los dejaron relativamente obsoletos a principios de los años ochenta. Ahora las tropas allí estacionadas se llamaban a sí mismas «pájaros vigilantes» y mantenían un ojo en el radar y un oído en la radio para controlar las idas y venidas rusas.

Pero con dos transportes pesados de camino y la necesidad de información climatológica y geográfica precisa, los pájaros vigilantes volvían a recuperar el gusto por el vuelo. Y mientras el Hercules salía del hangar de Seúl, las tropas de Hokkaido hacían los preparativos para ayudar a fijar el objetivo, lanzar y guiar un vehículo que dejaría a los rusos preguntándose qué les había golpeado.

CUARENTA Y TRES

Martes, 4:05, golfo de Finlandia

En el interior del pequeño submarino el olor era terrible. El aire era seco y viciado. Pero para Peggy James no era eso lo peor. Odiaba la sensación de absoluta desorientación. El submarino era constantemente azotado por corrientes que lo mecían de un lado a otro o lo zarandeaban de arriba abajo. El timonel usaba los timones de la nave para ajustar el rumbo, lo cual, durante un momento, convertía al caballito de madera en un potro salvaje.

A Peggy le costaba ver y oír. Para empezar, susurraban. Y el grosor del casco y el agua que los rodeaba amortiguaban aún más los sonidos. Salvo la tenue luminiscencia que despedía el panel de control, la única luz procedía de la pequeña linterna semitapada que les permitían usar. Su mortecina luz amarilla —y no digamos las largas horas que llevaba despierta y el calor adormecedor de la cabina— hacían difícil mantener los ojos abiertos. Después de dos horas bajo el agua, la joven ansiaba encarecidamente emerger en el punto medio del que les separaban cuatro horas.

Las buenas noticias eran que David George había aprendido las frases en ruso con bastante rapidez, lo que le recordaba que nunca debía juzgar a una persona por su pronunciación lenta ni confundir la impaciencia con la ingenuidad. George era listo y perceptivo e infundía un entusiasmo juvenil a todo lo que hacía. Aunque era tan

marinero de agua dulce como ella, a George no parecía importarle el viaje.

Peggy y George mataron el tiempo revisando mapas de San Petersburgo y fotocopias que mostraban el plano del Ermitage. Peggy coincidía con los analistas del DI6, que creían que las actividades de espionaje debían de estar en un apéndice del nuevo estudio de televisión y que Fields-Hutton probablemente tuviera razón al creer que el estudio estaba situado en el sótano. El estudio no solo era una cobertura perfecta para el equipo que los rusos necesitaban y el tipo de señales que emitirían, sino que el sótano los mantenía alejados de la sección occidental del segundo piso. Allí era donde se conservaba la colección numismática del museo y el metal de las monedas podía afectar a instrumentos sensibles.

Dondequiera que estuviera situado, la instalación necesitaría cables de comunicaciones. Y si los encontraban, ella y el soldado George podrían descubrir lo que sucedía dentro. Además, si el Centro era subterráneo, había muchas posibilidades de que los cables estuvieran situados dentro o cerca de los conductos de ventilación. No solo era más fácil pasarlos por conductos ya existentes sino que era más fácil acceder hasta ellos para repararlos o actualizarlos. La pregunta era: ¿tendrían que esperar a que oscureciera para emprender su investigación electrónica o encontrarían algún lugar del museo en el que pudieran emplear el equipo que Peggy llevaba consigo?

Le pesaban los párpados en la escasa luz y Peggy le preguntó al soldado George si podían seguir más tarde. Él también admitió estar cansado y que le iría bien un descanso. Peggy cerró los ojos y se acurrucó en su asiento, sin pensar en el submarino sino imaginando que estaba en un columpio del jardín de una casa de campo en Tregaron, Gales. Allí era donde había crecido y a menudo iba de vacaciones con Keith, en un mundo en que la guerra fría era extrañamente menos peligrosa y más predecible que el nuevo orden poscomunista.

CUARENTA Y CUATRO

Martes, 6:30, San Petersburgo

—General —dijo el oficial de radio Marev por el teléfono—, Zilash nos informó que usted quería que le tuviéramos al corriente de las comunicaciones entre el general Kosigan y el ministro Dogin. Ahora mismo está teniendo lugar una, cifrada en el código Vía Láctea.

El general Orlov se puso muy tieso en la silla de su despacho.

—Gracias, Titev. Pásemela al ordenador.

Vía Láctea era el código más complejo utilizado por el ejército ruso. Se empleaba en líneas abiertas y no solo se codificaba electrónicamente la comunicación, sino que se dispersaba a través de numerosas longitudes de onda —por el aire, por así decirlo—, de manera que quien lo escuchara sin decodificador necesitaría literalmente docenas de receptores sintonizados en diferentes canales para captar cada parte del mensaje. Tanto el despacho del ministro como el centro de mando de Kosigan disponían de su propio decodificador. También Titev tenía uno.

Mientras colgaba y esperaba a que se descifrara y transcribiera el mensaje, Orlov comía el bocadillo de atún que Masha le había preparado y reflexionaba sobre las últimas horas. Rossky se había retirado a su despacho a las cuatro y media; de algún modo era un consuelo saber que incluso el hombre de acero de la *spetsnaz* tenía que descansar. Orlov sabía que le costaría un poco encontrar el tono adecuado con Rossky, pero se dijo que, pese a todos sus defectos, el

coronel era un buen soldado y, por mucho que costara, valía la pena esforzarse.

Orlov había salido para recibir al personal nocturno de la instalación ya en pleno funcionamiento y había aprovechado la oportunidad para invitar al homólogo nocturno del coronel Rossky, el coronel Oleg Dal, a su despacho. Dal, que encontraba a Rossky aún más irritante que Orlov, era un veterano de las Fuerzas Aéreas de sesenta años que había entrenado a Orlov. Fue uno de los tantos oficiales cuyas carreras llegaron prácticamente a un punto muerto después de que, en 1987, el adolescente Mathias Rust penetrase en las defensas aéreas rusas y aterrizara con su avioneta en la plaza Roja de Moscú. Dal detestaba que Rossky fuese tan remiso a ceder el mando de nada, incluso de aquellas áreas en las que el coronel tenía menos experiencia. También comprendía que ese era el estilo de la *spetsnaz*, pero eso no le hacía sentirse mejor.

El general Orlov informó a Dal del 76T y su avance hacia el este. Se hallaba al sureste de la Tierra de Francisco José en el océano Ártico. También le informó sobre los esfuerzos de la inteligencia de Estados Unidos para comunicarse con otros transportes rusos. Dal reconoció que el 76T parecía sospechoso, no solo porque volaba hacia el este, lejos de la acción, sino porque no se había registrado ninguna transferencia de mercancías ni en Berlín ni en Helsinki. Aunque las grabaciones podían hacerse en una cinta roja, Dal sugirió que enviaran una señal desde el aire para que el piloto rompiera el silencio radiofónico y explicara su misión. Orlov estuvo de acuerdo y le pidió que se encargara del asunto con el general de división de las Fuerzas Aéreas Petrov, que estaba al mando de las cuatro divisiones de la Defensa Aérea que patrullaban por el Círculo Ártico.

Orlov decidió no contarle nada sobre el dinero del tren Transiberiano. Quería descubrir qué estaban planeando Dogin y Kosigan antes de pasar a la acción y tenía la esperanza de que aquella llamada se lo aclarase un poco.

Orlov acabó rápidamente el final del bocadillo cuando empezaba a entrarle la transcripción. Sacó una servilleta de tela de la bolsa de papel y se limpió los labios. Conservaba restos del perfume de Masha desde que la había metido allí. El general sonrió.

Cuando empezaron a entrar las voces, Titev las había clasificado para que el ordenador reconociera cuál era la voz de Kosigan y cuál la de Dogin. El texto apareció en bloques compactos, interrumpidos cuando cambiaba el interlocutor y puntuados según la entonación del hablante. Orlov lo leyó con creciente interés. Le preocupaban no solo las perspectivas de paz sino también quién llevaba la voz cantante en la relación.

DOGIN: General, parece que hemos pillado al Kremlin y al mundo por sorpresa.

KOSIGAN: Esa era mi *zadacha dnia*… mi misión del día.

DOGIN: Zhanin aún no sabe qué está pasando…

KOSIGAN: Como le había dicho: oblígalo a reaccionar en lugar de actuar y está indefenso.

DOGIN: Esa es la única razón por la que le he permitido llevar sus tropas tan lejos antes de que llegara el dinero.

KOSIGAN: ¿Permitido?

DOGIN: ¿Estar de acuerdo, permitir, cuál es la diferencia? Tenía usted razón en querer poner a Zhanin a la defensiva enseguida.

KOSIGAN: Era un impulso que no podíamos perder.

DOGIN: No lo hemos perdido. ¿Dónde está usted?

KOSIGAN: A cincuenta kilómetros del oeste de Lyov, en Polonia. Todos los regimientos que me preceden están en su sitio y veo Polonia desde mi tienda de mando. Solo esperamos los grandes actos de terrorismo que el dinero de Shovich se supone que comprará. ¿Dónde están? Me estoy impacientando.

DOGIN: Tal vez tenga que esperar un poco más de lo previsto.

KOSIGAN: ¿Esperar? ¿Qué quiere decir?

DOGIN: La nieve. El general Orlov trasladó las cajas a un tren.

KOSIGAN: ¡Seis mil millones de dólares en un tren! ¿Cree que sospecha algo?

DOGIN: No, no, nada de eso. Lo hizo para transportar el cargamento a través de la tormenta.

KOSIGAN: Pero ¿en tren, ministro? Tan vulnerable…

DOGIN: Lo custodia la unidad del hijo de Orlov. Rossky me ha asegurado que el chico es un auténtico soldado, no un mono adiestrado del espacio.

KOSIGAN: Podía estar aliado con su padre.

DOGIN: Le aseguro, general, que no es ese el caso. Y después nadie oirá hablar jamás del dinero. Cuando esto termine, jubilaremos al viejo Orlov y devolveremos al joven a su agujero militar donde nadie oirá hablar nunca de él. No se preocupe. Haré que el cargamento vaya hacia el oeste de Bira, lejos de la tormenta, y se lo enviaré por avión.

KOSIGAN: ¡Quince o dieciséis horas desperdiciadas! ¡El primer disturbio importante debía haber sucedido para entonces! Se arriesga usted a dar tiempo a Zhanin a controlar la situación.

DOGIN: No nos arriesgamos. He hablado con nuestros aliados en el gobierno. Saben lo del retraso…

KOSIGAN: ¿Aliados? Son aprovechados, no aliados. Si Zhanin descubre que la trama llega hasta nosotros y les pone delante algunos fajos de dinero…

DOGIN: No lo hará. El presidente no hará nada, por ahora. Y nuestros mercenarios polacos actuarán en el momento en que se les pague.

KOSIGAN: ¡El gobierno! ¡Los polacos! ¡No necesitamos a ninguno de ellos! Déjeme enviar tropas de la *spetsnaz* disfrazadas de marineros u obreros de una fábrica a atacar la comisaría de policía y la estación de televisión.

DOGIN: No puedo permitirle hacer eso.

KOSIGAN: ¿Permitirme?

DOGIN: Son profesionales, necesitamos aficionados. Tiene que parecer que estalla una revuelta por toda la nación, no una invasión.

KOSIGAN: ¿Por qué? ¿A quién tenemos que tranquilizar? ¿A las Naciones Unidas? La mitad del ejército y las Fuerzas Aéreas y dos tercios de la Armada de la antigua Unión Soviética pertenecen ahora a Rusia. Controlamos quinientos veinte mil soldados del ejército, treinta mil misiles estratégicos, ciento diez soldados de la Defensa Aérea, doscientos mil efectivos de la Armada…

DOGIN: ¡No podemos luchar contra todo el mundo!

KOSIGAN: ¿Por qué no? Puedo tomar Polonia y luego tomar el Kremlin. Cuando se tiene poder, ¿qué importa lo que Washington o quien sea pueda pensar?

DOGIN: ¿Y cómo controlará Polonia cuando llegue el momento de moverse? ¿La ley marcial? Incluso sus tropas forman una cobertura demasiado endeble.

KOSIGAN: Hitler dio ejemplo con pueblos enteros. Funcionó.

DOGIN: Hace medio siglo, sí. Hoy no funcionaría. Los satélites, los teléfonos móviles y las máquinas de fax hacen imposible aislar una nación y quebrantar su espíritu. Le he dicho antes que esto debe ser un mar de fondo, dirigido por los oficiales y líderes que ya están en sus puestos. Personas a las que se puede comprar, pero en quienes los polacos confían. No podemos permitirnos el caos.

KOSIGAN: ¿Y la promesa de darles poderes más amplios cuando ganen las elecciones dentro de dos meses? ¿No basta con cambiar los jefes de policía y los alcaldes?

DOGIN: Sí, pero también han insistido en disponer de cuentas bancarias si pierden.

KOSIGAN: Bastardos.

DOGIN: No se engañe, general. Todos somos unos bastardos. Limítese a mantener la calma. He avisado a Shovich que el cargamento se retrasará y se lo ha dicho a sus agentes.

KOSIGAN: ¿Cómo se lo ha tomado?

DOGIN: Dijo que solía medir el tiempo haciendo unas marcas en la pared de su celda. Unas pocas marcas más no le importan.

KOSIGAN: Eso espero, por su bien.

DOGIN: Todo está aún en camino…, simplemente ha habido un retraso. En lugar de brindar por nuestra nueva revolución dentro de veinticuatro horas, brindaremos dentro de cuarenta.

KOSIGAN: Espero que tenga razón, ministro. De un modo o de otro, entraré en Polonia, se lo prometo. Buenas tardes, ministro.

DOGIN: Buenas tardes, general, y cálmese; no le defraudaré.

Cuando acabó la transmisión, Orlov se sintió tal como se había sentido la primera vez que se metió en una centrifugadora durante su entrenamiento de astronauta: desorientado y mareado.

El plan era apropiarse de Europa del Este, derrocar a Zhanin, y edificar un nuevo imperio soviético, y era ingenioso en su siniestro proceder. Una bomba en un periódico comunista de una pequeña ciudad polaca. Los comunistas de las ciudades, desde Varsovia a la frontera ucraniana, reaccionan con una violencia desmedida a la explosión Dogin consigue crear su mar de fondo animando a los comunistas de antaño: aún quedaban muchos que admiraban el modo en que Wladyslaw Gomulka se había librado de los estalinistas en 1956 y constituido un comunismo al estilo polaco, un peculiar híbrido de socialismo y capitalismo. Polonia se divide en dos mientras resucitan las viejas alianzas del sindicato Solidaridad y, junto con la Iglesia, empiezan a cerrar filas contra los comunistas, lo mismo que hicieron cuando el papa polaco instó a los católicos a hacer presidente a Lech Walesa. Los comunistas solapados salen a la luz, encabezando la reacción ante los atentados, ante la escasez de comida y otros bienes, y a un desorden semejante al que Polonia experimentó en 1980. Los refugiados se dispersan por el rico occidente ucraniano para poder comer, se azuzan viejas tensiones entre los católicos y la Iglesia ortodoxa ucraniana, tropas y tanques polacos son llamados a atajar el éxodo, y las tropas de Kosigan

escoltan a los refugiados de regreso a sus hogares en Polonia. Pero las tropas de Kosigan no se van y luego los checos y los rumanos se convierten en el próximo objetivo.

A Orlov le parecía estar soñando, no solo por los acontecimientos que se avecinaban, sino por la situación en que él había colocado a su hijo. Para detener a Dogin sería necesario ordenar a Nikita que no entregara el cargamento que le había confiado y tal vez que levantara las armas contra cualquiera que tratase de reclamar las cajas. Si Dogin salía victorioso, Nikita sería ejecutado. Si Dogin perdía, Orlov conocía bien a su hijo: este se sentiría como si hubiera traicionado al ejército. También cabía la posibilidad de que Nikita desobedeciera a su padre. Si eso ocurría, Orlov no tendría más remedio que arrestarlo cuando el tren se detuviera y hubiera entregado el cargamento. La insubordinación o la desobediencia de las órdenes significaba una sentencia de cárcel de uno a cinco años y no solo abriría una brecha definitiva entre ellos sino que Masha se lo tomaría muchísimo peor que el incidente de Nikki en la academia.

Puesto que la transcripción e incluso la emisión podía haber sido falsificada en el Centro —un montaje digital hecho con grabaciones anteriores— no había nada que pudiera presentar al presidente Zhanin como prueba de traición. Pero las cajas no debían ser entregadas y eso era algo que sí podía decir al Kremlin. Mientras tanto, esperaba lograr convencer a su hijo de que Dogin, un hombre que había servido a su patria con abnegación y que había evitado la expulsión del chico de la academia, era ahora un enemigo del país.

El coronel Rossky no había estado descansando.

La cabo Valentina Belyev se había ido a casa, dejando a Rossky a solas en su despacho. Había estado escuchando las comunicaciones entre los despachos del Centro, por medio del sistema que el difunto Pavel Odina había instalado para él. Pavel lo había instalado y nadie más debía conocer su existencia, así que el experto en comunicaciones tuvo que morir en el puente. Pavel no era un militar, pero eso no importaba. A veces incluso el fiel servicio de los civiles

debe terminar con la muerte. Era como las tumbas del antiguo Egipto, cuya seguridad se certificaba con la muerte de sus creadores. Tratándose de la seguridad nacional, no había lugar para sentimentalismos. De los oficiales de la *spetsnaz* se esperaba que mataran a cualquier hombre que estuviera herido o vacilara. Se esperaba que los mandos inferiores ejecutaran a los superiores que no remataran a los heridos o se comportaran cobardemente. Si era necesario, Rossky daría su vida para proteger un secreto de estado.

Los teléfonos exteriores y las comunicaciones internas del Centro de Operaciones estaban conectados al ordenador de Rossky. También había micrófonos electrónicos, tan delgados como un cabello humano, colocados en las salidas eléctricas, insertados en los ventiladores de aire y ocultos debajo de las alfombras. De ese modo, Rossky podía escuchar cualquier conversación por sus auriculares, o podía grabar digitalmente las conversaciones para su posterior reproducción o transmisión electrónica al ministro Dogin.

Rossky se había sentado apretando los labios mientras reproducía la conversación entre Orlov y su hijo. Luego escuchó cómo el general Orlov ordenaba a Titev que «pinchase» la conversación entre el ministro y el general Kosigan.

«¡Cómo se atreve!», pensó Rossky.

Orlov era un hombre popular, una figura emblemática que había sido contratada por su fama y su carisma cuando les urgía el dinero del ministro de Finanzas para crear el Centro de Operaciones. ¿Quién era él para poner en tela de juicio las acciones del ministro Dogin y el general Kosigan?

Y ahora Rossky escuchaba cómo el general Orlov, ese héroe tan condecorado, comunicaba a su hijo su destino y le decía que una vez allí evitase que las cajas fueran entregadas al ministro Dogin o a sus representantes. El general Orlov le dijo que le enviaría a su propio equipo del Colegio Naval para confiscar el cargamento.

Aunque Nikita aceptó la orden, Rossky sabía que no lo hacía de corazón. Eso era bueno. El muchacho no sería acusado de traición ni

ejecutado con su padre.

Rossky lo habría ejecutado gustosamente él mismo, pero el ministro Dogin no permitía tácticas ilícitas entre sus lugartenientes. Antes de que el Centro entrase en funcionamiento, el ministro había dado instrucciones a Rossky para que se comunicara con él y él se pondría en contacto con el general Mavik, mariscal de artillería, si era necesario para enmendar alguna orden de Orlov.

Cuando el general Orlov llamó por radio al comandante Levski, jefe de los doce hombres del equipo Molot, y le ordenó que se preparase para volar hasta Bira, el coronel Rossky ya había oído bastante. Entró un código en el ordenador que le daba acceso a una línea privada, una línea directa con el Ministerio del Interior, y notificó la situación al ministro Dogin. Dogin dijo que avisaría al general Mavik para disponer la salida de Orlov y ordenó a Rossky que se preparara para asumir el control del Centro de Operaciones.

CUARENTA Y CINCO

Martes, 8:35, sur del Círculo Ártico

El teniente coronel Squires miraba ausente cómo Honda comprobaba el equipo de comunicaciones de su mochila. En el 76T, habían usado las comunicaciones del avión para hablar con Op-Center. Una vez en tierra, usarían la antena negra en miniatura que estaba plegada en un lado de la mochila junto a la radio.

Honda se arrodilló, desplegó las patas y los brazos de su unidad de cuarenta centímetros de diámetro y comprobó que cada pata se extendiera del todo. Enroscó el cable coaxial de la antena negra en la radio, se colocó los auriculares y escuchó la prueba de autocalibrado del sistema. Luego comprobó el micrófono, con una cuenta atrás desde diez, e indicó a Squires con un gesto que todo iba bien.

Después comprobó el receptor de sistema de posicionamiento global, un instrumento activado por control remoto con un lector luminoso digital alojado en un bolsillo lateral de la mochila. Envió una señal de un cuarto de segundo que le permitiría verificar que el instrumento funcionaba, sin dar tiempo a los rusos de fijar su posición. Confiaron a la soldado DeVonne el compás del equipo y el altímetro, que sería responsable de llevarlos hasta el punto de evacuación una vez concluida la misión.

Tras despertarse de un breve sueño, el sargento Chick Grey comprobó su chaleco de asalto Tac III. En lugar de contener una

máscara antigás y municiones para una ametralladora de nueve milímetros, los bolsillos contenían el explosivo C-4 que necesitaban para la misión. Antes de caer en paracaídas sobre Rusia, todos los miembros de Striker se pondrían sus calientes y resistentes guantes de Nomex, parcas, sobretodos, gafas de lentes irrompibles, chalecos de Kevlar y botas de asalto. Luego comprobarían el equipo de sus cubrechalecos Tac III así como los cinturones de rappel, los bolsillos rígidos llenos de granadas luminosas, las ametralladoras H & K MP5A2 de nueve milímetros con munición extensa.

Squires tenía la sensación de que se olvidaban algo. Habría cambiado todo aquel equipo de tecnología avanzada para frío por un pequeño grupo de vehículos rápidos de asalto. Una vez en suelo ruso, Op-Center no podría hacer mucho para ayudarles en el tren o en la evacuación, pero un par de vehículos rápidos de asalto capaces de llevarlos sobre rocas y hielo a ciento treinta kilómetros por hora, con una ametralladora M60E3 delante y otra del calibre cincuenta detrás, les habrían sido de suma utilidad. Lanzarla en paracaídas y recomponerla, habría sido un inconveniente, pero aun así habría merecido la pena.

Squires caminaba por la cabina para estirar las piernas y que la tripulación le pusiera al día. Todos se alegraban de no haberse topado con los rusos, el piloto Matt Mazer puntualizó que no se debía a su sigilo y astucia, sino a las grandes aglomeraciones de tráfico aéreo. Después de comprobar en el mapa lo que se habían adentrado en el océano Ártico para luego bajar por el mar de Bering y dirigirse hacia el suroeste sobre Japón, Squires regresó a la cabina justo a tiempo para recibir una llamada de Mike Rodgers. Ahora que el 76T estaba en el radio de acción de los receptores rusos, la llamada se realizaba desde un enlace de radio que el ministro de Defensa finlandés Niskanen había establecido en la torre de Helsinki, con el fin de que no pudiera ser rastreado hasta Washington.

—Aquí Squires, señor —dijo después de que Honda le tendiera el auricular.

—Coronel —habló Rodgers—, ha habido cambios en el tren. La unidad rusa se ha detenido y aceptado pasajeros civiles. Parece haber unos cinco o diez hombres y mujeres en cada vagón.

Squires tardó un momento en asimilar la información. Había practicado con sus comandos ejercicios de desalojo de trenes llenos de terroristas y rehenes, en los que los enemigos eran menos y los civiles estaban ansiosos por salir, aunque esto era algo distinto.

—Comprendido, señor.

—Hay soldados en cada vagón —afirmó Rodgers con voz que denotaba abatimiento, casi desesperanza—. He repasado las fotos del tren. Tendrán que meter las bombas de humo a través de las ventanas, desarmar a los soldados y luego desalojarlos a todos. Cuando hayan hecho exactamente eso, entraremos en contacto con Vladivostok y les diremos dónde encontrar a los pasajeros. Déjenlos con la mayor cantidad de prendas para el frío que puedan.

—Comprendo.

—La evacuación será en el puente como le he mencionado antes —indicó Rodgers—. La recogida será exactamente a la medianoche. Tendrán ocho minutos hasta que el avión despegue, de modo que asegúrense de que llegan puntuales. El Comité de Inteligencia del Congreso no nos ha dado más tiempo.

—Será suficiente, señor.

—Tengo serias reservas sobre esto, Charlie, pero no parece haber otra alternativa. Si de mí dependiera, habría disparado al tren desde el aire, pero por algún motivo, el Congreso detesta matar soldados enemigos. Es mejor arriesgar los nuestros.

—Nos han contratado para ese trabajo, señor —sostuvo Squires —. Y ya me conoce, general, es el tipo de trabajo que me gusta.

—Lo sé —respondió Rodgers—, pero el oficial encargado del tren, un joven teniente llamado Nikita Orlov, no es el tipo de chaval que se enrola en el ejército por una comida regular. Según lo poco que tenemos en el archivo sobre él, es un luchador. El hijo de un héroe astronauta que tiene algo que demostrar.

—Bien, odio hacer todo este camino solo para realizar una misión de paseo, señor.

—Coronel, soy yo —afirmó severamente Rodgers—. Guarda el coraje para las tropas. Más que la detención del tren, deseo que mis *Strikers* vuelvan. ¿Lo comprendes?

—Lo he comprendido, señor.

Tras desearle buena suerte, Rodgers colgó y Squires le devolvió el teléfono a Ishi Honda. El oficial de radio volvió a su asiento y Squires consultó su reloj, cuya hora no se había molestado en cambiar al pasar por tres zonas horarias.

«Otras ocho horas», pensó. Plegó las manos sobre su cinturón, estiró las piernas y cerró los ojos. Antes de incorporarse a Striker, hacía solo siete meses, había pasado algún tiempo en el Centro de Investigación y Desarrollo Natick del ejército, en las afueras de Boston. Había participado en experimentos para producir un uniforme que imitara instantáneamente el entorno como un camaleón. Se había puesto uniformes con sensores fotosensibles que adaptaban la luz que despedía el tejido. Se sentaba allí mientras los químicos jugaban con el gen de la seda para crear una fibra sintética que cambiara de color automáticamente. Intentaba moverse en un TEF —traje de electroforesis—, comparativamente más abultado pero asombroso, que contenía un tinte líquido que se derramaba entre capas de tejido de plástico, partículas con carga eléctrica coloreaban uno u otro tejido según lo intensamente que se le aplicase un campo eléctrico. Recordó haber pensado en aquella época que antes del cambio de siglo, los trajes de camuflaje, los tanques invisibles y las sondas robots, permitirían que Estados Unidos librara guerras sin apenas derramamiento de sangre. Entonces los científicos y no los soldados se convertirían en héroes.

Le sorprendió descubrir que esa idea le entristecía, pues, aunque ningún soldado deseaba morir, una parte de lo que movía a todos los combatientes que conocía era el deseo de ponerse a prueba, de arriesgar sus vidas por su país o por sus camaradas. Sin ese peligro,

ese precio, esa victoria ganada a pulso, se preguntaba si a alguien le resultarían tan preciadas sus libertades.

Con esa idea en la cabeza y la voz de Rodgers resonando aún en los oídos, Squires se quedó dormido pensando que al menos siempre se organizarían batallas de «gallitos» en la piscina de la base, con su hijo sobre los hombros y el soldado George cayendo de espaldas con expresión de sorpresa.

CUARENTA Y SEIS

Martes, 2:06, San Petersburgo

Varias horas antes de llegar a la costa de Rusia, Peggy James y David George tuvieron veintisiete minutos para disfrutar del límpido aire de la mañana en el golfo de Finlandia. Volvieron a entrar en el minisubmarino y emprendieron la segunda mitad de su viaje. Fue menos de lo que Peggy habría deseado, pero lo suficiente como para permitirle seguir.

Una hora antes de llegar a la costa de Rusia, el capitán Rydman se bajó de su percha de la torreta y se sentó en el exiguo espacio libre entre el casco y los pasajeros. Tanto Peggy como George habían comprobado ya el equipo de las mochilas impermeabilizadas y se estaban poniendo sus uniformes rusos. George miró para otro lado mientras Peggy se ponía la falda azul. Rydman no apartó la vista.

Cuando Peggy acabó de vestirse, Rydman abrió una caja de metal negra de treinta, por treinta y cinco, por quince centímetros que había en el casco a la izquierda de su cabeza y luego susurró:

—Cuando emerjamos a la superficie, les daré sesenta segundos para soltar el bote. Para hacerlo tiren de este pasador.

Metió el dedo a través de una anilla atada a una cuerda de nylon, luego señaló los remos que estaban encima y debajo del bote comprimido.

—Los remos se despliegan por la mitad. El bote tiene marcas rusas que coinciden con sus documentos, indicando que están con el grupo submarino de clase Argos que opera desde Koporski Zaliv. Creo que ya les han informado de esto.

—Brevemente —señaló George.

—¿Cómo se dice en ruso? —preguntó Peggy.

George entornó los ojos mientras pensaba.

—Myedlyenna —exclamó triunfante.

—Eso significa «despacio», pero se le parece bastante. Capitán —dijo Peggy mirando a Rydman—, ¿por qué solo sesenta segundos? ¿No tiene que recargar el aire y las baterías?

—Podemos seguir otra hora con ellos… eso nos da tiempo suficiente para salir de aguas rusas. Ahora bien, les sugiero que le echen otra mirada a los mapas. Memoricen la zona más cercana del punto donde los dejaré.

Peggy contestó:

—Petergofskoye Shosse atraviesa por el parque. Lo seguimos en dirección este hacia Prospekt Stachek, nos dirigimos hacia el norte, hacia el río, y el Ermitage queda al este.

—Muy bien —puntualizó el finlandés—, y saben lo de los trabajadores, claro.

Peggy le miró.

—No. ¿Qué trabajadores?

—Salió en los periódicos. ¡La leche! Varios miles de trabajadores planean reunirse en la plaza del Palacio esta noche para celebrar el inicio de una huelga nacional de veinticuatro horas. Lo anunciaron ayer, la ha convocado la Federación Rusa de Sindicatos Libres para obtener incrementos de sueldos, salarios y pensiones para sus trabajadores. Será de noche para no asustar a los turistas.

—No lo sabíamos. Nuestras miopes organizaciones pueden decirle lo que el presidente Zhanin lee en el cuarto de baño, pero no ven las noticias.

—A menos que eso sea lo que el presidente está leyendo —puntualizó George.

—Gracias, capitán —le dijo Peggy—. Le agradezco lo que ha hecho por nosotros.

Rydman asintió una vez, luego volvió a la torreta para dirigir el minisubmarino en el último tramo de su viaje. Peggy y George volvieron a guardar silencio mientras el submarino atravesaba como un susurro las profundidades.

La agente británica calibraba el hecho de tener a miles de civiles y a la policía reunidos en el lugar del objetivo sin decidir si sería una ayuda o un estorbo para entrar en el museo. Al final resolvió que sería una ayuda. La policía estaría demasiado ocupada manteniendo a raya a los airados trabajadores rusos como para molestarse por un par de marineros rusos.

La salida del submarino fue muy rápida. Después de utilizar el periscopio para asegurarse de que no había barcos cerca, el submarino salió a la superficie. Rydman abrió la escotilla en silencio y Peggy salió por ella. Estaban a unos ochocientos metros de la costa y el aire era espeso, cubierto por una sucia capa de contaminación. Peggy dudó de que alguien los hubiera visto, aunque los estuviesen espiando. George le dio el sorprendentemente pesado paquete de goma. Aún de pie sobre la torreta, Peggy metió el dedo por la anilla y arrojó el bote por la borda. Estaba completamente hinchado al chocar contra el agua. Con los brazos apoyados en ambos lados de la torreta, Peggy dobló las rodillas hasta el pecho, sacó las piernas, guardó el equilibrio un momento sobre el desnivel del minisubmarino y luego se introdujo en el bote. George la siguió al cabo de un momento con los remos. Se los pasó a Peggy, luego las mochilas y se metió en el bote con ella.

—Buena suerte —dijo Rydman asomando la cabeza por la torreta durante un instante antes de cerrar la escotilla.

El minúsculo submarino se fue en menos de dos minutos de haber salido a la superficie, dejando a Peggy y a George solos en las

aguas tranquilas.

No hablaron mientras remaban hasta la costa, Peggy se fijaba en la peculiar península en forma de estilete que señalaba el límite septentrional del gran lago que rodeaba el parque.

Avanzaban a favor de la corriente y remaban rápidamente para mantenerse en calor. Los vientos helados calaban a través de las chaquetas de los uniformes con sus cuellos en V y las finas camisetas a rayas azules y blancas que vestían debajo de ellos. Las tensas bandas azules de sus gorras blancas apenas eran lo bastante fuertes como para mantenerlas en sus cabezas.

El dúo alcanzó la costa en poco más de cuarenta y cinco minutos. Llegaron a un parque relativamente desierto donde toparon con la helada costa. El soldado George usó el cabo de atraque para atar el bote a uno de los muchos postes. Mientras se colocaba la mochila, Peggy se quejó en voz alta y en ruso de tener que comprobar las boyas navales cuando estaba tan helado. Al hacerlo, miró a su alrededor. La persona más cercana estaba a unos treinta metros de distancia, era un pintor sentado en una silla plegable debajo de un árbol que pintaba un retrato al carbón de una turista rubia, mientras su novio lo contemplaba con aprobación. La mujer miraba hacia ellos, pero si los vio, no reaccionó. Un soldado paseaba por un camino sombrío a pocos metros de ellos, mientras un hombre barbudo dormía la siesta en un banco con un *walkman* en el pecho y un perro San Bernardo descansando en la hierba junto a él. Ante el pintor pasó un hombre haciendo *jogging*. Peggy nunca había visto corredores ni a nadie que tuviera tiempo libre en Rusia; le pareció una visión extraña.

A unos tres kilómetros al sur del parque, aterrizaban aviones regularmente en el aeropuerto de San Petersburgo. El rugido de los motores perturbaba la tranquilidad del paraje, pero esa era la paradoja de Rusia: la grosera rudeza de la vida moderna asfixiaba la belleza de lo antiguo. Miró hacia el norte, hacia la ciudad. A través del cielo brumoso vio el conjunto de cúpulas azules, doradas,

blancas, pináculos góticos, estatuas de bronce, cauces y canales serpenteantes, e interminables tejados planos y marrones. Se parecía más a Venecia o a Florencia que a Londres o París. A Keith debió de encantarle.

El soldado George acabó su tarea y se acercó a Peggy después de colocarse la mochila.

—Listo —le avisó en voz muy queda.

Peggy miró hacia la ancha Petergofskoye Shosse, a menos de quinientos metros de distancia. Según el mapa, si seguían la carretera hacia el este, llegarían a la estación de Metro. Un transbordo en la estación del Instituto Tecnológico les llevaría directos al Ermitage.

En el paseo, Peggy charlaba en ruso sobre el estado de las boyas y se quejaba de que los mapas de las corrientes necesitaban ser actualizados.

El hombre del banco los vio marcharse. Sin mover las manos, que tenía plegadas sobre el vientre, dijo para el fino cable oculto en su descuidada barba:

—Aquí Ronash. Dos marineros acaban de desembarcar en el parque y han dejado su bote. Ambos llevan mochilas y caminan hacia el este.

Respirando profundamente, el agente camuflado de Rossky dirigió los ojos hacia la hermosa chica finlandesa y decidió que su próximo disfraz sería definitivamente de pintor.

CUARENTA Y SIETE

Martes, 6:09, Washington, D.C.

Había sido una noche tranquila para Paul Hood.

La noche anterior había conseguido localizar a Sharon y los niños en Bloopers y después de oír lo de la hamburguesa de jalea de judía y helado de pavo, se tumbó en el sofá del despacho mientras Curt Hardaway se encargaba del turno de noche. Exdirector ejecutivo de SeanCorp, proveedor de *software* de navegación al ejército, Hardaway era un gestor eficaz, un líder dinámico y estaba familiarizado con los entresijos del poder. Se había retirado a los sesenta y cinco años millonario, y hacía la broma de que hubiera sido millonario por tres cifras más si hubiera hecho sus ventas a la industria privada en lugar de al gobierno. Una vez le había dicho a Hood: «Nunca ahorraré en calidad, por poco que pague el ejército. No quiero que ningún niño sentado en la cabina de un Tomcat piense: "¡Toda esta mierda la vendió el ofertante más bajo!"».

De manera no oficial, tanto Paul Hood como Mike Rodgers salían de servicio a las seis en punto de la tarde. Sin embargo, oficialmente ningún hombre era relevado hasta que salía del local. Y como estaban allí, ni el director nocturno Bill Abram ni Curt Hardaway intentaban jamás «quitarle los huesos a ese par de perros», como decía Hardaway.

Mientras pasaba la noche allí tumbado, sin zapatos y con los pies sobre los reposabrazos, pensó en su familia: las personas a las que

no quería decepcionar por nada en el mundo, pero a las que parecía desencantar a cada paso. Tal vez fuera inevitable. Decepcionas a la gente que tienes más cerca porque sabes que estarán allí cuando regreses. Pero, chico, eso te destroza la conciencia. Irónicamente, a quienes parecía haber complacido ayer eran las personas con las que menos en común tenía: Liz Gordon y Charlie Squires. A una porque había reconocido algo que había hecho y lo había usado en una sesión de planificación, al otro porque le dejaba seguir adelante con una misión que se presenta una vez en la vida.

Entre breves sueños, Hood también miró el reloj de cuenta atrás comprobando que se acercaba la hora de evacuación que habían establecido para la misión de Striker en la tundra siberiana.

«Veinticinco horas, quince minutos y sigue corriendo —pensó, mirando el reloj—. Han pasado treinta y siete extrañas horas desde que Hardaway lo puso en marcha. ¿Cómo se sentirían todos cuando llegasen a los ceros? —se preguntó Hood—. ¿Dónde estaría entonces el mundo?».

Era deprimente y extrañamente estimulante a la vez. En cualquier caso, consultar el reloj era mejor que mirar los informativos de la CNN. Sus emisiones las ocupaba la bomba de Nueva York y una posible relación con el ataque al periódico de Polonia. Allí estaba Eival Ekdol desvariando sobre sus vínculos con la Fuerza de Oposición Ucraniana, soldados que se habían opuesto a la incursión rusa. Hood tenía que admitir que era inteligente. El miserable rufián estaba poniendo a la opinión pública norteamericana a favor de la unión ruso-ucraniana hablando duramente contra ella.

Despertaron a Hood para informarle, vía Helsinki, de que el minisubmarino había dejado al soldado George y a Peggy James cerca de la costa de San Petersburgo. Cinco minutos más tarde, Mike Rodgers —que no había dormido mucho— le informó de que el 76T había entrado en el espacio aéreo ruso y se dirigía hacia el punto de lanzamiento. Se esperaba que llegaran en veinte minutos. Rodgers le

dijo que el fardo que había dejado caer el 76T al acercarse a la costa había desorientado lo suficiente al puesto de observación de Najodka como para que el avión se escabullera por las rutas aéreas con los demás transportes. Hasta el momento, nadie ha prestado ninguna atención al avión.

—¿La Defensa Aérea no reaccionó ante el lanzamiento? —preguntó Hood con incredulidad.

—Solo lo hicimos para ocultar su procedencia —puntualizó Rodgers—. Una vez el 76T estuvo en Rusia nada parece fuera de lo normal. Nuestra tripulación guarda silencio radiofónico y al salir informarán a Najodka que se dirigen a Hokkaido a recoger piezas de recambio para transmisores señuelo.

—No creo que nos hayamos escabullido con tanta facilidad.

—Estos últimos dos años, los rusos están que trinan. Los soldados que controlan el radar han estado trabajando en turnos más largos que los nuestros. Si no hay nada extraño, es improbable que lo capten.

—¿Estás seguro de eso, o podría tratarse tan solo de una de esas ratoneras que dejan entrar al ratón y no le permiten salir?

—Consideramos esa posibilidad cuando planeamos la operación. No habría razón para que los rusos se arriesgasen a dejar aterrizar una fuerza de choque. Lo cierto, Paul, es que la Rusia que te preocupa ya no es la Rusia real.

—Hay aún bastante Rusia como para hacernos comer las uñas.

—*Touché* —replicó Rodgers.

Hood se levantó, telefoneó al Pincha, le ordenó que convocara a los jefes de sección en el Tanque, entró en su lavabo privado y se despejó el sueño de los ojos. Mientras se secaba no podía dejar de pensar en Rusia. ¿Estaba Mike en lo cierto o sufrían engañosamente una falsa euforia sobre la caída del comunismo ruso y la Unión Soviética?

¿Había caído realmente el comunismo? ¿O era solo un sueño, humo y espejos, un período intersticial como los intervalos entre las

grandes glaciaciones? ¿Se habían meramente retirado del candelero las fuerzas oscuras para reagruparse y regresar más fuertes que antes?

Los rusos no estaban acostumbrados a la iniciativa y a la libertad. Habían sido gobernados por déspotas desde los días de Iván el Terrible.

«Desde Iván Grozni», pensó alarmado.

Cuando se dirigía al Tanque, Hood no creía, fuera cual fuese el resultado de los acontecimientos del día siguiente, que el Imperio del Mal hubiera desaparecido.

CUARENTA Y OCHO

Martes, 2:29, San Petersburgo

Durante su primera misión espacial, el general Orlov no había podido hablar con Masha, y cuando regresó la encontró emocionalmente tensa. Le recriminó que era la primera vez desde que se conocieron que había pasado un día, por no decir tres, sin hablarse.

En aquel momento pensó que era una emoción absurda de mujer que no podía comprender, pero cuando nació Nikita y ella tuvo una hemorragia tan fuerte que no podía ni hablar, se dio cuenta del consuelo que era simplemente oír la voz de la persona amada. Si le hubiera podido decir: «Te quiero», aquellos interminables días sentado a su lado habrían sido más llevaderos.

Nunca volvió a dejar pasar un día sin hablar con ella y se sorprendía de cómo siquiera la más breve de las charlas le daba tanto ánimo como a ella. Aunque se suponía que Masha debía ignorar la misión que cumplía en el Ermitage, Orlov se lo había contado, aunque no le había explicado los pormenores ni entrado en detalles sobre el personal, salvo en el caso de Rossky: necesitaba poder quejarse a alguien.

Después de llamar a Masha a las diez y media de la mañana y decir a la desilusionada mujer que «el trabajo iba tan bien», que no sabía cuándo volvería, Orlov había acudido al centro de mando. Quería estar con su equipo para señalar el paso del ecuador del primer día de funcionamiento.

Rossky entró pocos minutos después de las once, y este y el general Orlov habían ocupado los que rápidamente se convirtieron en sus puestos no oficiales en el centro de mando. Orlov caminó lentamente hasta situarse detrás de la hilera de operadores de ordenador, cada uno de los cuales controlaba una sección del firmamento de la inteligencia. Rossky se colocó detrás del cabo Ivashin, que controlaba la línea de enlace con Dogin y otros ministros del Kremlin. Rossky estaba más absorto y concentrado que de costumbre mientras seguía el desarrollo de los acontecimientos militares y políticos. Orlov no creía que la inminente llegada de dos agentes desde Finlandia le pusiera en tal estado de alerta, aunque decidió no preguntarle nada. Las preguntas al coronel Rossky no suscitaban respuestas útiles.

A la una y media el Centro de Operaciones interceptó un informe procedente de la estación de la Defensa Aérea de Najodka destinado al oficial de inteligencia del mariscal de las Fuerzas Aéreas, en que le comunicaba que su radar no había funcionado correctamente durante cuatro minutos, pero que ahora todo parecía ir bien. Mientras la Defensa Aérea comprobaba los emisores de identificación electrónicos de todos los aparatos de la región con sus indicadores visuales de radar para asegurarse de que no había intrusos, Orlov sabía que era el 76T procedente de Berlín el que había causado la interferencia. Había penetrado en el espacio aéreo ruso y se dirigía hacia el oeste; debía de estar a menos de una hora de interceptar el tren, si era esa su intención.

Inmediatamente había telefoneado al oficial de radio del turno de tarde, Gregori Stenin, en la sala de radio, para que le pusiera en contacto con el despacho del mariscal. Le habían informado que este se hallaba en una reunión.

—Es urgente —les instó Orlov.

Rossky pidió a Ivashin que le pasara sus auriculares:

—Déjeme hablar con ellos.

Orlov seguía en la línea cuando Rossky se comunicaba con el mariscal Petrov, y Orlov pudo ver un brillo de satisfacción en sus ojos.

—Señor, tengo una llamada para usted del general Serguéi Orlov, del Centro de Operaciones de San Petersburgo.

—Gracias, coronel.

Orlov tardó un momento en recuperar el habla, pues el jefe de una operación de inteligencia, de repente se sentía muy ignorante… y muy vulnerable.

Orlov le contó al mariscal lo del 76T y Petrov le informó que ya había enviado un par de MiGs para escoltarlo hasta que aterrizara o derribarlo. Orlov colgó y sus ojos se quedaron fijos en Rossky mientras este paseaba.

—Gracias —dijo el general.

Rossky echó hacia atrás los hombros.

—De nada, señor.

—Yo conozco socialmente al mariscal, coronel.

—Es usted afortunado, señor.

—¿Lo conoce usted? —le preguntó Orlov.

—No, señor.

—Entonces explíquese. —Aunque la voz de Orlov era baja, enunciaba una orden, no una pregunta.

—No comprendo, señor.

Ahora sabía con toda seguridad que la conversación con Petrov y la que estaba manteniendo con él era un juego, pero no estaba dispuesto a entrar en una lucha por el poder en pleno centro de mando, pugna que, por otra parte, bien podía perder.

—Ya veo, regrese a sus obligaciones, coronel.

—Sí, señor.

Orlov regresó a su puesto; empezaba a sospechar que incluso su nombramiento formaba parte de un juego más amplio. Delev, Spansky y otros le echaron rápidas ojeadas y su único interrogante era saber quién le era leal allí, quién podía haber estado allí desde el

principio y quién —como Petrov— podía haber sido incorporado en las últimas horas. El alcance del engaño le sorprendió, pero no le dolió tanto como la idea de que sus amigos le abandonaban para conservar o promocionar sus carreras.

Orlov se colocó detrás de la hilera de ordenadores, aunque no estaba en la misma situación que cuando había abandonado ese puesto. El fundamento del poder había cambiado palpablemente hacia Rossky. Orlov sabía que debía reconquistarlo. Nunca se había retirado de nada en su vida y no tenía intención de salir de allí derrotado, pero sabía que tendría que socavar el poder del coronel de manera rápida y explícita. No podía competir con Rossky a ese nivel.

Orlov se percató de que era el único curso de acción que podía seguir mientras Ivashin informaba al coronel de que el oficial de inteligencia del ejército local, Ronash, había llamado al cuartel de policía de San Petersburgo.

Rossky cogió los auriculares, apretó uno contra el oído y escuchó en silencio mientras el sargento Lizichev, del ejército local, le contaba lo que Ronash había visto.

El coronel se acercó el micrófono a la boca:

—Sargento, dígale a Ronash que los siga. Son los que buscamos. Probablemente entrarán en el Metro. Si lo hacen, dígale que vaya con ellos y tenga hombres de paisano esperándolos en la estación de transbordo del Instituto Tecnológico y también en las estaciones de Gostinyy Dvor y Nevsky Prospekt. Probablemente se bajen en Nevsky; yo me reuniré con sus hombres allí. —Escuchó un momento y luego agregó—: Bufandas a rayas rojas y amarillas… sí, les vigilaré.

Rossky le devolvió los auriculares a Ivashin, luego se dirigió hacia Orlov. Se le acercó y le dijo en voz baja:

—Ha sido usted leal al Centro y a Rusia y no tengo nada que pudiéramos sostener contra usted. Por el bien de su pensión y la carrera de su hijo, es mejor que siga así.

Orlov afirmó con voz enérgica:

—Increíble impertinencia, coronel. Haré constar este borrón en su expediente. ¿Algo más? Rossky le miró algo sorprendido.

—Bien —prosiguió Orlov, señalando con la frente hacia la puerta —. Ahora prepárese para cumplir órdenes, mis órdenes, o repórtese al ministro Dogin en Moscú.

Sabía que Rossky tenía que irse para capturar a los agentes, aunque a los demás les parecería que estaba obedeciendo las órdenes de Orlov.

Rossky se volvió sin saludar y salió precipitadamente del centro de mando. Orlov sabía que el coronel no rendiría el Centro de Operaciones durante un golpe. De eso se trataba, ahora se daba cuenta. Y aunque permanecía en el centro de mando, estaba pensando en Rossky y en cuál sería su próximo paso.

CUARENTA Y NUEVE

Martes, 21:30, Jabárovsk

—El retrovisor dice que tenemos compañía —le informó el piloto Matt Mazer a Squires.

El jefe de Striker había acudido a la cabina de vuelo tres minutos antes de saltar para agradecerle su ayuda al capitán. El radar mostraba claramente dos señales visuales tipo MiG acercándose a una velocidad aproximada de unos mil kilómetros por hora.

—Prepárese para soltar una compuerta —le dijo Mazer al copiloto John Barylick.

—Sí, señor —replicó el novato, que estaba tranquilo pero mascaba desesperadamente su chicle.

Las Fuerzas Aéreas habían equipado inteligentemente al 76T con un depósito de combustible superior al normal: uno para alimentar al avión y otro para poderlo soltar con solo apretar un botón. Habían ideado la estratagema de la fuga de combustible con objeto de proporcionar al avión un motivo para dar la vuelta si era divisado. En caso de necesidad, podía descender de inmediato para evitar que lo derribasen o lo obligaran a aterrizar en un aeródromo ruso… o, si estaba cerca de la costa, poder librarse de sus perseguidores y volver volando a casa.

En cualquier caso, Squires sabía que lo más seguro era que el 76T no pudiera regresar a buscarlos.

—¿Qué quiere hacer, señor? —preguntó el capitán a Squires.

—Saltaremos. Informaré de lo ocurrido a Op-Center y que piensen en un modo de sacarnos.

El capitán echó otro vistazo a la pantalla de radar.

—En noventa segundos, los MiGs estarán lo bastante cerca como para verlos.

—Entonces saltaremos rápido.

—Me gusta su estilo, señor —comentó el capitán saludándole.

El oficial de salto Squires volvió corriendo al compartimiento. Decidió no contar al resto de sus compañeros lo ocurrido, aún no; necesitaba que su equipo se concentrara en su misión. Aunque se sentía orgulloso de meterse en el mismísimo infierno con cualquiera de aquellos soldados a su lado, distraer su atención en el momento indebido podía costar alguna vida.

En la Academia del FBI en Quantico, el equipo Striker había practicado muchas clases de ataques aéreos, desde saltos nocturnos hasta ataques Stabo en los que los soldados colgaban de una cuerda pendiente de un helicóptero y aterrizaban simultáneamente en el campanario de una iglesia, en laderas escarpadas e incluso encima de autobuses en movimiento. Todos los miembros tenían el aplomo, la fortaleza y la inteligencia que el trabajo requería. Pero aquellos acuciosos exámenes médicos, la «mecánica de chancro» era fácil: los soldados o servían o no servían. A pesar de los esfuerzos de Liz Gordon y su equipo de psicólogos, el auténtico interrogante era siempre cómo se comportarían sometidos al estrés de una misión real, cuando no había una red para detener su caída si se resbalaban de un tejado; cuando sabían que el terreno difícil no era el campo de entrenamiento de supervivencia del campamento Dawson, al oeste de Virginia, sino las montañas de Corea del Norte o la tundra de Siberia.

No era por falta de respeto o de interés por lo que Squires se guardaba la información: era para evitar al máximo cualquier incidente que los distrajese del éxito de la misión.

Los *Strikers* estaban alineados junto a la puerta, como lo habían estado desde hacía media hora. Cada cinco minutos, el técnico de navegación proporcionaba a Squires coordenadas precisas por si fuera necesario saltar antes de tiempo. Mientras estaban allí, el equipo se preparaba para «rellenar». Cada miembro comprobaba las armas y las mochilas de otro, asegurándose de que estaban sujetas contra el pecho, espalda y costados, y que la mochila estaba firme contra el fondo del paracaídas donde no interfiriese en su despliegue. El equipo de rappel estaba en las mochilas que tres *Strikers* sujetaban mediante unas correas de tres metros mientras caían. Los compañeros de equipo comprobaban sus cascos de salto, las máscaras de oxígeno, las gafas de visión nocturna. Eran gafas tan pesadas que se tenía que acoplar un contrapeso a la parte posterior del casco. Después de unos meses de entrenamiento con aquellas gafas, la mayoría de los *Strikers* había aumentado una o dos tallas de cuello de la camisa, dado el desarrollo de la musculatura de la nuca. En los instantes previos a que la puerta se abriera, pasaron de respirar el aire de las consolas de oxígeno, de las que habían dependido hasta ahora, a las botellas de salto que se encontraban a sus lados.

Las luces mortecinas y rojizas de la cabina se habían encendido y vientos helados azotaban despiadadamente la cabina. Era imposible oír nada más que el aire enfurecido, y en cuanto estuvieron sobre su objetivo y recibieron la señal de «autorización» —la luz verde limón de salto—, Squires salió a la puerta y pivotó sobre su pie derecho para quedar cara abajo en posición de la «rana». Por el rabillo del ojo vio saltar al segundo miembro del equipo, el sargento Grey, luego miró el gran altímetro redondo que llevaba sujeto a su muñeca izquierda.

Los números pasaban muy rápido: diez mil seiscientos metros, diez mil quinientos, diez mil cuatrocientos. Squires notó las punzadas del aire glaciar contra la carne a través de las prendas contra el frío, helándole y taladrándole con una mezcla de frío y presión férrea. Se

colocó en posición de descenso mientras caía y cuando su altímetro indicaba nueve mil metros tiró de la cuerda plateada. Se produjo un brusco tirón y sus piernas oscilaron por debajo de él.

A medida que descendía a través del cielo oscuro y despejado, el aire se iba calentando perceptiblemente aunque aún estaba bajo cero. Mientras los miembros del equipo se alineaban por encima de él guiándose por la tira reflectante del casco del compañero que estaba debajo de ellos, Squires inspeccionó el panorama en busca de algún elemento del terreno que pudiera reconocer: la vía del tren, el puente, las cumbres de las montañas. Todo estaba allí y eso le proporcionó alivio. Uno de los aspectos psicológicos más importantes de cualquier misión era el hecho de poder caer en el objetivo. Eso daba seguridad a los soldados, pues los mapas les habían familiarizado con el terreno de la zona del objetivo. Era una cosa menos de la que preocuparse.

Aunque estaba oscuro, las gafas de visión nocturna permitían a Squires distinguir el pico elegido como objetivo y usó las correas principales de sustentación que tenía a cada lado para maniobrar y acercarse lo más posible al borde del precipicio. Había dicho a los *Strikers* que él aterrizaría delante y ellos lo harían detrás. Lo último que quería era que alguien de su equipo se cayera del risco. Si se quedaban colgados de un saliente, podían rescatarlos, aunque les costase tiempo. Si aterrizaban en el suelo, a campo descubierto, podían verlos.

Unas ráfagas cerca del suelo sorprendieron a Squires. Aterrizó a cuatro metros del precipicio. Se dejó caer de costado para reducir la superficie presentada al viento; el oficial se soltó rápidamente del paracaídas y lo metió dentro del saco. Se puso en pie y observó la caída del sargento Grey, luego la de la soldado DeVonne y los demás. Se sentía orgulloso de ellos, que aterrizaban con precisión; en cinco minutos, los seis componentes de Striker habían atado sus paracaídas a un árbol. La soldado DeVonne se quedó rezagada para dejar un pequeño instrumento incendiario debajo del paquete. Lo

preparó para dispararse a las 12:18, después de que los *Strikers* hubieran abandonado la zona, para destruir los paracaídas y no dejar a los rusos nada que pudieran presentar ante las Naciones Unidas como «prueba» de una incursión estadounidense.

Cuando los *Strikers* se agrupaban en torno a Squires, oyeron motores distantes, pero no solo eran del 76T.

—Parece que tienen compañía —comentó el soldado Eddie Medina.

—Lo saben y lo tienen controlado —explicó Squires—. Soldado Honda, active el TAC-SAT. Todos los demás preparados para avanzar.

Mientras los otros cinco *Strikers* se ponían en movimiento, usando piolets y crampones para asegurar la cordada de rappel por la ladera del pico, Squires se puso en contacto con Op-Center.

—Llamada despertador —informó cuando Mike Rodgers se puso al otro lado de la línea—. ¿Cómo está la mañana ahí?

—Soleada y templada. Charlie, ya sabe lo de los MiGs…

—Sí, señor.

—Vale. Estamos trabajando en ello. El 76T hará un viaje a Hokkaido, pero no regresará. Trabajamos en una variación del plan original. Tienen que estar en el punto de evacuación a la hora estipulada. Tendremos un aparato allí.

—Comprendido.

No lo mencionaron, pero Charlie comprendió que si se presentaba un problema, el equipo tendría que encontrar un lugar donde esconderse. Habían señalado varios lugares en el mapa y el equipo buscaría el más cercano si no había otra opción.

—Buena suerte —dijo Rodgers antes de colgar.

Charlie le devolvió el auricular a Honda. El operador de radio guardó el TAC-SAT y Squires aprovechó para examinar un momento el terreno. El paisaje no requería el fantasmagórico velo de luz verde de las gafas nocturnas para parecer muerto y desolado bajo la bóveda de estrellas peculiarmente brillantes. La vía del tren llegaba en una curva suave desde los llanos del este, discurría por un paso

natural entre riscos y continuaba en una tierra llana de matorrales salpicada de algunos árboles y extensiones de nieve. Hacia el sur se levantaban estribaciones montañosas. Era la región más silenciosa que había visto en su vida, solo turbada por el susurro del viento en su casco y las pisadas de las botas de los comandos contra la tierra o las rocas sueltas del pico.

Una vez recogido el TAC-SAT, Honda se puso en marcha. Y con una mirada final hacia el horizonte oriental desde el que pronto llegaría su presa, Squires se dirigió hacia donde el resto había acabado sus preparativos y se disponía a descender desde el saliente.

CINCUENTA

Martes, 19:32, Jabárovsk

Nikita tenía una curiosa sensación con respecto a los aviones. Habiéndose criado en el cosmódromo, siempre oía cuándo se acercaban los helicópteros antes que nadie. Reconocía los reactores por el ruido de sus motores. Su madre decía que todos aquellos años que su padre había pasado en cabinas de avión habían afectado a sus genes, «los había llenado con el combustible de la aviación», decía ella. Nikita no opinaba lo mismo. Simplemente le encantaba volar, pero no quería ser aviador; tener que someterse a comparaciones con el héroe nacional Serguéi Orlov le habría resultado insoportable. Así que conservaba en secreto su fascinación por los aviones, como un sueño cuya magia no podía ser comunicada a nadie.

El tren aminoró la marcha al llegar a un tramo de la vía sobre el que se apilaba una gruesa capa de nieve. Aunque el viento rugía alrededor de la cortina de lona que cubría la ventana abierta, Nikita oyó el peculiar zumbido de los motores MiG. Eran dos, acercándose desde el este a un transporte que volaba por encima. No era el primer aparato que oía, pero había algo diferente.

Sacó la cabeza por la ventana con la oreja izquierda hacia arriba. La nieve que caía le impedía ver nada, pero el sonido se abría paso nítidamente a través de ella. Escuchó detalladamente. Los MiG no acompañaban al 76T. lo estaban persiguiendo. Entonces oyó al 76T

y luego a los reactores virar en dirección contraria, de nuevo hacia el este.

Algo no marchaba bien. Debía de tratarse del 76T contra el que su padre le había prevenido.

Nikita volvió a entrar la cabeza, sin fijarse en la nieve que le cubría el cabello y las mejillas.

—Póngame con el coronel Rossky por radio —gritó al cabo Fodor, que se sentaba en el banco calentándose las manos encima del fanal.

—Enseguida —respondió el cabo mientras se dirigía corriendo hacia la consola.

Mientras Fodor se acuclillaba junto a la consola, esperando que lo conectaran con la base en Sajalín, los ojos de Nikita miraron a los civiles que habían recogido mientras daba vueltas en su cabeza a otras posibles explicaciones de lo que había oído. Un problema mecánico podía haber sido la causa de que el transporte se diera media vuelta, pero entonces no había necesidad de una escolta. ¿Estaba alguien buscando el tren, intentando localizar su situación, intentando ayudarles? ¿O podía tratarse de alguien más?

—No está —comunicó Fodor.

—Pida por el general Orlov —instó Nikita con impaciencia.

Fodor preguntó por él y luego le tendió el teléfono a Nikita.

—Aquí está, señor.

Nikita se cuadró.

—¿General?

—¿Qué ocurre, Nikki?

—Hay un transporte aquí encima. Se dirigía hacia el oeste hasta que llegaron un par de reactores y luego se dio media vuelta.

—Es el 76T.

—¿Cuáles son mis órdenes? —preguntó Nikita.

—He pedido permiso al presidente para enviar tropas que se reunirían contigo en Bira, pero aún no he recibido aprobación a mi

solicitud. Hasta entonces, haz lo que sea necesario para proteger el cargamento.

—¿Como material de guerra o como prueba, señor?

—Eso no es tu problema —le espetó Orlov—. Tus órdenes son custodiarlo.

—Eso haré, señor.

Le tendió el auricular a Fodor y el joven oficial corrió hacia el fondo del vagón, abriéndose paso entre los pasajeros. Los cinco hombres y las dos mujeres estaban sentados sobre colchones, jugando a cartas, leyendo o haciendo punto a la luz del fanal. Nikita abrió la puerta y cruzó el resbaladizo enganche. Al abrir la otra puerta le cayó en el hombro un montón de nieve dura.

Dentro del vagón, el bovino sargento Versky hablaba con uno de sus hombres mientras miraba por la ventana que daba al norte. Otro hombre estaba apostado en la ventana sur. Todos se pusieron firmes cuando entró el teniente Orlov.

—Sargento —dijo Nikita saludando—. Quiero vigías encima del tren, dos hombres en cada coche rotando en turnos de media hora.

—Sí, señor —replicó Versky.

—Si no les da tiempo a pedir instrucciones —prosiguió Nikita—, que sus hombres disparen contra cualquiera que se acerque al tren.

Nikita miró a los civiles, cuatro hombres y tres mujeres que habían subido a aquel vagón en la última estación. Uno de los hombres se hallaba sentado contra una caja, durmiendo.

—Y no deje el vagón desatendido en ningún momento, sargento. No quiero comprometer el cargamento.

—Claro que no, señor.

Nikita se fue preguntándose adónde habría ido Rossky… y si, a falta de órdenes del coronel, podía permitir que las cajas fueran entregadas a su padre.

CINCUENTA Y UNO

Martes, 6:45, Washington, D.C.

—Otro mensaje de la ONR —comunicó Benet mientras Hood y el resto de los oficiales de OpCenter se sentaban en torno a la mesa de reuniones del Tanque.

—Gracias —agradeció Hood a la imagen de vídeo de su asistente —, póngame con él.

Llegó la voz de Viens, pero no su imagen. En la pantalla se estaba formando una imagen en blanco y negro, a cincuenta líneas por segundo.

—Paul —dijo Viens—, hemos captado esto hace precisamente tres minutos.

Hood movió la pantalla un poco hacia Rodgers, luego observó cómo aparecía un terreno blanco, brumoso, de aspecto lunar, seguido por el tren, que ocupaba apenas un tercio del centro de la imagen esta se veía muy borrosa debido a la nieve, pero lo que tenía que ser una ininterrumpida extensión blanca en el techo de los vagones, no lo era; había sombras.

—Lamento la baja calidad de las imágenes —se disculpó Viens—; está cayendo una nevada impresionante, pero estamos seguros de que estas formas en el techo son soldados. Visten uniformes blancos de camuflaje, por eso no los puedes distinguir: solo ves las sombras.

—Son soldados, es cierto —afirmó Rodgers nervioso mientras señalaba la pantalla con un dedo—. Se comprueba por el modo en

que están colocados. El último mirando al frente hacia la izquierda, el siguiente atrás a la derecha, el siguiente al frente a la derecha y así sucesivamente. Estas formas de aquí —trazó una pequeña línea cerca de una de las manchas— parecen ser armas.

—Eso es lo que nosotros creemos, Mike —intervino Viens.

—Gracias, Stephen —dijo Hood; luego apretó una tecla y el jefe de la ONR desapareció de la pantalla. La habitación se quedó en silencio, salvo el leve zumbido de la retícula electrónica que los rodeaba—. ¿Pueden saber que Striker está en tierra?

—Es muy posible —admitió Bob Herbert mientras sonaba el teléfono de la mesa.

—Para ti —afirmó Rodgers tras mirar el número de código.

Debido al campo electrónico, a Herbert no podían llamarle al teléfono móvil que llevaba adosado a la silla de ruedas. Cogió el teléfono que estaba en un lado de la mesa de reuniones, apretó su número en código y escuchó. Cuando colgó, su cara parecía de cera.

—Al 76T lo están escoltando un par de MiGs —comunicó Herbert —. Empezarán a perder combustible y enfilarán rumbo a Hokkaido, pero eso no le permitirá regresar a Rusia.

Rodgers miró el reloj, luego cogió el teléfono que tenía al lado.

—Voy a hacer que entre el Mosquito desde Hokkaido. Herbert dio una palmada sobre la mesa:

—No, Mike. Es un viaje en círculo de mil seiscientos kilómetros. La autonomía de vuelo del Mosquito es solo de mil cien…

—Ya sé cuál es su autonomía —le espetó Rodgers—. Mil ciento veintiséis kilómetros. Pero podemos llevar un acorazado al mar del Japón. Puede aterrizar en la cubierta…

—No conseguimos permiso del comité para que el Mosquito volara en solitario —afirmó Martha Mackall.

—Tampoco obtuvimos aprobación para que intercambiaran disparos con los soldados rusos —replicó Lowell Coffey—. Se suponía que esta acción debía ser únicamente de reconocimiento.

—Yo me preocupo por mis soldados —respondió Rodgers—, no por esos fanfarrones.

—Veamos cómo podemos complacer a todos —medió Hood— y desilusionarlos a todos. Mike…

—¿Sí, señor? —respondió respirando profundamente.

—¿Qué hacemos con Striker si abortamos ahora? Rodgers dio un largo y hondo suspiro.

—El Mosquito tendrá que entrar de todos modos. El agente sobre el terreno más cercano, que posiblemente podría sacarlos a través de Asia, está en Hegang, Heilongjiang, a unos trescientos veinte kilómetros de distancia y no voy a ordenarles hacer ese viaje.

—¿En China? —se sorprendió Coffey—. ¿No hay ninguno en Rusia?

—Nuestro personal de Vladivostok fue repatriado cuando cayó el telón de acero —explicó Rodgers—. No hemos tenido recursos para reclutar nuevos.

—¿Y si permanecen ocultos hasta que las cosas se calmen? —sugirió Phil Katzen—. El terreno es apto para la supervivencia…

—¡Los rusos saben que Striker está allí, maldita sea! —exclamó Rodgers—. ¡Ellos también tienen satélites y los encontrarían! —Miró a Hood—. Paul, el mejor modo de salir de allí es seguir adelante con el plan.

—Adelante —repitió Martha—, hasta enfrentarse a soldados rusos cuando el país es un polvorín esperando una cerilla.

—El único modo de mantenerlos en silencio —advirtió Coffey— es matar a todos los pasajeros del tren.

—¿Es mejor dejar que estalle una guerra —contrarrestó Rodgers—, una guerra que arrastraría a Europa y probablemente a los chinos? ¿Por qué me siento como si estuviera otra vez en 1945, escuchando los argumentos por los que no podíamos emplear la bomba atómica para salvar vidas de norteamericanos?

Hood intervino:

—Mike, la cuestión aquí son las vidas de norteamericanos. Las vidas de Striker…

—No me des sermones sobre las vidas de Striker, Paul —dijo Rodgers entre dientes—. Por favor.

Hood se sentó en silencio durante un rato.

—Es suficiente.

Rodgers tenía las manos dobladas sobre la mesa y los pulgares enrojecidos por la presión.

—¿Está bien, Mike? —preguntó Liz.

Rodgers asintió y miró a Hood.

—Lo siento, Paul. Me he pasado un poco.

—Olvídalo —repuso Hood—. A ti y a mí nos iría bien una película y unas palomitas.

—¡Uau! —exclamó Coffey—. ¿Quién es el padre de familia aquí?

Hood y Rodgers sonrieron.

—Bueno —respondió Hood—, una película X.

—Oye, este tipo está descontrolado —comentó con guasa Coffey —. ¡Que alguien llame a la brigada antivicio!

Todos menos Ann rieron y Hood dio unos golpecitos en la mesa para recuperar su atención.

—Lo que estaba a punto de decir hace un momento —prosiguió — es que los diplomáticos aún no han desistido y nadie sabe lo que hará el presidente Zhanin. ¿Pondremos en peligro la labor diplomática siguiendo adelante con la misión?

—Hagan lo que hagan —opinó llanamente Rodgers—, las cajas del tren representan mucho poder para gente corrupta. Aunque no estalle una guerra, el cargamento aumentará la esfera de influencia de unos delincuentes. ¿Acaso no es nuestra obligación intentar arrebatársela?

Coffey intervino:

—Nuestra primera responsabilidad es Striker y las leyes bajo las que se supone que todos debemos vivir.

—Leyes aprobadas por nuestros amigos de la Colina —replicó Rodgers—, no leyes morales. Hasta aquí habéis hecho lo que era necesario, pero, como dijera Benjamin Franklin: «La necesidad nunca hace buenos tratos». —Rodgers miró a Hood—. Tú me conoces, Paul. Striker me es más querido que mi propia vida, pero hacer lo correcto es más importante que ambos. Y detener el tren es lo correcto.

Hood escuchaba atentamente. Rodgers y Coffey abordaban el problema desde dos ópticas distintas y ninguna era desechable *a priori*. Pero la decisión era suya y odiaba el hecho de hallarse en un ámbito seguro y confortable adoptando medidas que pudieran determinar el destino de siete personas que se encontraban en la cima de un peñasco helado, al otro extremo del mundo.

Entró el código de Benet y la cara de su asistente apareció en el ordenador.

—¿Sí, Paul?

—Compruebe la señal de Striker en el TACSAT; vea si el teniente coronel Squires puede ponerse. Si no es así, hágalo cuando pueda.

—Lo haré —repuso Benet, y su imagen se desvaneció. Rodgers no parecía contento.

—¿Qué vas a hacer, Paul?

—Charlie es el mando sobre el terreno —le explicó Hood—. Quiero su opinión.

—Es un soldado profesional. ¿Qué crees tú que va a decir?

—Si puede recibir la llamada, ahora lo sabremos.

—No le hagas eso a un soldado —recomendó Rodgers—. Eso no es liderato, es gestión. Lo único que deberíamos preguntarnos es: ¿estamos con Striker o no? ¿Podemos llegar a este compromiso y mantenernos fieles a él?

—Sí —respondió fríamente Hood—, pero después de tu misión en Corea, yo volví y leí el informe oficial que rellenaste durante la crisis de Irán, en 1980, a propósito de la planificación del rescate, a manos de la Agrupación de Intervención, de nuestros rehenes en

manos de la guardia revolucionaria de Jomeini. Tenías razón sobre el hecho de que nuestras fuerzas estaban preparadas sobre el papel y no en la práctica. Y también tenías razón al estar muy preocupado sobre la evacuación de la fracción de vanguardia de los soldados de las Fuerzas Especiales que se infiltraron en Teherán unos días antes de la misión Garra de Aguila. Sin tu iniciativa, los agentes no hubieran tenido un plan para salir del aeropuerto internacional Mehrabad en Swiss Air si las cosas se ponían feas. ¿Por qué se te ocurrió?

—Porque si los hubieran sacado de uno en uno desde un piso franco, a los iraníes les habría dado tiempo para encontrarlos —explicó Rodgers—. Tenía más sentido comprar billetes de una línea aérea comercial y sacarlos puñeteramente juntos.

—¿Con quién trabajaste? —preguntó Hood.

—Con Ari Moreaux, que creó el piso franco para nosotros.

—Su hombre sobre el terreno —puntualizó Hood mientras reaparecía una imagen de Benet—. ¿Diga, Benet?

—He llamado al teléfono del casco de Honda. Tendremos que esperar.

—Gracias —le respondió Hood; luego miró otra vez a Rodgers—. Esto no es Vietnam, Mike. No estamos retirando apoyo moral o táctico a nuestro personal de campo. Si Squires quiere seguir, le respaldaré y aguantaré el varapalo del Congreso.

—No es tu responsabilidad —le recordó tranquilamente Rodgers.

—Tú mandas en Striker —reconoció Hood—, pero salirse de los parámetros establecidos por el Comité de Inteligencia es de mi incumbencia.

Benet volvió a aparecer en pantalla.

—El teniente coronel Squires se está poniendo los auriculares, Paul. Lo tengo en línea.

Hood subió el volumen de la línea.

—¿Teniente coronel?

—¡Sí, señor! —respondió Squires con voz clara a pese al del ruido que causaba la nieve.

—¿Cuál es su situación?

Cinco *Strikers* están bajando el pico montañoso, soldado Newmeyer y yo estamos a punto de descender.

—Teniente coronel —intervino Rodgers—, hay soldados rusos en el techo del tren. Hemos distinguido a diez o doce en despliegue NEOS.

Hood sabía que eso significaba que se habían colocado mirando en todas las direcciones, norte, este, oeste y sur.

—Nos preocupa el hecho de dejarle proseguir con la misión —admitió Hood—. ¿A usted qué le parece?

—Bien, señor —repuso Squires—. He estado aquí mirando el paisaje…

—¿El paisaje?

—Sí, señor. Parece factible y pido permiso para proceder. Hood captó el brillo en los ojos de Rodgers. Era un destello de orgullo, no de triunfo.

—¿Comprende los parámetros de la misión? —le preguntó Hood.

—No dañar a ningún ruso —recordó Squires—. Creo que lo podré arreglar. Si no, abortaremos y nos dirigiremos al punto de evacuación.

—Parece un buen plan —comentó Hood—. Mantendrémos un ojo en el tren y le informaremos si es necesario.

—Gracias, señor…, general Rodgers: como dicen al pie de las colinas: Dosvedanya. ¡Hasta luego!

CINCUENTA Y DOS

Martes, 14:52, San Petersburgo

Peggy se detuvo ante un teléfono que funcionaba con monedas justo encima del canal Griboiedora. Después de mirar a su alrededor, metió dos kopeks en la ranura. Respondió a la expresión de perplejidad de George diciendo:

—Volko, el teléfono móvil.

«Vale —pensó George—. El espía». Con todo lo que sucedía, George se había olvidado de él. Una de las cosas en las que los agentes de Striker habían sido adiestrados era en dirigir sobre su entorno una mirada aparentemente indiferente y recordar detalles que muchas personas habrían pasado por alto. La gente corriente miraba el cielo o el mar o la línea del cielo… eran grandes visiones impresionistas. Pero ahí no era donde solía estar la «información». Estaba en una cañada bajo el cielo o en una cueva junto al mar o en una calle que daba a un edificio. Esos eran los lugares que los *Strikers* miraban. Y a la gente, siempre a la gente. Un árbol o un buzón no constituían ninguna amenaza para una misión, pero alguien oculto tras ellos, sí.

Y como al llegar no había mirado los árboles en el parque ni la bulliciosa vía pública, el soldado George notó que el hombre que estaba haciendo la siesta en el banco ya no dormía. Caminaba lentamente a menos de doscientos metros detrás de ellos y su San

Bernardo estaba bostezando. Había tenido que correr, no pasear, para llegar hasta allí.

Peggy dijo en ruso:

—El Ermitage, La Madonna Conestabile de Rafael, al lado izquierdo, cada hora y media hora durante un minuto.

Después de que cierren, vamos a Krasnyy Prospekt, parque de arriba, reclinado sobre un árbol, brazo izquierdo.

La agente británica le había dicho dónde encontrarla y cómo contactar para que ella lo reconociera.

Colgó y empezó a caminar de nuevo.

—Nos están siguiendo —comentó George en inglés.

—El hombre de la barba. Lo conozco, puede facilitarnos las cosas.

—¿Facilitarnos las cosas?

—Sí. Los rusos saben que estamos aquí, y la instalación de espionaje que Keith estaba buscando puede estar implicada. De cualquier modo, si ese hombre tiene un micro, podemos encontrarlo. ¿Tienes fuego?

—¿Perdón?

—¿Una cerilla? —Solicitó Peggy—. ¿Un encendedor?

—No fumo.

—Yo tampoco —dijo Peggy con impaciencia—, pero pálpate los bolsillos como si estuvieras buscando uno.

—Oh, lo siento —se lamentó George mientras se palpaba los bolsillos de la camisa y los pantalones.

—Bien. Ahora espera aquí.

Casi todos los soldados en Rusia fuman, y aunque a George no le gustaba, él, como Peggy, dominaban el arte de inhalar el potente tabaco turco que hacía las delicias de los soldados rusos y chinos, por si acaso Striker acababa alguna vez en Asia. Pero George no tenía ni idea de lo que se proponía la joven británica. Vio cómo sacaba un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa y caminaba hacia el hombre de la barba.

Mientras George miraba el suelo, fingiendo convincentemente aburrimiento, el ruso simulaba esperar a que el perro orinara en un árbol, algo por lo que el perro no sentía ningún deseo aparente. Con el cigarrillo en la boca, Peggy estaba a unos nueve metros del hombre cuando este empezó a caminar en dirección contraria.

—¡Señor! —exclamó en perfecto ruso mientras corría tras él—. ¿Tiene una cerilla?

Sacudió la cabeza y apretó el paso.

Peggy lo siguió y, en un rápido movimiento, cogió la correa por la base del bucle que colgaba alrededor de mano izquierda. La retorció fuerte y en el mismo momiento se colocó delante de él. El hombre profirió un gemido cuando la correa le cortó la circulación de los dedos.

George vio que Peggy fijaba los ojos en su barba. Asintió cuando vio el cable. Miró al ruso y se llevó un dedo a los labios, indicándole que guardara silencio.

El ruso asintió.

—Gracias por la cerilla —dijo mientras guiaba al espía hacia George—. Qué perro tan bonito tiene.

George sabía que estaba hablando para evitar que los rusos se comunicaran con su agente. Estando con alguien, no podían pretender que el ruso respondiera a sus preguntas. También se dio cuenta de que no podía arrancarle el micrófono, pues ellos sabrían que algo andaba mal.

De no ser por las leves muecas del hombre, a cualquier observador le habría parecido que Peggy y el ruso eran amigos que se cogían de la mano mientras paseaban al perro. Cuando llegaron al lado de George, Peggy dio unos golpecitos en el bolsillo izquierdo de los pantalones del ruso con el dorso de la mano. La metió en el bolsillo y le sacó las llaves del coche moviendo la mano libre adelante y atrás.

Aún con una mueca, el ruso señaló hacia una fila de coches estacionados en el lado opuesto del parque.

Miró a George, que asintió en señal de comprensión.

—Siempre me sorprende lo pasivos que son la mayoría de los perros grandes —comentó Peggy mientras caminaban y el perro remoloneaba detrás de ellos—. Son los pequeños los que dan más guerra.

Los tres entraron en el parque y se dirigieron hacia una fila de coches aparcados al otro lado de un parterre de hierba en forma de riñón. Cuando lo hubieron cruzado, el ruso los guio hasta un sedán negro de dos puertas.

Tras colocarse en el lado del pasajero, Peggy miró al ruso y dio unos golpecitos en el coche con un nudillo.

—¿Muerde?

El ruso sacudió la cabeza.

Retorció la correa y el dolor hizo poner al ruso de puntillas.

—¡Sí! —exclamó él. ¡Tenga cuidado!

Le dio las llaves al ruso y le indicó que abriera él la puerta. El ruso la abrió y luego señaló hacia la guantera. Peggy se arrodilló junto al coche para que él pudiera sentarse y abrir la manecilla con la mano derecha. Un giro a la izquierda, otro a la derecha, luego una vuelta completa en el sentido de las agujas del reloj y abrió el comparti miento. Dentro había una caja de gas y un interruptor George sabía, gracias a un informe sobre la toma de rehenes *in situ* —personas de alto *status* y no gente corriente de la calle—, que los ricos, las personalidades militares y los funcionarios del gobierno suelen tener cajas de sorpresas en el coche, que se disparan automáticamente en un intento de secuestro. En el caso de los rusos, solía tratarse de un gas venenoso que desaparecía después de corto tiempo. El secuestrado, claro está, sabía cuándo aguantar la respiración.

Después de que el ruso desactivara el aparato, Peggy lo llevó de la mano, cogió las llaves y se las dio a George. Peggy hizo un gesto con la cabeza indicando el lado del conductor. George rodeó el coche, subió y lo puso en mar cha, mientras Peggy se instalaba en el

asiento de atrás con el ruso. Con la mano libre, soltó al perro del collar y cerró la puerta. El San Bernardo empezó a saltar en la ventanilla y a ladrar. Peggy lo ignoró, y quitó el volumen del microfono del *walkman*.

—Comprueba si hay micrófonos —dijo Peggy a George, acomodándose junto al ruso.

George sacó el detector de micrófonos de su mochila. Lo pasó por todo el coche y por el ruso. No dio ninguna señal.

—Estamos limpios —le comunicó George.

—Bien.

George oía un murmullo de voces a través de los auriculares del ruso.

—Pero creo que le están hablando. Probablemente le preguntan por qué ha apagado el micro.

—No me sorprende —respondió Peggy—, pero tendrán que esperar. —Miró a George por el retrovisor—. ¿Cuáles son tus órdenes en estas circunstancias?

—El manual dice que si nos descubren, nos dispersemos y salgamos.

—La seguridad lo primero. Nuestro manual también lo dice.

—Es más que seguridad. Sabemos cosas que a los rusos les encantaría…

—Lo sé, pero ¿realmente qué quieres hacer? —le interrumpió Peggy.

—Descubrir lo que sucede en el Ermitage.

—Yo también. Así que veamos si nuestro amigo y su barba pueden ayudarnos. —Peggy sacó una navaja de detrás de la solapa y se la puso al ruso debajo de la oreja izquierda. Soltó la correa y le preguntó en su idioma—: ¿Cómo te llamas?

El ruso dudó y Peggy apretó la afilada punta de la hoja contra su arteria temporal.

—Cuanto más tardes, más apretaré.

El ruso respondió:

—Ronash.

—Muy bien, Ronash. Vamos a asegurarnos de que no les dices a tus amigos ningún código, así que di exactamente lo que yo te diga. ¿Comprendido?

—Da.

—¿Quién está al mando de esta operación?

—No lo sé.

—Oh, vamos.

—Un oficial de la spetsuaz; no lo conozco.

—Muy bien. Esto es lo que les vas a decir: «Soy Ronash y me gustaría hablar con el oficial de la spetsuae que está al mando». Cuando se ponga, me pasas la unidad.

Ronash asintió, muy tenso para no clavarse el cuchillo en la garganta.

George la miró por el retrovisor.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó George en inglés. Peggy respondió:

—Dirigirnos al Ermitage. Encontraremos un modo de entrar si es necesario, pero tengo una idea mejor.

Cuando George sacó el coche de la zona de estacionamiento, el perro dejó de saltar. Solo miraba, moviendo su gran cola, al coche que se alejaba. Luego se sentó en la hierba, con la cabezota a un lado, arrastrando el resto de su cuerpo.

«Demasiado trabajo para la Rusia posterior a la guerra fría —pensó el Striker—. Ni los perros quieren hacer demasiados esfuerzos».

Al dirigir el coche hacia la calle principal, y luego por el canal Obvodnyy hacia el Moskovsky Prospekt, George no pudo evitar maravillarse, por contraste, de la diligencia conque Peggy había cumplido sus obligaciones, con fría eficacia. Aunque no le gustaba que le hubieran usurpado mando de la situación, le impresionaba su estilo y su ca pacidad para improvisar. También sentía una malsana

curiosidad y un poco de excitación por ver adónde les conducía todo aquello, a pesar de que ya estaban con el agua al cuello.

CINCUENTA Y TRES

Martes, 22:07, Jahárovsk

Con toda la magia de alta tecnología que el ejército había puesto a su disposición, Charlie Squires no acertaba a comprender por qué no tenían gafas de visión nocturna antiniebla en lugar de aquellos anteojos que se empañaban constantemente. El sudor se acumulaba en la base de las lentes y, si llevaba la boca tapada, como él había intentado, la transpiración se calentaba, se volvía vapor, y no se veía nada. Si no se tapaba la boca, se le helaban los labios y se le dormía la punta de la nariz.

Conservar la cara caliente no le habría servido de nada si se caía por un declive de treinta metros de altura, así que Squires prefirió ver, en la medida que se lo permitía la espesa nieve que caía a su alrededor. Al menos podría ver la montaña.

Squires inició el descenso en rappel por parejas con el soldado Terrence Newmeyer como compañero. Un hombre empezaba a bajar el pico, llegaba hasta una cornisa, luego levantaba una mano y aguantaba al otro, que descendía un poco más. En la oscuridad, sobre los picachos helados, Squires no quería que nadie bajase sin que otro le guiara, aunque tenía que admitir que no eran las peores condiciones que había visto. Una vez a Squires le invitaron a participar con la Saveret Gira'ah israelí —la Brigada de Reconocimiento de Elite— en el entrenamiento conocido como «la semana del infierno». Los ejercicios incluían bajar un pico de

veinticuatro metros de alto y luego correr una carrera de obstáculos. Los trajes de color oliva de los soldados acabaron hechos harapos al acabar la maniobra, no solo por los salientes del risco: durante el descenso, los oficiales lanzaban epítetos árabes y piedras a los soldados. Comparado con aquel descenso, este —por mucho que le molestasen las gafas— era como disfrutar de un día de playa.

A falta de unos catorce metros para llegar al suelo, unos cuatro a la izquierda de ellos, Squires oyó a Sondra que les gritaba que se detuvieran. Squires miró hacia abajo y la vio agachada junto a su compañero de corlada, el soldado Walter Pupshaw.

—¿Qué ocurre? —gritó Squires echando un rápido vistazo al horizonte. Buscaba el humo de la locomotora y ni lo vio… de momento.

—Está «pegado» al risco —gritó Sondea—. Se desgarró el pantalón en un picacho. Parece que el sudor le ha pegado el forro al hielo.

Squires gritó:

—¡Soldado Honda, deme la hora estimada de llegada del tren!

El radio operador rápidamente instaló el TACSA'h mientras Squires y Newmever se acercaban a Pupshaw. El oficial se quedó ligeramente por encima y a la derecha del soldado.

—Lo siento, señor dijo Pupshaw. He debido de topar con un gran trozo de hielo.

Squires miró al soldado, que parecía una enorme araña pegada a una pared.

—Soldado DeVonne —ordenó Squires—, quiero que se sitúe encima de él y lo apuntale, que lo sujete muy tenso. Soldado Newmever, vamos a usar nuestra cuerda para intentar liberarlo.

Squires cogió la cuerda que lo sujetaba a Newmeyer la lanzó hacia arriba para que cayera en los brazos de Pupshaw ante su cara.

—Pupshaw, suelte la mano izquierda y deje que la cuerda le caiga hasta la cintura. Luego haga lo mismo con la derecha.

—Sí, señor.

Tanto Newmever como Squires le tendieron las manos para sujetarse mientras, precavidamente, Pupshaw se soltaba de la cara de la roca con la mano izquierda y luego volvió a agarrarse cuando la cuerda se deslizó. Lo repitió con la derecha hasta que tuvo la cuerda a la altura de la cintura.

—Vale —dijo Squires—. El soldado Newmever y yo vamos a descender juntos. Nuestro peso tirará de la cuerda; esperemos que eso corte el hielo. DeVonne, prepárese a soportar su peso cuando se libere.

—Sí, señor.

Lentamente Squires y Newmeyer descendieron en tándem. A cada lado del soldado Pupshaw, la cuerda hacía presión sobre el hielo que se había formado entre el Striker y la montaña. Se resistió un momento y los dos hombres pusieron cada vez más peso en la cuerda hasta que el hielo saltó hecho añicos en una lluvia de pequeñas partículas. Squires estaba bien afianzado al risco, DeVonne pudo sujetar a Pupshaw y, después de un tenso momento en que la roca empezó a ceder bajo su bota derecha, Newmever logró estabilizarse gracias a la mano que le tendió Pupshaw.

—Gracias dijo Newmever mientras los cuatro se dirigían al pie de la montaña.

Cuando Squires llegó al suelo, el sargento Grey había reunido al equipo junto a la vía. Entre la base del pico y la vía quedaba un espacio de unos nueve metros; hacia el oeste, a unos treinta metros de distancia, había un grupo de árboles que parecían llevar muertos desde antes de la Revolución de Octubre. Honda va estaba comunicándose mediante el TACSAT y, cuando despidió la comunicación, informó que el reconocimiento de último minuto de la ONR situaba el tren a unos treinta y cuatro kilómetros al este y viajaba a una media de sesenta kilómetros por hora.

—Eso significa que los tendremos aquí dentro de poco más de media hora —puntualizó Squires—. No tenemos mucho tiempo. Muy

bien, sargento Grey, usted y Newmever prepararán uno de esos árboles para que caiga sobre la vía.

El sargento Grey ya estaba sacando el explosivo C4 de los bolsillos de su chaleco de combate.

—Sí, señor.

—DeVonne, Pupshaw, Honda: ustedes tres se dirigirán hacia el punto de evacuación y asegurarán la ruta. Espero que no nos topemos con ningún campesino hostil, pero nunca se sabe. Podría haber lobos.

—Señor —dijo Sondra—. Me gustaría…

—Lo que a usted le gustaría no importa —la cortó Squires—. El sargento Grey, el soldado Newmeyer y yo nos bastamos para cumplir esta parte del plan. Necesito que el resto nos cubra la retirada, llegado el caso.

—Sí, señor —respondió la soldado DeVonne saludando. Squires se dirigió al soldado Honda y le resumió el resto de la misión.

—Usted informará al cuartel general en cuanto divisen el puente. Dígale lo que planeamos hacer. Si hay un mensaje del cuartel general usted tendrá que asumirlo; nosotros no estaremos en situación de usar nuestras radios.

—Comprendido —respondió Honda.

Mientras los tres *Strikers* comenzaban a avanzar a través de un viento racheado sobre la nieve que unas veces les llegaba hasta los tobillos y otras hasta las rodillas, Squires se unió al sargento Grey y al soldado Newmeyer. Grey ya había colocado pequeñas tiras de C4 contra el tronco de un gran árbol que estaba cerca de las vías. Newmeyer se hallaba cortando la mecha de seguridad, dejando la mecha de tiempo que llevaban consigo para que Squires la usara más tarde. Las mechas de seguridad tenían marcas que correspondían a treinta segundos y midieron una pieza de diez largos.

—Hágala de cuatro minutos —ordenó Squires mirando por encima de su hombro—. Me preocupa un poco estar tan cerca del

tren que lo oigan.

Newmeyer sonrió.

—Todos corrimos los veintidós kilómetros por debajo de ciento diez minutos, señor.

—Ahora, en la nieve y con todo el equipo, no lo conseguirían…

—No nos pasará nada —intervino Newmeyer.

—También necesitamos tiempo para cubrir el árbol de nieve, para que parezca que se encuentra allí desde hace un rato —explicó Squires—. Y Grey y yo tenemos otro trabajo que hacer.

El teniente coronel miró al frente. En cinco minutos podían llegar hasta una zona cóncava de granito situada a unos trescientos metros de distancia; eso les protegería de la explosión…, suponiendo que la onda expansiva no derrumbara el risco sobre sus cabezas. Pero Grey tenía la suficiente experiencia, y los explosivos eran lo bastante pequeños, para que eso no sucediera. Y debían dejar algo de tiempo para que uno de ellos regresara y borrara cualquier rastro de huellas en la nieve: tenía que parecer como si el árbol se hubiera roto y caído por sí solo.

Apenas cumplida su labor, Grey se levantó y Squires se puso en cuclillas mientras Newmeyer encendía la mecha.

—¡Vamos! —exclamó Squires.

El teniente coronel ayudó a Newmeyer a subir y los tres hombres corrieron hacia su pequeño refugio, al que llegaron con un minuto de antelación. Aún estaban recuperando el aliento cuando el inconfundible anuncio de la explosión rasgó la noche, seguido del quebradizo crujido del tronco del árbol y el ruido sordo que hizo al chocar contra las vías del tren.

CINCUENTA Y CUATRO

Martes, 23:08, Hokkaido

La cabina de vuelo para dos hombres era baja, plana y oscura detrás de una carlinga exigua y curva. Tres de las seis pantallas planas en color de la cabina de vuelo formaban un único panorama táctico, mientras un IOA —indicador óptico de alerta—, un panel muy ancho, proporcionaba información sobre el vuelo y el blanco que expandían los datos contenidos en los indicadores montados dentro del visor del casco del piloto. No había indicadores predeterminados. Los indicadores generaban toda la información que el piloto requería, incluidos los datos que proporcionaban unos sofisticados sensores fijados en el exterior.

Detrás de la cabina de vuelo se extendía el fuselaje negro mate, de un metro sesenta y cinco de largo. No había ángulos vivos en el helicóptero de vientre plano, y el sistema de cola SRC —sin rotor de cola— y un modernísimo rotor principal sin cojinetes hacían del Mosquito un helicóptero prácticamente silencioso. El aire que entraba bajo presión a través de secciones parecidas a unas branquias abiertas en el fuselaje trasero, imprimía al aparato fuerzas antitorsión; un control rotativo direccional en la botavara de cola permitía al piloto dirigir el helicóptero. Aunque ya era relativamente ligero debido a la ausencia de eje de transmisión y caja de cambios, el helicóptero había sido privado de cualquier equipamiento superfluo, incluido armamento, lo cual recortaba el peso en vacío del

aparato de cuatro mil a tres mil kilos. Con un depósito de combustible adicional que se llevaba por fuera y se consumía primero —para que el depósito pudiera ser lanzado al mar y luego recuperado y regresar a casa después de una misión con setecientos kilos más que cuando salió, el Mosquito tenía una autonomía de vuelo de mil cien.

Pertenecía a la estirpe de aparatos volantes que la prensa y la opinión pública llamaban «Stealth», es decir, «imposible de detectar», pero que los oficiales del programa Mosquito en la base Wright Patterson de las Fuerzas Aéreas preferían llamar «invisible». La particularidad de semejante aparato era que no podía ser visto. Si dirigía suficiente energía de radar a un F117A o a un B2A o a un Mosquito, el enemigo podría verlos. Sin embargo, no existía un sistema de armamento en el mundo que pudiera seguir y fijar como blanco a semejante aparato, y esa era su ventaja.

Ninguno de los aparatos «invisibles» actualmente en servicio habría podido ejecutar la misión que se presentaba; por eso, en 1991, se había inaugurado el programa del Mosquito. Solo un helicóptero podía sobrevolar, de noche y a baja altura, un terreno accidentado, lanzar o evacuar un equipo, dar media vuelta y volver a salir, y solo un aparato «invisible» tenía posibilidad de hacerlo en los cielos rigurosamente vigilados y alborotados de Rusia.

Volando a trescientos veinte kilómetros por hora, el Mosquito alcanzaría su objetivo justo antes de la medianoche, hora local. Si el helicóptero tardaba más de ocho horas en completar su recogida en Jabárovsk, no tendría suficiente combustible para llegar hasta el portaaviones que le estaría esperando en el mar del Japón. Pero tras simular todos los aspectos de la misión en el ordenador de la cabina de vuelo, el piloto Steve Kahrs y el copiloto Anthony Lovino confiaban en el prototipo y estaban ansiosos por ganarse sus «alas», su insignia de reconocimiento al mérito. Si el equipo de las fuerzas especiales hacía su trabajo, esto los devolvería a los héroes de

Wright Patterson y, lo que era más importante, asestarían otro duro golpe al antaño orgulloso ejército ruso.

CINCUENTA Y CINCO

Martes, 15:25, San Petersburgo

—General Orlov —dijo el comandante Levski—. Tengo noticias bastante preocupantes.

Solo la voz del comandante llegaba a través de los auriculares conectados al ordenador del despacho de Orlov. La base naval situada a las afueras de la ciudad aún no estaba equipada con instalaciones de vídeo, y no era probable que lo estuviera, dado el recorte que habían experimentado los presupuestos militares.

—¿Qué sucede, comandante? —preguntó Orlov. El general denotaba cansancio, que se traslucía en su voz.

—Señor, el general Mavik me ordenó que volviera a llamar al equipo Molot.

—¿Cuándo?

—Acabo de colgar el teléfono —contestó Levski—. Señor, lo siento pero debo obedecer…

—Lo comprendo —replicó Orlov, bebiendo un sorbo de su café negro—. No se olvide de darle las gracias al teniente Starik y a su equipo de mi parte.

—Sí, señor, se las daré. Quiero que sepa, general, que pase lo que pase no está usted solo. Yo estoy con usted y Molot también.

Orlov movió las comisuras de la boca.

—Gracias, comandante.

—No intento saber lo que está pasando —continuó Levski—. Hay rumores de un golpe inminente; los que controlan el mercado negro están detrás de esto. Lo único que sé es que una vez intenté sacar un antiguo Kalinin K4 de un vuelo en picado, señor. Tenía un motor, un BMW IV muy obstinado, clavado.

—Conozco el avión.

—Mientras caía boca abajo a través de las nubes, recuerdo que pensaba: «Es una hermosa antigualla y no tengo derecho a rendirme, por temperamental que sea». No solo fue un deber, fue un honor. En lugar de rendirme, luché para levantarlo del suelo. No fue fácil, pero los dos lo hicimos. Y luego, yo personalmente cogí a ese bastardo mecanismo bávaro por mi cuenta y lo arreglé.

—¿Voló?

—Como una joven águila —afirmó Levski.

Orlov sabía que estaba cansado porque ese cuento, digno de un ejemplar de Hazañas bélicas, lo conmovió.

—Gracias, comandante. Le haré saber cuando ponga las manos en la maldita cubierta del motor.

Orlov colgó y apuró su café. Era reconfortante saber que tenía un aliado, además de su fiel asistente, Nina, que regresaría a las cuatro. Y también tenía a su esposa. Masha siempre estaba con él, pero, al igual que el caballero andante que llevaba los colores de su dama a la batalla, seguía cabalgando solo. Y en aquel momento el sentido de aislamiento era más fuerte que el que había experimentado en toda su vida, ni siquiera superado por la soledad que sentía en la negrura del espacio exterior.

Usando el teclado, cambió al canal que usaba la *spetsnaz* para seguir a sus agentes sobre el terreno.

—… quiero que me dejen en paz —moduló una voz femenina en perfecto ruso.

—¿Dejar una fuerza de asalto quirúrgica a sus anchas en Rusia? —preguntó Rossky riendo. Obviamente se estaba comunicando con

su presa a través de su teléfono móvil, mediante una conexión del Centro de Operaciones o de la comisaría de policía local.

—No somos una fuerza de asalto —sostuvo la mujer.

—Los vieron entrar en el palacio presidencial con el comandante Pentti Aho…

Él nos facilitó el transporte. Hemos venido para averiguar quién asesinó a un empresario británico…

—El informe oficial y el cadáver fueron entregados a la Embajada británica.

—El cuerpo había sido incinerado —observó la mujer—. Los británicos no aceptan que hubiera fallecido de un ataque al corazón.

—¡Y nosotros no aceptamos que fuera un empresario! Tienen nueve minutos para entregarse o reunirse con su amigo muerto. Así de sencillo.

—Nunca nada es así de sencillo —irrumpió Orlov.

Solo el débil crujido de la electricidad estática llenó la línea durante lo que pareció un rato muy largo.

—¿Con quién estoy hablando? —preguntó la mujer.

—Con el oficial militar de más alto rango de San Petersburgo —respondió Orlov, dedicándoselo más a Rossky que a la mujer—. Y ahora ¿quién es usted? Ahórrenos el disfraz. Sabemos cómo ha llegado hasta aquí y desde dónde.

—Muy bien —replicó la mujer—. Somos oficiales COMINT, es decir, oficiales de comunicaciones de la inteligencia. Trabajamos con el ministro de Defensa Niskanen en Helsinki.

—¡No es cierto! —vociferó Rossky—. ¡Niskanen no arriesgaría sus recursos para desenterrar un cadáver!

—El DI6 no podía estar de acuerdo con un procedimiento de acción —explicó la mujer—, de modo que consultaron con la CIA y con el ministro de Defensa. Estimaron que sería más prudente que mi colega y yo entrásemos en el país e intentásemos descubrir por qué lo mataron; y, una vez hecho esto, intentásemos llegar a un acuerdo para evitar represalias.

—¡Bobadas! —le espetó Rossky—. Habrían tomado un vuelo directo con pasaportes falsos y entrado rápido para presentar su caso. Vinieron en un minisubmarino porque no querían que los vieran en el aeropuerto. ¡Está usted mintiendo…!

—¿Qué ruta cruza el golfo de Botnia? —preguntó Orlov.

—La ruta dos —respondió la mujer.

—¿Cuántas provincias hay en Finlandia?

—Doce.

—¡Eso no demuestra nada! —exclamó Rossky—. ¡Ha ido a la escuela!

—Eso es cierto. En Turku, donde me criaron.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! —Añadió Rossky—. Se encuentra ilegalmente en nuestro país y en cuatro minutos mis fuerzas la cercarán.

—Si me encuentran.

—El teatro Kirov está a su izquierda, en la posición de las diez en punto. Y hay un Mercedes verde detrás de usted. Si intenta huir le dispararemos.

Se produjo otro silencio. Aunque la mujer había retirado los transmisores del coche, Orlov sabía que probablemente no había notado el teléfono móvil del maletero. La línea se mantenía abierta cuando un agente estaba trabajando. Los detectores de transmisores no lo detectaban, pero les permitía triangular la posición del coche en cualquier momento.

La mujer dijo tranquilamente:

—Si algo nos ocurre, perderá la oportunidad de comunicarse directamente con su homólogo, señor… Me estoy dirigiendo al oficial superior, no al rufián.

—¿Diga? —inquirió Orlov, quien, a su pesar, reconocía que le gustaba cómo se había expresado la mujer.

—Creo, señor, que su rango es superior al del jefe militar de San Petersburgo. Creo que es usted el general Serguéi Orlov y que está al mando de la unidad de inteligencia de la ciudad. También creo

que ganaría más poniéndose en contacto con su homólogo en Washington que ejecutándome y devolviendo mis cenizas al ministro de Defensa Niskanen.

Durante los dos últimos años, Orlov y su equipo habían intentado averiguar más sobre su «doble» en Washington, su imagen en el espejo. Un centro de inteligencia y crisis que funcionaba en buena medida como el suyo. Habían introducido topos en la CIA y el FBI para descubrir lo que pudieran, pero el Op-Center de Washington era más nuevo, más pequeño y resultaba más difícil infiltrarse en él. Lo que esa mujer ofrecía —porque era inteligente o estaba muy asustada— era algo que no podía permitirse dejar escapar.

—Es posible —admitió Orlov—. ¿Cómo se comunicaría con Washington?

—Póngame con el comandante Aho en el palacio. Lo arreglaré a través de él.

Orlov meditó la oferta durante un momento. A una parte de su ser le inquietaba colaborar con un invasor, pero a otra parte, más poderosa que la anterior, le satisfacía intentar la diplomacia en lugar de dar una orden que segu_ramente acabaría en derramamiento de sangre.

—Suelte al hombre que está reteniendo y le daré una oportunidad.

La mujer replicó sin vacilar:

—De acuerdo.

—¿Coronel? —inquirió Orlov.

—¿Sí, señor? —respondió Rossky con voz tensa.

—Que nadie se mueva a menos que yo dé la orden directa. ¿Lo ha comprendido?

—Lo he entendido perfectamente.

Orlov oyó un revuelo y los sonidos de una conversación amortiguada. No podía decir si procedía del coche o de la estación de metro del Instituto Tecnológico, donde Rossky había atrapado a sus ratas. En cualquier caso, sabía que el coronel no se quedaría de

brazos cruzados, tenía que hacer algo para salvar las apariencias… y asegurarse de que los dos agentes no se salían con la suya.

CINCUENTA Y SEIS

Martes, 7:35, Washington, D.C.

Hood había aprendido que la paradoja de la gestión de crisis era que invariablemente tenías que cortar la cabeza de la Medusa, es decir, afrontar la parte más difícil cuando te encuentras más extenuado.

La última vez que había descansado en un colchón, Hood se hallaba en la habitación de un hotel de Los Angeles en compañía de su familia. Ahora se encontraba en su despacho con Mike Rodgers, Bob Herbert, Ann Farris, Lowell Coffey y Liz Gordon, esperando los primeros informes de un par de comandos Striker que habían sido enviados a una peligrosa misión en un país extranjero. Por mucho que lo adornaran con eufemismos —que era lo que Ann tendría que hacer en las conferencias de prensa si los equipos eran descubiertos o capturados—, lo cierto era que ambos equipos Striker estaban implicados en un flagrante ataque a Rusia.

Los jefes de sección contaban el tiempo en espera de noticias de cualquiera de los dos comandos, y Hood solo escuchaba a medias, mientras pensaba en las repercusiones de lo que estaban haciendo. Y, a juzgar por su expresión malhumorada, Mike Rodgers hacía lo mismo.

Coffey se subió la manga con un dedo y consultó su reloj.

Herbert hizo una mueca.

—Comprobar las manos de Mickey a cada minuto no va a hacer que el tiempo pase más rápido.

Liz se irguió en la silla y saltó en su defensa.

—Es como la sopa de pollo, Bob: no duele.

Ann iba a decir algo pero se refrenó cuando sonó el teléfono. Hood apretó el botón del interfono.

—Señor Hood —informó Benet—, hay una llamada para usted desde San Petersburgo; nos llega a través del despacho del comandante Pentti Aho.

—Pásemela —ordenó Hood. Le ocurría como en las mañanas calurosas de verano, cuando el aire era apacible y silencioso, y costaba respirar—. ¿Alguna conjetura, Bob? —preguntó, enmudeciendo el teléfono con un botón.

—Nuestro hombre de Striker debe de haber sido capturado y obligado a llamar. No se me ocurre…

—Soy Kris —anunció Peggy.

—Apuntad eso —dijo Herbert—. Kris es el nombre en clave de Peggy si está libre. Kringle si se ha caído en la chimenea, por así decirlo.

Hood volvió a activar el teléfono.

—Sí, Kris.

—Al general Serguéi Orlov le gustaría hablar con su homólogo —dijo Peggy.

—¿Está usted con el general? —preguntó Hood.

—No, nos comunicamos por radio.

Hood pulsó el botón de enmudecer y miró a Herbert:

—¿Creéis que es en serio?

—Si lo es —respondió Herbert—, Peg y George han realizado un milagro digno de Jesucristo.

—Los *Strikers* están entrenados para hacer eso. Y la dama tampoco es manca.

Hood liberó la comunicación.

—Kris, su homólogo acepta.

Una voz enérgica habló en un inglés con fuerte acento ruso:

—¿Y con quién tengo el honor de hablar?

—Soy Paul Hood —respondió mientras observaba los rostros de sus oficiales. Notó que todos en la sala estaban inclinados hacia adelante.

—Señor Hood, es un placer —saludó Orlov.

—General Orlov, he seguido su carrera durante muchos años. Todos la hemos seguido. Aquí tiene usted muchos admiradores.

—Gracias.

—Dígame, ¿tiene instalaciones de vídeo?

—Sí, a través del satélite Zontik6.

Hood miró a Herbert.

—¿Me puedes conectar con él?

Parecía como si al jefe de inteligencia le hubieran arrojado un jarro de agua fría.

—Verá el Tanque; no lo dirás en serio.

—Sí.

Renegando, Herbert llamó a su despacho desde su teléfono móvil, moviendo su silla de ruedas y retirándose un poco para que el general Orlov no pudiera oírlo.

—General, me gustaría hablar con usted cara a cara. Si podemos arreglarlo, ¿estaría usted de acuerdo?

—Me encantaría. Nuestros respectivos gobiernos se pondrían a temblar si supieran lo que estamos haciendo.

—Yo también estoy temblando un poco. Esto no es exactamente el procedimiento operativo habitual.

—Es cierto, pero estas tampoco son circunstancias corrientes.

—Tiene razón.

Herbert se dio media vuelta:

—Podemos hacerlo —anunció con ojos implorantes—. Pero te suplico…

—Gracias —dijo Hood—. General Orlov…

—Le oigo. Nuestro sonido es muy bueno aquí.

—¿Y cómo piensa que es el nuestro? —musitó Herbert—. ¿Sobras de la CIA?

—Pídale a su hombre que acceda al canal veinticuatro —solicitó Orlov— en lo que, sin duda, es un sistema de control de comunicaciones por satélite y transmisor de última tecnología, modelo CB7.

Hood sonrió a Herbert, quien no estaba de humor.

—Y pregúntele a él —repuso Herbert— si los astronautas siguen meando en las ruedas de autobús antes de dirigirse a la rampa de lanzamiento.

—Sí —contestó Orlov soslayando en su voz la expresión crítica de Hood—. Yuri Gagarin inició la tradición después de beber mucho té, pero las mujeres astronautas también lo hacen. En materia de igualdad me parece que siempre vamos por delante de ustedes.

Ann y Liz miraron a Herbert, que se rebullía incómodo en su silla de ruedas mientras pasaba la llamada a la sala de satélites.

La conexión tardó dos minutos en hacerse y el rostro del general parpadeó: las gafas de gruesa montura negra, los fuertes pómulos, la tez oscura y una frente alta y despejada. Al ver aquellos inteligentes ojos marrones, ojos que habían contemplado la Tierra desde donde pocas personas la habían visto, Hood sintió que podía confiar en ellos.

—Bien —comentó Orlov sonriendo calurosamente—, aquí estamos. Gracias de nuevo.

—Gracias a usted —respondió Hood.

—Ahora seamos francos. Ambos estamos preocupados por el tren y su cargamento. A ustedes les preocupa tanto que han enviado una fuerza de choque para interceptarlo, tal vez para destruirlo. A mí me preocupa lo bastante como para haber apostado guardias para impedírselo. ¿Sabe en qué consiste el cargamento?

—¿Por qué no nos lo dice usted? —inquirió Hood pensando que bien podían oírlo de una fuente autorizada.

—El tren lleva dinero que será empleado en Europa del Este para sobornar oficiales y financiar actividades antigubernamentales —replicó Orlov.

—¿Cuándo?

Herbert se llevó un dedo a los labios. Hood apretó un botón para enmudecer la línea.

—No dejes que te convenza de que está de tu lado —le aconsejó Herbert—. Él podría parar el tren si quisiera. Alguien en su posición ha de tener amigos.

—No necesariamente, Bob —indicó Rodgers—. Nadie sabe lo que está pasando en el Kremlin.

Hood desbloqueó el teléfono.

—¿Qué propone usted, general Orlov?

—No puedo confiscar el cargamento. No dispongo de personal.

—Es usted un general con poderes.

—He tenido que ordenar que un aliado registrase mi propia línea y mi despacho en busca de micrófonos. Soy Leónidas en las Termópilas, traicionado por Efialtes. Aquí estoy en una posición muy peligrosa.

Rodgers sonrió.

—Eso me gusta —masculló Rodgers entre dientes.

—Pero, aunque yo no pueda llegar hasta el cargamento, este no debe ser entregado y ustedes no deben atacar el tren.

—General, eso no es una proposición —objetó Hood—, es un nudo gordiano.

—¿Perdón?

—Un rompecabezas muy difícil de resolver. ¿Cómo podríamos satisfacer tales criterios?

—Con una reunión pacífica en Siberia —explicó Orlov entre sus tropas y las mías.

Rodgers se pasó un dedo por la garganta. Hood volvió a enmudecer el teléfono a regañadientes.

—Ten cuidado, Paul —le advirtió Rodgers—. No puedes dejar a Striker allí fuera indefenso.

Herbert añadió:

—Sobre todo con el hijo de Orlov al mando del tren. El general quiere proteger el culo de su hijo. Los rusos pueden disparar a Striker, armados o no, y las Naciones Unidas les dirían que tienen todo el derecho del mundo.

Hood les indicó con la mano que se callaran y volvió al teléfono.

—¿Qué sugiere, general Orlov?

—Yo ordenaré al oficial al mando del tren que baje los guardias y permita que su equipo se acerque.

—Su hijo está al mando del tren.

—Sí —respondió Orlov—. Mi hijo, pero eso no cambia nada. Este es un asunto de importancia internacional.

—¿Por qué no ordena al tren que regrese?

—Porque perdería el cargamento en favor de la gente que lo envió. Simplemente encontrarían otro medio de transportarlo.

—Comprendo —dijo Hood, y añadió luego de pensar un momento—: General, lo que usted propone pondría a mi gente en un grave peligro. Les está pidiendo que se acerquen al tren al descubierto, a plena vista de sus tropas.

—Sí, eso es precisamente lo que le estoy solicitando.

—No lo hagas —susurró Rodgers.

—¿Qué quiere que haga nuestra gente cuando llegue al tren? —preguntó Hood.

—Llevarse todo el cargamento que puedan sacar del país. Guardarlo como prueba de que lo que está sucediendo aquí no es obra del gobierno legítimo de Rusia, sino de unos pocos corruptos y poderosos —respondió Orlov.

—¿El ministro Dogin?

—No estoy en libertad para hacer comentarios.

—¿Por qué no?

—Puede que no gane y tengo esposa.

Hood miró a Rodgers, cuya desconfianza en Orlov no daba muestras de modificarse. No debía culpar a Rodgers por ello; Orlov estaba pidiendo mucho y ofreciendo solo su palabra a cambio.

—¿Cuánto tardará en comunicarse con el tren? —inquirió Hood, consciente de que la evacuación de Striker no podía aguardar.

—Cuatro o cinco minutos.

Hood miró el reloj de la pared que señalaba la cuenta atrás. El tren ruso debía llegar a la posición de Striker en aproximadamente siete minutos.

—No puede tardar más. La maquinaria está en movimiento…

—Comprendo. Por favor deje la línea abierta y volveré lo antes que pueda.

—Lo haré —replicó Hood enmudeciendo el teléfono. Rodgers dijo:

—Paul, sea lo que sea lo que Striker haya planeado, tender una emboscada o hacer descarrilar el tren, ya debe de estar hecho. Según la posición del TACSAT, tal vez no podamos hablar con él.

—Lo sé, pero Charlie Squires es listo. Si los rusos detienen el tren y salen con una bandera blanca, les escuchará. Sobre todo si le explicamos lo que debe decirles.

Herbert comentó amargamente:

—Me alegro de que estés dispuesto a confiar en esos bebedores de vodka. Yo no. Lenin conspiraba contra Kerenski, Stalin contra Trotski, Yeltsin contra Gorbachov, Dogin contra Zhanin. ¡Ostras! ¡Orlov está conspirando contra Dogin! Si esos tipos apuñalan a los suyos por la espalda, piensa en lo que harán con nosotros.

Lowell Coffey intervino:

—Dada la alternativa de una confrontación armada… Y la naturaleza heroica de Orlov —interrumpió Liz—, la cual a él le parece muy importante.

—Cierto —coincidió Coffey—. Dado todo esto, el riesgo parece razonable.

—Razonable porque no son tus huevos los que están en el asador —afirmó Herbert—. Las reputaciones heroicas pueden fabricarse, como Ann atestiguará, y preferiría tener una confrontación armada que una masacre.

Rodgers asintió.

—Como dijo lord Macaulay en 1831: «La moderación en la guerra es imbecilidad».

—La muerte en la guerra es peor —replicó Liz.

—Veamos lo que dice Orlov —afirmó Hood.

Aunque mientras miraba parpadear los pequeños números verdes del reloj, el general sabía que, fuera lo que fuese, solo disponía de unos segundos para adoptar una decisión que afectaría a seres humanos y naciones, y todo ello basado en lo que su instinto le dictara acerca de la cara de un hombre que había aparecido en una pantalla de ordenador.

CINCUENTA Y SIETE

Martes, 22:45, Jabárovsk

Cuando Orlov conectó con el tren, el cabo Fodor le informó que Nikita había ido a la máquina para vigilar la vía. El cabo le comunicó que tardaría unos minutos en volver.

—No tengo unos minutos —se lamentó Orlov—. Dígale que pare el tren dondequiera que esté y que se ponga al teléfono.

—Sí, general —respondió el cabo.

Fodor corrió hasta la parte delantera del vagón que cabeceaba moderadamente, levantó el auricular del interfono y apretó el timbre de la caja que estaba debajo. Al cabo de casi un minuto, Nikita descolgó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nikita.

—Señor, el general está en la línea. Dice que tenemos que parar el tren en donde estemos y que quiere hablar con usted.

—Hace mucho ruido aquí. Repítalo.

Fodor gritó:

—El general nos ha ordenado que paremos el tren de inmediato y…

El cabo se comió el resto de la frase mientras oía un ruido procedente de la máquina, a través de la puerta y no por el interfono; al cabo de un momento se vio impulsado hacia adelante, entre los chirridos de las ruedas, el rechinar de las varillas y el fuerte choque del vagón contra el ténder de carbón. Fodor dejó caer el

teléfono y saltó hacia atrás para mantener tiesa la antena del satélite, que uno de los soldados había sido lo bastante ágil para sostener, pero el auricular se había golpeado en un lado y uno de los cables coaxiales se había desgarrado de la parte posterior de la antena parabólica. Al menos el pesado fanal no se había caído y, cuando el tren se detuvo y los soldados y los civiles se ayudaron a ponerse en pie en medio de las cajas desparramadas, Fodor pudo comprobar el equipo. Aunque se había arrancado parcialmente el conector que aún estaba ligado al plato de la antena, el cable se hallaba en buen estado. Se quitó los guantes y empezó a repararlo en el acto.

Como la gran caldera ocupaba la parte frontal de la cabina del maquinista, las únicas ventanas de la locomotora se abrían a los lados. Nikita estaba mirando por una de ellas cuando vio un árbol caído entre los gruesos copos. Había gritado al maquinista que detuviera el tren, pero como el pobre hombre no actuaba lo bastante de prisa, Nikita tiró del freno por él.

Los tres hombres de la cabina cayeron violentamente al suelo, y cuando el tren se detuvo, Nikita oyó gritos procedentes del techo y los vagones traseros. Se puso rápidamente en pie, le dolía la cadera derecha, donde se había golpeado; cogió un fanal de un gancho de la pared y corrió hacia la ventana. Dirigió el amplio haz hacia la nieve. Un hombre había caído del techo del primer vagón, pero ya estaba subiendo desde un banco de nieve.

—¿Se encuentra bien? —le gritó Nikita.

—Creo que sí, señor —contestó el joven soldado, y se puso en pie, tambaleándose—. ¿Nos necesita allí delante?

—¡No! —gritó Nikita—. Vuelva a su puesto de observación.

—Sí, señor —respondió el soldado saludando descuidadamente con un guante cubierto de nieve mientras un par de manos extendidas le ayudaban a subir al techo del vagón.

Nikita ordenó a los dos hombres de la cabina que vigilaran cuidadosamente las ventanas, luego se subió al techo del ténder. El viento había cesado y la nieve caía completamente vertical. Todo estaba turbadoramente silencioso, como el ominoso silencio que se produce después de un accidente de coche, y sus botas arrancaban al carbón sonidos quebradizos y frágiles. Cogió carrerilla, levantando a su paso nieve y polvo de carbón, luego saltó con agilidad sobre el enganche del primer coche. Resollando de frío, usó el fanal para encontrar la manecilla de la puerta.

—Saque seis hombres a la vía —gritó al corpulento sargento Versky al entrar—. Ha caído un árbol sobre ella y quiero que la despejen ahora mismo. Que tres hombres se queden de guardia mientras los otros tres lo apartan.

—Enseguida, señor —respondió Versky.

—Vigile posiciones de posibles francotiradores —añadió Nikita—. Tal vez puedan ver en la oscuridad.

—Comprendido, señor. Nikita se dirigió a Fodor.

—¿Cómo está el teléfono?

—Tardaré algunos minutos en repararlo —anunció Fodor mientras se acuclillaba junto al farol.

—Hágalo rápido —le espetó el teniente, soltando nubes blancas de vapor—. ¿Qué más dijo el general?

—Solo que detuviéramos el tren y que siguiéramos en la línea. Eso fue todo.

—¡Maldita sea! —vociferó Nikita—. ¡Maldito sea todo!

Mientras los hombres del sargento sacaban linternas de un petate de provisiones, Nikita ordenó a los civiles que volvieran a apilar las cajas. Entró un soldado del vagón contiguo; parecía algo nervioso y Nikita le hizo volver para vigilar las cajas y asegurarse de que los soldados permanecían alerta.

—Diga en el vagón de cola que permanezcan en el puesto de observación —añadió Nikita—. Podrían acercarse por la retaguardia.

De pie con las piernas separadas en el centro del vagón, balanceándose de puntillas impacientemente, el teniente intentaba ponerse en la piel de su enemigo.

El árbol podía haberse caído o podían haberlo colocado allí. Si se trataba de lo último, la emboscada había fracasado. Si hubieran chocado contra el árbol, se habrían parado junto a un risco, un lugar ideal desde donde capturar a los soldados del techo del tren. Pero allí, a cien metros de distancia, solo podrían capturar a uno o dos soldados antes de alertar a los demás. Y no había manera de que nadie se acercase sin ser visto y, una vez detectada su presencia, se le dispararía.

«Entonces, ¿cuál era su juego?», pensó.

Su padre le había llamado para decirle que detuviera el tren. ¿Sabía lo del árbol? ¿O sabía algo más, tal vez había explosivos o emboscados allí delante?

—¡Dese prisa! —instó Nikita a Fodor.

—Casi está listo, señor —respondió el cabo que, a pesar del frío, tenía la frente arrebolada y salpicada de sudor.

Nikita se enfurecía por segundos al sentirse indefenso y cada vez más consciente del peso del aire que le rodeaba. Era más que el mero aislamiento y los sonidos amenazadores. Era una sensación cada vez más aguda de que, fuera él el depredador o la presa, el enemigo que buscaba andaba muy cerca.

CINCUENTA Y OCHO

Martes, 15:50, San Petersburgo

—Creo que se han olvidado de nosotros.

Al soldado George le divertía pensarlo mientras conducía hacia el Ermitage, salvando las intrincadas vueltas que tuvo que dar después de cruzar el río Moika. Se encontraba a la derecha del Caballero de Bronce, luego giró a la derecha por la calle Gogolia y se dirigió hacia la contigua plaza del Palacio.

Peggy había apagado la radio después de que Orlov y Paul cambiasen de satélite y estaba claro que no había nadie en la línea. Tras liberar a su tembloroso pero agradecido pasajero, ella y George decidieron continuar hasta el Ermitage, donde podían dejar el coche, perderse entre la multitud, y ponerse sus disfraces antes de llevar a cabo la segunda parte de su misión.

—Me refiero a que es de mala educación, ¿no crees? Viajamos como sardinas enlatadas tres mil cuatrocientos kilómetros para hacer el trabajo y nadie se molesta en ponerse a la línea y decir: Por cierto, chicos: buen trabajo.

—¿Has venido hasta aquí para que te demuestren su admiración? —le preguntó Peggy.

—No, pero sería estimulante.

—No te preocupes. Tengo la sensación de que antes de que salgamos de aquí, añorarás el anonimato.

Cuando aparecieron ante su vista las columnas blancas del Ermitage, cada vez más ambarinas a la última luz de la tarde, George vio, y oyó, el ejército de trabajadores del que les había alertado el capitán Rydman.

Meneó la cabeza.

—¿Quién lo hubiera imaginado?

—Probablemente la última vez que alguien se manifestó aquí fue cuando aún se llamaba palacio de Invierno y los nerviosos guardias de Nicolás II dispararon contra los trabajadores.

—Da miedo que haya gente a la que le gustaría volver al telón de acero —opinó George.

—Por eso no me importa que no me lo agradezcan. Es el miedo lo que nos da ánimos, no una palmada en el anca. La vigilancia de los valores es una recompensa en sí misma. Así es como se sentía Keith.

George la miró por el retrovisor. Notó un asomo de nostalgia por su amante muerto en su voz; también vio la pérdida reflejada en sus ojos. Puede que fuera una de esas personas que no lloran en público o puede que no llorara nunca. A George le intrigaba cuál sería su reacción cuando llegaran al edificio en el que Keith había muerto.

Al menos había unas tres mil personas dispersas por el gran tablero de ajedrez de la plaza del Palacio. Miraban hacia un entarimado bajo y un podio que habían erigido frente al arco del Estado Mayor. La policía alejaba el tráfico de la plaza y Peggy le dijo al soldado George que se bajaran antes de llegar. Aparcaron junto a un café al aire libre con sombrillas marrones encima de cada mesa; cada sombrilla anunciaba una marca diferente de vino o cerveza.

—Los del mercado negro no han tardado en llegar —se quejó a Peggy con desaprobación mientras permanecían juntos.

—Nunca tardan —respondió y se dio cuenta de que uno de los policías les estaba mirando.

George también lo notó.

—Identificarán el coche.

—Pero no esperan que nos quedemos en la zona. Por lo que saben, ya hemos cumplido nuestra misión.

—¿No crees que nuestro amigo Ronash les haya dado ya una descripción de nosotros que se está distribuyendo por fax por todo San Petersburgo?

—Aún no, pero tenemos que quitarnos estos uniformes como sea si queremos salir como turistas —afirmó Peggy mientras comprobaba el reloj—. Nos encontraremos con Volko dentro de una hora y diez minutos. Sugiero que entremos. Si nos paran por el camino yo les diré que somos del almirantazgo, que está una manzana hacia el este. Diré que vigilamos que la multitud no se disperse. Una vez dentro, nos cambiaremos de ropa, fingiremos que somos una pareja de enamorados e iremos hasta el cuadro de Rafael.

—Por fin un disfraz en el que me encontraré cómodo —comentó George encaminándose hacia la plaza.

—No te pongas tan contento. Dentro tendremos una pequeña riña, para que pueda mantener una conversación con Volko.

George sonrió.

—Estoy casado. También puedo explicar eso —puntualizó con una franca sonrisa—. *Strikers* entre huelguistas —susurró—. Me gusta la ironía.

Rodeaban los límites de la multitud en la plaza del Palacio y Peggy no le devolvió la sonrisa. George se preguntó si le habría oído mientras ella miraba en todas direcciones, hacia la ordenada muchedumbre, el grupo escultórico del arco del Estado Mayor, sus pies…, a cualquier lugar, menos hacia el Ermitage y el río Neva, en cuya ribera había muerto Keith Fields-Hutton. Creyó ver lágrimas en sus ojos y una pesadez en sus pasos que no había advertido antes.

Y final y felizmente, se sintió cerca de la persona junto a la que había estado sentado durante la mayor parte de un día.

CINCUENTA Y NUEVE

Martes, 10:51, Jabárovsk

Los soldados de la *spetsnaz* estaban entrenados para hacer muchas cosas con su principal arma: la pala. Los dejaban en una habitación cerrada con una pala y un perro rabioso. Les ordenaban que talaran árboles con ellas. A veces, tenían que cavar zanjas en la tierra helada con ellas, zanjas lo bastante grandes como para tumbarse dentro. A una hora determinada, los tanques pasaban sobre el campo. Los soldados que no habían cavado lo bastante hondo, eran aplastados.

Con la ayuda de Liz Gordon, el teniente coronel Squires había hecho un estudio especial de las técnicas de la *spetsnaz*, buscando las que mejor demostraban la notable resistencia y versatilidad de sus soldados. No podía adaptarlas todas. Las palizas regulares para endurecer a los soldados no habrían estado bien vistas por el Pentágono, aunque conocía oficiales que las habrían adaptado gustosamente. Pero adaptó muchos métodos de la *spetsnaz*, incluidos sus favoritos: la habilidad para crear camuflajes en muy poco tiempo y ocultarse en lugares inverosímiles.

Cuando supo que había soldados apostados en el techo del tren, cayó en la cuenta de que vigilarían las copas de los árboles, riscos, peñascos y bancos de nieve que encontraran a lo largo de la ruta. Tenía el convencimiento de que, desde la locomotora, alguien vigilaría la vía en busca de explosivos o cascotes, pero también sabía

que tenía que colarse debajo del tren sin ser visto y que el mejor lugar para esconderse eran las vías.

Sabía que el destello de la linterna de la locomotora sería difuso y mortecino y los soldados prestarían atención a los raíles. De modo que lo más seguro era cortar en dos las secas y viejas traviesas con una hachuela, cavar una honda franja en el lecho de los raíles, tumbarse y que Grey le cubriera de nieve junto con el saco del C-4, dejando a un lado un túnel de un brazo de grosor para poder respirar. Después de enterrar a Newmeyer cerca, Grey se escondería detrás de un gran peñasco, lejos del tren; cuando Squires y Newmeyer llegaran a los dos vagones y empezaran los fuegos artificiales, Grey avanzaría hasta su objetivo: la locomotora.

Squires había oído y luego notado el tren que se acercaba. No estaba nervioso. Aguardaba debajo de la superficie de los raíles donde ni siquiera el rastrillo de la locomotora, si es que lo tenía, tocaría la nieve apilada sobre él. Su única preocupación era que el maquinista viera el árbol demasiado pronto o no lo viera y chocara con él. En este último caso no solo el tren sufriría daños sino que las ruedas empujarían el árbol contra él, y el impacto podía convertirle en «carne picada».

No sucedió ninguna de estas dos eventualidades, pero, cuando el tren frenó y Squires se las arregló para abrir un pequeño agujero delante de los ojos, vio que había quedado debajo del ténder del carbón. Es decir, un vagón por delante de donde esperaba quedar.

«Al menos el camuflaje ha funcionado», pensó mientras se quitaba la nieve con cuidado. Existían precedentes muy gratificantes e históricamente ciertos en los que tropas rusas habían caído en una trampa rusa: como los zaristas que mataron al monje Rasputín y los revolucionarios que ejecutaron al zar.

Cuando terminó de sacudirse la nieve, Squires oyó gritos. A pesar de que cada milímetro de su piel estaba cubierto por prendas de Nomex, sentía frío, un estremecimiento gélido que, por alguna razón, la total oscuridad que le envolvía acentuaba.

En cuanto se liberó, oyó el crujido de botas sobre carbón húmedo. Después encendieron luces, que difundían círculos rosados de luz sobre la nieve y hacían que el oscuro vientre del tren brillara diabólicamente.

Squires se colocó con sigilo la mochila sobre el vientre y empezó a arrastrarse hacia atrás, para salir de la zanja que había abierto entre los raíles, en dirección al primer vagón. Los soldados se movían a su derecha y se paró un momento a desabrocharse el cierre de la cartuchera que pendía de su cadera derecha. El norteamericano no deseaba provocar un conflicto internacional, pero prefería leer en el periódico la noticia de sus crímenes y tropelías a que los demás leyeran sobre su muerte en las llanuras heladas de Siberia.

Squires retrocedió muy rápidamente y ya se hallaba debajo del enganche del ténder y el primer vagón, cuando los soldados rusos llegaron hasta el árbol caído. Y eso que levantaba montones de nieve con los hombros y tenía que reptar hacia atrás. Abrió la mochila, sacó el C-4 y cuidadosamente lo apretó contra el metal, mientras caían trozos de hierro oxidado y húmedo como copos de nieve. Cuando los explosivos estuvieron colocados, sacó el temporizador de ocho centímetros de diámetro y, apretando con la mano, pegó el final de los polos positivo y negativo en el plástico. El temporizador tenía dos botones junto a un teclado numérico, y apretó el botón de la izquierda. Eso activaba el dispositivo. Luego entró la cuenta atrás en el teclado. Se dio a sí mismo una hora. Después de poner 60.00.00, pulsó el botón de la derecha para confirmarlo. Luego repitió la secuencia —botón izquierdo, botón derecho—, una vez más, para empezar la cuenta atrás.

Squires empujó con los pies contra la rosada nieve y se arrastró hasta la mitad del primer vagón. Encima de su cabeza, hacia la derecha, oyó unos golpes. La brusca parada del tren debía de haber movido el cargamento y lo estaban ordenando. Avanzando con otro pie en la nieve, se detuvo directamente debajo del ruido y allí puso

el C-4. Conectó otro temporizador y repitió el proceso que haría explotar toda aquella cantidad de explosivo plástico. Squires siguió por debajo del segundo vagón, colocó una tercera porción de C-4 y un tercer temporizador.

Una vez hecho esto, se permitió disfrutar de una honda y larga bocanada de aire. Miró la parte delantera del tren y vio que los soldados ya casi habían acabado de quitar el árbol. No tenía mucho tiempo.

Se quitó la mochila de encima, la puso rápidamente a su derecha y se arrastró hacia la izquierda. Salió de debajo del tren, dio media vuelta y se tumbó en la larga sombra del convoy. Miró la luminosa esfera del reloj y se complació de lo rápido que había terminado la operación. Sabía que era una de esas cosas que, de haberla practicado antes en Andrews, habría tardado un diez o un veinte por ciento más en hacerla sobre el terreno. ¿Por qué? No tenía ni idea, pero así era.

Miró hacia atrás, al primer vagón, y reptando sobre los codos, se acercó a un promontorio de nieve cerca del ténder de carbón. Empezó a apartar la nieve a un lado; era la señal para que Newmeyer se desenterrara. El soldado estaba temblando y se había mordido la balaclava para evitar que sus dientes tiritasen. Squires le dio un golpecito en el hombro, mientras Newmeyer se tumbaba sobre su vientre. Lo habían enterrado con su Beretta de nueve milímetros sobre el pecho y ahora la enfundó.

Newmeyer sabía qué hacer, así que Squires volvió reptando al segundo vagón para ganar la posición.

Era una acción que le hubiera gustado poder ensayar. Sin embargo, aunque un soldado de la *spetsnaz* podía pasar setenta y dos horas sin dormir, y los comandos de las tropas paracaidistas israelíes de la Sayeret Tzanhanin podían aterrizar sobre un camello al galope, y él había visto a un oficial de la guardia real de Omán matar a un hombre clavándole un alfiler de sombrero en la garganta, Squires sabía que ningún soldado en el mundo podía improvisar

como un Striker. En eso residía la eficiencia del equipo, por eso encajaban a la perfección en las imprevisibles crisis que Op-Center les mandaba domar como a un potro.

Squires colgó el detonador en el cinturón y se puso el respirador compacto. Sacó una granada de fogueo del bolsillo y tiró de la anilla con el pulgar sin soltar aún la espoleta de seguridad. Luego, con la otra mano sacó un bote de gas lacrimógeno M54 del bolsillo y lo sujetó, con el pulgar en la anilla. Cuando Newmeyer hubo hecho lo mismo, los dos hombres se pusieron en pie lentamente amparados por las sombras y se colocaron uno a un lado de la ventana del primer vagón y otro junto a la del segundo.

SESENTA

Martes, 7:53, Washington, D.C.

—Entonces, ¿dónde está?

Hood estaba pensando aquellas mismas palabras en el preciso instante en que Herbert las pronunció.

Durante algunos minutos, todos los presentes guardaron silencio y Hood había repasado mentalmente la conversación con Orlov, intentando cerciorarse de que no había proporcionado a los rusos ninguna información que pudieran utilizar contra Striker. Orlov ya sabía lo de los dos grupos y también su paradero. Hood, sin embargo, estaba convencido de que la conversación había girado en torno a cómo resolver la crisis. Orlov pudo haber usado su posición en Rusia para engrandecerse mucho antes, si eso era lo que quería. Hood deseaba creer que el astronauta era un humanista y también un patriota.

«Pero su hijo está al mando del tren —recordó Hood y eso tiene un peso específico superior a las buenas intenciones».

Cuando sonó el teléfono de Hood todos se sobresaltaron. Hood pulsó el botón del interfono y respondió.

—Tenemos contacto con el Striker Honda —anunció Benet.

—Pásemelo —dijo Hood— y, por favor, despliegue el mapa de la misión en el ordenador y quítelo si vuelve a irrumpir el general Orlov.

Mientras hablaba, el director deslizó el teléfono hacia un extremo de la mesa, hacia Mike Rodgers. El general pareció apreciar el gesto.

La voz de Honda llegó a través de la línea de seguridad, fuerte y sorprendentemente clara.

—Aquí el soldado Honda reportándose según las órdenes.

—Aquí el general Rodgers. Adelante, soldado.

—Señor, el puente está a la vista y está dejando de nevar. Tres *Strikers* se encuentran en las coordenadas 9518-828 para vigilar la ruta para la retirada y otros tres están en el tren, coordenadas 6987-572. El teniente coronel planea poner explosivo C-4 en el tren, obligar a salir a todos los pasajeros con granadas de fogueo y gases lacrimógenos, tomar el tren y volarlo más adelante. Temía que los fragmentos de metralla de la caldera pudieran herir a alguien. Se reunirá con nosotros en el punto de evacuación cuando el objetivo haya sido neutralizado.

Hood miró la retícula de la pantalla del ordenador. Las distancias reportadas eran peligrosas pero manejables.

—Soldado —dijo Rodgers—, ¿han dado los rusos alguna señal de rendirse?

—Señor, nosotros no los vemos. El teniente coronel voló un árbol para bloquear la vía; lo oímos. Luego percibimos la llegada del tren, los frenos y lo escuchamos detenerse, pero desde aquí no lo vemos.

—¿Algún disparo?

—No, señor —informó Honda.

—Si es necesario hacer llegar una orden al equipo Beta, ¿es posible? —preguntó Rodgers.

—No sin que uno de nosotros regrese para comunicársela. No responderán a la radio. Señor, tengo que unirme a los demás, pero intentaré informarle de cualquier nuevo acontecimiento.

Rodgers le dio las gracias y le deseó buena suerte, mientras Hood llamaba a Benet por la segunda línea. Le pidió que le enviaran las últimas fotos espías de la zona a su impresora en cuanto las recibieran de la ONR. Tanto Rodgers como Herbert se dirigieron hacia la impresora instalada detrás del despacho de Hood para esperar a que llegara la copia.

Al cabo de un momento, Orlov regresó al monitor del ordenador. Parecía más preocupado que antes y Hood indicó disimuladamente a Liz que se acercara. Se quedó de pie a un lado, fuera del alcance de la cámara de fibra óptica del techo, pero desde ese punto podía ver la cara de Orlov.

—Perdone el retraso —se disculpó Orlov—. Ordené al oficial de radio que detuviera el tren y que le dijera a mi hijo que se pusiera, pero la línea se cortó. Sinceramente, no sé lo que ha pasado.

—Yo me he enterado de que mi equipo ha bloqueado la vía con un árbol, pero no creo que haya habido un choque.

—Entonces tal vez mi orden haya llegado a tiempo. Hood vio cómo el general bajaba la mirada.

—Tengo una llamada de Nikita —afirmó el general—. Caballeros, volveré a llamarles.

La imagen se apagó y Hood preguntó a Liz:

—¿Cuál es tu impresión?

—Mira directamente a los ojos, la voz algo baja, los hombros caídos —analizó Liz—. Parece un hombre que dice la verdad y no le gusta el peso de la misma.

—Eso es lo que interpreto yo —dijo sonriendo Hood—. Gracias, Liz.

Liz le devolvió la sonrisa:

—De nada.

Entonces la impresora hizo un leve zumbido y, de inmediato, tanto Rodgers como Herbert miraron a Hood, como había hecho Orlov, mientras contemplaban la primera fotografía que salía por la ranura de la impresora digital.

SESENTA Y UNO

Martes, 22:45, Jabárovsk

La reparación del cable de la conexión se vio obstaculizada por el hecho de que el cabo Fodor no sentía las yemas de los dedos debido al frío. Acuclillado detrás de la antena parabólica, tuvo que pelar tres centímetros de cable can una navaja para poder empalmarlo al contacto. El hecho de que dos civiles le estuvieran mirando, comentando la mejor manera de pelar un cable, no fue de ninguna ayuda.

Cuando por fin acabó, Fodor le tendió el auricular al teniente, que se encontraba justo detrás de él. Los movimientos de Fodor no denotaban júbilo, sino rapidez y contención.

—Nikita —inquirió el general Orlov—. ¿Estás bien?

—Sí, general. Estamos quitando un árbol…

—Quiero que lo dejes.

—¿Señor? —preguntó Nikita.

—Quiero que llames a tu comando. No debes combatir contra los soldados norteamericanos, ¿lo entiendes?

El aire helado entraba por la ventana y le daba en la espalda, pero no era eso lo que dejó frío a Nikita.

—General, no me pida que me rinda…

—No tendrás que rendirte, pero obedecerás mis órdenes. ¿Está claro?

Nikita vaciló:

—Perfectamente.

—Estoy en contacto con el mando estadounidense. Mantén la línea abierta y te daré nuevas…

Nikita no oyó el resto, lo impidió un ruido metálico contra el suelo de madera del tren. Se volvió desde el teléfono y vio la granada rodar lentamente hacia él; al cabo de un instante estalló en un torbellino de destellos brillantes y fuertes explosiones. La gente del vagón empezó a gritar y oyó otro impacto, seguido del siseo del gas que escapaba.

Al sacar la pistola y dirigirse a la puerta delantera del vagón, Nikita no pudo evitar pensar en lo inteligente de la operación: primero una granada de fogueo para hacerles cerrar los ojos, seguida de gas lacrimógeno para asegurarse de que los mantenían cerrados, sin que el gas les causara apenas daño en un espacio tan pequeño.

«No quieren causar lesiones permanentes que pudiéramos presentar ante las Naciones Unidas», pensó indignado el teniente.

Nikita suponía que los norteamericanos intentarían sacar a los soldados del tren y capturarlos para destruir el dinero. Sin duda los atacantes ya se habían diseminado y ocupado posiciones en la zona, y no tenía sentido enviar a sus soldados a perseguirlos en la oscuridad. Pero los comandos no le cogerían ni se quedarían con su cargamento. Mientras se abría paso tanteando con la mano izquierda en la oscuridad, maldijo a su padre por creer que se podía confiar en los norteamericanos…, por creer que ellos, y no el general Kosigan, desean lo mejor para Rusia.

Al acercarse a la puerta, Nikita gritó:

—¡Sargento Versky, cúbranos!

—¡Sí, señor! —gritó Versky en respuesta.

Cuando llegó a la parte delantera del vagón y salió de las nubes de gas lacrimógeno, Nikita abrió los ojos y vio a los hombres de Versky en posición de cuerpo a tierra sobre la nieve, preparados para disparar al menor signo de fuego enemigo. Detrás de él, el

cabo Fodor y otro soldado ayudaban a los desorientados soldados a bajar del tren.

Alejándose reculando del vagón, Nikita llamó a un soldado apostado en el techo que miraba al otro lado del tren.

—Soldado Chiza, ¿ve algo?

—No, señor.

—¿Cómo puede ser? —voceó Nikita—. ¡Las granadas llegaron de ese lado!

—¡No se nos ha acercado nadie, señor!

«Eso era imposible», pensó Nikita. Aquellas granadas de mano habían sido introducidas en los vagones, no disparadas desde un lanzagranadas. Alguien debía de haberse acercado al tren y ese alguien tenía que haber dejado huellas en la nieve.

Nikita vadeó la espesa nieve hacia la locomotora para mirar al otro lado, seguido por el rastro de su aliento congelado.

SESENTA Y DOS

Martes, 22:56, Jabárovsk

Agazapado detrás de un gran peñasco del tamaño del viejo T-Bird de su padre, el sargento Chick Grey no vio realmente ni a Squires ni a Newmeyer arrojar las granadas por las ventanas del tren, pero cuando su orgullo de Long Island —del equipo de atletismo de la Escuela Superior de Valley Stream's South— vio cómo la nieve pasaba de carbón a blanco magnesio, fue como si le dieran el pistoletazo de salida. Ya había echado un vistazo a la locomotora y rodeó el peñasco, agachado, y apretó a correr hacia ella a través de la nieve. Vio a Squires y a Newmeyer encaramarse a las véntanas de sus vagones respectivos. Escuchó atentamente por si oía el peculiar sonido de las Berettas, pero no lo oyó; luego vio salir humo de la puerta trasera del segundo vagón, y llegó a vislumbrar a Newmeyer acuclillado en el enganche entre el vagón y la locomotora. Al cabo de un momento, el vagón rojo se desenganchó, dejando a un soldado que disparaba indefenso desde la torreta de observación del furgón de cola.

Grey se sintió orgulloso de lo que Squires había orquestado: si nadie salía herido, sería una operación de las fuerzas especiales digna de ser rememorada por quienes les sucedieran.

«¡Jodido agujero!», pensó y corrió en zigzag. Cayó en la cuenta de que atraía la mala suerte adelantarse al éxito, y se arrepintió de golpe, pero aceptó el estilo Striker.

Cuando aún estaba a unos metros del tren, Grey vio una sombra fulgurante que se dirigía hacia la parte delantera de la locomotora por el otro lado. Alguien la estaba rodeando y, sin querer detenerse, Grey saltó sobre los tubos de la bomba inyectora, que corrían perpendiculares a la cabina, justo encima del carretón. Se asió, introdujo las piernas por la ventana de un salto, soltó el tubo y aterrizó dentro, agachado.

El maquinista se volvió hacia él sorprendido. Grey apretó fuerte la mano izquierda y le propinó un puñetazo en la nariz. A eso le siguió un puntapié contra la rodilla del hombre, que le hizo caer al suelo.

El sargento no quería dejar al hombre inconsciente, solo que se aviniese a cooperar en caso de que no supieran cómo arrancar el tren. Pero las palancas del regulador y del freno eran bastante fáciles de manejar y, después de propinar otro puntapié a la última, tiró del regulador vertical hacia él. El tren empezó a moverse hacia adelante.

—¡Fuera! —gritó Grey al soldado.

El joven ruso con cara de pera luchaba por ponerse de pie, pero desistió y consiguió ponerse de rodillas.

El Striker le hizo un brusco gesto en dirección a la ventana.

—Dah… dosvedahnya —exclamó empleando la única locución en ruso que sabía—. ¡Sí, hasta luego!

El ruso vaciló un instante e intentó coger la Beretta de la pistolera que pendía de la cadera izquierda de Grey. El comando le dio un fuerte codazo en la sien que derribó al soldado en un rincón de la cabina como un boxeador golpeado por un uppercut fantasma.

—¡Perro! —le gritó el sargento.

Grey tiró más del regulador, se cargó el ruso al hombro como si fuera un saco de harina, lo aupó hasta la ventana y lo tiró de espaldas a un banco de nieve. Tardó un momento en mirar hacia atrás y ver a los soldados rusos corriendo, intentando alcanzar el tren. Pero los disparos que salían de los dos vagones les frenaron y

pronto el expreso capturado corría hacia la noche a tres cuartos de regulador.

Cuando el tren se puso en marcha, Nikita acababa de dar la vuelta al rastrillo. Alejándose de un salto de la vía, se agarró a la barandilla de la escalera que ascendía por detrás del rastrillo y subió los tres escalones hasta la plataforma. Allí agachado, con la espalda pegada a la chapa de la caldera y una ametralladora AKR firme en el costado, observó, con creciente rabia, cómo el soldado Maximich era arrojado por la ventana y otros norteamericanos abrían fuego contra sus hombres, los legítimos propietarios del tren, que corrían detrás de los árboles y las rocas para cubrirse.

«¡Estos son los hombres que mi padre defiende!», pensaba indignado mientras por las ventanas salían los últimos restos de gas lacrimógeno y la locomotora ganaba velocidad.

Aún agachado, Nikita se cambió el arma a la mano izquierda y subió dos escalones desde la plataforma hasta el saliente situado sobre el depósito del vapor. El angosto saliente se extendía por encima de la tubería de la bomba inyectora hasta medio camino de la caldera y, asido a la estrecha barandilla que rodeaba el techo de la locomotora, el joven teniente apuntó la ametralladora de cañón corto hacia la cabina.

Y mientras Nikita pasaba bajo la cúpula de la caldera, a dos metros y medio de la cabina, el confiado soldado norteamericano miró hacia afuera.

SESENTA Y TRES

Martes, 16:02, Moscú

El ministro del Interior, Dogin, se sentía bien, muy bien.

Sentado a solas en su despacho por primera vez en aquel día, saboreó su inminente triunfo. Las tropas del general Kosigan avanzaban por Ucrania sin incidentes. Tenía incluso informes de rusos expatriados y ucranianos que les recibían con banderas soviéticas.

Las tropas polacas se movían hacia la frontera con Ucrania. La OTAN y Estados Unidos trasladaron tropas desde Gran Bretaña a Alemania y las de Alemania hacia Polonia, en una ostentosa exhibición de fuerza, mientras aviones de guerra de la OTAN volaban sobre Varsovia. Pero ni un solo efectivo que no fuera polaco entró en el país por tierra, ni entraría. No con los agentes rusos dispuestos a armar un infierno en puntos de todo el mundo. Estados Unidos vería cómo Rusia recuperaba su histórica esfera de influencia antes de permitir que soldados norteamericanos se desplegasen en rebeliones e invasiones desde Latinoamérica hasta Oriente Medio. Ahora mismo, el emisario de Dogin en Washington, el subdirector de la misión diplomática, Savitski, hablaba de los objetivos rusos en una reunión a puerta cerrada celebrada en el Departamento de Estado. El nuevo embajador de Zhanin ya se había reunido con el secretario de Estado, Lincoln. Al aceptar la segunda reunión, Estados Unidos había reconocido de forma no oficial que existía un segundo

gobierno viable en Rusia, un gobierno con el que debían contar. Y Grozni no había tenido que molestarse en poner ni una bomba en la ciudad para lograr ese reconocimiento.

Los nuevos amigos políticos de Dogin habían aceptado esperar el dinero y el presidente Zhanin encontraba bloqueada la información y las líneas de mando. No podía responder con rapidez ni con precisión, y Dogin se enorgullecía de la mayor eficacia de este golpe que el fallido contra Mijáil Gorbachov. No era necesario aislar al líder con armas y soldados. Lo único que tenía que hacer era cercenar su capacidad para ver y oír, y estaba indefenso.

Dogin rio de alegría. ¿Qué podía hacer ese idiota, salir al aire y decir al electorado que no sabía lo que estaba pasando en el gobierno…; tenía alguien la bondad de explicárselo?

El único temor del ministro —que Shovich se impacientara ante el inesperado retraso— no se había materializado. Sin duda ya había usado uno de sus pasaportes falsos para salir del país, moviéndose de un sitio a otro, como Patton durante la segunda guerra mundial, para confundir a sus enemigos y rivales. No es que a Dogin le importase dónde se hallaba Shovich; si de él dependiera, le encantaría que el gusano se quedase debajo de una roca.

«Hasta aquí —pensó—, el único contratiempo lo ha constituido Serguéi Orlov». El ministro y sus aliados intentaban envenenar el pozo del país, lo cual requería saltarse las leyes. Era de esperar que a un hombre metódico con una mentalidad tradicional como el general, le disgustara su heterodoxia, pero no esperaba que les desafiara imponiéndose abiertamente al coronel Rossky. Al hacerlo —reflexionaba Dogin confiado—, Orlov había puesto punto final a su carrera. Abandonaría el bando ruso para unirse a la veintisiete compañía de lanceros ingleses en su cabalgada mortal hacia el valle de Balaclava, durante la guerra de Crimea.

A Dogin le daba pena, pero Orlov, un hombre de honor e íntegro, ya había hecho su labor ayudando a sacar fondos para el Centro de

Operaciones a políticos reacios a la idea. Y se le habría permitido quedarse si se hubiera incorporado al equipo.

El ministro contempló los antiguos mapas de las paredes y sintió un escalofrío al contemplar el recién añadido: la resucitada Unión Soviética.

Miró el reloj, se percató de que la tormenta debía de haber pasado ya y el tren con el dinero estaría llegando a Jabárovsk. Levantó el teléfono y pidió a su asistente que le pusiera con el general Orlov. Una vez confirmada la llegada del tren, enviaría un avión para encontrarse con él en Birobidzán, la capital de la región judía bañada por el río Bira. La fábrica agrícola Dalselmash tenía una pista de aterrizaje capaz de albergar un avión militar de tamaño medio.

El hombre que se puso al teléfono no era el prudente y compuesto oficial con el que había hablado antes. Se mostraba sorprendentemente agresivo.

—Su plan ha fracasado —espetó con brusquedad el general.

El ministro desconfió.

—¿Qué plan? ¿Le ha ocurrido algo al tren?

—Podría decirse que sí —respondió Orlov—. Mientras mantenemos esta conversación, lo están atacando comandos norteamericanos.

Dogin se sentó muy tieso.

—¡El tren era de su responsabilidad…, la de su hijo!

—Estoy seguro de que Nikita está haciendo lo posible por rechazarlos. Y los norteamericanos están en desventaja; no quieren herir a nuestra gente.

—Deben de estar locos —afirmó Dogin—. ¿Dónde está Rossky?

—Cazando espías, pero ellos le dan esquinazo. Capturaron al hombre que les seguía y usaron su radio para ponerme en contacto con un centro de operaciones de Washington. Así es como me he enterado de su plan. Ellos y yo intentamos arreglar las cosas.

—No quiero oír nada más sobre sus fracasos. Quiero que encuentre a Rossky y cuando él llegue está usted relevado del mando.

—Olvídelo, solo el presidente puede destituirme.

—Usted dimitirá, Orlov, o tendré que echarlo del Centro.

—¿Cómo entrarán Rossky y sus camisas marrones? —preguntó Orlov—. Ahora el Centro será sellado. Dogin le amenazó.

—¡Lo volverán a tomar!

—Quizás, pero no a tiempo para ayudar a salvar su tren… ni su causa.

—¡General! —vociferó Dogin—. Piense en lo que está haciendo, piense en su mujer y su hijo.

—Los quiero, pero ahora estoy pensando en Rusia. Simplemente me gustaría no estar solo. Adiós, ministro.

Orlov colgó y durante casi un minuto Dogin se quedó sentado apretando el teléfono. Le resultaba imposible imaginar que había llegado tan lejos para ser detenido por la traición de Orlov.

Sus cejas se desplomaron, le temblaban las manos de rabia, colgó el auricular e hizo que su asistente llamara al general Dhaka, de las Fuerzas Aéreas. Los norteamericanos debían de haber entrado por aire y sin duda planeaban salir del mismo modo, rápido y sucio. Él se lo impediría y si algo le sucedía a su cargamento, los norteamericanos tendrían que devolver el dinero o sus soldados les serían devueltos a través de Shovich, un pedacito cada vez.

SESENTA Y CUATRO

Martes, 23:22, Jabárovsk

Squires miró a través de las últimas finas nubes de gas lacrimógeno que flotaban en el techo y luego cerró la ventana y la puerta. Con los ojos y la boca protegidos por el equipo, que ya parecía parte de él, y el oído alerta a la menor señal de peligro, corrió hacia las cajas que habían quedado desparramadas de cualquier modo en la parte posterior del vagón. Usó el cuchillo para abrir un lado de una de las cajas de madera.

Era dinero, montones de dinero, los beneficios del sufrimiento destinados a causar más sufrimiento.

«En lugar de eso —pensó, mirando el reloj—, en treinta y dos minutos serán confetti». Su pequeño equipo y él seguirían en el tren otros veinte minutos hasta donde los rusos no pudieran alcanzarlos. Luego correrían hacia el puente mientras a sus espaldas, como Sodoma y Gomorra, los dos vagones de aquel podrido banco explotarían hasta alcanzar las nubes. Experimentó el orgullo por lo que era justo, la misma sensación que debieron experimentar norteamericanos como Thomas Jefferson y Rosa Parks: la satisfacción y la rectitud de decir no a algo malo, a algo corrupto.

Squires se dirigió hacia la puerta posterior del tren. Cuando estaba a punto de entrar en el segundo vagón para comprobar cómo se encontraba Newmeyer, el sonido de un arma de fuego le hizo girar la cabeza.

«¿De la máquina? —pensó—. ¿Cómo es posible?». Grey no podía disparar a nadie ahora que estaban en marcha. Llamó a Newmeyer y corrió hacia la parte delantera del vagón, se internó en las negras nubes que los fuertes vientos empujaban desde la chimenea y subió a tientas y con cuidado en el ténder del carbón.

Solo hubo tiempo para un seco disparo, pero Nikita sabía que había alcanzado al norteamericano. Había visto cómo su hombro se movía hacia atrás y el oscuro salpicar de la sangre en el traje blanco de camuflaje.

Nikita se movió rápidamente por el costado de la locomotora. Esta parecía aislada del resto del tren, oculto tras nubes de humo de carbón y brillantes partículas de nieve arrastradas por el viento. Al llegar a la cabina, bajó el arma y bordeó la tubería de la bomba inyectora hacia la ventana.

Miró en el interior.

La cabina estaba vacía. La recorrió de un rincón a otro con los ojos, a la luz del anaranjado fulgor del fuego del carbón…

Al levantar la vista, una frente oscura y luego el cañón de una Beretta asomaron desde el techo de la cabina. Nikita se metió por la ventana y recibió una bala en la parte posterior del muslo derecho, en tanto el norteamericano disparaba una ráfaga en el costado del tren.

Con un gesto de dolor, Nikita se apretó la pierna con la mano mientras la sangre le empapaba la parte trasera de los pantalones. La herida le dolía como si le atornillaran el muslo con una prensa, pero lo que más le preocupaba era no haber previsto que el estadounidense se asomaría por la ventana desde el techo de la cabina.

La cuestión era ¿qué iba a hacer ahora?

Nikita se apoyó en su espalda, cambió el peso a la pierna izquierda y se acercó renqueando al regulador. Lo importante era detener el tren y dar a sus tropas tiempo para alcanzarles.

Sus ojos iban de una ventana a otra mientras cruzaba la cabina, con el cañón de su arma levantado y el dedo curvado en el gatillo. El norteamericano tendría que regresar para volver a poner el tren en marcha, y el único modo de entrar era a través de una de las dos ventanas.

Entonces se produjo otro enloquecedor sonido familiar y en la cabina estalló una ardiente luz blanca.

—¡No! —gritó Nikita cerrando los ojos y recostándose contra la pared posterior de la cabina. El reducido espacio y las paredes de metal de la cabina amplificaban el estruendo de las granadas de fogueo. Apretó las manos contra los oídos para protegerse, maldiciendo su indefensión. Ni siquiera podía disparar a ciegas alrededor de la cabina por temor a ser alcanzado por el rebote de sus propias balas.

«Pero esto no acabará así», se dijo. Tambaleándose hacia la parte delantera de la cabina, Nikita intentó apretar el regulador hacia atrás con la pierna izquierda, pero no podía sostenerse sobre la derecha y, cayendo de rodillas, puso la mano izquierda sobre la palanca del regulador. Gritó de dolor por las explosiones que le hacían estallar los oídos y tiraba de la palanca hacia él cuando lo apartó el duro talón de una bota. Nikita dio inútiles manotazos para agarrar lo que allí hubiera, pero solo cogió aire y luz. Dirigió el arma hacia izquierda y derecha, con la esperanza de dar en el blanco.

—¡Lucha conmigo! —vociferó—. ¡Cobarde!

Luego el brillo desapareció y las explosiones cesaron y el único sonido que persistió fue un fuerte zumbido en los oídos de Nikita y el latido de su corazón.

Al mirar en la oscuridad, el teniente vio una figura agazapada en un rincón. La sangre se había cristalizado a causa del frío, pero reconocía la herida; vio que había abierto varios agujeros en la chaqueta pero solo una bala había traspasado lo que parecía ser el extremo exterior de un chaleco antibalas.

Levantó el arma y apuntó a la frente del hombre, por encima de las gafas.

—¡No lo haga! —exclamó alguien en inglés a su lado.

El oficial ruso se volvió y vio una Beretta apuntándole desde fuera de la ventana. Detrás de ella, había una poderosa y alta figura vestida igual que el herido.

Estaría apañado si dejaba que un invasor ilegal le dijera lo que tenía que hacer. Nikita giró su arma rápidamente, con la intención de disparar tanto si el otro hombre había abierto fuego como si no, pero entonces el que yacía en un rincón cobró vida de repente, cerró las piernas en torno al torso de Nikita, tumbándolo de espaldas, mientras el otro entraba y lo desarmaba. Nikita luchó contra ambos, pero el dolor de la pierna le impedía levantarse y presentar resistencia. El recién llegado se arrodilló sobre el pecho de Nikita, lo inmovilizó y usó la suela de su bota para empujar la palanca del regulador hacia adelante, lo que volvió a imprimir velocidad al tren. Aún sobre el pecho de Nikita, sacó lo que parecía un cinturón de rappel y ató el tobillo de la pierna sana de Nikita a la manecilla que estaba debajo de la ventana. El ruso no podía alcanzarlos ni escapar y, por segunda vez en aquella noche, se sintió avergonzado.

«Los dos habían planeado hacer esto en el techo de la cabina —pensó amargamente—. Y yo he caído como un pardillo».

—Nuestras disculpas, teniente —manifestó el hombre en inglés mientras se ponía en pie y se levantaba las gafas.

Un tercer hombre llegó a la cabina y, después de avisar, le dijeron que entrase. Penetró por la ventana.

El recién llegado curó la herida de su compañero a la luz de las brasas, mientras el otro hombre —obviamente el Jefe del grupo— se inclinaba para examinar la herida de Nikita. Al hacerlo, este estiró el brazo izquierdo para apretar la palanca. El jefe lo cogió por la muñeca y el ruso intentó agredirlo con el pie libre, pero el dolor era demasiado intenso.

—No conceden medallas por el sufrimiento —le espetó el hombre a Nikita.

Mientras Nikita estaba allí tirado jadeando, el jefe sacó una bolsa de tela vacía que llevaba enrollada en la espinilla, empleó una navaja para cortarla en una tira y se la ató a la pierna empapada en sangre, justo por encima de la herida. La apretó fuerte. Usó otra tira para atarle las manos a un gancho de hierro del suelo del convoy.

—Saldremos del tren en pocos minutos —afirmó el hombre—. Lo sacaremos y nos ocuparemos de que reciba atención médica.

Nikita no tenía ni idea de lo que decía, ni le importaba. Esos hombres eran enemigos y de un modo u otro debía evitar que hicieran lo que tenían planeado.

Con las manos atadas a la espalda, usó la uña del pulgar para quitar la piedra de cristal del anillo de su regimiento. Había sido diseñada para eso. También había sido diseñada para que saliera una cuchilla de dos centímetros de debajo de la piedra cuando esta se desprendiera. Y como nadie le miraba las manos, empezó a serrar la correa de cuero.

SESENTA Y CINCO

Martes, 16:27, San Petersburgo

Después de abrirse camino entre los huelguistas, Peggy y George habían ido al lavabo del Ermitage y se habían cambiado de ropa; tejanos al estilo occidental, camisetas con botones y Nikes, las preferidas de la juventud rusa. Doblaron los uniformes en sus mochilas, luego subieron de la mano la larga escalera del Estado hasta el primer piso del gran Ermitage, donde el museo albergaba la extensa colección de arte del Occidente europeo.

Una de las joyas de la pinacoteca, La Madonna Conestabile de Rafael, realizada en 1502, recibe su nombre de la ciudad de Italia central donde permaneció durante siglos. La pintura circular tiene 17,5 cm de alto por 18 de ancho, descansa en un artístico marco dorado tan amplio como la propia pintura, y en ella aparece la Madonna, con una túnica azul, sentada ante unas colinas acunando al niño Jesús en sus brazos.

Peggy y George llegaron poco antes que Volko. Peggy hizo como si estuviera admirando las obras de arte cuando en realidad mantenía la vista fija en el Rafael. George, que nunca había visto una foto del agente, la cogía suavemente de la mano mientras sus ojos iban de un cuadro a otro. Como no era la de su esposa, se sentía culpable de disfrutar del contacto de la mano de Peggy, de la calidez de los dedos contra su palma, de la sedosa levedad de las

yemas contra el dorso de su mano. Pensar en lo mortal que podía ser esa mano, hizo su contacto mucho más excitante.

Exactamente a las cuatro y veintinueve minutos, Peggy le dio un apretón en la mano aunque no dejó de pasear. George miró hacia el cuadro de Rafael. Un hombre de aproximadamente un metro ochenta caminaba lentamente alrededor de la sala en dirección a la pintura. Vestía holgados pantalones blancos, zapatos marrones y un canguro azul que abultaba alrededor de la cintura. Cuando este se acercó al Rafael, Peggy apretó más fuerte la mano del norteamericano. El ruso cruzó la sala y se dirigió al lado derecho de la pintura, no al izquierdo.

Peggy hizo volverse a George, luego lo condujo lentamente hacia la puerta. Ahora le apretó el brazo con los dos suyos, dejando que él la sujetase. Todo el rato sus ojos inspeccionaban la sala, moviéndose despacio en lugar de hacerlo bruscamente; para no llamar la atención. El resto de personas que había en la sala paseaban o contemplaban los cuadros, todos salvo un hombre de baja estatura que vestía pantalones marrones. Su cara redonda parecía fuera de lugar: una mancha oscura en medio de las diversas expresiones alegres de admiración…

Peggy se detuvo junto a La Sagrada Familia de Rafael. Apuntó desde el san José sin barba hacia la Virgen mientras hablaban.

—Hay un hombre con pantalones marrones que parece estar vigilando a Volko —susurró.

—Solo veo a una mujer —replicó George.

—¿Dónde?

—Está de pie en la sala adyacente, en la que está expuesto el cuadro de Miguel Angel. Lee la guía sin perder de vista esta sala.

Peggy fingió estornudar para poder darse la vuelta. Vio a la mujer; tenía los ojos en el libro aunque con la cabeza muy tiesa vigilaba atentamente a Volko con su visión periférica.

—Bien hecho —comentó Peggy—; están cubriendo las dos salidas; pero eso no significa que sepan quiénes somos.

—Quizás por eso enviaron a Volko. Lo usan como cebo y él nos lo ha hecho saber.

Pasó un minuto y, mirando el reloj, Volko empezó a alejarse del cuadro. El hombre de cara redonda se dio la vuelta cuando Volko se acercó, pero la mujer solo se volvió a medias. Por su posición, aún podía ver la sala. El hombre de la cara redonda se detuvo.

—¿Por qué sigue mirando? —se preguntó Peggy en voz alta paseando con George hacia el próximo cuadro.

—Puede que nuestro amigo Ronash les haya dado nuestra descripción.

—Es posible. Separémonos para ver qué ocurre.

—Eso es una locura. ¿Quién nos cubrirá las espaldas…?

—Nosotros mismos tendremos que cubrirnos las espaldas —repuso Peggy—. Sigue a Volko y yo seguiré a la mujer. Nos encontraremos en la entrada principal de la planta baja. Si uno de los dos tiene problemas, el otro se larga de aquí, ¿de acuerdo?

—Ni lo sueñes.

Peggy abrió su guía al azar.

—Mira —dijo tranquila pero firmemente—, alguien tiene que salir e informar de lo que ha pasado. Describir a esas personas, desenmascararlas. ¿No lo ves?

George pensó: esa es la diferencia entre un Striker y un agente. Uno es un jugador de equipo y el otro es un lobo solitario. Sin embargo, en este caso el lobo solitario tiene razón.

—Muy bien, de acuerdo.

Peggy levantó la vista del libro y señaló la sala de Miguel Angel. George asintió, miró el reloj y luego la besó en la mejilla.

—Buena suerte —dijo y salió en pos de Volko.

Al acercarse al hombre de la cara redonda, George sintió una especie de corriente de fondo que los atraía. Con rostro esquivo buscó a Volko entre la multitud al entrar en la logia de Rafael, una galería similar a la que se admira en el Vaticano. Caminando junto a

los espectaculares murales de Unterberger, no veía ni al hombre de cara redonda ni a Volko…

—Adnu minutu, pazhahlusta —afirmó alguien desde atrás—. Un momento por favor.

George se dio la vuelta tensando los músculos mientras se le acercaba el hombre de la cara redonda. Entendió «por favor» y dedujo al ver al hombre con el índice levantado que quería que esperase. Adónde derivaría la conversación —pensó—, no tenía ni idea.

Sonreía afablemente cuando, de repente, apareció Volko corriendo desde detrás del hombre de la cara redonda. Se había quitado el «canguro», por eso George lo había perdido de vista y lo sujetaba tenso entre las manos. Con un rápido movimiento lo pasó alrededor de la garganta del hombre de la cara redonda y miró a George.

—¡Maldito seas, Pogodin! —gritó con el rostro enrojecido por la fuerza del ataque.

Dos guardias de seguridad llegaron corriendo desde el otro extremo del pasillo hasta Volko, con las radios apretadas a la boca, pidiendo refuerzos.

—¡Vete! —le gritó Volko a George.

El Striker retrocedió hacia la entrada de la galería de arte del Occidente europeo. Miró por encima del hombro para ver si Peggy lo seguía y vio que tanto su compañera como la mujer habían desaparecido. Cuando volvió a mirar hacia Volko, Pogodin ya había sacado de su chaqueta una pequeña pistola PSM. Antes de que George pudiera hacer nada, Pogodin la había levantado hasta el pecho y disparado a su asaltante.

Disparó una vez y el ruso cayó de rodillas y luego de espaldas, con un charco de sangre en el costado. George dio rápidamente media vuelta y, resistiendo a la necesidad de ir tras Peggy y asegurarse de que estaba a salvo, se dirigió hacia la magnífica escalera del Teatro y empezó a bajar.

Al salir, George no advirtió que otro par de ojos lo habían estado vigilando desde detrás de un arco, en el extremo sur de la galería, ojos entrenados por la *spetsnaz*, tan fieros y rapaces como los de un halcón.

SESENTA Y SEIS

Martes, 23:47, Jabárovsk

Se movía como la sombra de Peter Pan, una cambiante forma negra apenas distinguida, de los objetos oscuros que sobrevolaba y el cielo oscuro que le rodeaba.

Los aerodinámicos rotores negros mate acabados en flecha y el fuselaje continuo y redondeado del Mosquito reflejaban poca luz y estaban revestidos de MRA, material radar-absorbente. Los motores hacían poco ruido y los asientos blindados de la tripulación, los arneses, el almohadón de soporte lumbar, el almohadón del asiento, y los cascos de los dos tripulantes también eran negros para que no pudieran verse dentro de la cabina.

El helicóptero pasó sin ser notado por encima de los edificios de hormigón de las pequeñas ciudades y las cabañas de madera o piedra de los pueblos. En el interior de la cabina, el radar y los indicadores topográficos a todo color, junto con el piloto automático DROCR —diseñados de ruta por ordenador, con capacidad de rectificación—, ayudaban al piloto a adaptarse a súbitos cambios, que le permitían esquivar a otros aviones que pudieran verlos, o cambiar su curso para alejarse de los picos que se elevaban por encima de los mil doscientos metros a los que volaban.

Un barco británico que navegaba por el océano Ártico captó una comunicación radiofónica de Moscú a Bira en que se ordenaba enviar aviones para interceptar el tren. Los rápidos cálculos del copiloto

Iovino en el ordenador de a bordo demostraron que los aviones alcanzarían el tren justo cuando el Mosquito se estuviera yendo. A menos que los rusos tuvieran el suficiente viento de cola o el Mosquito se viese frenado por un incesante viento en contra, saldrían sin ser vistos.

«Si el comando no se retrasaba», dijo el piloto Kahrs. En tal caso, las órdenes eran abortar la misión y dirigirse al mar del Japón. El compromiso de las Fuerzas Aéreas de recuperar su fuerza de choque no lo dictaba la compasión sino el tamaño del depósito del Mosquito.

—Subiendo —ordenó el copiloto Iovino.

Kahrs miró el indicador topográfico. Las imágenes sólidas se movían y cambiaban en la pantalla de seis centímetros, ocupadas por mapas trazados por satélite y traducidas a imágenes en perspectiva por los ordenadores del Pentágono. Objetos tan pequeños como largas ramas de árboles aparecían en pantalla.

Mientras el helicóptero descendía sobre una colina de cima plana y se internaba en un valle, el mapa del ordenador mostró su trayectoria.

—Procediendo a realizar un perfil del espacio aéreo real —informó Kahrs para indicar que había estado mirando por la ventana en lugar de emplear los indicadores tácticos.

Kahrs levantó la vista de las pantallas y observó a través del sensor de visión nocturna, enfocando hacia adelante el escáner de infrarrojos de amplio espectro. Apenas a un kilómetro y medio delante de él, vio una hoguera en la nieve y gente agrupada a su alrededor. Debían de ser los rusos desalojados del tren.

Tocó un botón junto al IOA. Todos los *Strikers* llevaban una señal localizadora en los tacones de las botas. Utilizó el escáner para ver las señales, que se sobreimpresionaron en un mapa de planta. Tres señales rojas en una zona, cuatro en otra.

Kahrs levantó más los ojos; a lo lejos, detrás de las altas colinas vio nubes de humo subiendo en espiral hacia el cielo; de allí partían tres de las señales de localización.

—He localizado el tren —afirmó Kahrs.

Iovino introdujo las coordenadas en el teclado y miró el indicador topográfico.

—El lugar de evacuación está a dos kilómetros y medio hacia el noroeste de nuestra actual posición. Parece que el equipo se ha dividido.

—¿Cómo andamos de tiempo? —preguntó el piloto.

—Llevamos cincuenta y tres segundos de adelanto.

Kahrs empezó a descender en dirección noroeste. El helicóptero surcaba el aire leve y limpiamente, como los planeadores de madera de balsa que Kahrs solía lanzar cuando era niño, y el silencio de los rotores aumentaba esa sensación.

Salvando las paredes rocosas de la primera de las tres gargantas ligeramente paralelas, el piloto niveló a los ciento cincuenta metros y enfiló hacia el norte.

—He divisado el puente —indicó al divisar la vieja estructura de hierro que cruzaba las tres gargantas—. Objetivo localizado —añadió al ver a los *Strikers* en la boca del puente.

—Contacto en cuarenta y seis, cuarenta y cinco, cuarenta y cuatro segundos —anunció Iovino antes de introducir las coordenadas en el teclado.

Kahrs miró hacia el suroeste y vio el humo del tren.

—Solo veo a cuatro de los seis —informó Kahrs—. Bajemos activando el programa de embarque aerológico automatizado.

—Roger —dijo Iovino.

Mientras Kahrs aceleraba hacia el objetivo, Iovino miraba en su pantalla los números digitales del reloj de cuenta atrás. A siete segundos del contacto pulsó el botón que hacía que se recogiera la compuerta de popa. Tardó un segundo en hacerlo. A cinco segundos del contacto, el Mosquito aminoró su velocidad y Iovino apretó un segundo botón que hizo salir un brazo rodante y desplegar una escalera negra de ocho metros. Tardó cuatro segundos en

desplegarse y el Mosquito descendió hasta detenerse a ocho metros del suelo.

Ishi Honda fue el primero en subir a bordo. Iovino se volvió hacia él.

—¿Dónde están los demás? —preguntó el copiloto.

—En el tren —le comunicó Honda acomodándose en el exiguo espacio y ayudando a subir a Sondra.

—¿Qué planean hacer?

—Saltar y reunirse con nosotros —explicó Honda mientras él y Sondra ayudaban a Pupshaw.

Iovino miró a Kahrs, que asintió para indicar que lo había oído.

—¿Qué ganaremos si los vamos a buscar? —inquirió Kahrs a Iovino.

Antes incluso de que Pupshaw entrase, Iovino calculaba en el ordenador cuánto combustible adicional se consumiría al ir hacia el tren en lugar de esperarlos allí. Lo que no podía calcular era cuándo saltarían del tren los tres *Strikers*, pero suponía que eso sería antes de que el Mosquito llegase.

—Es mejor que los vayamos a buscar —expresó Iovino pulsando los botones que retiraron la escalera y cerraron la compuerta. Estaban controlados por baterías y no consumían combustible; una escalera extensible con la compuerta abierta se sumaba a la resistencia del aparato, lo cual se traducía en un aumento del consumo de combustible.

—Vamos a izarlos —explicó Kahrs manteniendo el Mosquito a ocho metros del suelo, pivotando hacia el suroeste, con la suavidad y delicadeza de la aguja de un compás, y acelerando hacia el tren.

SESENTA Y SIETE

Martes, 8:49, Washington, D.C.

—¿Qué tipo de operación de mierda están llevando a cabo tus muchachos, Paul?

Paul Hood miraba la regordeta cara de Larry Rachlin en el monitor de televisión. Se peinaba el fino cabello gris aplastado pulcramente a un lado y los ojos de color miel reflejaban enfado detrás de la montura dorada de las gafas. Un puro sin encender subía y bajaba en su boca al ritmo de las palabras del director de la CIA.

—No tengo ni idea de a qué te refieres —respondió Hood.

Miró el reloj de la base de la pantalla. Solo era preciso aguardar unos minutos más y Striker estaría a salvo, y luego habría que esperar dos horas hasta que el Mosquito aterrizara en el portaaviones y todas las pruebas de la incursión se habrían esfumado.

Rachlin se quitó el puro y le apuntó con él.

—¿Sabes?, por eso te dieron este trabajo a ti en lugar de a Mike Rodgers: pones la cara de póker de Clark Gable en Lo que el viento se llevó. ¿Quién, yo, Larry? ¿Llevar a cabo una misión clandestina? Bueno, Paul, pese a los nobles intentos de Stephen Viens de hacerme tragar que un satélite se había desconectado, tenemos algunas fotos de un espía-cielos chino en las que aparecen comandos atacando un tren. Pekín me ha preguntado sobre ello y, a

diferencia de ti, realmente no sé un carajo de todo esto. Ahora bien, a menos que otro país haya echado mano de un 76T (que los chinos sitúan en la escena del crimen y resulta que yo sé que el Pentágono tiene uno), se trata de una operación de las tuyas. El CIC dijo a mis muchachos que no habían autorizado ningún tipo de guerra desde allí. A ellos también les gustaría saber exactamente lo que estás haciendo en ese lugar. Así que, te lo repito: ¿qué está pasando?

Hood dijo como quien no quiere la cosa:

—Yo estoy tan perplejo como tú, Larry. Estaba de vacaciones, ya sabes.

—Lo sé, y volviste a toda prisa.

—Olvidaba lo mucho que odio Los Ángeles —respondió Hood.

—Oh, claro. Debió de ser eso. Todo el mundo odia Los Ángeles, entonces ¿por qué van?

—Por las autopistas bien señalizadas.

—Bueno, y si le pregunto al presidente ¿qué está pasando? —amenazó Rachlin volviéndose a meter el puro en la boca—. Tendrá toda la información sobre su mesa, ¿verdad?

—No lo sé. Dame unos minutos para hablar con Mike y Bob y te volveré a llamar.

—Claro, Paul. Simplemente recuerda algo: tú eres nuevo aquí, y yo he estado en el Pentágono, en el FBI y ahora en la CIA. Esto no es la ciudad de Los Angeles, amigo. Es la ciudad de los demonios, y si intentas tirarle de la cola a alguien, te vas a quemar o a ahorcar. ¿Comprendes?

—Mensaje recibido y agradecido, Larry. Como te he dicho, te volveré a llamar.

—Hazlo —espetó el director de la CIA usando la punta estrecha de su puro para apagar su imagen.

Hood miró a Mike Rodgers. Todos los demás se habían ido para atender los asuntos de sus secciones, dejando al director y al subdirector en espera de noticias del Mosquito.

—Lamento que hayas tenido que oír eso —manifestó Hood.

—No te preocupes —le tranquilizó Rodgers, que estaba sentado en una butaca, con los brazos cruzados y el ceño fruncido—. No debes preocuparte por eso. Tenemos fotos. Por eso está tan colérico. En realidad no tiene ninguna fuerza.

—¿Qué clase de fotos?

—Fotos suyas en un yate con tres mujeres que no eran su esposa. El único motivo por el que el presidente le dio el puesto de Greg Kidd es que Larry tiene grabaciones en las que la hermana del presidente intenta convencer a una compañía japonesa de que hagan contribuciones solapadas a la campaña presidencial.

—Esa mujer es una fiera —sonrió Hood—. El presidente Lawrence debió haberle dado la CIA a ella y no a Larry. Al menos la habría usado para espiar a nuestros enemigos y no a nosotros.

—Como dijo ese tío, esto es el Purgatorio. Aquí todo el mundo es un enemigo.

Sonó el teléfono y Hood apretó el botón del interfono.

—¿Sí?

—Comunicación de Striker —informó Benet.

Rodgers saltó hacia adelante.

—El soldado Honda, reportándose —dijo con voz clara desde un mar de tranquilidad.

—Estoy aquí, soldado —le respondió Rodgers.

—Señor, Pups, Sondra y yo estamos a bordo del helicóptero de evacuación…

Rodgers notó que le apretaban las tripas.

—… los otros tres aún están en el tren. No sabemos por qué no han bajado ya.

Rodgers se relajó ligeramente.

—¿Algún signo de resistencia?

—No lo parece. Los podemos ver moviéndose en las ventanas de la cabina. Mantendré la línea abierta. Contacto en treinta y nueve segundos.

Las manos de Rodgers estaban crispadas y se apoyaba en ellas detrás de la mesa. Las de Hood estaban plegadas junto al teléfono y aprovechó la oportunidad para rezar por Striker.

Hood miró a Rodgers. El general levantó los ojos para encontrarse con los del director. Hood podía ver el orgullo y la preocupación en sus ojos, comprendió la fuerza de la unión entre aquellos hombres, una unión más profunda que el amor, más estrecha que el matrimonio. Hood envidiaba a Rodgers por ese vínculo… incluso ahora, que le causaba tanta aflicción.

«Especialmente ahora», pensó Hood, porque aquel miedo hacía el vínculo aún más fuerte.

Y entonces regresó la voz de Honda con una intensidad que no tenía momentos antes.

SESENTA Y OCHO

Martes, 16:54, San Petersburgo

La distancia entre Peggy y la entrada principal del Ermitage no podía haber sido mayor si estuviera aún en Helsinki. Al menos, así lo sentía la agente británica mientras caminaba presurosa hacia la siguiente galería en dirección sur, pinturas de la escuela de Bolonia. Desde allí, si lo conseguía, el paseo hasta la escalera de gala era corto.

Peggy sabía que la mujer la estaba siguiendo y también que tendría refuerzos, alguien que estaría vigilando e informando al centro de mando. Tal vez allí mismo en el Ermitage, operando con o sin la aprobación de Orlov.

Peggy se detuvo ante un cuadro de Tintoretto, solo para ver qué hacía su perseguidora. La miró intensamente, como si fuera una huella digital bajo un cristal de aumento.

La mujer se detuvo bruscamente, sin disimular, delante de un Veronés. Obviamente, deseaba que Peggy supiera que la estaba siguiendo. «Tal vez —pensó Peggy— quiera que me entre pánico».

La concentración le puso dos arrugas en la nariz. Meditó y descartó numerosas opciones, desde tomar un cuadro como rehén a iniciar un tiroteo. Pero ese tipo de contraataques invariablemente atraen más fuerzas y reducen las probabilidades de huida. Incluso pensó en llegar al estudio de televisión y rendirse al general Orlov, pero enseguida descartó esa idea: aunque estuviera dispuesto a preparar un intercambio de espías, Orlov no podría garantizarle su

seguridad. Además, la primera lección que aprenden los quintacolumnistas es no meterse nunca en una caja, y ese sótano era más que una caja: era un ataúd semienterrado.

Sin embargo, Peggy sabía que no le permitirían correr mucho tiempo más: ahora que ella y George habían sido localizados, les cerrarían las salidas, luego los pasillos y por último las galerías. Y luego los encerrarían. Estaba perdida si dejaba a los rusos controlar el momento y el lugar de la confrontación.

Lo que tenía que hacer era cegarlos hasta que consiguiera salir de allí o al menos atraer su atención y alejarla del soldado George. Y el mejor modo de hacerlo era empezar por la experta en arte que le pisaba los talones.

Peggy se preguntó qué sucedería si se entregaba a la mujer de un modo demasiado cordial para rechazarlo, antes de que todos los rusos estuvieran allí preparados para recibirla.

Volviéndose repentinamente del Tintoretto, Peggy se encaminó de prisa, casi corriendo, hacia la escalera de gala. La mujer la siguió al ritmo de su presa.

Peggy dobló corriendo la esquina de la galería y llegó a la magnífica escalera, con paredes de mármol amarillo y dos filas de diez columnas cada una en el primer piso. Empezó a bajar las escaleras; la británica se abría paso entre el escaso público de última hora de la tarde, en dirección hacia la planta baja.

Y entonces, a medio camino, se resbaló y se cayó.

SESENTA Y NUEVE

Martes, 23:55, Jabárovsk

Dos minutos antes de que Squires planeara detener el tren, el oficial ruso había dicho:

—¿Cigariet?

Los comandos estaban de pie en la cabina del tren, guardando su equipo, cuando Squires bajó la vista hacia él.

—No fumamos —había dicho el comandante de Striker—. Es el nuevo ejército. ¿Tiene alguno suyo?

El ruso no comprendía.

—¿Cigariet? —preguntó, empleando la barbilla para señalar su pecho derecho.

Squires había mirado por la ventana mientras el tren tomaba una curva no muy cerrada. Se puso las gafas de visión nocturna.

—Newmeyer, mire a ver si puede ayudar al hombre.

—Sí, señor —respondió el soldado.

Dejó al herido sargento Grey en el rincón y Newmeyer se inclinó sobre el ruso. Buscó en la chaqueta del oficial y sacó una gastada petaca de cuero llena de tabaco y cerrada con una gruesa goma. Sujetos por ella había un encendedor de acero con iniciales en cirílico y un grabado de Stalin.

—Debe de ser una herencia —comentó Newmeyer mirando el grabado a la rosada luz de la cabina.

Newmeyer había abierto la bolsita, encontró varios cigarrillos liados y extrajo uno. Nikita había sacado la lengua y Newmever se lo había colocado en la punta. El ruso sujetó el cigarrillo entre los labios y aceptó fuego.

Newmever le había acercado el mechero y volvió a dejarlo todo como estaba atado con la goma.

Nikita echaba nubes gemelas de humo por la nariz.

Newmeyer se inclinó más para devolverle la petaca de tabaco. Y, cuando el Striker se inclinaba sobre su prisionero, Nikita se dobló repentinamente hacia adelante propinándole un cabezazo.

Con un gemido, Newmeyer cayó hacia atrás y dejó caer la petaca. El ruso se incorporó, la cogió y metió la petaca y el encendedor en los engranajes de la palanca del regulador. Luego, mientras Newmeyer intentaba tardíamente reducirlo, Nikita empujó la palanca de hierro.

El tren adquirió velocidad y los engranajes masticaron la petaca y el encendedor que su padre le había regalado. Tiras de cuero y pedazos de acero se encastraron en los engranajes, doblando los dientes y bloqueándolos en un desfigurado abrazo.

—¡Mierda! —exclamó Squires mientras Newmeyer caía hacia atrás, sujetándole la mano.

El oficial se acercó al regulador e intentó tirar de la palanca en dirección contraria, pero esta se negaba a ceder.

Squires miró entonces la expresión del ruso: no era de triunfo, sus ojos parecían distantes, desenfocados; luego miró a Newmeyer. El soldado ni siquiera se frotaba la frente, que empezaba a dar muestras de un incipiente morado. Estaba agachado con una rodilla en el pecho del ruso y parecía culparse a sí mismo.

—Lo siento mucho, señor —se disculpó; fue todo lo que se le ocurrió.

«¡Vaya mierda! —pensó Squires—. El hijo de puta del ruso solo cumplía con su deber, y lo ha hecho bien».

Y ahora el tren corría descontrolado, ganando velocidad al salir de la curva y dirigirse hacia el puente. No había tiempo para coger a Grey y al ruso y saltar antes de que llegaran a la garganta. Y les quedaban dos minutos antes de que la locomotora dejase de existir.

Squires saltó por la ventana y miró hacia la vía. En el horizonte observó lo que parecía una nube de langostas en el verde resplandor de las gafas. Era el aparato de evacuación, aunque no se parecía a ningún helicóptero de los que había visto antes. Por las suaves líneas y el color supo de inmediato que era un «invisible». Se sintió halagado. Ni siquiera Muammar Gadafi había merecido el debut de un aparato Stealth, aunque todos habían estado alertas cuando Reagan y Weinberger cruzaron su «línea de la muerte» en el golfo de Sidra y volvieron a ennegrecer los ojos de Trípoli en 1986.

El helicóptero se acercaba a ellos a gran velocidad, volando bajo. Había dejado de nevar, la visibilidad era buena y probablemente el piloto no tardaría en darse cuenta de que el tren no podía detenerse. La pregunta era: ¿había tiempo suficiente para que fueran evacuados de otro modo?

—Newmeyer —manifestó Squires—, ayude a Grey a subir al tejado. Saldremos por allí.

—Sí, señor —respondió el abatido comando.

Newmeyer soltó al ruso y evitó su extrañamente indiferente mirada mientras se acercaba a Grey, se inclinaba a su lado y con cuidado cargaba con el sargento en sus hombros. El suboficial, apenas consciente, hizo lo que pudo para asirse cuando Newmeyer lo levantaba. El soldado vigilaba, más alerta ahora, a que Squires le diera media vuelta al ruso.

—¡Vamos! —exclamó Squires a Newmeyer señalando hacia la puerta con la frente—. Todo irá bien.

A regañadientes, Newmeyer abrió la puerta de un puntapié, trepó al marco de la ventana y con cuidado subió a Grey al techo plano de la cabina.

Squires cogió al ruso por el pelo y lo echó para atrás, le quitó el cinturón de rappel que le mantenía atado al suelo, le ató fuertemente las muñecas con él y le obligó a caminar hacia la puerta.

SETENTA

Martes, 16:56, San Petersburgo

A primera vista, al ver el giro sorprendente de la espía en la escalera, Valya pensó que intentaba dispararle y su instinto había sido agacharse. Valya empezó a bajar, pero cuando se percató de que la espía había perdido el equilibrio, la rusa recuperó el control y corrió tras ella. Siempre resultaba sorprendente lo que cabía esperar de un individuo herido o moribundo. A menudo este tenía la guardia baja o estaba tan desorientado que revelaba cosas, a veces cosas importantes.

Los visitantes lanzaban exclamaciones pero se hacían a un lado mientras la mujer bajaba rodando los veintitantos escalones, sin golpearse en la cabeza, y luego llegaba al descansillo con una extraordinaria voltereta sobre un hombro para quedar de costado. Yacía allí en posición fetal, gimiendo, apenas movía las piernas y los visitantes se congregaban a su alrededor. Alguien llamó a la guardia para que pidieran ayuda y otros dos se arrodillaban; uno de ellos se quitó la chaqueta, la dobló y se la puso debajo de la cabeza.

—¡No la toquen! —gritó Valva—. ¡Apártense!

La rusa llegó al final de la escalera y sacó una pistola con silenciador de una cartuchera del tobillo.

—Esta mujer es una buscada criminal. Dejen este asunto en nuestras manos.

Los rusos retrocedieron rápidamente. Los extranjeros hicieron lo propio al ver el arma.

Valya se agachó sobre Peggy de manera que estaban cara a cara. Luego levantó la vista hacia los curiosos.

—¡He dicho que se vayan! —chilló Valva, extendiendo la mano hacia afuera—. ¡Váyanse!

El último de los curiosos desapareció y Valya volvió a mirar a Peggy. La espía tenía los ojos cerrados, el brazo derecho bajo el pecho y la mano debajo de la barbilla. Su brazo izquierdo yacía extendido al costado.

Sin importarle sus heridas ni si había sufrido alguna fractura, sosteniendo la pistola debajo de la barbilla de la mujer, Valya la obligó a volverse boca arriba.

Peggy hizo una mueca, su boca formó un pequeño óvalo de dolor y luego volvió a relajarse.

—Ha sido una caída desafortunada —dijo Valya en inglés—. ¿Puede entenderme?

Con aparente esfuerzo, Peggy asintió.

—Los ingleses estáis cayendo como las hojas en otoño. Primero terminé con el editor de cómics y su equipo, y ahora con usted. —Valga apretó el cañón del arma contra la blanda carne de la garganta de Peggy—. La llevaré a un hospital, después hablaremos.

Peggy movió los labios.

—An… antes.

—No, no —manifestó Valya con una sonrisa malvada—. Después. Primero quiero saber algunas cosas sobre su operación. Por ejemplo, en Helsinki, cuál era el nombre de…

Peggy se movió con tanta rapidez que a Valya no le dio tiempo a reaccionar. Levantó el puño cerrado que descansaba en su barbilla, el puño en el que guardaba un cuchillo. La hoja apuntaba hacia abajo; Peggy la clavó en la fosa yugular de Valya y se la hundió hacia adentro, hacia la laringe. Al mismo tiempo, con el codo de la

mano izquierda desvió el otro brazo de Valya hacia el suelo, por si disparaba la pistola.

Pero no la disparó; la rusa soltó el arma y se agarró desesperadamente al puño de Peggy con ambas manos, intentando en vano quitarse el cuchillo.

—Iba a decirte —afirmó despreciativa Peggy— que, antes de que te tomaras la molestia de llevarme al hospital, te cercioraras de que la caída había sido un accidente. —Hundió más el cuchillo y Valya lanzó un leve sonido gutural y se derrumbó a un costado—. El agente que asesinaste era mi «hoja de otoño» —añadió—, y esto es por él.

—¡No se mueva! —gritó una voz en ruso desde el remate de la escalera.

Peggy levantó la vista hacia un hombre delgado, de aspecto ascético, vestido con el uniforme de coronel de la *spetsnaz*. Al final de su brazo estirado sostenía firmemente una pistola P-6 con silenciador. Detrás de él, aún jadeando y frotándose la garganta, estaba el hombre al que Volko había atacado.

—Voy a salir de debajo de su amiga —respondió Peggy en ruso.

Se puso de lado para quitarse a Valya de encima. La mujer tenía los ojos cerrados y el rostro blanco mientras su vida se escapaba irremediablemente por el suelo de mármol.

El coronel bajaba los escalones con el arma de fuego. Peggy dejó a Valya tumbada y se puso en pie, con la espalda hacia los escalones.

—¡Arriba las manos! —le ordenó el oficial.

Si el hombre sentía alguna pena por la víctima de Peggy, su voz no lo aparentaba.

—Conozco el ejercicio —replicó Peggy volviéndose fatigosamente mientras empezaba a levantar las manos.

Cuando estuvieron a la altura del pecho se volvió repentinamente, sujetando la pistola que le había quitado a Valya. No quedaban turistas en la escalera cuando disparó al coronel

Rossky, que se quedó donde estaba, siete escalones por encima de ella, y recibió sus salvas como si fuera un duelo, abriendo fuego a su vez.

Pero Peggy no se quedó donde estaba. Inmediatamente después de disparar, se lanzó hacia la izquierda y rodó hasta golpearse con la barandilla.

Al cabo de algunos segundos, cesó el eco de los disparos y del intercambio solo quedó un resto de humo, que subía y rápidamente se hacía cada vez más fino… el humo y las manchas rojas en la pechera del uniforme del coronel Rossky.

El coronel no alteró su semblante. Su estirpe había sido entrenada para sufrir el dolor en silencio, pero, al cabo de un momento, el brazo extendido tembló, la P-6 cayó al suelo y luego le siguió Rossky, con un delicado giro mientras caía de espaldas. Con los brazos abiertos y la cabeza mirando hacia abajo, el guerrero de la *spetsnaz* resbaló hasta el descansillo, donde se detuvo junto a Valya.

Peggy apuntó con la pistola a Pogodin, que se había agachado en el remate de la escalera, detrás del decorado bolo de la escalera. Le había visto matar a Volko y merecía morir, pero él pareció leerle el pensamiento, o tal vez vio la promesa de muerte en sus ojos y se apartó enseguida de la escalera para echar a correr hacia la galería. Peggy oyó el distante ruido de pies que corrían; no sabía si eran los de seguridad, los turistas asustados o los huelguistas que se habían enzarzado en una pelea, pero por mucho que deseara ver muerto al asesino de Volko, no tenía tiempo para perseguirlo.

Peggy dio media vuelta, se metió el arma dentro de la camisa y bajó la escalera gritando en ruso:

—¡Socorro! ¡El asesino está allí arriba! ¡Es un loco!

Mientras las fuerzas de seguridad pasaban a su lado, Peggy corrió, aún gritando, hacia la entrada principal. Una vez allí, continuó y se perdió entre los huelguistas que se habían congregado en el interior del museo, con la esperanza de que no fuera uno de los

suyos —ni un agente del gobierno que simulaba ser uno de los suyos— que había enloquecido.

SETENTA Y UNO

Martes, 8:57, Washington, D.C.

—¡Están subiendo al techo de la locomotora! —exclamó Honda; su proverbial calma había desaparecido y se había transformado en lo que a Rodgers le pareció miedo u honor—. Esa cosa va como un torpedo… parece descontrolada.

—¿No pueden bajar? —preguntó Rodgers.

—Negativo, señor. El tren acaba de entrar en el puente ahora, y no hay ninguna salida salvo lanzarse a un vacío de unos sesenta metros. Veo a Grey… ¡mierda! Lo siento, señor. Newmeyer acaba de dejarlo en el techo de la cabina. El sargento se mueve, pero parece estar herido.

—¿Cómo de herido? —inquirió Rodgers con urgencia.

—No podría decirlo, señor. Estamos demasiado bajos y él está tumbado. Ahora veo… No sé quién es. Parece un soldado ruso, está ciertamente herido. Tiene una pierna muy ensangrentada.

—¿Qué hace el ruso? —interrogó Rodgers.

—No mucho. El teniente coronel Squires lo lleva hasta Newmeyer, sujetándolo por el cabello. Newmeyer intenta pasar las manos por debajo del ruso. Parece como si estuvieran luchando. No cuelgue, señor.

En el helicóptero estaban hablando y el soldado Honda se quedó callado unos segundos. Rodgers no oía la conversación. Luego, cerca de la radio, Rodgers escuchó decir a Sondra:

—Entonces arrojaremos las ropas o las armas. Tiraremos lastre.

Era obvio que Squires planeaba subir al ruso a bordo y el piloto estaba justificadamente preocupado. Rodgers empezó a sudar la camiseta a lo largo de la columna vertebral.

Honda regresó.

—El piloto está preocupado por los noventa kilos de más y cuánto tiempo vamos a llevarlo a bordo. Si no intenta recogerlos, va a tener que enfrentarse a una rebelión.

—Soldado —dijo Rodgers—, esta es la misión del piloto y él también tiene una tripulación de la que preocuparse. ¿Lo comprende?

—Sí, señor.

Eran las palabras más duras que Rodgers había tenido que pronunciar en su vida y Hood le dio al general un apretón en el brazo para infundirle confianza.

—El ruso tiene el torso fuera del tren —prosiguió Honda—, parece un peso muerto.

—¿Pero no está muerto?

—No, señor. Mueve las manos y la cabeza.

La línea volvió a quedarse en silencio. Rodgers y Hood se miraron, las fallidas vacaciones y el reparto de responsabilidades quedaron olvidados en el sufrimiento conjunto de aquella espera.

—Ahora puedo ver al teniente coronel —anunció Honda—. Está saliendo por la ventana y en la mano sostiene la pechera del abrigo del ruso. Está haciendo señas… Señala hacia la cabina y se pasa el dedo por el cuello.

—Los controles están averiados —manifestó Rodgers—. ¿Es eso?

—Creemos que eso es lo que está diciendo. No cuelgue, señor. Vamos a intentar izarlos del tren y luego creo… sí, señor.

—¿Qué, soldado?

Con creciente nerviosismo Ishi Honda informó:

—Señor, el piloto nos dice que bajemos la escalera. Tenemos ochenta segundos para izar a nuestros muchachos.

Por fin Rodgers pudo respirar, y, al respirar cada bocanada de aire, miraba los números del ordenador que parpadeaban inexorablemente.

SETENTA Y DOS

Martes, 23:57, Jabárovsk

El Mosquito había pasado por encima como una oscura, poderosa y silenciosa nube de tormenta proyectada a cámara lenta. Squires seguía con la vista el helicóptero, que pasó a la locomotora y el ténder de carbón, luego se detuvo, giró ciento ochenta grados y empezó a descender, milímetro a milímetro, hacia ellos.

La escalera cayó recta y rápidamente, y Sondra bajó varios peldaños. Sujetándose fuerte a uno, se inclinó hacia atrás, con el brazo extendido, preparada para ayudar.

—¡Vamos! —exclamó.

—¡Newmeyer! —gritó Squires por encima del rugido del motor.

—¿Señor?

—Saquemos al ruso y a Grey de aquí. Usted también.

Newmeyer obedeció sin vacilación. Como cualquier equipo de las fuerzas especiales, los *Strikers* habían sido entrenados para acatar órdenes inmediatamente y sin reservas en una situación de crisis, aunque estas órdenes contradijeran sus instintos o emociones. Más tarde, cuando lo pensase una y otra vez, Newmeyer haría un repaso de lunes-por-la-mañana-en-el-cuartel-general de todo el proceso de evacuación, ya estuviera en la cama, entrenando o hablando con la psicóloga Liz Gordon. Sin embargo, en ese instante, se limitó a hacer lo que el teniente coronel Squires le había ordenado.

Newmeyer soltó al ruso y pasó el hombro por debajo de Grey. El helicóptero estaba directamente encima de su cabeza cuando él se levantó. El piloto bajó medio metro para que el final de la escalera le llegara a Newmeyer a la altura de las rodillas.

El soldado puso el pie en el segundo escalón y empezó a subir. En cuanto estuvo a su alcance, tanto Sondra como el soldado Pupshaw se agacharon para izar a Grey. Cuando dejó que Pupshaw terminase de empujar al sargento hacia dentro, y tendió la mano a Newmeyer, los ojos de Sondra estaban fijos en el teniente coronel Squires.

—¡Treinta segundos! —les anunció el copiloto Iovino.

—¡Señor! —gritó Sondra intentando cargar con Nikita—. ¡Medio minuto!

—Veinticinco —exclamó Iovino.

Squires soltó el pelo del ruso, se lo cargó al hombro, luego se sentó en el borde de la ventana. Mientras luchaba por ponerse en pie, Nikita tiró de él, intentando volver a introducirlo en la cabina.

—¡Veinte!

—¡Maldito seas! —Manifestó Squires cogiendo la espalda del abrigo del ruso mientras Nikita caía en la cabina.

Nikita pasó el brazo alrededor de la manecilla de al lado de la ventana y se sujetó fuerte.

—¡Quince!

El rostro y la voz de Sondra empezaban a dar muestras de tensión.

—¡Teniente coronel…, quince segundos!

Aún de pie en la ventana, Squires indicó al helicóptero que se acercara por un lado.

El Mosquito giró hacia el este y el piloto bajó ligeramente la escalera hasta donde estaba Squires. Este le hizo un gesto para que bajara un poco más.

—¡Diez segundos!

Soltando el abrigo de Nikita, el teniente coronel se sujetó en el techo del tren con la mano izquierda, mientras con la derecha desenfundaba la Beretta, apuntaba al brazo de Nikita y le disparaba. El ruso aulló, soltó la manecilla y cayó de espaldas en la cabina.

Squires saltó detrás de él.

—¡No! —gritó Sondra y bajó por la escalera.

Newmeyer bajó detrás de ella.

—¡Cinco segundos! —exclamó Iovino.

—¡Espere! —le espetó Sondra.

La escalera colgaba directamente ante la ventana de la cabina. Gruñendo y maldiciendo, Squires sacó al inerte Nikita por la ventana. Sondra y Newmeyer lo cogieron por el abrigo y lo izaron.

El piloto esperó mientras Pupshaw tendía los brazos y ayudaba a Newmeyer cuando el ruso estuvo en la escalera.

El teniente coronel volvió a encaramarse a la ventana. En el instante en que tuvo las manos libres, Sondra se estiró hacia él. Asomaron las manos de Squires…

El primer vagón explotó y al cabo de apenas un instante explotó el segundo. Las detonaciones hicieron que el motor saltara violentamente, la cola se levantó más que el morro separándose del ténder, que dio un respingo, y el carbón salió volando como una rueda de fuegos artificiales disparada hacia el oeste, libre de la locomotora. Al golpear contra el suelo, la locomotora se salió ligeramente de la vía.

—¡Teniente coronel! —gritó Sondra mientras Squires volvía a caer en la cabina y el piloto subía el helicóptero y lo alejaba de la explosión—. ¡Capitán, no se vaya todavía!

El piloto enfiló hacia el norte y subió para alejarse de la metralla.

—¡Vuelve a entrar! —le ordenó Newmeyer con voz quebrada.

Los ojos de Sondra reflejaban las intensas y rojas bolas de fuego mientras veía la locomotora resbalar hacia adelante en los rieles, precipitándose en ángulo debido a la explosión, con las ruedas echando chispas y humo.

—¡Aún está allí! —exclamó entre dientes—. ¡Tenemos que volver!

Y entonces el puente debilitado por la explosión cedió bajo la locomotora y el atascado e inerme vagón de cola. El hundimiento parecía surreal, sucedía a cámara lenta y se precipitó solo cuando las llamas de la explosión hicieron estallar la caldera. La detonación proyectaba piezas de la locomotora en todas direcciones; oscuros fragmentos surcaban la roja y negra bola de fuego. Y luego todo, las vías y los soportes de hierro, el tren hecho añicos y los oscilantes latigazos de las llamas, se precipitaron por la garganta.

El incendio se redujo a pequeñas llamaradas mientras el Mosquito se alejaba cortando el frío cielo.

—No —repetía Sondra una y otra vez cuando unas manos fuertes la asieron por los hombros.

—¡Tenemos que entrar la escalera! —gritó Iovino. Newmeyer miró a Sondra.

—¡Entra! —ordenó por encima del aullido del viento—. ¡Por favor!

Sondra subió al helicóptero, ayudada por Newmeyer y Pupshaw. En cuanto estuvo dentro, Honda recogió la escalera y cerraron la compuerta.

Con expresión desolada, Pupshaw usó su botiquín de primeros auxilios para curar a Grey; luego se acercó al ruso. Salvo por los gemidos de Nikita, el silencio en el Mosquito era atroz y absoluto.

—Estaba allí mismo —manifestó Sondra por fin—. Solo unos segundos más, eso era todo lo que necesitaba…

—El piloto te los daba —dijo Newmeyer—. Fue la explosión.

—No —replicó Sondra—. Yo lo solté.

—Eso no es verdad —dijo Newmeyer—. Tú no podías hacer nada.

—¡Podía hacer lo que mis entrañas me decían…; disparar al bastardo que él intentaba salvar! Ahora el vuelo no tiene problemas de peso —dijo amargamente dirigiendo sus helados ojos hacia el ruso—. Y si por mí fuera, aún perderíamos más peso. —Entonces,

como asqueada de su propia falta de humanidad, dijo—: Oh, Dios, ¿por qué? —Y se dio media vuelta.

Detrás de ella, Newmeyer lloró sobre la manga del abrigo entretanto Pupshaw vendaba el brazo y la pierna de Nikita con todo el cuidado que su caridad, cruelmente puesta a prueba, le permitía.

SETENTA Y TRES

Martes, 9:10, Washington, D.C.

La voz de Ishi Honda era espesa y lenta y le pesaba a Rodgers en el alma.

—Newmeyer y el sargento Grey han sido rescatados del tren —manifestó entrecortadamente—, junto con el oficial ruso. Nosotros… nosotros no hemos podido evacuar al teniente coronel Squires. Él se ha quedado…

Honda se quedó callado y Rodgers lo oía tragar saliva.

—Él se ha quedado en el tren, que ha sido destruido. Misión cumplida.

Rodgers no podía hablar. La garganta, la boca, los brazos los tenía paralizados. Su espíritu, acostumbrado a la rapidez con que la batalla podía arrebatar una vida, aún estaba anestesiado por lo que acababa de oír.

Hood preguntó:

—¿Cómo está el sargento Grey?

—Ha recibido un balazo en el hombro, señor —informó Honda.

—¿Y el ruso?

—Herido en el muslo y con un arañazo en el brazo —respondió Honda-Dada la situación del combustible, no podemos dejarlo. Tendrá que venir con nosotros hasta Hokkaido.

—Comprendido —contestó Hood—. Trataremos todo eso con la Embajada rusa.

—Soldado —dijo Rodgers con los ojos húmedos—, comuníquele al equipo que les he pedido lo imposible y lo han conseguido. Dígaselo.

—Sí, señor —respondió Honda—. Gracias, señor, se lo diré. Corto y cierro.

Hood apagó el interfono y miró a Rodgers.

—¿Hay algo que yo pueda hacer, Mike?

Al cabo de un momento el general repuso:

—¿Puedes hacer volver a Charlie y llevarme a mí? Hood no respondió. Simplemente cogió la muñeca de Rodgers. El general parecía no sentirlo.

—Tenía una familia —comentó Rodgers—. ¿Qué tenemos nosotros?

—Una responsabilidad —contestó Hood suavemente pero con firmeza—. Tienes que sobreponerte para poder explicarle a la familia lo sucedido y ayudarle a superar esta desgracia.

Rodgers se volvió hacia Hood.

—Sí, tienes razón.

—Llamaré a Liz. Ella podrá ayudar; también tendrá que tratar a los *Strikers* cuando regresen.

—Striker… —empezó a decir Rodgers, pero se le quebró la voz—. Tengo que arreglar eso. Si tienen una misión mañana, alguien debe estar preparado para dirigirla.

—Que el comandante Shooter se encargue de iniciar el proceso —le aconsejó Hood.

Rodgers movió la cabeza y se levantó.

—No, señor. Ese es mi trabajo. Tendré las recomendaciones para discutirlas contigo esta misma tarde. —Muy bien.

Entonces entró Bob Herbert, frenó la silla de ruedas y la giró hacia los hombres. Sonreía abiertamente.

—Acabo de hablar con el Pentágono hace un segundo. Oyeron el avión ruso mientras volaba sobre el objetivo. Los pilotos vieron a los rusos desalojados del tren, vieron el tren en ruinas y no pudieron ni

echarle un vistazo al aparato de evacuación. —Dio una palmada como si sus manos fueran címbalos—. ¿Cómo es eso de los «aviones invisibles»?

Rodgers lo miró. A Herbert se le heló la sonrisa cuando sus miradas se cruzaron.

—Hemos perdido a Charlie —le comunicó el general. La sonrisa de Herbert vaciló y luego se desvaneció.

—Oh, tío…, tío —dijo y se le formaron arrugas en la frente y las rosadas mejillas palidecieron—. Charlie no.

—Bob —cortó Hood—, necesitamos que nos ayudes a arreglar esto con los rusos. Uno de sus oficiales está en el helicóptero de evacuación. Preferiría que lo…

—Paul, ¿estás loco? —gritó Herbert avanzando amenazadoramente—. ¡Dame un segundo para tragar esta mierda!

—No —respondió Rodgers con voz firme—. Paul tiene razón, aún no hemos acabado. Lowell tiene que informar al Congreso de lo ocurrido, Martha tiene que utilizar sus encantos con los rusos, hay que hacer un informe para el presidente y, si la prensa lo descubre, y estoy seguro de que lo descubrirá, Ann tendrá que ocuparse de ella. Ya lloraremos más tarde. Ahora mismo todos tenemos mucho trabajo que hacer.

Herbert miró a Rodgers y luego a Hood. El rojo de su rostro se había extendido por su cuello.

—Sí, vale —manifestó al tiempo que hacía girar su silla de ruedas —. Mantengamos la máquina del gobierno en funcionamiento, con sangre como combustible. Tampoco nadie hizo demasiado por mí cuando me volaron la mitad del cuerpo. ¿Por qué tendría que ser distinto con Charlie?

—Porque así es como le haríamos sentir que no ha muerto en vano —gritó Rodgers a la espalda de Herbert—. Honraremos a Charlie Squires, te lo prometo.

Herbert se detuvo bruscamente:

—Sí, ya lo sé —afirmó sin volverse—. Es solo que duele como un demonio, ¿sabes?

—Lo sé —dijo Rodgers tranquilamente mientras por fin sus ojos derramaron las lágrimas retenidas hasta entonces—. Claro que lo sé.

SETENTA Y CUATRO

Martes, 16:15, Moscú

Cinco minutos después de que el Pentágono interceptara la comunicación de los reactores rusos a su base, el ministro del Interior recibió una llamada del despacho del general de las Fuerzas Aéreas, Dhaka.

—Señor ministro, soy el general de división Dragun. El avión que usted solicitó para interceptar posibles intrusos no ha encontrado rastro alguno de un aparato extranjero. Solo a los pasajeros militares y civiles del tren.

—El equipo aún debe de estar allí abajo —dijo Dogin.

—Además —insistió Dragun—, el general me ha pedido que le informe que el tren que usted envió a Vladivostok ha sido localizado en el fondo del desfiladero Obernaya, al este de Jabárovsk.

—¿En qué estado? —preguntó Dogin, aunque sabía la respuesta —. Maldito Orlov y su equipo.

Dragun respondió:

—El tren ha sido totalmente destruido.

Dogin abrió la boca como si le hubiesen golpeado. Pasaron unos momentos antes de que pudiera respirar o hablar.

—Déjeme hablar con el general —manifestó con voz cortada.

—Por desgracia el general Dhaka está en una reunión con representantes del presidente Zhanin. Pasará un buen rato hasta que terminen. ¿Quiere dejarle algún mensaje…, señor ministro?

Dogin movió despacio la cabeza.

—No, general, ningún mensaje.

—Muy bien. Buenas tardes, señor.

Dogin colgó bruscamente el teléfono.

«Se acabó —pensó—, se acabó todo». Su plan, sus sueños, su nueva Unión Soviética. Y cuando Shovich se entere de que el dinero se ha perdido, también su vida se acabará.

Dogin levantó la mano del teléfono. Cuando consiguió línea, llamó a su asistente y le ordenó que le pusiera con Serguéi Orlov.

«¿Quizás él también me evite?», se preguntó Dogin. Quizás la Unión Soviética había vuelto, pero no del modo en que él esperaba.

Orlov respondió inmediatamente:

—Estaba a punto de telefonearle, ministro. Ha habido un tiroteo en el museo. El coronel Rossky está en un estado muy crítico y una de sus agentes, Valya Saparov, ha sido asesinada.

—¿El asesino…?

—Un agente que llegó vía Helsinki —explicó Orlov—. Escapó entre una muchedumbre de trabajadores en huelga.

—El ejército la está buscando —vaciló—. ¿Sabe lo del tren?

—Sí. Dígame, Serguéi. ¿Tiene noticias de su hijo? La voz de Orlov era la de un astronauta profesional.

—No nos hemos comunicado con la gente del tren. Sé que lo han cogido…, pero no sé nada de Nikita.

—Creo que está bien —expresó Dogin con seguridad—. Ha habido una gran carnicería, como en Stalingrado, pero una o dos flores siempre sobreviven.

—Espero que tenga razón.

Dogin respiró hondo y tembló al soltar el aire.

—Parece que yo soy una de las bajas. Yo, el general Kosigan, tal vez el general Mavik: los que no se quedaron en la retaguardia. La cuestión es quién acabará con nosotros antes, el gobierno, Shovich, o los colombianos que le dieron el dinero.

—Si acude a Zhanin puede pedirle protección.

—¿Contra Shovich? —preguntó Dogin riendo—. ¿En un país donde por cien dólares norteamericanos puedes contratar a un asesino? No, Serguéi. Mi suerte se quemó con el tren. Es irónico, odiaba al *gangster* y todo lo que representa.

—Entonces, ¿por qué, ministro, se enredó con él? ¿Por qué tanta gente ha tenido que sufrir?

—No lo sé —respondió Dogin—. Sinceramente, no lo sé. El general Kosigan me convenció de que más tarde podíamos dejarlo a un lado y yo quise creerlo… aunque nunca lo logré, supongo. —Sus ojos se pasearon por los viejos mapas de las paredes—. Deseaba tanto esto…, recuperar lo que hemos perdido. Regresar a los tiempos en que la Unión Soviética actuaba y las demás naciones reaccionaban, en que nuestra ciencia, nuestra cultura y nuestro ejército eran la envidia del mundo. Ahora supongo que ese no era el modo de lograrlo.

—Ministro Dogin —manifestó Orlov—, no se podría haber logrado. De haber construido su nueva unión, se habría desmoronado. El mes pasado, cuando regresé al centro espacial en Kazajstán, vi los excrementos y las plumas de pájaro en las escaleras y los cohetes cubiertos de plásticos que a su vez estaban llenos de polvo. Y me dolió volver al pasado, a la era de Gagarin y la época en que nuestras lanzaderas espaciales, los Buranos, iban a permitirnos colonizar el espacio. No podemos impedir la evolución ni la extinción, ministro. Y una vez ha sucedido, no podemos cambiarla.

—Quizás, pero está en nuestra naturaleza combatirla. Cuando un hombre está muriendo, no preguntas si el tratamiento es demasiado caro o demasiado peligroso. Haces lo que crees que debes hacer. Solo cuando el paciente muere y la razón sustituye a la emoción, te das cuenta de lo imposible de la tarea —añadió sonriendo—. Y, sin embargo, Serguéi…, sin embargo debo admitir que por un momento pensé que iba a lograrlo.

—De no haber sido por los norteamericanos…

—No, no fueron los norteamericanos. Fue solo un norteamericano, un agente del FBI en Tokio que disparó al avión y nos obligó a trasladar el dinero. Piénselo, Serguéi. Es humillante pensar que un alma sencilla cambió el mundo mientras los poderosos fracasaban.

Dogin respiraba ahora más tranquilo. Se sentía extrañamente en paz mientras alargaba la mano hacia la derecha y abría el cajón de su escritorio.

—Espero que se quede en el Centro, Serguéi. Rusia necesita más gente como usted. Y cuando vea a su hijo… no sea demasiado duro con él. Queríamos reconquistar lo que tuvimos en otro tiempo… y él quería verlo por primera vez fuera de los libros de historia. Aunque los métodos puedan haber sido cuestionables, no era un sueño vergonzoso.

Colgó el auricular y Dogin miró el mapa de la Unión Soviética en 1945 y siguió mirándolo con sus claros ojos mientras se llevaba el cañón de la Makarov a la sien y apretaba el gatillo.

SETENTA Y CINCO

Martes, 16:22, San Petersburgo

Al general Orlov le pareció extraño que tres hombres que habían representado papeles clave en los acontecimientos del día —Dogin, Paul Hood y él mismo— hubieran dirigido sus asuntos desde sus despachos y no hubieran visto la luz del día desde que empezó la crisis.

«Somos demonios en la oscuridad, dirigiendo los asuntos de los hombres…», pensó.

Había una cosa que Orlov tenía que hacer y aún no había podido. Después de llamar al despacho del general Dhaka para pedir noticias de su hijo y el resto del comando de Nikita, lo único que podía hacer era sentarse, pensar y esperar.

Dejó que su cuerpo se hundiera en la silla, con los brazos en los reposabrazos y las manos colgando como si pesaran mucho. Orlov se había visto obligado a luchar contra sus propios compatriotas; todos ellos amaban a Rusia a su modo y ahora la tragedia de lo que había ocurrido, y el papel que había jugado en ella, empezaban a pesarle.

Dobló la cabeza hacia el reloj; repentinamente olvidó qué hora era. «¿Por qué no ha llamado nadie?», se preguntó. Seguramente los pilotos podían asegurar cuántos soldados había en tierra.

La llamada telefónica le sobresalió, como el siseo de una serpiente enroscada, pero le devolvió a la vida, y levantó el auricular

antes de que el primer timbre se hubiera extinguido.

—¿Sí? —preguntó latiéndole la sien contra el auricular.

Su secretaria dijo:

—Hay una llamada de vídeo-conferencia para usted.

—Pásemela —dijo Orlov con premura.

Los ojos de Orlov estaban en el monitor cuando apareció el rostro de Paul Hood. El norteamericano tardó un momento en asegurarse de que era Orlov quien le estaba mirando.

—General —expresó Hood—, su hijo está bien. A Orlov le tembló la mandíbula durante un momento; luego sonrió con alivio.

—Gracias, muchas gracias.

—Está en el aparato de evacuación —continuó Hoody dispondremos su regreso sano y salvo cuanto antes. Eso puede tardar un día o dos, pues ha sido herido levemente en el brazo y la pierna.

—Pero está bien…, no corre peligro.

—Estamos cuidando de él.

Orlov se derrumbó ligeramente hacia adelante; su cuerpo se relajó con las buenas noticias, pero había algo en los ojos del norteamericano, una ambivalencia en su voz, que sugería que pasaba algo más.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó Orlov.

—Sí, quiero que le diga algo a su hijo.

Orlov atendía atentamente apoyado sobre los codos.

—Su hijo hizo lo posible para resistirse a la evacuación. Estoy seguro de que pensaba que cumplía con su deber de seguir con el cargamento o quizás que su honor le impedía salir en un aparato enemigo, pero al resistirse causó la muerte del comandante de mi equipo.

—Lo siento mucho. Si hay algo que yo pueda hacer…

—General —le interrumpió Hood—. No quiero que se sienta culpable ni le estoy pidiendo nada. Reclamaremos los restos por vía

diplomática, pero mi subdirector era muy amigo del jefe del equipo y quiere que le comunique algo a su hijo.

—Por supuesto —replicó Orlov.

—Dice que en el cuento popular ruso Sadko, el zar del mar le dice al héroe que cualquier guerrero puede quitar vidas, pero un guerrero verdaderamente grande lucha por salvarlas. Asegúrese de que su hijo lo comprende. Ayúdele a ser un gran guerrero.

—No he tenido mucho éxito en convencer a mi hijo de nada, pero le doy mi palabra: grandes guerreros crecerán de las semillas que se han plantado aquí.

Orlov volvió a darle las gracias a Hood y luego el general colgó y pensó con respetuoso silencio en el hombre sin nombre y sin rostro cuya vida y la vida de su esposa habían destrozado.

Y luego se levantó de su escritorio, cogió el sombrero de la estantería y salió al exterior. Salvo la menguante multitud de trabajadores que se manifestaban, el día parecía exactamente igual que cuando llegó, y le sorprendió percatarse de que habían transcurrido exactamente veinticuatro horas desde que llegó para enfrentarse con Rossky.

Veinticuatro horas desde que el mundo casi había cambiado. Y veinticuatro horas desde que había abrazado a su esposa.

SETENTA Y SEIS

Martes, 22:00, Helsinki

A Peggy le resultó fácil salir del Ermitage.

Cuando se produjeron los disparos en la escalera, entre los huelguistas se propagó el rumor de que había llegado el ejército e iba a disolver la manifestación. La multitud empezó a dispersarse rápidamente, luego volvió a juntarse con la rapidez del mercurio; cuando la policía entró en el museo como una exhalación, los líderes de la manifestación se dieron cuenta de que el tiroteo no tenía nada que ver con ellos. La masa de trabajadores se dirigió hacia el Ermitage, bloqueó la entrada principal, en la que ya no quedaba ningún guardia, y empezó a pasear y deambular por su interior desatando el pánico entre los turistas que intentaban salir y atrayendo otra vez la presencia de los guardias. Estos emplearon porras y antebrazos rígidos, cogidos fuertemente de las manos, para proteger las obras de arte y expulsar a los huelguistas.

Peggy salió como una turista presa del pánico.

Oscurecía y una vez fuera Peggy se dirigió a la parada de metro de Nevsky. Estaba atestada de gente que hacía trasbordo en la hora punta, pero los trenes pasaban cada dos minutos y, por cinco kopeks, pudo salir al poco de llegar. Desde allí, era un corto paseo junto al Neva hasta la estación de Finlandia, donde el tren paraba en Razliv, Repino, Vyborg y Finlandia.

El soldado George ya estaba allí, sentado en un banco de madera en la sala de espera, leyendo un periódico en inglés, con una bolsa de plástico llena de *souvenirs* a su lado. Le miró después de enseñar su visado y su pasaporte en la ventanilla de los billetes y comprar un pasaje para Helsinki. George estuvo leyendo durante un minuto, levantó la vista, miró a su alrededor durante unos segundos y reanudó la lectura.

De repente levantó la vista unos segundos más que lo habitual. No hacia ella, aunque sin duda estaba en su radio de visión. Poco después se levantó y se alejó con su periódico, sus postales y el pisapapeles de nieve del Ermitage y otros recuerdos. Ese fue el modo de hacerle saber que la había visto y que ya no esperaría más. Cuando se hubo ido, Peggy caminó hacia el quiosco central y compró periódicos ingleses y rusos, algunas revistas y se sentó a esperar el tren nocturno.

La vigilancia no era tan acuciosa como de costumbre en la estación de tren; los acontecimientos de Moscú y Ucrania obviamente acaparaban los recursos y la atención de los soldados de tropa. Peggy subió al tren sin incidentes después de presentar sus credenciales y dejar los papeles en la puerta.

El tren era moderno, brillantemente iluminado con asientos estrechos pero cómodos, tapizados de falso terciopelo, para que los viajeros poco sofisticados creyeran que viajaban a lo grande. Aunque Peggy no soportaba ese ambiente ni el de los desgastados terciopelos rojos y amarillos del coche salón, ni la desaprobación estética ni la presión de las últimas horas se traslucían en sus rasgos relajados. Solo cuando estuvo en el lavabo estilo avión, comprobando si llevaba en las ropas o en la carne restos de sangre de la mujer muerta, se permitió un momento de descanso.

Apoyó las manos en la pila de acero inoxidable del lavabo, cerró los ojos y dijo en una voz que era apenas un susurro:

—No había ido por venganza, pero me he vengado y eso me reconforta. —Sonrió—. Si hay libertad condicional en el otro mundo,

amor mío, te prometo portarme lo mejor que pueda para ir desde donde me encuentro a donde tú seguramente estás. Y gracias a Volko. Lo que hizo por nosotros debió ponerle a los pies del mismo Dios.

En varias ocasiones, durante el viaje, Peggy se topó con el soldado George, pero no se dijeron más que «Disculpe» al cruzarse en el angosto pasillo.

Aunque habían podido salir de Rusia, eso no significaba que no hubiera espías en el tren que pudieran tener una certera descripción de ellos y estuvieran buscando parejas o vigilando hombres y mujeres que viajasen solos. Por ese motivo, Peggy pasó el mayor tiempo posible deambulando en torno a un grupo de soldados rusos en el coche salón, soltando comentarios de vez en cuando para sugerir que ella era de los suyos e incluso permitiendo que uno de ellos se le acercase para hacerle de ángel de la guarda por si necesitaba uno. Al llegar a Finlandia poco antes del alba, dio al soldado un teléfono y una dirección falsos y los dos pasaron por la aduana. Una declaración verbal fue suficiente para dejar entrar a Peggy, aunque los rusos fueron sometidos a un riguroso registro de su equipaje.

Peggy y el soldado George se encontraron al salir a paso ligero a la calle. La británica entornó los ojos hacia el sol que asomaba su corona anaranjada en el nuevo día.

—¿Qué demonios sucedió en el museo? —preguntó George.

Peggy sonrió.

—Olvidé que no lo sabías.

—No, no lo sabía. Seguía imaginando esa escena de la película Los cañones de Navarone en que la espía se rinde.

—Fingí caerme por la escalera. Cuando la mujer enseñó su baza corriendo detrás de mí, tuve que liquidarla. Usé su arma para disparar a un oficial de la *spetsnaz* que parecía creer que podía recibir unos cuantos balazos y aun así retorcerme el pescuezo. Pero

no pudo. Después de eso hubo una gran confusión y aproveché para escabullirme.

—Nunca harán una película de tu vida —sostuvo George—. Nadie la creería.

—La vida siempre es más interesante que el cine. Por eso tienen que hacer esas malditas cosas a doce metros de altura.

Los dos charlaron sobre los posibles planes de salida. George decidió que él tomaría el primer vuelo. Peggy dijo que no estaba segura de cómo o cuándo saldría de Helsinki, que lo único que quería hacer ahora era pasear y notar el sol calentándole la cara y evitar cualquier espacio cerrado que le recordara el minisubmarino, el asiento trasero de un coche o un tren estrecho.

Los dos dejaron de caminar delante del teatro Nacional Finlandés. Se miraron con cálidas sonrisas y ojos tiernos.

—Confieso que me equivoqué —comentó Peggy—. No creí que estuvieras preparado para esto.

—Gracias —respondió George—. Es alentador, proviniendo de alguien con mucha más experiencia y más edad.

Peggy estuvo tentada de tirarlo de espaldas tal como hizo cuando se conocieron, pero al final le ofreció la mano.

—La cara de un ángel y el alma de un demonio —dijo ella—. Es una buena combinación y lo llevas muy bien. Espero volver a verte.

—Lo mismo digo.

Peggy se dio media vuelta, pero se detuvo.

—Cuando veas al tipo que me permitió a regañadientes unirme a vosotros, dale las gracias.

—¿Al jefe del equipo? —preguntó George.

—No. A Mike, él me dio la oportunidad de recuperar algo que había perdido.

—Se lo diré —prometió George.

Y volviéndose hacia el sol como una polilla hacia una llama, Peggy echó a andar por la calle vacía.

SETENTA Y SIETE

Viernes, 8:00, Washington, D.C.

La lluvia que no había dejado de caer durante toda la noche dejó la pista de la base de las Fuerzas Aéreas de Dover, en Delaware, mojada y neblinosa, como un reflejo del humor de los que se habían reunido para recibir el transporte C-141. De pie junto a una inmaculada guardia de honor, Paul Hood, Mike Rodgers, Melissa Squires y el hijo de cinco años de Squires, Billy, constituían un solo corazón, un corazón sangrante.

Al llegar en la limusina que seguía al coche fúnebre, Rodgers había pensado que tenía que ser fuerte por Billy, pero ahora se daba cuenta de que además de ser antinatural, era imposible. Cuando la compuerta de carga se abrió y sacaron el ataúd envuelto con la bandera, las lágrimas calentaron las mejillas de Rodgers, que era un niño como Billy, angustiado, con necesidad de consuelo y desesperado ante la evidencia de que no cabía consuelo alguno. El general se puso firme a la llamada de atención, aguantando lo mejor que pudo los sollozos de la viuda y el hijo del teniente coronel Squires que estaban a su izquierda. Se alegró cuando Hood se apartó de su derecha para situarse entre ellos, con el bajo de la gabardina ondeando ligeramente al viento, y colocó las manos en sus hombros dispuesto a ofrecer palabras de consuelo o fortaleza o lo que fuera necesario.

Y Rodgers pensó: «He juzgado mal a este hombre».

La guardia de honor disparó unas salvas y mientras cargaban el ataúd en el coche fúnebre, antes de partir hacia el cementerio de Arlington, y los cuatro estaban de pie a su lado, el larguirucho Billy se volvió de repente hacia Rodgers.

—¿Crees que mi padre tuvo miedo cuando estaba en el tren? —preguntó con su voz pura de niño.

Rodgers tuvo que apretar los labios para evitar romper a llorar. Mientras los grandes ojos del niño aguardaban una respuesta, fue Hood quien se agachó ante él y le contestó:

—Tu padre era como cualquier policía o cualquier bombero —le explicó Hood—. Aunque tengan miedo cuando se enfrentan a un criminal o un incendio, quieren ayudar a la gente y sacan el coraje de aquí —añadió tocando con un dedo la solapa del *blazer* de Billy, justo encima de su corazón.

—¿Cómo lo hacen? —inquirió el chico, sollozando pero atento.

—No estoy seguro —respondió Hood—. Lo hacen como los héroes.

—Entonces, ¿mi padre era un héroe? —preguntó el niño, obviamente complacido ante la idea.

—Un gran héroe. Un superhéroe.

—¿Más grande que usted, general Rodgers?

—Mucho más —contestó Rodgers.

Melissa pasó la mano alrededor del hombro de Billy y, arreglándoselas para ofrecerle una amplia sonrisa a Hood, lo acompañó hasta la limusina.

Rodgers observó a Melissa subir al coche y luego miró a Hood.

—He leído… —empezó a decir; luego tuvo que tragar saliva antes de poder continuar—. He leído los más grandes discursos y escritos de la historia de la humanidad, pero nada me ha conmovido tanto como lo que acaba de hacer, Paul. Quiero que sepa que me alegro de conocerle y, es más, me alegro de servir bajo sus órdenes.

Rodgers saludó militarmente a Hood y subió al coche.

Como sus ojos estaban fijos en Billy, el general no vio a Hood enjugarse una lágrima mientras le seguía.

SETENTA Y OCHO

El martes siguiente, 11:30, San Petersburgo

Paul Hood, su esposa y sus dos hijos dieron un largo paseo por el parque de Nevsky Prospekt antes de separarse: Sharon y los niños miraban un grupo de escolares que jugaban al fútbol; Hood se sentó en un banco junto a un viejo árbol, donde un hombre de baja estatura, con cazadora de aviador, daba migas de pan a los pájaros.

—Es extraño pensar que las criaturas del cielo deben bajar a la tierra para alimentarse y construir nidos y criar —manifestó el hombre en un inglés diáfano y agradable mientras movía la mano como surcando el cielo—. Cree que habrá un lugar para ellos allí arriba.

Hood sonrió.

—Desde allí arriba tienen una perspectiva especial de las cosas de aquí abajo. Y eso es mucho, creo yo —dijo mirando al hombre—. ¿Usted no, general Orlov?

El antiguo astronauta chasqueó el labio superior y asintió:

—Sí, así es —contestó clavando sus ojos en el recién llegado—. ¿Cómo está usted, amigo mío?

—Muy bien.

Orlov apuntó hacia el parque con un mendrugo de pan medio desmigado.

—Veo que ha traído a su familia.

—Bueno, digamos que les debía el resto de unas vacaciones. Este parecía un buen lugar.

Orlov asintió.

—No hay lugar como San Petersburgo. Incluso cuando era Leningrado, era la joya de la Unión Soviética.

Hood sonrió cariñosamente.

—Me alegro que accediera a verme; eso hace este viaje doblemente valioso.

Orlov bajó la vista hacia el pan y terminó de desmigarlo. Esparció las migas y se limpió las manos.

—Ambos hemos pasado una semana extraordinaria. Hemos impedido un golpe de estado, evitado una guerra y hemos asistido a un funeral cada uno, el suyo de un amigo, el mío de un enemigo, pero ambas muertes fueron prematuras.

Hood apartó la vista y se tragó la pena aún fresca.

—Al menos su hijo está bien. Eso ayuda a hacer la cosa soportable. Tal vez todo esto haya servido para algo.

—Con suerte, así será —coincidió Orlov—. Mi hijo se recupera en nuestra casa de la ciudad y tendremos algunas semanas para charlar y restañar viejas heridas. Creo que estará más receptivo hacia mí que en el pasado, después de que hirieran a su mentor de la *spetsnaz* y los consejos de guerra de los generales Kosigan y Mavik. Espero que comprenda que se necesita muy poco valor para correr con vándalos. —Orlov se metió la mano en la cazadora—. Hay algo más —dijo el hombre mientras sacaba un libro fino y viejo encuadernado en piel, con letras doradas estampadas en la cubierta y en el lomo. Se lo dio a Hood.

—¿Qué es? —preguntó Hood.

—Sadko —dijo Orlov—. Es un ejemplar antiguo… para su subdirector. He ordenado que distribuyan nuevas ediciones entre las tropas de San Petersburgo. Yo lo he leído y me ha parecido muy estimulante. Es extraño que sea un norteamericano el que tenga que señalarnos la riqueza de nuestra propia cultura.

—Perspectiva —dijo Hood—. A veces es bueno ser un pájaro, a veces es bueno estar en el cielo.

—Es cierto. He aprendido mucho de todo esto. Cuando acepté este cargo, pensé —tal vez usted pensó lo mismo— que pasaría el tiempo como los oficiales de intendencia, cubriendo las necesidades de inteligencia de los demás, pero ahora me he dado cuenta de que nuestra responsabilidad es que se haga buen uso de esos recursos. De hecho, cuando mi hijo vuelva al servicio activo, voy a asignarle una fuerza especial cuya tarea será cazar a ese monstruo de Shovich.

En realidad espero que nuestros dos centros de operaciones puedan colaborar en ello.

—Será un honor, general.

Orlov miró su reloj.

—Hablando de mi hijo, voy a comer con él y mi mujer, Masha. No comemos juntos desde que yo volaba por el espacio y tengo muchas ganas de hacerlo.

Se puso en pie y Hood hizo lo mismo.

—Mantenga sus expectativas en el suelo —afirmó Hood—. Nikita, Zhanin, usted y yo…: solo somos personas, ni más ni menos.

Orlov le estrechó cordialmente la mano.

—Mis expectativas siempre estarán allí arriba —aseveró Orlov levantando las cejas y señalando el cielo; luego miró más allá de Hood y sonrió—. Y a pesar de lo que pueda sentir, enseñe a su hijo y a su hija a hacer lo mismo. Se sorprenderá de cómo se resuelven las cosas.

Hood contempló a Orlov marcharse, luego dio media vuelta y miró hacia el rincón del parque donde habían estado Alexander y Harleigh. Vio a Sharon sola y tuvo que buscar un instante antes de divisar a sus hijos; estaban jugando al fútbol con los niños rusos.

—Lo haré —dijo Hood en voz alta.

Metió las manos en los bolsillos y dirigió una última mirada a Orlov, luego se acercó a paso ligero, y con el corazón aún más

ligero, hasta su esposa.

F I N



THOMAS LEO CLANCY JR. (Baltimore, Estados Unidos, 1947 — ibidem, 2013) fue un escritor conocido por sus novelas de suspenso y espionaje, muchas de las cuales se han convertido en auténticos superventas y han sido adaptadas al cine y al mundo del videojuego.

Licenciado en Literatura Inglesa, comenzó su andadura como escritor en 1984 con *La caza del Octubre Rojo*, la primera, además, con Jack Ryan como personaje protagonista y que marcaría el estilo, lleno de conjuras políticas y enfrentamientos militares, característico de su obra.

Clancy, con sus novelas y numerosos libros de ensayo sobre inteligencia y armamento militar, es un habitual en los tops de ventas del *New York Times* o *USA Today*.

Además de las películas, las obras de Clancy dieron lugar a la serie de videojuegos *Rainbow Six, HAWX* o *Splinter Cell*, entre otros, y a la franquicia de libros *OP-Center*.



STEVE R. PIECZENIK (La Habana, Cuba, 1943) es un psiquiatra, autor, editor y teórico de la conspiración cubano-estadounidense. Recibió una beca para asistir a la Universidad de Cornell a los 16 años, donde se graduó con una licenciatura en pre-medicina y psicología en 1964. Más tarde recibió su M.D. de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cornell. Obtuvo un doctorado en relaciones internacionales del MIT mientras estudiaba en la Facultad de Medicina de Harvard. Pieczenik habla cinco idiomas con fluidez, incluidos ruso, español y francés.

Es un autor aclamado de *thrillers* psicopolíticos y cocreador de las series de libros superventas del *New York Times «Tom Clancy's Op-Center»* y *«Tom Clancy's Net Force»*. Sus novelas están basadas en sus veinte años de experiencia en la resolución de crisis internacionales para cinco administraciones estadounidenses.

Índice de contenido

El silencio del Kremlin
EL SILENCIO DEL KREMLIN
PRÓLOGO
UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
VEINTISÉIS
VEINTISIETE
VEINTIOCHO

VEINTINUEVE
TREINTA
TREINTA Y UNO
TREINTA Y DOS
TREINTA Y TRES
TREINTA Y CUATRO
TREINTA Y CINCO
TREINTA Y SEIS
TREINTA Y SIETE
TREINTA Y OCHO
TREINTA Y NUEVE
CUARENTA
CUARENTA Y UNO
CUARENTA Y DOS
CUARENTA Y TRES
CUARENTA Y CUATRO
CUARENTA Y CINCO
CUARENTA Y SEIS
CUARENTA Y SIETE
CUARENTA Y OCHO
CUARENTA Y NUEVE
CINCUENTA
CINCUENTA Y UNO
CINCUENTA Y DOS
CINCUENTA Y TRES
CINCUENTA Y CUATRO
CINCUENTA Y CINCO
CINCUENTA Y SEIS
CINCUENTA Y SIETE
CINCUENTA Y OCHO
CINCUENTA Y NUEVE
SESENTA
SESENTA Y UNO
SESENTA Y DOS
SESENTA Y TRES
SESENTA Y CUATRO

SESENTA Y CINCO
SESENTA Y SEIS
SESENTA Y SIETE
SESENTA Y OCHO
SESENTA Y NUEVE
SETENTA
SETENTA Y UNO
SETENTA Y DOS
SETENTA Y TRES
SETENTA Y CUATRO
SETENTA Y CINCO
SETENTA Y SEIS
SETENTA Y SIETE
SETENTA Y OCHO
Sobre los autores